NADA QUEMA COMO LA SANGRE





Heridas de NUEVA YORK

BECCA DEVEREUX

BECCA DEVEREUX

Heridas de NUEVA YORK

HERMANOS KNIGHT 1.5



Copyright © 2025 HERIDAS DE NUEVA YORK por Becca Devereux

Diseño de portada: h.kramer.arte

Corrección: Carolina Ramos Zambrana

Ilustraciones interiores: arii_ilust

Ilustraciones de Josh: Claudia ms muar

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunidad a través de cualquier medio sin la autorización del titular del copyright.

A mi hermana, por la que cruzaría montañas y prendería fuego al mundo si eso significara mantenerla a salvo.

A vosotras, mis queridas lectoras, por amar tanto a esta familia como yo.

A todas las creadoras de contenido que han recomendado con entusiasmo Rey de Nueva York*.*

A todas las fans de Zane, el número nueve de los Guardians. Tal vez este no sea el libro que esperabais, pero os prometo que la espera valdrá la pena.

Y a ti, que te sentirás reflejada en estas páginas. Recuerda que las heridas se convierten en cicatrices, y las cicatrices son la prueba de tu fortaleza. Eres una superviviente. Nunca lo olvides

Índice

Nota de la autora / Advertencias de contenido
No estoy aquí para agradarte: estoy aquí para existir
Lo bueno, lo jodido y lo que no le enseñas a nadie
No me gustas porque seas fácil de querer
Hippies Wannabe
Te voy a amar como si no hubiera otro universo
Un pobre diablo
No menosprecies mi ambición
Nocturne
Lo que el mundo le quitó por mi culpa
Grayson
Un regalo inesperado
Nuestra nueva vida
La luz que se apaga
Zane
No quiero más hijos
No puede ser
River
No supe que estaba eligiendo el fuego… hasta que ya me había quemado
Perdón por no saber cómo salvarte
Para que te sientas orgulloso de mí
Un hilo invisible
Invisible
La carga silenciosa
El agua está fría
Los monstruos no viven debajo de la cama
El jarrón roto
Solo tiene que desfogar
No puede perderla a ella, pero a nosotros sí
TOC
Pero ella nunca viene a salvarme
El Pato Donald
Traidora

Princesa
El armario
Joshua
La primera vez que me eligieron
Astronautas que viven en la luna
Sabía que podíamos hacerlo mejor
Nunca confíes en ellos
Otro monstruo
Te tengo
El diablo viste de Prada
Aunque nadie me proteja a mí
El señor del bigote
Deja que la pinte
Un burro
Que la vergüenza cambie de bando
Que el mundo arda si papá sonríe
Foto de familia
No
La técnica de la mentira
Polvo de estrellas
Eres muy guapo
No soy una máquina
Cobarde
Heridas que se cruzan
La bestia que se merecen
Solo una madre suficientemente buena
Tu amor es un veneno
Que nunca deje de elegirme
El día que se rompió el castillo
Te suplico que la leas
Madrugada
No iba en serio
¿Qué pinto yo aquí?
Así se apaga una estrella
Lo juro por nuestra amistad
Golpear para no romperse

Me acariciaste como nunca lo hizo ella
Nuevos amigos y cosas que no cambian
Si él no te valora
No es la primera vez y seguramente no será la última
Si ella es feliz, el mundo entero pesa un poco menos
Todo lo que siempre he querido
Nuestro Júpiter
Donde empiezan las guerras de almohadas y terminan los límites
Enséñame
Solo necesitaba mirarte
De maravilla
Sé defenderme sola
Brillas
Quítale las manos de encima
¿Que nunca hemos hecho qué?
Todos dependen de mí
Fe-nó-me-no
Los favores se pagan
El día que acabé con el monstruo
Lo hago porque no la merecen
Mientras me abrazabas
Responsabilidad
La carta que se redujo a cenizas
Nota de la autora

Nota de la autora / Advertencias de contenido

Esta es una historia dura, emocional y profundamente cruda. Aunque no es imprescindible para seguir la serie (el próximo libro será el de Zane), sí es esencial para entender el corazón de todo lo que viene después: los traumas, los vínculos entre los hermanos y el origen de las sombras que arrastran.

Heridas de Nueva York no es una historia fácil. Es un drama familiar que toca temas complejos, dolorosos e incómodos. No es un romance convencional ni un *dark romance* y no contiene escenas *spicy*. Aunque sí, hay romance en sus páginas.

Esta es la historia de dos personas rotas que intentaron amarse como pudieron y de las consecuencias que eso dejó en sus hijos.

Si bien no necesitas leerlo para continuar la serie, creo que es fundamental si quieres entender el corazón de esta familia: la razón del TOC de Grayson, el quiebre de Zane, de dónde vienen los silencios de Josh, el dolor de Winter y las sombras de River. Aquí está el origen de todo.

Sé que no será un libro para todo el mundo. Lo escribí con el estómago encogido y el corazón en carne viva. Estoy convencida de que sufrirás, dudarás y puede que incluso lo odies un poco. Pero, si decides leerlo, te prometo que cada página está escrita con la misma verdad con la que amo a estos personajes.

Tú eliges si cruzas esa puerta. Solo quiero que sepas lo que te espera al otro lado. Aquí tienes una lista de advertencias de contenido. Muchas podrían contener *spoilers*. Leerlas o saltarlas lo dejo a tu elección.

Advertencias de contenido

Este libro aborda temas que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores:

- Relaciones tóxicas.
- Enfermedades mentales: esquizofrenia, trastorno bipolar, trastorno límite de la personalidad.
- Maltrato infantil.
- Abuso adolescente.
- Romance tabú.
- Personaje masculino adulto con actitudes moralmente cuestionables, comportamientos obsesivos y dinámicas de poder abusivas dentro del núcleo familiar.

La primera vez que la vi, pensé que brillaba con una luz tan poderosa que eclipsaba todo a su alrededor. De repente, no hubo nada ni nadie más. Estaba dispuesto a cualquier cosa por aquella criatura maravillosa. Un solo segundo le bastó para arruinarme. Porque, desde que posé los ojos en ella, acepté que era suyo en cuerpo y alma. Y descubrí, demasiado tarde, que no solo me arrastraría a mí, sino a todos los que la amábamos.

Diario de Alexander Knight

La primera herida

La historia de Alexander y Catherine Knight

No estoy aquí para agradarte: estoy aquí para existir

Alexander

—¡Venga, Alexander! —protesta Charles—, no seas un puto muermo. Lizzy también se apunta, ¿verdad?

Mi novia esboza una sonrisa educada y niega con la cabeza. Por supuesto que ella tampoco va. Lizzy es una estudiante ejemplar y no se arriesgaría a suspender un examen por salir de fiesta la noche anterior. Mis padres la adoran. Su madre y la mía fueron compañeras de fraternidad, y nuestros padres juegan juntos al golf, así que no me costó pedirle una cita. Ella aceptó de buen grado. Ya llevamos dos años juntos.

Lizzy es una decisión responsable.

—Nos vemos mañana —digo con firmeza.

No quiero que mi mejor amigo insista. Su padre se lo perdona todo: los vicios, los escándalos, las malas notas…, pero el mío no ocultaría su decepción si no bordo el examen. Yo no tengo un progenitor tan comprensivo. Harrison Knight solo acepta la excelencia y no tolera a los mediocres.

Charles pone los ojos en blanco, pero se larga sin hacer otro comentario. Sabe que no daré mi brazo a torcer. Soy incapaz de hacer algo que pueda disgustar a mi padre.

—¿Necesitas que te acerque a tu casa? —le pregunto a mi novia.

—No, gracias. Mi madre viene a buscarme. Le prometí que la acompañaría a comprar un vestido para la gala anual de la Sociedad de Patronos del Met.

Esa sociedad es un coñazo, pero entiendo lo importante que es para nuestras familias. Allí priman las herencias, los apellidos y las alianzas matrimoniales. Un lugar donde todos te apuñalan por la espalda y miran por encima del hombro a quienes ganan menos de tres millones netos al año. Allí, la ópera importa menos que las joyas

con las que te engalanas. Mi madre es la vicepresidenta. Ni ella ni la de Lizzy son mujeres cultas, pero sí saben cuándo fingir interés por una exposición si sale en *Vogue*.

—Adiós, Alexander.

Lizzy deposita un casto beso en mis labios. Nada de «cielo», «cariño» u otro tipo de apelativos ridículos. No la amo con locura, pero la soporto, que es más de lo que pueden decir otras personas de sus parejas. Estar con Lizzy es fácil; una decisión estratégica para la reputación de mi familia.

Yo no soy como el imbécil de Charles, que engaña a su novia con cualquier camarera de un *pub* de mala muerte. Estoy decidido a ser fiel a Lizzy. Me casaré con ella. No puedo enfrentarme a la ira de mi padre.

Subo a mi Mercedes SL500 descapotable, un regalo de mi padre por mi vigésimo primer cumpleaños. Apenas conduzco quinientos metros antes de tropezarme con una manifestación de mujeres jóvenes. Intento dar la vuelta, pero hay una fila de coches detrás del mío. La irritación me invade al observar a ese grupo de mujeres gritonas que se interponen en mi camino. Lo único que quiero es llegar a casa, nadar un par de kilómetros en la piscina climatizada y enterrar la cabeza en el libro de Finanzas.

Leo las pancartas con un profundo desdén. No soporto a la gente que cree que puede cambiar el mundo. Sobre todo, porque el mundo funciona de puta madre para las personas como yo.

Una maldita manifestación por los derechos reproductivos.

Dios, qué pesadilla.

¿Qué más quieren estas feministas? Estamos en 1997. Ya pueden divorciarse, votar y tener una cuenta bancaria. No sé de qué se quejan. ¿Por qué no se manifiestan en algún país árabe en contra del burka? Si mi madre estuviera aquí, se burlaría de semejante panda de histéricas.

Tamborileo con los dedos en el volante. Podría acelerar y llevarme por delante a unas cuantas. Las aplastaría como si fueran insectos. Estoy seguro de que mi abogado encontraría alguna excusa legal para que me librara.

No puedo evitarlo. Sonrío y piso el acelerador. La gran mayoría se

apartan, asustadas.

Locas del coño.

Reanudo la marcha mientras algunas me insultan, pero todas se hacen a un lado mientras el coche avanza. Las saludo con la mano, riendo, satisfecho de ponerlas en su sitio. Pero la dicha me dura poco al frenar de golpe.

Una joven de larga cabellera castaña está de espaldas al coche, sin inmutarse. La melena de rizos ondea sobre su espalda baja mientras habla por el megáfono. Las demás la corean. Aprieto la mandíbula y vuelvo a utilizar la misma estrategia, pero la advertencia no funciona esta vez.

—¡No estoy aquí para agradarte, estoy aquí para existir! —grita, y todas la corean.

Tiene una voz ronca y ligeramente grave para una mujer. Ignoro el cosquilleo que me recorre la columna y suelto una carcajada despectiva. No estoy para tonterías. Ninguna tocapelotas me impedirá sacar un sobresaliente. Así que aporreo el claxon varias veces para que salga de la carretera.

Y ella se gira.

Por todos los dioses.

El aire abandona mis pulmones y la sangre me hierve bajo la piel. No creo que haya una palabra para definir lo que siento cuando ella alza la barbilla y me observa fijamente. Sus ojos son feroces, desafiantes, al levantar la pancarta con letras mayúsculas y moradas: «MI CUERPO NO NECESITA TU APROBACIÓN, NECESITA TU RESPETO».

Se lleva el megáfono de nuevo a la boca, con la vista clavada en mí.

—¡No me digas qué hacer con mi cuerpo si no puedes parir!

Sus compañeras la aplauden.

Enarco una ceja. Ella me sonríe de forma burlona, como si supiera lo que hay dentro de mi cabeza. Pero lo cierto es que ni siquiera soy capaz de ordenar mis pensamientos en este momento. Son confusos de narices. No tienen sentido. Porque nunca me han gustado las personas provocadoras ni las que se salen del rebaño. Pero hay algo en ella que me impide dejar de mirarla.

Ella sigue gritando con el puño en alto. Me da la espalda. Hostia, eso me enfurece, porque quiero que siga mirándome. Porque yo no puedo apartar los ojos de ella. Porque, mientras grita que nadie puede controlar su cuerpo, entiendo que lo único que me controla en este momento… es ella.

—¡La policía!

—¡Dispersaos!

Un grupo de agentes aparece y comienza a aporrear a la multitud. No les importa que sean mujeres inofensivas. Ellas sueltan las pancartas y corren despavoridas. Menos ella. Esa obstinada joven no parece tenerle miedo a nada mientras sigue gritando por el megáfono como si su vida dependiera de ello.

—¡Catherine! —la llama alguien.

Ella la ignora, se remanga la falda de su vestido y… Joder, no puedo creer que vaya descalza. ¡Es una maldita *hippy*! Apenas me he recuperado del vuelco que me ha dado el estómago al ver sus tobillos pálidos, justo cuando ella se sube de un salto al capó de mi coche.

—¿Qué cojones…? —mascullo, indignado—. ¡Eh, tú! ¡Bájate de ahí!

—Oh, pobre niño de papá. No sufras. Seguro que tu papaíto te comprará otro coche —se burla, dándome de nuevo la espalda—. ¡Si ser libre molesta tanto, será porque funciona! ¡No os vayáis, compañeras! ¡Gritad conmigo! ¡No nos callarán! ¡No nos callarán!

—¡Estás como una puta cabra!

—¡Que te den, pijo de mierda! —Me hace una peineta.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Sus compañeras se han largado. Pero ella sigue ahí, encima del capó de mi coche, gritando a pleno pulmón como si se creyera digna heredera de Gloria Steinem.

Desprende una energía vibrante, contagiosa. Está loca. Claro que sí. Pero no tiene miedo y es… fascinante.

—¡Eh, tú! —le grita un policía.

El agente corre hacia ella levantando la porra. La joven abre mucho los ojos, pero, en vez de huir, le lanza el megáfono. Le atina en la cabeza y el policía se lleva la mano a la sien, mareado. No debería estar sonriendo como un idiota, ni tampoco dejarme llevar

por un impulso y bajar del coche al ver que tres policías vienen corriendo. No permitiré que le toquen un pelo de la cabeza.

Ella sigue gritando consignas, así que la pillo desprevenida al agarrarla de la cintura.

—¡Suéltame, hijo de perra! —Se revuelve como una fiera entre mis brazos—. ¡Quítame las manos de encima, cabrón!

No sé cómo me las apaño para meterla a la fuerza en el asiento del copiloto. Tengo la marca de sus uñas en la mejilla. Me da un empujón e intenta salir del coche, pero se lo piensa mejor cuando los policías ordenan que nos detengamos. Ella se abrocha el cinturón antes de que yo suba al coche.

—¡Acelera! —grita, impaciente.

Las ruedas chirrían sobre el asfalto al alejarnos a toda velocidad. Me sudan las manos y el corazón me va a mil por hora. Es la primera vez que huyo de la policía. Mi padre me matará si se entera.

Dios, nunca me había sentido tan vivo.

Ella se vuelve, soltando una carcajada que me estremece de la cabeza a los pies. En ese momento, decido que haré cualquier cosa para escuchar ese sonido durante el resto de mi vida.

—¡Que os den! ¡Tanta porra para tan poca democracia!

La miro de reojo mientras conduzco, negando con la cabeza. No es de las que se callan. No obedece. No pasa desapercibida. Y, sin embargo…

Ella suelta un sonoro suspiro. Me está observando con los ojos entornados, sin ocultar su suspicacia.

—De nada por salvarte.

—Uy, principito azul, a mí no me impresionas. Sé que solo lo has hecho porque tienes ganas de echarme un polvo. —Me mira de arriba abajo como si fuera una mierda pegada en su pie—. Vas listo si crees que me acostaré contigo para devolverte el favor.

—Tengo novia.

—Aparca ahí.

Detengo el coche a un lado de la carretera, pero la agarro del brazo antes de que baje. No, no puede irse. Aún no. No sé nada de ella y necesito saciar esta curiosidad que me carcome. Ella fulmina mi mano con esos ojazos castaños, que vuelven a dejarme sin

aliento. Es caótica, libre y peligrosa. Es todo lo que no puedo permitirme tener.

—Quiero volver a verte.

No me importa sonar desesperado mientras me salga con la mía. Nunca había deseado nada tanto.

Mi petición parece confundirla por un momento, hasta que esboza otra sonrisa burlona.

—Acabas de decir que tienes novia.

—Ten una cita conmigo y romperé con ella.

Se zafa con brusquedad. Sus ojos echan chispas. Son de un color miel que no he visto en otra persona: un océano en el que me ahogaría con gusto.

—No seré la causante del dolor de otra mujer, niño de papá.

Abre la puerta del coche y sale antes de que pueda retenerla. Pero ya he decidido que la quiero. No tiene lógica. Saco el Nokia de mi americana y marco el número de Lizzy con el pulso martilleándome en las sienes. No soy impulsivo, pero esto lo hago sin pensar. Mi padre me matará, aunque eso no me impide llamar a mi novia.

—¡Hola, Alexander! ¿Sucede algo?

—Tenemos que romper.

—¿Qué? —Su voz destila confusión—. No entiendo, ¿por qué…?

—He conocido a alguien.

Cuelgo sin esperar su respuesta. No puedo explicarle algo que ni yo logro entender. Porque, ahora mismo, sé que es ella o nadie.

Catherine.

La mujer que ha puesto mi mundo del revés con una sola mirada.

Lo bueno, lo jodido y lo que no le enseñas a nadie

—¿Otra vez tú?

Catherine pone cara de sopor al verme frente a su portal. Su voz suena cansada, seguramente porque ha hecho turno doble en ese bar de mala muerte para pagarse la carrera de Arte. Sí, la he investigado. Tardé poco en averiguar que vive en este barrio de clase obrera, con los típicos edificios de ladrillos rojos de los que mi padre suele burlarse diciendo que están llenos de «muertos de hambre».

Guardo silencio mientras ella busca las llaves en su bandolera. Las sombras bajo sus ojos y sus labios pálidos me dicen todo lo necesario. No quiero que me deje cuidar de ella. *Necesito* que me permita hacerlo.

Hace un mes que empecé a esperarla en la entrada de su edificio. La primera vez, me gritó que llamaría a la policía. Me limité a sonreír. Fue un buen chiste, teniendo en cuenta lo que nos une. Luego, me ignoró.

Hasta hoy.

Se gira hacia mí. Su expresión es el reflejo del agotamiento. No sé si se debe al trabajo o a que debe lidiar conmigo.

—¿Qué tengo que hacer para librarme de ti? —pregunta de mala gana.

—Una cita.

Ella mete la llave en la cerradura. Supongo que me cerrará la puerta en las narices.

—Solo una hora. —Me señala, seria—. Y nada de lugares pijos.

—Una hora está bien. Podemos ir donde tú quieras.

Me evalúa con gesto reticente y asiente como para sí misma.

—Subiré a cambiarme.

La impaciencia me carcome mientras la espero. Sé que solo ha aceptado para que la deje en paz, pero eso basta para que me haga ilusiones. Estoy acostumbrado a saber qué decir y hacer en cada

momento. Se me da bien la gente. Desde que se corrió la voz de que vuelvo a estar soltero, algunas estudiantes de la universidad han intentado flirtear conmigo. No me interesan. Solo tengo ojos para ella.

Catherine tarda menos de diez minutos. No se ha maquillado. Viste unos vaqueros, un suéter con flecos y unas zapatillas desgastadas. El único accesorio son los enormes aros de sus orejas.

No se parece a las jóvenes a las que estoy acostumbrado. Nada de trajes de *tweed*, melenas planchadas y collares de perlas. No huele a Chanel. No tiene una manicura perfecta. Sus manos están manchadas de pintura y se muerde las uñas.

Al verla, siento que soy incapaz de respirar si no la toco. Quiero apartarle los rizos de la cara. Cierro las manos, mortificado por mis propios sentimientos.

¿Qué cojones me pasa?

—Eres preciosa, Catherine.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda contenerlas. Espero su bofetada verbal. Doy por hecho que me gritará que no necesita mi aprobación, que alabar su aspecto es sexista o algo por el estilo.

—Se suele decir: «estás preciosa».

Echa a andar, así que no me queda más remedio que seguirla. La alcanzo en un par de zancadas.

—Si dijera «estás preciosa», significaría que te has esforzado, pero tú no…

Me mira de reojo y frunce el ceño. Tengo la impresión de que me saltará a la yugular dependiendo de lo que diga. Decido ser sincero.

—… no tienes que hacer nada para ser la mujer más guapa que he visto en mi vida.

Catherine deja de caminar tan deprisa. No se detiene por completo, pero sí lo suficiente como para que me choque con su hombro.

—¿Siempre dices lo que crees que las mujeres quieren oír? —Su voz es baja. No suena agresiva, pero sí afilada.

Ahí está: la chica de la manifestación.

—Sí —reconozco—. Pero no sé qué demonios quieres oír, así que

contigo solo digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

Su expresión se relaja. Le tiemblan las pestañas, como si hubiera bajado el escudo por un instante.

—De acuerdo, príncipe azul. Te diré cómo será nuestra cita: no protestarás por el sitio, cada uno pagará su comida y no intentarás besarme.

—No me quejaré del sitio. Te he pedido una cita, y eso significa que quiero pasar tiempo contigo y pienso pagar hasta el último céntimo. Me da igual que creas que soy anticuado, porque me gustas y voy a tratarte como a una reina. ¿Y si intentas besarme tú?

Catherine suelta una risita. No es despectiva, sino más bien cargada de ternura, como si, de repente, le pareciera inofensivo.

—¿Cómo te llamas?

—Alexander.

—Eso no pasará, Alexander.

No tiene ni idea de que me encantan los retos.

***

Catherine me lleva a una hamburguesería cutre, de esas en las que las parejas comparten sus batidos. Miro a mi alrededor, tragándome los comentarios que me vienen a la cabeza. Prometí no quejarme del sitio. Soy un hombre de palabra.

Otra cosa es que tenga ganas de apuñalar a los dos idiotas con los que ella coquetea delante de mis narices. Son compañeros de la universidad. Lo sé porque desde aquí puedo oír cómo se burlan de un profesor. Ni siquiera se ha molestado en presentármelos cuando se ha levantado para saludarlos. Le toca el brazo a uno y le dice algo al oído al otro.

Uno de ellos mira en mi dirección, entrecerrando los ojos. Quiero partirle la cara. La arrastra hacia la gramola y echa una moneda a la máquina. Suena *I´ll Stand by You*, una balada empalagosa. El gilipollas la envuelve por la cintura y la hace dar vueltas por el bar. Noto que una serpiente venenosa me retuerce las tripas. No puedo apartar la vista.

Catherine regresa al cabo de quince minutos, riendo como si no

hubiera pasado nada. La hamburguesa ya está fría. He perdido el apetito. Se sienta enfrente y me sostiene la mirada con un brillo desafiante. Alza los hombros.

—¿Qué?

—¿Ya te has cansado de hacer tonterías para espantarme? —replico sin perder la calma—. Llevo un mes esperando una oportunidad. No me iré. Te aseguro que puedo soportar cualquier cosa.

Se reclina en el asiento, coge una patata y se muerde el labio inferior.

—¿Y tu novia?

—Corté con ella después de conocerte.

La respuesta la deja perpleja. No logra ocultar su sorpresa.

—¿Por qué?

Me apoyo en la mesa, sin apartar la mirada de sus ojos grandes, desconcertados.

—Porque dijiste que no serías la causante del dolor de otra mujer.

—Así que crees que tienes una oportunidad conmigo.

—Sí.

Catherine ladea la cabeza. Ya no sonríe. Ya no juega.

—Escucha, Alexander. Entiendo cómo funcionan los hombres como tú. Quieres vivir una experiencia exótica antes de volver a tu mundo pijo. —Me yergo en mi asiento, dispuesto a rebatirla, pero ella me hace un gesto para que guarde silencio—. Sé perfectamente lo que buscas: la chica revolucionaria. La que grita en las calles, se sube a tu coche descalza y te recuerda que puedes romper las reglas. Una historia que contar antes de sentar la cabeza. La anécdota que compartir con tus nietos para que entiendan que está bien divertirse, pero que al final debes ser un hombre responsable. Pues no. No soy la vía de escape de nadie, y me respeto demasiado para convertirme en el pasatiempo de un niño rico.

Su seguridad es un aguijón a mi orgullo. La palabra «temporal» no es para ella. Eso lo tuve claro desde que la vi sujetar aquella pancarta.

Me echo hacia atrás, apoyando las manos en la mesa, molesto.

¿Un pasatiempo?

¿Una anécdota?

Y una mierda.

—Me parece bien que te respetes. De verdad. Pero ten respeto por los dos. Porque yo no tengo ni un ápice por mí mismo desde que me miraste por primera vez.

Sus ojos parpadean, pero no me detengo.

—Dame la oportunidad de conocerte. Déjame verlo todo: lo bueno, lo jodido, lo que no enseñas a nadie. Pero no me mandes a la mierda sin darme esa opción. Porque, si lo haces, voy a pasar el resto de mi vida pensando en lo que podría haber sucedido si hubiera tenido los cojones de luchar por ti.

A ella se le escapa el aire que estaba conteniendo.

Me doy cuenta de que estoy temblando. Nunca me había sentido tan jodidamente expuesto, como si ella pudiera hacerme pedazos con una sola palabra.

—Siento decirte que te irás en cuanto lo sepas todo de mí —susurra.

—Ojalá.

Catherine esboza una sonrisa dulce.

—¿Quieres bailar?

—Odio bailar.

—A mí me encanta.

Se levanta y me tiende una mano. La acepto a regañadientes, porque sé que solo lo hace porque cree que me negaré. El bar está atestado de gente, pero a ella no le importa. Escoge *More Than Words*, una canción que parece apropiada para ponerme a prueba.

Mis manos se posan en su cintura con torpeza. No sé qué hacer. Tengo un nudo en la garganta y siento que todos los ojos están puestos en nosotros. Odio ser el centro de atención cuando no tengo la situación controlada.

—Eh —dice con suavidad—, mírame a mí.

Inspiro hondo y levanto la cabeza de mis pies, esperando encontrar una mueca burlona. Sin embargo, su sonrisa está llena de ternura. Apoya sus manos encima de las mías, como si quisiera inspirarme confianza.

—Tú solo escucha la música y muévete.

Le piso el pie y me disculpo, avergonzado. Ella le resta importancia y se ríe. Y el sonido de su risa es… Dios, es todo lo que necesito para olvidarme de los idiotas que nos observan, de la bronca que me echó mi padre por romper con Lizzy y de las tardes en las que no pude concentrarme en los estudios porque solo podía pensar en la mujer con la que estoy bailando.

—Lo bueno, lo jodido y lo que no le enseño a nadie, ¿eh? —murmura, rodeándome el cuello.

Su boca me roza la mandíbula. Una oleada de placentero calor se extiende por mi cuello. Mis brazos envuelven su espalda, atrayéndola más hacia mí. No quiero dejarla ir. Si me pide que la suelte, me muero.

—¿Recuerdas cuando te dije que no intentaras besarme? —pregunta con voz ronca.

Trago saliva.

—Sí.

—Y tú me preguntaste qué pasaría si era yo la que intentaba besarte.

—Lo recuerdo.

—Te dije que eso no pasaría…

—Sí.

Se inclina muy despacio, sin apartar la mirada de la mía.

—Te mentí.

Sus labios se posan con delicadeza sobre los míos.

Oh, joder.

Cierro los ojos.

No quiero moverme. Tengo miedo de respirar demasiado fuerte, de hacer algo que pueda alejarla de mí. Como si notara mi indecisión, me da un mordisquito juguetón en el labio inferior. Sus manos se deslizan por mi pecho. Es todo lo que necesito para soltar un gruñido de satisfacción y hundir mi boca en la suya.

Mis dedos se entierran en el pelo de su nuca y me apodero del beso. Sus labios convierten treinta días de agonía en una dulce tortura. Nada me había hecho sentir tan vivo.

Mi lengua se desliza por la suya y a ella se le escapa un ruidito, una especie de gemido de lo más inapropiado. Estamos en mitad de

un bar. Pero me da igual. La cabeza me da vueltas. Lo único que puedo pensar es que su boca encaja a la perfección con la mía y que me las apañaré para que no quiera hacer esto con nadie más.

Esta euforia…

La sensación de sentirme invencible junto a otra persona…

Ella se aparta riendo. Sus ojos están vidriosos y tiene las mejillas sonrojadas.

—No besas mal para ser un niño pijo.

Le aparto el pelo de la cara. Noto que se estremece. Dios mío, me tiene en sus manos. Ni siquiera creo que lo sepa.

Necesito sacarla de aquí, llevarla a un sitio bonito y enterrar mi cara entre sus piernas. Seré jodidamente bueno con ella. Quiero hacer feliz a esta mujer que me obliga a dar vueltas en un antro mientras suena una canción que detesto.

—Alexander —susurra.

El corazón me da un vuelco al oírla decir mi nombre. Quiero regalarle el mundo, porque ella se ha convertido en el mío.

—¿Sí, Cat?

Catherine me sonríe de esa forma que ya sé que me hará perder la cabeza.

—Bésame otra vez.

No me gustas porque seas fácil de querer

Golpeo el libro con el bolígrafo. Soy incapaz de concentrarme. Exhalo con fuerza. Necesito bordar este examen para recuperar la aprobación de mi padre. Aún no me ha perdonado que rompiera con Lizzy. De momento, se limita a castigarme con esa hostil indiferencia suya. Sé por qué aún no ha entrado en cólera. El otro día lo oí hablar por teléfono con mi exsuegro. Le aseguró que volvería con su hija después de que me cansara de estar soltero, pues solo soy un niñato con ganas de echar un par de polvos antes de sentar la cabeza.

No tengo la menor intención de regresar con mi exnovia. No es mi problema si él cree que estoy experimentando una fase pasajera de rebeldía.

—Alexander —mi madre llama a la puerta—, ¿puedo pasar?

Suelto el bolígrafo y me paso una mano por el pelo. Una súbita esperanza me calienta el pecho.

—Sí, mamá.

Ella entra en mi habitación con su corte de pelo perfecto, por encima de los hombros. Nunca ha sido una madre cariñosa, de las que se tiran en la alfombra para jugar con su hijo. Mi niñera cumplía ese rol. Pero es una mujer dialogante, y estoy convencido de que me quiere. A su manera.

—Tu padre y yo estamos preocupados por ti, Alexander —dice, alisándose una inexistente arruga de la falda de su vestido.

—A mi padre lo único que le inquieta es ser incapaz de mangonearme para que me disculpe con Lizzy.

Mi madre aprieta los labios y juega con las perlas de su pulsera.

—Elizabeth y tú hacéis muy buena pareja. Todos nuestros amigos lo dicen.

—No estoy enamorado de ella.

Sus ojos brillan con confusión por un instante. Luego esboza una sonrisa condescendiente, como si estuviera tratando con un crío.

—Nadie te pide que ames a Elizabeth con locura, Alexander. Solo que tengas buen juicio. Puedes divertirte, claro… siempre que nadie lo sepa —dice con tiento.

Hace unas semanas no me habría alterado al escucharla hablar de esa forma de mi futuro, pero ahora se me revuelve el estómago. No sé qué ha pasado con el antiguo Alexander. Si alguien lo ve, que lo salude de mi parte.

—Tu padre y yo entendemos que eres joven —continúa—. Es normal que quieras experimentar antes de dar un paso tan importante. Pero debes entender que eres el heredero de un imperio millonario. La gente espera que el hijo de Harrison Knight se comprometa con una joven de buena cuna. Tu padre ha debido apagar muchos fuegos desde que rompiste con la hija de su socio. Son negocios, Alexander. Pensé que eras más inteligente.

Su reproche no me sorprende, pero eso no impide que duela menos. Una parte de mí sigue anhelando obtener el respeto de mi padre a cualquier precio. La otra, sin embargo, no duda en extender el brazo para coger el móvil cuando suena.

—Alexander —protesta mi madre, irritada.

Ignoro su mirada de reproche y descuelgo al segundo tono. Me pongo de pie al escuchar sus sollozos. De repente, la decepción de mis padres no pesa tanto como la necesidad de llegar hasta la mujer que me necesita al otro lado del teléfono.

—Estaré allí en menos de diez minutos —le prometo antes de colgar.

Cinco si conduzco por encima del límite de velocidad.

—Así que es por una chica —dice mi madre, interponiéndose en mi camino.

La observo con impaciencia. Catherine tiene un problema, y eso significa que todo lo demás puede esperar, incluida esta charla ridícula. No cambiaré de opinión por mucho que lo intente.

—¿En serio, Alexander?

—Mamá…

—No puedes tirar tu futuro por la borda por una chica. Al menos dime que es de buena familia. ¿La conozco? ¿A qué se dedican sus padres? —Mi expresión me delata. Ella suelta un gruñido de

frustración—. Por el amor de Dios, Alexander. ¡No permitiré que lo arruines todo por encapricharte de una don nadie!

—Por favor, aparta.

Mi madre se cruza de brazos. La impaciencia me carcome por dentro. Debe de ver algo en mis ojos, pues enarca una ceja y trastabilla hacia un lado antes de que la atropelle al salir a toda prisa.

Me importa una mierda si no lo entiende.

***

Catherine está sentada en el bordillo, cubriéndose la cara con las manos. Aparco delante de la gasolinera, bajo del coche y fulmino con la mirada al imbécil que se acerca a ella. El dependiente desaparece con el rabo entre las piernas.

Ella levanta la cabeza y me mira con los ojos anegados en lágrimas. Me quedo paralizado al verla tan deshecha. No me considero un hombre protector. Solo me preocupo por mí mismo. O así era, mejor dicho. Le prometí que estaría aquí en diez minutos y he tardado la mitad porque he conducido como un loco.

—Oh, Dios —gimotea, tapándose de nuevo el rostro.

Acorto la distancia que nos separa y me arrodillo delante de ella. No sé cómo consolarla. Esto no se me da bien. Nunca me importaron los sentimientos de mi exnovia. Si metía la pata, solo debía regalarle una joya y enviarle un ramo de flores.

De repente, siento un odio visceral por quien le haya causado este dolor. Pongo las manos en sus rodillas. Ya me encargaré del culpable; solo necesito un nombre. Ella ni siquiera lo sabrá.

—Has venido. —Sus hombros se sacuden mientras solloza con fuerza.

—Estoy aquí, Cat.

—Lo siento. No sabía a quién llamar. Fuiste la primera persona en la que pensé, yo no…

Fui la primera persona.

Mi corazón casi explota de placer.

Mis padres, las dudas, la presión, las expectativas…, todo deja de

importar. Porque ella acudió a mí.

La envuelvo contra mi pecho. Abrazarla se siente natural, como si no fuera la primera vez que lo hago. Pero fue así desde que la conocí, como si siempre hubiera estado destinado a encontrarla.

Catherine rompe a llorar. Le acaricio el pelo y le prometo que todo saldrá bien. No sé qué ha pasado, pero lo solucionaré.

Catherine solloza durante varios minutos. Por fin se calma lo suficiente para explicarme el motivo: un cliente le tocó el culo y ella se encaró con él. Ahora, el capullo de su jefe la ha despedido y se niega a pagarle lo que le debe.

Dos putos hombres muertos. Eso es lo que son.

—Estaba tan enfadada que me equivoqué de camino y perdí el autobús. —Se mira las manos. Odio que se avergüence por algo que no es culpa suya—. No sabía cómo volver a casa y no tenía dinero para pagar un taxi. El empleado de la gasolinera me dejó usar el teléfono. No quería llamarte, pero estaba segura de que vendrías a buscarme. —Levanta la cabeza y esboza una mueca temblorosa—. Sé que eso no habla muy bien de mí, pero…

Levanto su barbilla con dos dedos.

—Quiero que me llames siempre que tengas un problema.

—Y yo quiero ser el tipo de mujer que no necesita recurrir al hombre que quiere acostarse con ella. —Exhala un suspiro tembloroso—. Mierda. Qué vergüenza.

—Claro que quiero acostarme contigo, Cat —reconozco sin pudor —, pero no estoy aquí con la esperanza de bajarte las bragas en tu peor momento, sino porque me muero si te pasa algo.

—Así que quieres bajarme las bragas.

—Desde el día en el que te subiste al capó de mi coche y me llamaste «pijo de mierda».

«Pero también quiero ser el imbécil que te trae sopa cuando estás enferma y se queda dormido contigo viendo películas malas».

Las comisuras de sus labios se elevan en una media sonrisa. Al menos ya no llora.

—No se me da bien pedir ayuda —dice en voz baja. Le tiemblan los brazos y aparta la vista—. Estoy acostumbrada a apañármelas sola. Me he pasado la vida fingiendo que no necesito a nadie. Y me

sale bien, me creo el papel, pero tú… tú jodes el guion.

—¿El guion?

Gira la cabeza y me mira.

—El de no necesitar a nadie.

—¿Quieres que me quede?

Catherine asiente débilmente. Una lágrima rueda por su mejilla. Ella se estremece cuando la seco con el pulgar.

—No quiero que sigas huyendo de lo que ya es tuyo.

Sus ojos se encienden.

—Las personas no somos propiedades ni…

—No me importa. Soy tuyo —la interrumpo con firmeza, cogiéndola del rostro—. Soy tuyo, Cat.

Frunce la nariz y niega con vehemencia.

—No, tú no eres mío. ¡Y yo no soy tuya!

—Deja de tener miedo.

Ella se sobresalta. Acabo de dar en el clavo.

—Es que tú y yo no…

—Ni siquiera tienes que ser mía, cariño. Nunca te encerraré en una jaula. ¿Eso es lo que te asusta? ¿Crees que intentaré cambiarte? —Sacudo la cabeza—. Joder, me vuelves loco precisamente porque no te callas. Y no cambiaría nada de ti, ni un solo pelo de esa cabecita llena de ideas revolucionarias.

—¡No son revolucionarias! —Me empuja con suavidad—. Exigir que las mujeres tengamos los mismos derechos que los hombres no debería ser visto como… —Guarda silencio y pone los ojos en blanco al darse cuenta de que sonrío—. Eres un clasista, Alexander. No entiendo por qué te gusto tanto si tú y yo somos tan…

—¿Tan…?

—¡Diferentes!

—No me gustas porque seas fácil de querer. Me gustas porque, desde que te conozco, no tengo ni puta idea de cómo volver a ser quien era.

Ella me agarra del jersey y estampa su boca contra la mía. El beso que compartimos es hambriento, desesperado. Sus labios guardan el hogar que no sabía que buscaba hasta que la conocí. Al besarla, comprendo que haré cualquier cosa para conservarla a mi

lado.

Hippies Wannabe

—¡Hola! —Se le cae la bandolera al verme—. ¿Qué haces aquí?

No logro descifrar si mi presencia la incomoda. No lo medité demasiado antes de plantarme aquí. He invadido territorio enemigo: la facultad de Arte. Soy un pez fuera del agua, rodeado de pintamonas con rastas, pañuelos palestinos y pantalones bombachos que parecen sacados del armario de Aladdín. Son lo que mi padre llamaría «zarrapastrosos con ínfulas», ataviados con *piercings*, camisetas reivindicativas y el ego por las nubes. Si alguno de estos genios vende un cuadro por más de veinte dólares, prometo colgarlo en mi salón. Al lado del Monet. Y luego prenderle fuego.

Uno me lanza una mirada condescendiente desde detrás de sus gafas redondas. ¿Dónde coño me he metido? Catherine tiene talento, es auténtica. Ella no finge ser otra persona ni observa a los demás como si fuera mejor que ellos. Pero esta panda de perroflautas con olor a incienso destila superioridad moral barata. Y juzgan a los que son diferentes con la misma piedad que le dedica mi madre al mendigo de la puerta de la iglesia en la que se confiesa todos los domingos.

Uno de sus amigos le pasa un brazo por encima de los hombros a Catherine. Sé que solo lo hace para provocarme. A sus colegas no les caigo bien. No me ofendo, el sentimiento es mutuo. Por desgracia para ese mamarracho, soy más listo que él. Quiero partirle los dientes, pero Catherine no volvería a dirigirme la palabra si le reestructuro la cara de un puñetazo. Por eso lo saludo con un asentimiento de cabeza.

—Hola. —Esbozo una sonrisa genuina al mirar a Catherine—. Necesitaba verte.

La expresión de ella se dulcifica. Recoge la bandolera y se aparta de su amigo.

—¿No vienes a la exposición con nosotros? —le pregunta él—. Le prometiste a Elsie que estarías allí.

Catherine vacila un instante. Debería haberla avisado antes de venir. Odio ponerla en un compromiso. Pero, joder, nunca había

necesitado tanto que otra persona me eligiera. Los segundos que ella tarda en decidirse son una larga agonía para mi orgullo.

—La exposición finaliza dentro de tres días —responde—. Seguro que Elsie lo entiende.

El gilipollas y su pandilla no ocultan su desagrado.

—¿En serio pasas de nosotros por ese niño pijo en plena crisis de identidad? ¿Qué es lo siguiente, Catherine? ¿Votar al partido republicano y citar a Adam Smith en tus lienzos?

Ella se sobresalta. Sé que la pulla de su amigo la ha pillado casi tan desprevenida como mi aparición. Doy un paso al frente, pero ella me agarra del brazo. Solo guardo silencio porque puede librar sus propias batallas.

—¿En serio me estás preguntando si pierdo credibilidad por con quién follo? —le lanza Catherine—. Qué progresista por tu parte.

Joder, amo a esta mujer con locura.

—Es el heredero de un imperio que se enriquece a costa del proletariado —contrataca el imbécil—. Tu amiguito lleva la palabra *gentrificación* bordada en los calzoncillos y probablemente tiene un mayordomo que vota por él.

Que conste que no tengo ni puta idea de cómo se llama nuestro mayordomo.

Los demás asienten y Catherine se pone roja de ira.

—Vosotros sois mis amiguitos. —Entrelaza nuestras manos y las levanta—. Él es mi novio.

Hostia, acabo de empalmarme.

Su amigo se larga, a punto de echar espuma por la boca. Me despido de él sacudiendo la otra mano.

—¡Un placer, camarada!

Él se revuelve como si le hubiera escupido en el alma. Dos de sus colegas deben arrastrarlo a la fuerza. Catherine me pellizca el brazo.

—Eres imbécil.

—Y tú estás aquí, así que tu gusto es cuestionable.

Ella niega con la cabeza, suspirando. Tiro de su mano para apartarla de la carretera y le beso la mejilla. Ya me siento mucho mejor.

—Tu actitud no ayuda. Te darían una oportunidad si no los

mirases como si tuvieran piojos.

Estoy convencido de que me pegarían la sarna solo con pasar un minuto encerrado en la misma habitación. No, gracias.

—Lo digo en serio, Alexander. —Me golpea el brazo con fuerza cuando me río—. ¡Eres insoportable!

—Ni siquiera he abierto la boca.

—No hace falta. Tu cara de rancio lo dice todo. Hueles a arrogancia y prejuicios desde lejos.

—Pero me has defendido.

—No necesito a ningún hetero blanco diciéndome con quién debería o no acostarme, como si mi útero fuera parte del sistema patriarcal que tanto veneran.

Su respuesta hace que la quiera aún más.

—No me ha quedado claro si somos novios. El otro día me dijiste que odias las etiquetas.

Catherine frena de golpe.

—¿Por qué has venido?

—Así que ahora escurres el bulto.

—Dime por qué has aparecido en la puerta de mi facultad con cara de necesitar un abrazo y seré sincera contigo.

—He tenido un día de mierda —reconozco de mala gana—. Sabía que me sentiría mejor al verte. Lo último que quería era causar un problema entre tú y tus amigos.

—Fingiré que me lo creo.

—Es verdad. —Una cosa es que no soporte a ese grupito de *hippies wannabe,* y otra distinta es que quiera alejarla de ellos. Me enamoré con locura de una mujer libre y nunca intentaré cambiarla.

Su expresión se dulcifica mientras me acaricia el pecho con el dedo índice.

—¿Has discutido con tu padre?

—Sí, pero no quiero hablar del tema.

Catherine coge mi mano y se la lleva a la boca. Besa mis nudillos sin apartar los ojos de los míos. El gesto me ablanda como un chicle.

—Vale, *novio*. Sabes que nunca te forzaría a hablar de ello. Pero espero que sepas que siempre podrás desahogarte conmigo.

Una sensación cálida se apodera de mi pecho.

—¿Novio?

—Ajá.

Le aparto el pelo de la cara y ahueco las manos en su rostro. Ella sonríe cuando le beso la frente. Es una sonrisa que contiene todo mi universo. Esta mujer, lo que me hace sentir… Maldición, desataría una guerra si alguien intentara apartarla de mi lado.

Que Dios se apiade de aquel que se interponga entre nosotros, porque yo no tendré piedad.

Te voy a amar como si no hubiera otro universo

Alexander

—¡Estate quieto!

Me señala con el pincel cuando muevo el dedo gordo del pie. ¿Cómo carajo lo ha notado? Llevo una hora en esta pose ridícula y mis músculos están entumecidos. Ella dice que la postura realza mis bíceps, pero yo opino que parezco un gilipollas. Uno que haría cualquier cosa por la mujer que lo observa con los ojos entrecerrados frente al caballete.

Su modelo masculino —uno de sus amigos— la dejó tirada en el último minuto. Ahora sus amigos no la incluyen en sus planes con excusas ridículas. Es su manera de castigarla por estar conmigo. Sí, muy progresista por parte de sus camaradas. Catherine finge que no le afecta, pero anoche se escondió para llorar en el baño porque su mejor amiga le pidió que no fuera a su cumpleaños. La idiota dice que Cat genera mal rollo en la pandilla.

A su mejor amiga acaban de despedirla, por cierto. Le aseguré a Catherine que yo no había tenido nada que ver. Por supuesto que soborné al encargado del supermercado en el que trabajaba para que le rescindiera el contrato. Eso es lo que pasa cuando alguien se mete con mi chica.

¿El pintamonas que ha incumplido su promesa de posar para ella? Hay unos tipos que me deben un favor; los llamaré para que le hagan una visita en el taller de su padre. Cualquiera que la hiera pagará las putas consecuencias. No pienso disculparme por proteger a la mujer que amo.

Si no estuviera completamente loco por ella, no habría aceptado que me retratara desnudo. Catherine debe entregar un retrato de un cuerpo masculino para su clase de anatomía. No es fácil convencer a un hombre adulto de que se deje retratar como Dios lo trajo al mundo. Sé lo importante que es para ella mantener una buena nota

media. Por eso me tragué el orgullo… y aquí estoy.

Maldición, no hay nada que no haría por esta mujer. Cada día lo tengo más claro. Nunca había sido tan feliz, ni había estado tan asustado. Darle semejante poder a otra persona es tan embriagador como terrorífico.

Me tiene comiendo de la palma de su mano. A su jodida merced. Porque su expresión radiante bien vale que ignore la vergüenza que me carcome.

Si mi padre supiera lo que estoy haciendo, me desheredaría en el acto.

Pero él nunca comprenderá algo que yo ya he asimilado: el mundo me gusta más cuando ella sonríe.

—Ya puedes moverte, quejica —dice Catherine.

Suelto un gruñido y estiro los brazos. Tengo un pinzamiento en la ingle y un dolor palpitante en el cuello. No me importa. Ella tiene un retrato para su clase de arte. El sufrimiento ha merecido la pena.

—Quiero verlo.

Sus hombros se tensan.

—No sé encajar las críticas.

Es mentira. Catherine es tan perfeccionista que se basta ella sola para desmerecer su trabajo. No soy un fanático del arte, pero criarme con unos padres que coleccionan cuadros me ha dado cierta perspectiva. Mi novia tiene talento.

Observo el lienzo. Catherine pone los ojos en blanco al ver mi sonrisa de arrogancia. Sí, estoy bien dotado. Y ella se ha esmerado para hacerle justicia.

—Lo único que me preocupa es que alguien me reconozca.

—No te he pintado la cara. Es imposible que sepan que eres tú. —Se limpia las manos mientras me lanza una mirada de soslayo—. Aunque tienes un lunar muy característico en el muslo izquierdo. Dada tu predilección por las estudiantes de Arte, quizá alguna te reconozca.

Su tonillo acusador me acaricia el ego. No suele ser celosa. Catherine es segura de sí misma y sabe que no tengo ojos para nadie más. Por eso me gusta tanto que se muestre un poco posesiva.

La abrazo por la cintura y hundo la cara en su cuello. Mis manos se deslizan por su abdomen. Le muerdo el hombro y me golpea con el trapo, pero la risa la traiciona.

—Ahora que lo dices… Me suena haber estado con una que tenía un caballete junto a la cama. ¿O era un perchero? No sé, iba muy borracho.

Ella se sobresalta y el trapo se le escurre de las manos. Gira la cabeza como un látigo y me mira con los ojos desorbitados y la boca entreabierta, como si no pudiera creer lo que acaba de oír.

Uy.

Parece que alguien es más celosa de lo que pensaba.

Sonrío aún más.

—Tranquila, no pintaba ni la mitad de bien que tú. Pero tenía buen pulso para otras cosas.

Le aparto un rizo de la mejilla y me inclino para morderle el lóbulo de la oreja. Ella está paralizada por el estupor.

—¿Sabes? Tal vez también estudiaba Arte. Creo que hacía grabado. O grababa mientras follábamos. No lo recuerdo.

Su codo impacta con tanta fuerza en mi estómago que el aire abandona mis pulmones. Apenas he conseguido recomponerme cuando se gira y me da un empujón que casi me tira de espaldas.

—¡Eh! —protesto, sin poder dejar de reír—. ¿Qué ha pasado con ese rollo del amor libre y no ser propiedad de nadie?

Catherine se ha puesto colorada hasta las pestañas. Le tiemblan los labios, pero no dice nada. Se agacha a recoger el trapo del suelo con las lágrimas asomando.

Un segundo. No puede ser. Ella no…

Joder. La he cagado.

Me pongo serio, acercándome a ella.

—Oye, Cat.

Sus puños impactan en mi pecho. No me queda más remedio que retroceder con los brazos levantados para protegerme. Es más fuerte de lo que aparenta. Y está furiosa, completamente fuera de sí.

—¡Eres un gilipollas! —gime. Y luego me lanza otro golpe, y otro —. ¡Un cabrón arrogante y asqueroso! ¡Conque era la única, ¿eh?! ¡Conque nunca habías conocido a nadie como yo! ¡Pedazo de

mentiroso! ¿A cuántas estudiantes de la facultad de Arte te has tirado? ¿Con cuántas haces lo mismo?

—¡Para! Mierda, ¡para!

No es buena idea que la agarre de las muñecas. Echa la pierna hacia atrás para darme un rodillazo donde sabe que más me va a doler. Soy más rápido y le pongo la zancadilla. Ella suelta un grito al perder el equilibrio, arrastrándome con ella al suelo. Amortiguo su caída para que no se golpee la cabeza.

Es una fiera. No sé qué mosca le ha picado. Su reacción no tiene sentido. Aún no me he atrevido a decirle que la amo; no quería agobiarla. Siempre parece controlar la situación. Huye de las ataduras. Odia que la presionen. Me ha dejado bastante claro que mis sentimientos no son correspondidos.

Ella no me…

Oh, mierda.

La envuelvo entre mis brazos y le beso el pelo. Sus lágrimas humedecen mi pecho. Catherine forcejea, se sacude mientras se le escapan unos sollozos furiosos. Sus golpes dejan de dolerme al comprender lo que sucede. Ya no me defiendo. Al dejar de hacerlo, ella se rinde y esconde la cara en el hueco de mi cuello, rompiendo a llorar.

Esto no es solo rabia.

Es miedo.

Miedo de no ser suficiente, de no ser única, de que todo lo que siente por mí sea una trampa más.

La idea me sacude el pecho. Catherine no teme que la engañe. Teme haber confiado en alguien que no la ve. Que no la elige por encima de todas. Porque cuando baja la guardia… es tan jodidamente vulnerable como yo.

—Te odio, Alexander.

—Claro que no, cariño.

—¡Te odio con toda mi alma! —gimotea.

Pongo las manos en sus mejillas para que no siga ocultándose. Sus ojos vidriosos y llenos de furia encuentran los míos. Pero hay algo más: temor, decepción.

—No seas tonta, Cat.

Inspira temblorosamente. Intenta apartar la vista, pero la tengo bien sujeta. Se muerde el labio con fuerza para contener un puchero. Se lo pellizco con suavidad. El corazón no me cabe dentro del pecho.

—¿Crees que ese es mi estilo? ¿Abordar a estudiantes de Arte en las manifestaciones?

—Dímelo tú.

—Sabes que eres la tercera mujer con la que me acuesto.

—No lo sé —responde, enfurruñada.

Se lo confesé la primera vez que nos acostamos, porque me daba pavor no estar a la altura. Perdí la virginidad a los diecisiete. Fue un polvo mediocre con una compañera del instituto. Luego le fui fiel a Lizzy durante nuestra relación. Y Dios sabe que no habrá nadie más después de Catherine.

—No me gustan las estudiantes de Arte. —Levanto su barbilla con dos dedos—. Solo me gustas tú.

Suelta el aire, aliviada. Entrecierra los ojos. El color de sus mejillas ahora es de vergüenza, no de enfado. Inclina la cabeza contra la palma de mi mano.

—No vuelvas a hacerme sentir una más —sisea.

—Estaba de broma. —Le subo la camiseta por el abdomen. Ya está encima de mí. Y lo único que deseo en el mundo es estar dentro de ella—. No lo pillaste porque te ha cegado el amor. Da miedo, ¿eh? Enamorarse.

Ella da un respingo y se baja la camiseta de un tirón.

—No —balbucea—, no, yo no estoy enamorada. ¡Es demasiado pronto!

Me enternece que intente negarlo. Está asustada. De repente, parece tan perdida, tan frágil…

—Yo también te amo, cariño. —La atraigo hacia mis labios. Se estremece cuando nuestras bocas se rozan—. Te amo desde la primera vez que te vi. Ni siquiera me dirigiste la palabra, y supe que estaba perdido.

—¡No te amo, Alexander!

Presiono mis labios contra los suyos. Un tímido roce basta para que ella responda con rabia, enredando las manos en mi nuca con la

desesperación que nace del amor herido. Me muero por ella. Me muero cada vez que la toco.

—Mira qué bien me haces sentir, amor. —Cojo su mano para llevarla a mi entrepierna—. Solo se pone así de dura contigo.

Catherine se quita la camiseta y el sujetador con prisa, como si compartiéramos la misma urgencia. La ayudo a bajarse los pantalones. Mis dedos tiran de sus bragas, pero ella coge mi mano. Me detengo en el acto. Tiene los ojos vidriosos y las mejillas arreboladas.

—Nunca había sentido esto antes.

Su confesión está llena de un temor honesto, conmovedor.

Tiene la piel de gallina. Joder, está temblando. Le froto los brazos y ella inspira hondo. Es la primera vez que me deja verla por completo. No es la joven fiera y respondona que muestra a los demás ni la mujer alegre y desinhibida que no le teme a nada. Es solo ella. Y está asustada.

—Yo tampoco. —Le acaricio la mejilla—. Me olvidé de todo lo que esperaba de la vida cuando te conocí. Ahora lo único que quiero es construir un futuro contigo.

Noto sus dudas. Me duele que no se fíe de mí, porque no dudaría en arrasar el mundo para protegerla.

—No soy una persona fácil de querer, Alexander.

—Entonces, estamos jodidos. Porque estoy completamente seguro de que no podré amar a nadie más.

Una chispa de esperanza enciende sus ojos miel.

—No me rompas el corazón, por favor.

Apoyo mi frente en la suya.

—Te juro que, si alguna vez lo hago, será porque me lo han arrancado del pecho. —Le doy un beso en la punta de la nariz y ella sonríe—. Para mí, siempre serás tú; en todos los universos posibles. Y si este es el único que tengo… entonces, te voy a amar como si no hubiera otro.

Catherine cae sobre mí. Sus labios se funden con los míos.

No soy tan ingenuo como para pensar que este amor es inofensivo. A veces siento que es una enfermedad, una droga, algo que me consume desde dentro. Y, sin embargo, no quiero curarme.

La he puesto en el centro de mi mundo. No me arrepiento.

Quizá amarla no me convierta en un hombre mejor, pero sí en uno que ardería por ella sin pensarlo dos veces.

Y eso, joder, me hace sentir más vivo que nunca.

Sé que podríamos destruirnos mutuamente. Pero, en este momento, con ella en mis brazos, me siento jodidamente invencible.

Es una sensación demasiado adictiva para soltarla.



Un pobre diablo

—Creo que no ha sido buena idea. Diles que estoy enferma. —Tira de mi mano antes de que crucemos el umbral—. ¿Y si no les caigo bien?

—Imposible. A mí me caes de puta madre, y tengo un gusto exquisito.

—Hablo en serio, Alexander.

—Yo también.

Catherine se señala el pecho. Viste un sencillo jersey de flores bordadas, sus vaqueros favoritos y unas zapatillas con la suela medio suelta, pintadas por ella. Luego entorna los ojos hacia la casa de mis padres: una ostentosa mansión a las afueras de la ciudad. Se cruza de brazos y enarca las cejas.

Claro que no es la novia que mis padres habrían elegido para mí. Nunca intentaría engañarla. La amo precisamente porque no se ha disfrazado para ver a sus suegros. Catherine prefiere que la rechacen por ser ella misma a que la acepten por ser una impostora.

¿Cómo no iba a adorar a esta mujer que admite estar asustada mientras se planta en pleno Gramercy Park con las uñas manchadas de pintura, el pelo suelto y un pin de Angela Davis en el jersey?

Si mi padre intenta atacarla, ella se lo comerá vivo.

Sí, el mismo que intentó convencerme en vano de que rompiera con ella. De nada le sirvieron los chantajes, las advertencias e incluso la prostituta que metió en mi cama y a la que eché a empujones hace tres semanas.

Cat y yo llevamos medio año saliendo. Por eso está aquí. Parece que mi padre por fin ha asumido que lo nuestro no es un capricho. Después de que le gritara que no podía hacer nada para que cortase con Catherine, suspiró con resignación y me ordenó que la invitara a cenar.

Tengo la esperanza de que los conquiste. Mi madre la aceptará si mi padre da su brazo a torcer. Él ya sabe que Catherine proviene de una familia muy humilde y que es una estudiante de Arte becada. Cat nunca se ganará su aprobación, pero quizá sí consiga su

respeto. Su belleza es casi tan impresionante como su mente. Y no hay nada que mi padre valore más que a una persona inteligente. Confío en que eso baste para que no saque a relucir su clasismo de mierda.

—No quiero que vuestra relación empeore por mi culpa. Quizá no deberías presentarnos —continúa, indecisa—. Sabes que no soy una persona que baje la cabeza o guarde silencio para agradar. Me encantaría dar el brazo a torcer por ti, pero entonces me estaría traicionando.

—Bien, plántale cara si te menosprecia. No espero menos de ti.

—Es tu padre.

—Y tú eres mi vida.

Su sonrisa radiante bien merece que me enfrente a mis padres o al mundo entero. Me agarra de la camisa, se pone de puntillas y me besa con dulzura. En sus labios encuentro la determinación para convencerme de que estoy haciendo lo correcto. La estrecho con un solo brazo y llamo al timbre con la mano libre.

—Además de ser la única mujer que puede gritarme y bajarme los pantalones —suelto al apartarme.

—Eres imposible, Alexander. —Niega con la cabeza, intentando contener la risa—. ¿Cómo he podido enamorarme de un tonto tan arrogante y pijo como tú?

Me inclino hacia ella cuando la puerta se abre y le susurro al oído:

—Es porque follo de puta madre, amor.

El mayordomo nos observa con gesto circunspecto. Su expresión no delata que me haya oído, pero los empleados de esta mansión tienen un audición excepcional. Mi padre les premia con un extra para que no pierdan detalle.

Catherine le ofrece una sonrisa educada y me pellizca el brazo.

—Los señores los están esperando en el comedor —anuncia el mayordomo.

Le suda la mano y me mira compungida mientras la guío hacia el interior. Entrelazo nuestros dedos para que sepa que no tiene nada que temer. Estoy a su lado. Harrison Knight no me preocupa. Lo que de verdad me inquieta es lo que seré capaz de hacer si él no la acepta.

***

La cena transcurre con una cortesía forzada, como si el aire estuviera impregnado de una toxina que obliga a mi padre y a Catherine a mantener una conversación civilizada mientras mi madre y yo permanecemos en silencio. El gran Harrison Knight, experto en adquisiciones bursátiles y conseguir que los demás agachen la cabeza, muestra una curiosidad intrigante hacia Catherine. Lo que más me incomoda es que la observa como si fuera una pieza del mobiliario que no encaja. Pero ella no parpadea.

Catherine responde con educación al interrogatorio de mi padre, un hombre que está acostumbrado a desplegar su poder e influencia para amedrentar a todo el mundo. A pesar de su nerviosismo inicial, mi novia mantiene la compostura y sonríe para demostrarle que su clasismo no la afecta.

—Estás becada, ¿verdad? —pregunta él mientras se sirve más vino. Sujeto el cuchillo y le doy un sorbo al agua para bajar el nudo de la garganta—. ¿Qué tipo de arte haces?

—Pinto retratos, principalmente —responde ella con calma—. Me fascinan. Sobre todo los que revelan más de lo que el retratado querría mostrar. Pintar un alma me parece más honesto que cualquier paisaje bonito.

Los ojos de mi padre brillan con un interés genuino.

—El cuerpo miente, pero la cara no —concuerda.

—Aunque a veces un desnudo también me parece bello. Hay una verdad muy pura en retratar el cuerpo de una persona —continúa ella, como si estuviera hablando con un colega de su facultad. Casi me atraganto con el vino. Solo ella sería capaz de sacar el tema delante de mi padre—. Las personas se muestran tal cual son cuando están indefensas, vulnerables.

—¿Y los desnudos masculinos te parecen bellos? —Mi padre enarca una ceja, acusador.

—Solo cuando conozco a quien posa —contesta sin perder la sonrisa.

Él suelta una risita nasal. No parece tan ofendido como intrigado. Si hay algo que le encante, son los desafíos. Está demasiado

acostumbrado a las personas que se doblegan.

Mi madre finge toser. Ella es más de girasoles y pinturas de jarrones, el tipo de arte que puede exhibir en el recibidor sin generar un debate incómodo.

—¿Quieres tener hijos, Catherine? —le pregunta, deseosa de cambiar de tema.

Una sonrisa preciosa se apodera de sus labios. Es como si un rayo de sol le iluminara la expresión.

—Oh, sí —asiente sin dudar—. Soy hija única y siempre quise tener un hermano. Me encantaría ser madre de familia numerosa.

La respuesta parece complacer a mi madre, pero no tanto a mi padre, que se tensa en su silla. Noto una acidez que me sube por la garganta, como si una pastilla efervescente se disolviera en mi estómago. Nunca hemos hablado del tema. Di por hecho que Catherine valoraba tanto su independencia que la maternidad no entraba en sus planes.

—Regresando al tema del arte —interviene de nuevo mi padre—, la belleza es irrelevante. Lo que vende es el poder. —Alza su copa—. Eso es lo que buscan los coleccionistas: poder disfrazado de estética.

—Entonces, es lógico que usted tenga una colección considerable —responde Catherine, y el silencio se hace en la mesa.

Mi madre aparta la vista. Yo me muerdo el carrillo para no soltar una carcajada. Esta mujer, su forma de plantarle cara al cínico de mi padre… Por Dios, estoy tan orgulloso de ella que me cuesta respirar.

—¿Te gustaría verla? —pregunta él, tras unos segundos de tensión contenida—. Tengo piezas que no enseño a cualquiera.

—Por supuesto, señor Knight. Nunca desperdiciaría la oportunidad de apreciar una colección privada tan ostentosa. —Inclina ligeramente la cabeza, con una sonrisa comedida—. Quién sabe, quizá incluso pueda explicarle el significado de alguna pieza. A veces se cuelgan por el precio, no por lo que representan.

Mi padre contrae la mandíbula y, por un instante, temo que la eche a gritos. No logro tranquilizarme cuando se pone en pie y la invita con un gesto. Harrison Knight no es de los que admiten lecciones, y menos de mujeres jóvenes de clase obrera.

Catherine lo acompaña sin dudar. Los sigo con la mirada hasta

que salen del comedor.

—Una joven interesante —admite mi madre—. Entiendo lo que ves en ella.

—¿Te gusta? —Odio que mi voz suene tan desesperada.

Mi madre dobla la servilleta sobre el mantel.

—Esa no es la cuestión, Alexander. Es inteligente, aparentemente brillante y está dispuesta a marcar su territorio sin levantar la voz. Incluso ha impresionado a tu padre, y ambos sabemos que eso no es algo que suceda todos los días —reconoce, cabeceando—. No hace falta que te diga que no es la clase de joven que encajará en nuestro mundo. —Me hace un gesto con la mano antes de que pueda replicar—. Pero eso no es lo que me preocupa.

—¿Y qué es? —pregunto de mala gana.

—Estás perdidamente enamorado de ella. He sido consciente de cómo la mirabas con admiración durante la cena. Tu padre nunca me ha visto con esos ojos.

Me invade la lástima.

—Lo siento por ti.

—No te compadezcas de mí. —Apura su copa de vino de un solo trago—. Supe lo que me esperaba cuando acepté casarme con él. Nuestro matrimonio no se cimentó en falsas mentiras, sino en la promesa de una vida acomodada. —Se limpia las comisuras con la servilleta de tela y vuelve a doblarla—. Estoy preocupada por ti, porque no entiendes que ese amor del que tanto alardeas podría destruirte.

—No tienes ni idea.

—Las relaciones que funcionan son aquellas en las que te aman más de lo que tú amas a la otra persona.

No debería disgustarme su punto de vista. Siempre ha sido una madre distante y una mujer mezquina. No dejaré que sus palabras me afecten. No, hostia. Por eso desconecto de la conversación cuando pasa a hablar de trivialidades. Flores. El *catering*. Cosas inofensivas. Mientras, yo no puedo dejar de darle vueltas a esa visión frívola que tiene del amor. Ella haría cualquier cosa para separarme de Catherine, igual que mi padre. Hablando de él, ya han pasado quince minutos.

La inquietud me oprime el pecho como una piedra de hormigón.

—Voy a ver qué hacen —digo sin esperar respuesta.

Mi madre no intenta detenerme. Solo se sirve más vino.

Los encuentro en el pasillo de la galería, donde están expuestas algunas de las piezas preferidas de mi padre. Pero él no está hablando de arte. La tiene agarrada de la muñeca. El rostro de Catherine está contraído por el dolor.

La bilis me sube por la garganta. Permanezco en el umbral, paralizado por una emoción violenta.

—Puedo transferírtelo esta noche. Dejarías de preocuparte por tus préstamos universitarios. Es una cantidad más que generosa, suficiente para que montes una galería y compres un estudio. Tendrías la vida resuelta.

Catherine lo mira como si él hubiera escupido en el suelo. Sus ojos están llenos de incredulidad y un profundo asco.

—Es usted un hombre despreciable. Yo no me vendo por dinero. Estoy enamorada de su hijo.

Mi padre sonríe con sorna.

—Todos tenemos un precio. Acepta mi oferta antes de que mi hijo se canse de ti. Eres una ilusa si crees que él te elegirá a costa de rechazar la fortuna familiar.

—Si estuviera tan seguro de lo que dice, no intentaría comprarme. —Catherine quiere retroceder, pero él la tiene bien sujeta—. ¡Quíteme la mano de encima!

Mis pies se despegan del mármol. Voy hacia ellos movido por una rabia que no había sentido nunca. Catherine emite un gemido ahogado al verme, pero ya es demasiado tarde. Agarro a mi padre del cuello con tanta fuerza que su rostro palidece. Sus ojos están desorbitados por la conmoción.

—Suéltala —gruño, apretando más. Mi padre obedece, morado por la falta de aire. Pero soy incapaz de hacer mi parte. En vez de empujarlo, siento una satisfacción perversa al ahogar a este pedazo de cabrón que acaba de chantajear a mi novia para que corte conmigo—. ¿Te gusta que te toquen sin tu consentimiento, eh?

Una mano delicada se posa en mi hombro.

—Alexander.

—Espérame fuera, Cat —ordeno, con la vista clavada en el rostro aterrado de mi padre.

—Alexander. —Tira de mi brazo—. No quiero que esto acabe así, por favor.

Su súplica me obliga a soltar a esa escoria con la que comparto la sangre. No es que no pueda partirle el cuello. Lo que nunca me perdonaría es que Catherine se sintiera responsable.

Mi padre respira con esfuerzo, apartándose a trompicones. Me vuelvo hacia Catherine, que tiene los ojos llenos de lágrimas. Acuno su rostro y apoyo mi frente en la suya. Odio más a ese miserable al percatarme de que ella está temblando.

—Quiero hablar a solas con él.

—Alexander…

—No lo tocaré, lo prometo. Espera fuera. —Saco la llave del coche y la pongo en su mano—. Cat, haz lo que te pido.

Ella lanza una mirada indecisa a mi padre. Apenas tarda unos segundos en darse la vuelta y perderse por el pasillo. No duda, porque confía en mí. Nunca le he dado motivos para no hacerlo.

Me vuelvo hacia mi padre en cuanto estoy seguro de que Catherine ha salido de esta maldita casa. Por un instante, siento lástima por el hombre que se apoya en la pared mientras intenta recuperar el aliento. Pero luego me complace ver que retrocede como un animal acorralado cuando doy un paso al frente.

No, no pienso tocarlo. Le he hecho una promesa a Catherine. Aunque el miedo de sus ojos me acaricia el ego. Por una vez, las tornas han cambiado.

—No sé en qué momento dejaste de ser mi hijo… —resuella, intentando erguirse—, pero espero que haya valido la pena.

Chasqueo la lengua. Le quiero partir todos los huesos del puto brazo con el que ha tocado a Catherine. Es una pena que le haya prometido que no le pondré un dedo encima.

—¡Mírate! Un pobre diablo con los pantalones bajados por una…

—Acaba esa frase y te daré un motivo de verdad para odiarme —le advierto con una calma peligrosa.

—Eres una vergüenza.

—Tuve un buen ejemplo. —Me encojo de hombros, con las manos

metidas en los bolsillos—. No la dejaré. Si vuelves a intentar separarnos, te juro por Dios que te mato.

Mi padre se revuelve como un perro rabioso. Le da un manotazo a un jarrón valorado en medio millón de dólares. La pieza se estrella contra el suelo.

—¡Despídete de mi apellido, de esta casa, de tus tarjetas, de tus becas y de tus caprichos! —ruge, escupiendo saliva al hablar—. Si cruzas esa puerta con ella, deja de considerarte mi hijo.

Este es el hombre que siempre he temido: frío, calculador, dispuesto a reducirlo todo a números y amenazas.

Pero ya no soy el mismo.

Ella me ha cambiado.

—Perfecto —respondo con frialdad—. Me llevo lo único que realmente vale la pena. Quédate con el resto.

Salgo a buscarla sin mirar atrás. No hago la maleta. No quiero ni un puto centavo de este miserable. Porque si renunciar a todo es el precio de tener a Catherine, entonces ha salido barato.

No menosprecies mi ambición

—¿Qué haces?

Aparco el coche en el callejón, bajo la ventanilla y arrugo la nariz al inhalar el hedor a orina. Sé lo que debo hacer, pero soy incapaz de soltar el volante. Una cosa es gritarle a mi padre que no quiero su dinero, y otra muy distinta acostumbrarme a ser un don nadie. Porque eso es lo que soy sin su apellido.

Un. Puto. Don. Nadie.

—Me estás asustando —murmura Cat.

Ya no podré darle caprichos. No es que ella los necesite, tampoco los ha querido. Catherine siempre me ha dejado claro que mi dinero es lo que menos le importa. Pero que ella no los quiera no significa que yo no necesite dárselos. La diferencia es que ahora no los pagará mi padre. Nunca volveré a deberle nada.

Algún día, me convertiré en el dueño de esta ciudad.

Haré que mi padre se trague sus palabras.

Eso me obliga a salir del coche; el último lujo que me anclaba a Harrison Knight.

Cat baja antes de que le abra la puerta.

—¿Qué ha pasado, Alexander?

Me pongo una máscara de indiferencia para decirle que mi padre me ha echado de casa. Ella se tapa la boca con una mano. No soporto la lástima que brilla en sus ojos, así que me doy la vuelta, paro delante de un mendigo y echo la llave del Mercedes en su vaso de cartón. El hombre me mira con extrañeza.

—Para ti.

Catherine está perpleja cuando regreso a su lado. Le doy la mano y nos alejamos caminando hacia la parada del autobús. Ella me observa de reojo, con los labios apretados.

—Nunca has subido en autobús.

Encojo un hombro.

—Siempre hay una primera vez para todo. —Me pongo enfermo al pensar en compartir ese espacio con un puñado de obreros sudorosos—. Hoy es el primer día de mi nueva vida.

—De acuerdo, un segundo. Creo que deberías pensarlo bien.

—¿Puedo quedarme en tu casa?

—Sabes que sí —responde sin dudar—. Pero eso no es lo que intento decirte.

—Pagaré el alquiler.

—No tienes trabajo.

—Encontraré uno.

—Alexander…

—¡Catherine! —exclamo fuera de mí. Ella se sobresalta y suelta mi mano. Maldigo para mis adentros. No quería asustarla. Me paso una mano por el pelo e inhalo con fuerza. No tengo un trabajo, un techo ni una mísera maleta. No poseo nada, excepto a ella—. Lo arreglaré, ¿vale? Tengo una carrera universitaria. Estoy acabando un máster. Me lloverán las ofertas.

Ella asiente una sola vez. Estoy a punto de gritarle que tenga fe en mí, pero entonces rodea mi cintura con sus brazos y apoya la mejilla en mi pecho. Me abraza con fuerza, como si quisiera sostener mi mundo en sus brazos. Cierro los ojos y me trago el miedo de un bocado.

—Puedo hacerlo. De verdad. —Odio sonar tan desesperado—. No lo necesito. No le deberé nada a ese cabrón. Cree que es mejor que yo, pero ¿sabes qué? Un día, le compraré su jodida empresa —escupo con los dientes apretados—. Resurgiré. Volveré a la cima. Y, cuando lo haga, lo destruiré. Le quitaré todo lo que tiene y haré que se arrepienta de haberme desheredado.

Catherine se separa un poco, lo justo para mirarme a la cara. No me gusta lo que veo en sus ojos: una emoción censuradora. Un temor que no tiene sentido, porque yo destruiría el mundo si así pudiera salvarla.

—No tendrías que haber renunciado a todo por mí.

—¿Por qué? —replico al instante—. No me arrepiento.

—Porque hablas como él —dice en voz baja.

Sus palabras son como una bofetada. Me aparto con brusquedad, incapaz de disimular que me ha dolido.

—¡No me parezco una mierda a él!

—A tu padre solo le preocupan dos cosas: el poder y el dinero. Y

tú estás aterrado porque acabas de perder ambas.

—¡Y volvería a renunciar a todo con tal de estar contigo! ¿Te parece que mi padre haría algo así?

—No, pero… —Intenta coger mi mano, pero se lo impido—. No tengo dudas de que conseguirás todo lo que te propongas. Eres el hombre más decidido y tenaz que conozco. No te rendiste conmigo. Tú siempre perseveras hasta que te sales con la tuya.

—Lo dices como si fuera malo, joder.

—¡El dinero no podría importarme menos!

—Bueno, pues a mí sí. ¿Qué tiene de malo? Quieres hijos; lo dijiste en la cena. ¿Acaso quieres que nazcan rodeados de pobreza? ¿No te gustaría darles una vida acomodada?

—Preferiría darles el amor y la comprensión que tus padres no te dieron.

—Pueden tener ambas cosas.

—¿De verdad? —duda—. Porque estoy segura de que nunca les faltaría el dinero. No me preocupa en absoluto que no puedas volver a ser millonario. No, Alexander. Estoy convencida de que pisarás a cualquiera que se interponga en tu camino para conseguir lo que quieres. Lo que me preocupa es en lo que podría convertirte la ambición.

Sus palabras me taladran el pecho. Me mira como si yo fuera una bomba a punto de estallar, como si dentro de mí solo hubiera sombras. Y no lo soporto. No soporto que me vea así… cuando ella es lo único que me mantiene en pie. Lo único bueno que me separa del abismo. Lo único que me pertenece.

La agarro de las muñecas con tanta fuerza que suelta un grito. No me importa. No puedo aflojar. Porque si lo hago, se irá. Y, si se va, me quedo sin aire. Sin sentido. Sin nada.

Quiero gritarle que no me mire como si fuera un monstruo, porque cada puta parte de mí la ama. Porque si me convierto en algo terrible, será solo por ella. Por amor. Por necesidad. Porque no sé amar de otro modo.

Me inclino hasta que nuestras bocas se rozan.

—No menosprecies mi ambición, cariño. Me llevó hasta ti. Y, si alguna vez te pierdo, te juro que destruiré el puto mundo hasta

encontrarte. Aunque eso me condene al infierno. Incluso si no queda nada de mí cuando te tenga de vuelta.

Catherine tiembla bajo mis manos. Me mira con los ojos muy abiertos. Suelto sus muñecas, no porque vaya a dejarla escapar —ambos sabemos que no es una opción—, sino porque quiero que elija quedarse.

Está asustada, y una parte de mí lo disfruta. Quiero que sepa la clase de hombre que soy y hasta dónde estoy dispuesto a llegar.

Hay algo más en sus ojos aparte del miedo: un ápice de curiosidad, como si yo fuera el abismo… y, aun así, no pudiera dejar de asomarse.

Traga saliva. Le tiemblan los labios.

Pero no se mueve.

No huye.

Sabe que nuestros finales están unidos. Nos iremos juntos de este mundo y me llevaré por delante a quien sea que intente separarnos.

—Estás enfermo —susurra.

La agarro del pelo y presiono mi boca contra la suya. Catherine se revuelve, me golpea el pecho, sus dientes se clavan en mi labio. Noto un sabor metálico en la punta de la lengua. Suelto un gruñido y la beso con más fuerza, estrechándola contra mi pecho. Ella jadea al lamer mi sangre. Su cuerpo se relaja y deja caer los brazos.

Me inclino hacia atrás y la miro. Ya no hay miedo en sus ojos. Solo un vacío oscuro, familiar, donde reconozco algo que no me atrevo a nombrar.

Su respiración se agita. Sus labios tiemblan. Y luego es ella quien me besa.

Me muerde. Me lame la sangre como si fuera suya. Su cuerpo se ablanda contra el mío, como si supiera que resistirse es inútil. Como si no quisiera hacerlo.

Y en este momento lo sé. Con una certeza que me atraviesa.

No soy el único que está roto.

Ella también me necesita. Nos merecemos. En lo mejor. En lo peor.

Estamos condenados a vivir en el otro.

Nocturne

No fue fácil.

Los primeros meses estuve tentado de arrastrarme a casa de mis padres para suplicar su perdón. Solo me mantuvieron en pie el orgullo y el amor por Catherine. Luego, el odio y la sed de venganza hacia Harrison Knight hicieron el resto.

Nunca subestimes a un hombre herido; el resentimiento es un arma muy poderosa.

Mi padre no se conformó con desheredarme, también convenció a sus socios para que no me dieran una oportunidad y advirtió a sus enemigos de lo que pasaría si lo hacían. Mis antiguos amigos me dieron la espalda por temor a sus represalias. El muy cabrón me cerró las puertas de todas las grandes empresas de la ciudad.

Nadie me dio un voto de confianza.

Si solicitaba una entrevista, me colgaban el teléfono al oír mi apellido.

Un viejo amigo me sugirió empezar de cero en otro sitio. Catherine me aseguró que me seguiría a cualquier parte. Pero, si me iba de la ciudad, él habría ganado. Así que probé suerte desde abajo.

Primero, trabajé en una hamburguesería: aquel cuchitril en el que Cat y yo tuvimos nuestra primera cita.

Lizzy se enteró de mi paradero y apareció con su nuevo juguete a tocarme los cojones. Aquel imbécil me tiró la propina a la cara. Yo le arrojé el orgullo, con el puño. El encargado me despidió en el acto.

Nunca me había sentido tan humillado.

Un amigo de Cat insinuó que el karma me estaba poniendo en mi lugar. Ella lo mandó a la mierda. Yo sospeché que aquel perroflauta tenía razón.

No tenía nada, solo mis manos vacías y una rabia que me mordía por dentro.

Aunque no me rendí. Tenía dos objetivos: darle una buena vida a Catherine y hacer que mi padre se tragara sus palabras.

Él me había educado para ser un buen hombre de negocios. Me

había enseñado todas sus estrategias, así que las utilicé sin piedad mientras aceptaba cualquier empleo basura y ahorraba el noventa por ciento de mi salario. Trabajaba doce horas al día. Al llegar a nuestro minúsculo estudio, caía rendido en la cama. Ella me suplicaba que no trabajara tanto, pero yo no soportaba que vendiera sus cuadros en el mercadillo.

Mi padre no solo me jodió la vida a mí, sino que destruyó el futuro de mi novia. Cat nunca me lo echó en cara. Permaneció a mi lado, soportó mi malhumor y soportó con estoicidad que no la aceptaran en ninguna galería de arte porque mi padre era un conocido mecenas. Se conformó con seguir pintando. Sonreía cada vez que vendía un cuadro por unos míseros dólares. No albergó resentimiento hacia mi padre.

Bueno, yo sentía suficiente odio por los dos.

Y un día tuve una idea. Yo era una hormiga al lado de Harrison Knight. No podía competir contra él en su propio terreno. Así que decidí crear el mío.

Todos tenemos debilidades. Los ricos también. Mi padre despreciaba lo que no pudiera comprarse o controlarse. ¿Y quién conocía a sus socios aparte de él? Bingo.

Estaba destinado a ser su sucesor. Por eso me enseñó todo lo necesario sobre sus socios y sus enemigos. Y me habló de sus vicios.

Los había visto salir por la puerta de atrás con prostitutas de lujo. Los había escuchado en cenas privadas hablar de arte, de literatura, de política, como si fueran intelectuales frustrados. Hombres de familia que soñaban con lugares donde pudieran ser ellos mismos, sin miradas ni reglas. Donde no importara el apellido, sino la experiencia.

Así nació Nocturne.

Poseía algo más valioso que el dinero: información. Y me faltaba una cosa que te impedía alcanzar la cima en el mundo de los negocios: escrúpulos (gracias, papá). Así que llamé a cada nombre de su agenda y los convencí uno por uno de apostar por mí. Y a los que dudaron… les recordé que conocía sus sucios secretitos. A los que temían a Harrison, les prometí anonimato y discreción absoluta.

Alquilé el sótano de una vieja imprenta abandonada en Brooklyn.

Me llevó cuatro años ahorrar el capital suficiente para poner en pie el proyecto. Solo una llave, una contraseña y la promesa de que nadie haría preguntas.

Nocturne. El lugar donde tus peores perversiones no se juzgan, solo se pagan. Y si no puedes pagarlas…, yo sé cómo cobrarlas.

Aquí nadie te critica. Todos están demasiado ocupados tapando su propia mierda.

Catherine no hizo preguntas cuando llegué a casa con la ropa manchada de pintura. Ni tampoco cuando aparecí cada noche a altas horas de la madrugada. Ella despreciaba a los hombres que frecuentarían el club. Le dije que estaba trabajando en algo muy rentable. Le prometí que abriría su propio estudio. Ella me recordaba que no necesitaba el dinero, pero yo quería conseguirlo igualmente.

El arranque fue lento, pero la atmósfera era la adecuada y Roma no se construyó en un día.

Nocturne fue creándose un hueco en Nueva York poco a poco. Los rumores no tardaron en circular entre la élite neoyorquina: «Hay un sitio donde nadie te pregunta quién eres». El primer invitado de renombre fue uno de los socios de mi padre, un homófobo declarado al que le encantaban los hombres afroamericanos. El mismo que me negó una entrevista. No me saludó al entrar. Volvió tres noches después. A la cuarta, trajo a dos amigos. A la quinta, invirtió dinero.

En un año, Nocturne se convirtió en leyenda. En dos, abrí otro local en una antigua iglesia desacralizada. Tres años más tarde, mi nombre vuelve a sonar en la ciudad, esta vez por mérito propio. No como heredero de Harrison Knight, sino como el cabrón que renació sin usar su apellido.

Catherine y yo nos mudamos a un barrio residencial. Ahora vivimos en una bonita casa de dos plantas con un pequeño jardín. Ella pinta en el porche hasta el atardecer. Está embarazada de nuestro primer hijo.

Tenemos una casa bonita.

El negocio es próspero.

Mi padre contactó conmigo por primera vez en seis años. Colgué al oír su voz.

Vamos a ser padres. Nunca tuve instinto paternal, pero, cuando

Catherine me suplicó que le diera un hijo, no pude negarme. Ahora, al ver su barriga abultada, siento un profundo orgullo.

Nos casamos hace un par de meses. Invité a mi madre a la boda por petición de Catherine, pero ella no asistió. Un día después, envío una felicitación y un ramo de flores a nuestra casa. Los tiré a la basura. No leí la tarjeta.

No la necesito. No los echo de menos.

Mi preciosa mujer está pintando en el porche. Observa el lienzo con los ojos entrecerrados, mordisqueando el pincel. Le preparo una taza de té mientras la vigilo sin que sé de cuenta: los pies descalzos manchados de pintura, el peto vaquero, desabrochado a la altura del vientre porque odia la ropa premamá. Los rizos recogidos en dos trenzas. Las mejillas arreboladas y el anillo de compromiso colgado de su cuello. No lo lleva en el anular porque se le hincharon los dedos al sexto mes de embarazo. Ella dice que está horrenda. A mí nunca me había parecido tan guapa.

Sirvo el té en su taza favorita y salgo al porche. La dejo en la mesa auxiliar. Está hablando sola, como si discutiera con el cuadro. Le suele pasar a menudo. Se abstrae con tanta facilidad que ni siquiera es consciente de lo que ocurre a su alrededor. Le doy un toque en el hombro. Ella se vuelve hacia mí, confusa por un instante. Le aparto de la frente un rizo que escapa de una trenza y le rozo la mejilla con los dedos. Su boca se curva en una sonrisa enorme, que le llega hasta los ojos. No hay nada en el mundo que me acelere tanto el corazón como verla sonreírme. Ella acerca mi mano a su vientre.

—¿Lo notas? —pregunta, ilusionada—. Grayson no deja de moverse.

—Es tan testarudo como su mamá.

—Y tan fuerte como su padre.

«Ojalá no se parezca a mí».

El pensamiento desaparece al sentir sus labios cálidos sobre los míos. No seré como mi padre. No tuve instinto paternal, pero eso no significa que no pueda hacerlo bien. Grayson se criará en un hogar donde sus padres se aman y no le faltará de nada.

Sin embargo, siento que algo falla. En las profundidades de mi

alma, albergo la amarga sospecha de que no es suficiente. Por mucho que me esfuerce, nunca lograré cumplir la promesa que me hice a mí mismo: tener tanto poder como Harrison Knight.

Porque cada éxito viene teñido de la certeza de que, en el fondo, nunca dejaré de ser su sombra.

Lo que el mundo le quitó por mi culpa

No debería llegar tan tarde a casa.

Catherine está en su octavo mes de embarazo. No me pierdo ni una sola revisión médica. Incluso la convencí de contratar a una asistenta durante el último trimestre. Ella se mostró reacia, pero claudicó porque la casa es enorme y se siente más cansada y torpe. No sé cómo me las apañaré para que entre en razón después del nacimiento de Grayson. Ahora podemos permitirnos el servicio doméstico, pero a ella le encanta fregar el suelo mientras suena ABBA a todo volumen. Yo no soporto que mueva un dedo en casa, como si todavía viviéramos en aquel cuchitril. Me trae recuerdos amargos.

Aunque lo que de verdad me inquieta no es que insista en hacer las tareas. Es otra cosa.

A veces la encuentro de pie en mitad del pasillo, con la mirada perdida. O hablando con la televisión. O murmurando frases que no van dirigidas a nadie. Dice que habla con el bebé, que le canta para que reconozca su voz. Yo sonrío y la creo. O prefiero creerla.

Sé que se siente sola, y eso me da miedo, pero sobre todo me entristece.

Los amigos que aún conservaba le dieron la espalda cuando inauguré Nocturne. La llamaron hipócrita por casarse con un tipo como yo. Yo considero que son un puñado de inútiles que nos envidian. De cualquier modo, ahora su círculo se reduce a las mujeres de mis socios, con las que no tiene nada en común. Así que sus días se centran en pintar en el porche, tejer ropa para el bebé y leer hasta la madrugada. No tiene con quién hablar, y temo que eso la esté apagando poco a poco.

Catherine siempre ha sido una persona sociable. Frecuentaba tertulias literarias y adoraba caminar por los barrios artísticos. Yo no puedo suplir esa faceta. Ella y yo lo sabemos. Se enamoró de Alexander Knight, no de un compañero universitario con ínfulas de ser el nuevo Dalí. Por eso temo que se sienta enjaulada.

Catherine nunca será feliz como la típica ama de casa dedicada a

su familia. Quizá lo que necesita es recuperar lo que perdió: un estudio, un espacio propio fuera de casa; exponer sus cuadros en una galería decente, ahora que tengo contactos. Puedo hacer que hablen de ella. Que la admiren. Que le devuelvan lo que el mundo le quitó por mi culpa.

La culpabilidad se me clava en el pecho cuando la veo en la cocina, maldiciendo entre nubes de humo. No es una buena cocinera, pero se empeñó en aprender al quedarse embarazada.

—¿Y Patsy? —pregunto con el ceño fruncido.

—Es el cumpleaños de su hija. Me preguntó si podía irse una hora antes. —Aparta el cazo del fuego con un suspiro—. No entiendo qué ha fallado. Seguí su receta al pie de la letra. ¡Me siento tan inútil!

Conque Patsy cree que puede largarse y dejar sola a mi mujer embarazada. Nunca me gustó esa señora. Tendré unas palabras con ella o, mejor, le buscaré sustituta.

—Tengo antojo de *pizza*. ¿La tuya con champiñones?

—¡Qué mentiroso! —Me golpea con el trapo—. Solo lo dices para que me sienta mejor.

—¿Funciona?

Catherine suelta el trapo y extiende los brazos. Pongo una mueca al entender lo que me pide. Ya estamos. Sabe que soy un pésimo bailarín, pero ella no se da por vencida. Sube el volumen de la radio que hay en la encimera. Suena *The Way we Were*.

Mi gozo en un pozo.

—¿En serio, Catherine? ¿Barbra Streisand?

Odio esta canción y a esa petarda con voz de flauta nasal que parece estar en todos lados desde que se inventó el vinilo. Nunca entendí la fascinación. A todas las mujeres que conozco les encanta. También a mi madre.

Catherine ignora mis quejas, rodea mi cuello y me sonríe como si yo fuera el único hombre en la tierra. Y en su mundo. Ese pensamiento me reconforta más de lo que debería.

—Trabajas demasiado.

No suena a reproche, sino a la verdad amarga de una mujer que me espera despierta cada noche.

Me besa la barbilla. La barriga nos impide estar más cerca, pero

ella se aferra como si no quisiera soltarme jamás. Le rozo el lóbulo de la oreja con los dientes, algo que aprendí con el paso de los años que es su debilidad.

—Lo siento, Cat. A última hora siempre surge algo. Intentaré llegar más temprano el próximo día.

—Vale. —Apoya la cabeza en mi hombro. Damos vueltas en el centro de la cocina—. No quiero que seas un padre ausente cuando nazca Grayson.

—Aún falta un mes —digo a modo de excusa—. Ya tenemos todo lo que necesitamos.

Cat levanta la cabeza. Durante un breve momento, hay un destello extraño en sus ojos. Un segundo de desconexión que me pone los vellos de punta. Entonces parpadea. Se aferra a mis brazos. Mira a su alrededor: los electrodomésticos carísimos, el enorme ventanal que da al jardín, la preciosa isla central. Es una cocina de ensueño en una casa de ensueño. Sin embargo, sé lo que piensa antes de que abra la boca.

—Solo os necesito a ti y al bebé.

Acuno su rostro y la beso con delicadeza. Sabe a té de canela. Mis manos vagan por su cuerpo, ese del que ya no se siente tan orgullosa y que yo amo más que el primer día.

—Oh, Dios. —Se aparta con el rostro pálido por la sorpresa—. Ya viene.

—¿Quién?

—¡El bebé!

Está de treinta y dos semanas. Seguramente sea una falsa alarma. Catherine suelta una risita nerviosa. Sigo el recorrido de sus ojos hacia el charco bajo sus pies y entonces me agarro al borde de la encimera.

—Grayson se ha adelantado. —Se acaricia la barriga—. ¿Llamo a un taxi o eres capaz de conducir?

Carajo, nadie llevará a mi mujer al hospital salvo yo. Salgo del trance, venzo el pequeño ataque de pánico y subo a por la bolsa del bebé. Catherine ya me está esperando en la entrada. Luce tranquila, algo expectante.

—Todo saldrá bien —asegura.

—Se supone que eso debo decirlo yo.

Abro la puerta a trompicones y me tropiezo con el escalón. Me sudan las manos. Cat me mira con ternura al ayudarla a bajar.

—No puedes mentirme, Alexander. Estás demasiado asustado por si me pasa algo durante el parto.

La bolsa me resbala de la mano. El miedo me araña la garganta.

—Eso no lo digas ni en broma.

—Vamos, tonto. ¡Tengo ganas de conocer a Grayson!

Sigo a mi mujer hacia el coche. Luego la ayudo a subir y le abrocho el cinturón. Me besa antes de que cierre la puerta. Pegado a sus labios, recuerdo por qué fue tan fácil enamorarme de ella. En este instante, mientras arranco, me hago una promesa: haré lo que sea por hacerla feliz y devolverle la vida que se merece.

Y no dejaré que nada la aleje de mí. Ni siquiera ella misma.

Grayson

No me gustan los hospitales.

El olor a desinfectante. Los semblantes circunspectos de los médicos. Los gritos desesperados al recibir una mala noticia. La necesidad de cubrirte la boca cuando alguien estornuda a tu lado. El miedo.

En esta habitación, sin embargo, nace un pequeño milagro.

Su madre está agotada en la cama, con el rostro bañado en lágrimas y el pelo pegado a la frente. Aprieto su mano para que sepa que todo irá bien. Ha sido muy fuerte, una luchadora. Está asustada. Yo también lo estoy.

El silencio se hace cada vez más pesado. El médico frota la espalda del bebé con firmeza, con movimientos rápidos. Un segundo. Dos. No llora. Catherine ahoga un gemido y me clava las uñas en la palma.

El llanto rompe el aire como un relámpago.

El aire se llena de vida.

Y el mundo cambia.

Es el sonido más maravilloso del mundo. El llanto de nuestro hijo. *Grayson*.

El bebé aún está cubierto de esa capa blanquecina que lo protegía en el útero y de algo de sangre y líquido amniótico. Es diminuto. Parece tan frágil que me aterra respirar cerca de él.

Lo colocan sobre su pecho. Catherine lo acuna como si el universo entero le cupiera en los brazos. Quiero quedarme a vivir en este momento, atesorarlo para siempre.

—Hola, Grayson —susurra, tocándole los deditos—. Soy tu mamá.

Me inclino para estar cerca de ellos. Un nuevo instinto de protección, primitivo y desesperado, anida en mi pecho. Solo nosotros tres. El tres siempre ha sido mi número favorito.

Catherine, Grayson y yo.

Una familia perfecta. No quiero más. No necesito más.

Su cabeza está cubierta de una pelusilla negra. No sabía que los bebés pudieran nacer con tanto pelo. Sonrío al notar el parecido

entre nosotros. De repente, abre los ojos: son del mismo color que los de su madre. Y mi corazón termina de derretirse por completo.

—Es perfecto —dice Catherine, con los ojos empañados—. Alexander, míralo. Lo hemos hecho nosotros. Tú y yo.

Me parece increíble. Lo toco con la punta de los dedos, como si estuviera hecho de cristal. Es suave, tibio, real. Nuestro hijo.

—Hola, campeón —susurro—. Bienvenido.

Y lo digo en serio. Bienvenido a este lugar caótico, cruel, sucio… No es un mundo amable ni justo, pero, cuando miro a mi esposa y a nuestro hijo, sé que ella daría la vida por él. Y yo daría la mía por los dos.

La enfermera le pide permiso para limpiar a Grayson. Ella asiente, agotada. Le beso la cabeza. Le doy la mano. No pierdo de vista a Grayson mientras permanezco al lado de mi esposa.

Es el momento más hermoso y aterrador de mi vida.

Un regalo inesperado

Salgo por primera vez de la habitación tres horas después. Catherine acaba de darle el pecho a Grayson. Tiene antojo de *sushi*. El pescado crudo me da asco, pero ella ha llevado a nuestro hijo ocho meses en su vientre. Lo mínimo que puedo hacer por mi esposa es cruzar la ciudad para comprar *sushi* de su restaurante favorito.

La felicidad es una emoción tan poderosa como extraña. Siento una euforia que me late en las venas, acompañada de una punzada de miedo. Es normal, intento tranquilizarme. Las dos personas más importantes de mi vida están en esa habitación. Lo lógico es que no quiera separarme de ellos, pero no les pasará nada si me ausento unos minutos. Puedo estar de vuelta en menos de media hora si me doy prisa…

—Perdone —me disculpo con una señora a la que casi derribo en mi carrera.

Su bolso de Loewe aterriza a mis pies. Veo las iniciales bordadas al recogerlo. Ella parece tan conmocionada como yo.

—Alexander —susurra.

Siete años no parecen demasiado tiempo en este momento. Nunca me pregunté cómo reaccionaría. Sabía que el resentimiento ganaría al resto de las emociones.

Ahí está: Eleanor Knight. Los años no han pasado por su rostro. Cortesía del bótox.

Ella extiende el brazo hacia mí y doy un paso atrás. Le devuelvo el bolso. Hay una humedad extraña en sus ojos. Nunca la he visto llorar. De repente, la rabia es desplazada por algo más peligroso: la necesidad de proteger a mi familia del cerdo de su marido.

—No puedo creer que hayas venido —escupo con los dientes apretados—. Pensé que te limitarías a enviar una felicitación. Ya sabes, como cuando me casé.

Mi madre parpadea, confusa.

—¿Qué?

Es ridículo que intente hacerse la afectada. Nunca me buscó por miedo a las represalias de mi padre. Podría haber llegado a

entenderla si estuviera realmente enamorada. Pero no lo eligió a él, sino su estilo de vida. Prefirió su apellido y las comodidades antes que apoyar a su propio hijo.

—No tengo tiempo para esto. Quiero regresar con Catherine lo antes posible. Mi hijo no te necesita.

Se lleva una mano temblorosa a la cara. Su mirada se suaviza de una forma que no había visto antes. Parece emocionada, como si la noticia la hubiera pillado por sorpresa y se alegrase de verdad. Recuerdo la conversación que mantuvo con Catherine aquella noche.

—No sabía que soy abuela. —Saca un pañuelo de su bolso y se seca las lágrimas. Miro hacia otro lado, incómodo—. Enhorabuena, Alexander. ¿El bebé está bien?

—Sí. Aunque no es asunto tuyo.

—Hijo…

—¿Hijo? —repito con sorna—. No recuerdo haber tenido madre los últimos siete años. Ni tampoco cuando te supliqué que intercedieras a mi favor para que *mi*… —me muerdo la lengua—, para que tu marido aceptara a mi esposa.

No discute. Solo baja la cabeza. Se mira las manos. No puede decir nada en su defensa. Por un instante, deseo que me mienta. No quiero sentir esta rabia hacia ella. Es un leve momento de debilidad que desaparece en un pestañeo.

—Si no lo sabías, entonces, ¿qué haces aquí?

Solo hay dos motivos por los que ella pisaría un hospital. Y no parece enferma.

Su semblante lloroso se torna circunspecto. Mi madre señala las dos sillas libres que hay al fondo del pasillo.

—Siéntate, Alexander.

—No me apetece.

Me cruzo de brazos. Ella suspira con resignación, guarda el pañuelo en el bolso y comienza a darle vueltas a su anillo de bodas. Me paso una mano por el pelo. Hostia, me está poniendo de los nervios.

—Suéltalo ya. ¿Le ha pasado algo?

—Tu padre acaba de fallecer de un infarto fulminante. Los médicos no han podido hacer nada por él.

Bueno, esta no es la noticia que esperaba recibir el día del nacimiento de mi hijo.

Abro la boca, pero no digo nada.

No me duele. Sinceramente, no sé qué coño siento.

Sí, era mi padre. Y me las hizo pasar muy putas. Una parte de mí sabe que no habría fundado Nocturne si él no me hubiera puesto tantas trabas en el camino. Eso se lo concedo.

Creí que me alegraría cuando muriera, pero no es lo que siento. Al menos, no del todo.

¿Alivio? Tampoco. No puedo competir con un muerto. Siempre seré su sombra.

¿Rabia? Sí, joder. Por todas las afrentas que nunca podré cobrarle.

¿Alegría? No, no del todo. No es tan simple.

Mi madre me observa como si esperara que me viniera abajo. Pero yo no he perdido a mi padre. A ese cabrón lo dejé atrás hace años.

—¿Cómo? —me intereso.

—Estaba en su despacho.

—¿Murió trabajando? Qué sorpresa.

Ni ella intenta reprocharme el comentario ni yo me disculpo.

No soy capaz de soportar el peso de mis emociones. Al final sí necesito sentarme. Mi madre me mira como si deseara tocarme pero no se atreviera. El corazón me late con fuerza.

Está muerto. Al irse, me ha arrebatado el propósito que me empujó a crear Nocturne: la venganza. La necesidad de demostrarle que no lo necesitaba para labrarme mi propio futuro.

—Te lo dejó todo, Alexander. La empresa, las acciones, las propiedades. Todo es tuyo.

Giro la cabeza hacia ella como un látigo.

—Eso es imposible.

—Eres su único heredero.

—No. —Cierro los puños—. Cambió el testamento cuando me echó de casa. Su abogado me envió un burofax.

Mi madre exhala. Su mano se posa en la mía. Doy un respingo.

—No lo hizo. Solo fue una amenaza. Pensó que eso te haría volver a casa. Pero se equivocó.

Trago saliva. Siento que el estómago se me revuelve.

Soy el único heredero de Harrison Knight.

No entiendo nada. No tengo fuerza para apartar la mano, a pesar de que su contacto me mortifica.

Todos estos años anhelé su reconocimiento. Necesitaba que se fijara en mí y admitiera que se sentía orgulloso de mis logros. Y ahora que está muerto me lo da.

—¿Por qué? ¿Por qué no te lo dejó a ti?

—¿Y qué se supone que iba a hacer yo con la empresa? —se burla—. Él sabía que la dejaba en las mejores manos al nombrarte su heredero.

Vuelvo a mirar la puerta por la que he salido hace apenas cinco minutos. Detrás está Catherine. Grayson. Mi familia. Lo único que de verdad es mío.

—No necesito su caridad —mascullo.

—Sabes de sobra que tu padre nunca hacía nada por caridad. Su empresa era su mayor orgullo. Por eso te nombró su heredero. No soportaba la idea de que los accionistas destruyeran su legado.

—Qué práctico por su parte.

—Estaba orgulloso de ti.

La fulmino con la mirada.

—Es cierto —insiste—. Celebraba cada uno de tus logros como si fueran suyos. El día que fundaste Nocturne, me dijo que siempre supo que llegarías muy lejos.

—¿Y por qué no me lo dijo?

—Te llamó una vez y le colgaste.

—¡Porque la última vez que hablamos insultó a mi mujer y me echó de casa! Si estaba tan arrepentido, ¿por qué no me buscó? ¿Por qué no insistió?

—Porque era tan orgulloso como tú —baja la voz.

Le doy la espalda y me froto la cara. Esto no entraba en mis planes. Nunca imaginé que recibiría un centavo de mi padre.

—No renuncies a la herencia solo por orgullo.

Me da la risa. Ella se queda perpleja.

—Si crees que renunciaré a la herencia, no me conoces en absoluto.

—Pensé que…

—¿Qué? ¿Que soy un idiota? ¿Un mártir? ¿Un hombre noble que rechaza una de las mayores fortunas del país en nombre del orgullo? —pregunto con desdén. Ella sigue con la boca abierta. Parece un pez fuera del agua—. No, Eleanor. —Se encoge al oír cómo la llamo. Continúo, impasible—: Ser orgulloso y estúpido son dos cosas muy diferentes.

Me pongo en pie con el ánimo renovado. Ya conoces el dicho: «El muerto, al hoyo y el vivo, al bollo». No tengo tiempo que perder. Ahora, además de ser padre y propietario de un famoso club, soy el hombre más rico de la ciudad. Tengo demasiadas cosas que hacer, y discutir con mi madre no está en mi lista de prioridades.

—Dile a su abogado que lo acepto todo: propiedades, cuentas, acciones. Incluso esa horterada de reloj que no se quitaba nunca.

—Alexander…

—No porque lo necesite. He demostrado que era capaz de sacar a mi familia adelante y labrarme un nombre propio en Nueva York. Lo acepto porque sé que le jodería saber que seré mejor que él. —Me paso la lengua por los dientes superiores. Cierro la mano en un puño. Esbozo una sonrisa confiada—. Llevaré a Knight Luxe Holding a lo más alto. Dentro de diez años, nadie recordará a Harrison Knight.

Su rostro se desencaja.

—Por el amor de Dios, ¿te estás escuchando? Tu padre ha muerto hace apenas cuatro horas. —Se levanta. Hace el amago de tocarme, pero mi expresión tirante la detiene en el acto—. Sé que no teníais la mejor relación, pero pensé que te dolería más. Era tu padre.

—Si tú quieres llorar por un hombre al que no soportabas, allá tú, Eleanor.

—No me llames así. ¡Soy tu madre!

Enarco las cejas.

—¿Sí? ¿Desde cuándo? No recuerdo haberte visto en los últimos siete años. Ni siquiera sabías que mi mujer estaba embarazada.

—Sabes que no podía…

Le hago un gesto con la mano para que se ahorre la excusa.

—Puedes seguir viviendo en la mansión. —Su expresión muestra

un alivio patético. Conque eso era lo que de verdad le preocupaba—. Tendrás una asignación mensual más que generosa para tus gastos.

—¿Cuándo os mudaréis?

—¿Mudarnos? —bufo.

Pongo una mueca. No puede hablar en serio. ¡De verdad cree que nos iremos a vivir a ese palacio de mármol que solo me trae malos recuerdos! No, de eso nada. Por mí, le prendería fuego, pero es la casa familiar.

—Puedes hacer lo que te dé la gana con la casa, excepto venderla. Mi familia y yo no pondremos un pie allí.

Nuestro apellido tiene un gran peso en la ciudad y ahora soy la cara visible del imperio. Debo aparentar que estoy muy unido a mi madre, así que fingiremos ser una familia feliz por el bien de los negocios. Además, Catherine siempre me ha animado a hacer las paces con ella. Mi esposa perdió a su madre hace un par de años. Se siente muy sola, y le encantaría que Grayson tuviera relación con su abuela.

Eleanor Knight solo es una señora inofensiva de la alta sociedad neoyorquina. Mi esposa merece una suegra mejor, pero es lo que hay.

—Yo no te quiero en mi vida. Pero Catherine ansía una abuela para Grayson —reflexiono en voz alta—. Que ella decida si quiere tener relación contigo.

La expresión de mi madre se suaviza. Nunca la vi tan emocionada con la maternidad. En fin. Lo mismo está chocheando por culpa de todo el bótox que se ha pinchado.

—Me encantaría conocer a mi nieto y ayudar a tu esposa con cualquier cosa que necesite.

Entrecierro los ojos. No me fío del todo de ella.

—Si hieres a mi esposa o a mi hijo, pagarás las consecuencias. Aunque seas mi madre.

Su rostro palidece.

—De verdad crees que soy un monstruo —murmura—. Sé que no fui la mejor madre. No fui demasiado cariñosa, pero no supe hacerlo mejor. Yo tampoco tuve una madre que se involucrara en mi crianza. El único ejemplo materno que tuve fue mi niñera. Hice lo que se

esperaba de mí. —Excusas. Blablablá. Más excusas—. Pero nunca fui cruel contigo, y desde luego que jamás les haría daño a mi nuera y a mi nieto.

—Por tu bien, eso espero.

Catherine es madre primeriza y se siente sola. Se emocionará al saber que me he reconciliado con mi madre. Eso es lo único que me impulsa a tomar esta decisión.

Camino de regreso a la habitación. Ella me sigue. Antes de entrar, me detengo.

—Ah, y otra cosa —le advierto.

—¿Sí?

—No le diré nada a Catherine. Hoy no. Este día no le pertenece a él.

Espero que ella asienta. Luego abro la puerta. Catherine está cantándole a Grayson. Mi familia. Mi hogar. Mi futuro.

Y detrás de mí, el mundo que acabo de heredar: un imperio corrupto, más dinero y poder del que cualquier hombre debería tener.

Pero ahora es mío.

Y pienso usarlo.

Nuestra nueva vida

Un año después

No debería llegar tan tarde del trabajo. Pero no puedo evitarlo. La responsabilidad de estar al frente del imperio es enorme. Siempre surgen contratiempos de última hora, reuniones imprevistas y socios a los que debo convencer de no saltar del barco.

Catherine se mostró tan sorprendida como reacia a aceptar nuestra nueva situación. Me costó que diera su brazo a torcer. He de reconocer que la reaparición de mi madre jugó a mi favor. Mi mujer solo cedió porque creyó que había aceptado la herencia por una cuestión de lealtad hacia mi familia.

Una semana después de convertirme en el heredero de Harrison Knight, compré el rascacielos. Al cabo de dos meses, nos mudamos al *penthouse*. Ahora, desde aquí arriba, por fin siento que soy el dueño de la ciudad. Aunque la sombra de mi padre me persiga la mayoría de las noches para recordarme que nunca seré lo bastante bueno.

Lo primero que noto al entrar es el olor a pintura. Las manchas resecas salpican el parqué. No me molesta que Catherine lo deje todo perdido; sé que es feliz pintando. Lo que me cabrea es que la asistenta se marche antes de tiempo, porque eso significa que mi mujer tiene un mal día y necesita estar sola.

Apenas doy tres pasos cuando suena mi móvil. Voy a colgar, pero cambio de opinión al ver quién me llama: Marcus Sterling. Mi mano derecha. Lo más parecido a un amigo. Era el ahijado de mi padre y me echó un cable con la creación de Nocturne. Fue la única persona que no me dio la espalda y apostó por mí. Marcus estaba trabajando en Canadá como vicepresidente de una empresa de telecomunicaciones. Al convertirme en el CEO de Knight Luxe Holding, le ofrecí el puesto de director de Operaciones. Aquel mismo día renunció a su trabajo y regresó a Nueva York.

—Tenemos problemas con Arthur Whitman —dice en cuanto descuelgo.

—Tú sí que sabes cómo alegrarme el día al llegar a casa. —Desabrocho el nudo de la corbata de un tirón—. Confío en que sabrás apretarle las tuercas a ese hijo de puta.

—Lo tengo todo controlado. Solo te pido el visto bueno.

Marcus y yo compartimos las mismas tácticas. Somos dos hombres criados por unos padres que les enseñaron que el tiburón grande siempre se come al pez pequeño sin sentir remordimientos. Por eso no necesito saber qué decisión ha tomado respecto a esa sabandija. Confío en él.

—Ya lo tienes.

—Perfecto. —Siento que sonríe al otro lado de la línea—. El bautizo de Sophie es este sábado. ¿Cuento con vosotros?

Marcus tiene una hija cinco meses menor que Grayson. Nosotros no bautizamos a Grayson. Catherine no es católica, y a mí el Espíritu Santo y compañía no podrían importarme menos, aunque mis padres iban todos los domingos a misa. Pero no puedo faltar al bautizo de la hija de Marcus.

Otra cosa es que no sepa cómo demonios convencer a Catherine. Es la mujer más testaruda que conozco. Nunca hace algo que no le apetezca. Las normas de sociedad y los compromisos le importan un bledo. Cada vez me acompaña a menos eventos. No encaja en este mundo. Tampoco disimula que se aburre en las reuniones. Y no soporta a Marcus. El día que lo conoció, le puso mala cara y me pidió que nunca lo invitara a nuestra casa. Dice que no es de fiar.

—Allí estaremos —aseguro.

No puedo asistir sin mi esposa. Nunca he intentado cambiarla, pero daríamos de qué hablar. No quiero que circulen rumores sobre nuestro matrimonio.

La amo con locura. Le doy todo lo que tengo: amor, dinero y estabilidad. Pero no parece ser suficiente.

Le regalé un estudio para que recobrara su independencia como artista. Lo pisó tres veces antes de decidir que odiaba aquel lugar. Desde entonces, pinta en una habitación de casa.

Contraté a una niñera para que pudiera trabajar. Ella la despidió asegurando que trataba mal a Grayson. Revisé las grabaciones y no encontré nada alarmante. La niñera siempre fue profesional y

cariñosa con nuestro hijo. Pero Catherine insiste en ocuparse de Grayson, algo que a mí me parece extraño, porque mi madre nunca ejerció como tal. Ironías de la vida, ahora pasa mucho tiempo en casa. Resulta que mi esposa solo permite que ella y yo cuidemos de Grayson cuando se siente indispuesta, lo que sucede con frecuencia.

Nunca sé qué encontraré al volver a casa. A veces está pintando hasta altas horas de la madrugada y se niega a ver a nadie. Otras, se vuelca en Grayson y le enseña a dibujar. En ocasiones, tiene la mirada perdida y deambula por los pasillos como un alma en pena.

Dejo el móvil sobre la encimera y me quito la chaqueta. Me desabrocho la camisa. Camino hacia el salón, pero no hay nadie. Ni rastro de Grayson ni de Catherine.

—¿Catherine? —pregunto en voz alta.

Silencio.

Me detengo frente a nuestra habitación y empujo suavemente la puerta.

Vacía.

Las sábanas están revueltas y en la mesita hay una taza a medio beber. El café se ha enfriado. Sobre el tocador, una paleta de colores abierta; los pinceles sucios, en un vaso de cristal. El olor a disolvente me aturde.

—Alexander —responde la voz de mi madre detrás de mí.

Me giro. Mi madre sostiene en brazos a Grayson y lo mece con cuidado. A mí nunca me dedicó tanta atención. Me alegro de que Grayson tenga una abuela que se preocupe por él, aunque eso no hará que la perdone. Me acerco a mi hijo y le aparto el pelo negro de la frente. El pequeño bosteza, dormido. Me apetece cogerlo. Lo echaba de menos. Pero la expresión de Eleanor me devuelve a la realidad: la habitación está vacía.

—¿Dónde está Catherine?

—En el dormitorio de invitados.

Frunzo el ceño. Catherine y yo nunca dormimos separados. Ni siquiera cuando discutimos.

—¿Por qué está ahí?

—No se encontraba bien. Dijo que prefería estar sola. —Hace una pausa—. Lleva toda la mañana encerrada. Cuando entré para

preguntarle si necesitaba algo, me pidió que me llevara al niño. No se sentía capaz de cuidarlo hoy.

—¿Desde esta mañana?

El pánico se refleja en mi voz. Catherine adora a Grayson. A veces se siente indispuesta, pero es incapaz de separarse más de tres horas de nuestro hijo. Un intenso malestar crece en mi pecho. El suelo se tambalea bajo mis pies. Algo va mal.

—Lleva nueve horas encerrada en la habitación —dice mi madre, acomodando la cabecita de Grayson en su hombro—. Dice que se siente mareada. Creo que deberías llevarla al médico.

Estará incubando un virus.

—Llamaré al doctor Sullivan para que venga a revisarla.

—No me refería a ese tipo de médico.

Tardo un segundo en entender y otro más en reaccionar. Se me eriza el vello de la nuca. Me inclino hacia ella, pero bajo la voz para no despertar a mi hijo.

—¿Qué insinúas?

—No quiero alarmarte. Solo digo que… deberías planteártelo. Yo paso mucho tiempo con ella. Al principio, no quise verlo. Pensé que solo estaba triste porque no se estaba acostumbrando a este estilo de vida —dice con pesar, acunando a Grayson—. Pero no es solo eso. Me temo que hay algo más. Parece desconectada. A veces la oigo hablar sola. De repente, llora sin motivo o se queda mirando un punto fijo durante varios minutos. No duerme bien. Apenas come. Se aísla…

Aprieto la mandíbula.

—Siempre te ha molestado que no sea como tú —la acuso con tono afilado—. Ella no es la nuera de tus sueños. Por eso buscas cualquier excusa para desacreditarla.

—No es eso —susurra, con los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces, ¿qué es? ¿Celos? ¿Arrepentimiento por haber sido una madre de mierda? ¿Acaso te molesta que eligiera a alguien con carácter en lugar de a una señora insulsa y sumisa como tú?

—Basta, Alexander.

—Devuélveme a mi hijo.

—No, déjalo. —Ella lo abraza contra su pecho—. Está dormido. Lo

vas a despertar.

—Sé cómo cuidar de mi familia. —Se lo quito de los brazos. El niño gimotea, pero no llega a despertarse. Lo beso en la frente—. ¿Lo ves, joder?

—Alexander, por favor, escúchame. No quiero pelear contigo. Solo quiero ayudar a Catherine.

—No la soportas.

—¡Eso es ridículo!

Grayson rompe a llorar. Le lanzo una mirada asesina.

—Mira lo que has hecho. Ya, ya. Papá está aquí. —Camino por la habitación para calmarlo—. Será mejor que te vayas, Eleanor.

—Sé que solo me llamas así para hacerme daño —responde, apenada—. No te lo tengo en cuenta. Sé la clase de madre que fui. Por eso hago todo lo posible para ser una mejor suegra y abuela. Creo que en el fondo sabes lo que siento por tu esposa. Se ha ganado un hueco en mi corazón. Solo quiero lo mejor para ella y para Grayson.

Sí, se llevan bien. Mi madre es uno de los pocos apoyos de Catherine. Viene todos los días a nuestra casa. Pero eso no significa que la conozca mejor que yo.

—Está cansada, eso es todo. Dejó su carrera por mí. Por Grayson. Renunció a su independencia, a su nombre como artista. Es una persona muy emocional. Eso es todo. Es normal que tenga días malos.

—No es solo un día —dice con suavidad.

Grayson por fin deja de llorar, pero el nudo que hay en mi garganta no se disuelve.

—No te atrevas a llamarla enferma.

—Necesita ayuda. No es culpa suya. —Da un paso firme hacia mí —. Me recuerda demasiado a la hermana de mi madre.

—¿De qué hablas?

—Mi tía tenía una enfermedad men…

—Ni se te ocurra acabar esa frase —la interrumpo, hecho una furia.

Grayson rompe a llorar de nuevo.

—Alexander, escúchame. Mi abuela tampoco quiso ver las señales.

Y, cuando intentó ayudarla, ya era demasiado tarde. Entiendo que tengas miedo. Pero no estás solo. Podría mudarme con vosotros para estar a su lado y…

Suelto una risa áspera. Así que es eso. Piensa utilizar como excusa la depresión de mi esposa para formar parte de mi vida. Fue una madre patética. Ahora, es una persona miserable.

—Sal de mi casa. Ya.

Le doy la espalda para calmar a Grayson, que berrea a pleno pulmón. No seguiré escuchando sus acusaciones. Mi mujer no tiene una maldita enfermedad mental. Solo está triste. Por mi culpa. La ambición me cegaba tanto que me olvidé de su bienestar emocional. He sido un egoísta. No volverá a pasar. A partir de este momento, trabajaré desde casa el cincuenta por ciento del tiempo. No se sentirá sola.

No me tranquilizo hasta que escucho la puerta de la entrada. Al cabo de unos minutos, consigo calmar a mi hijo, que me mira con las mejillas empapadas y rojas.

La luz que se apaga

—Vamos a ver a mamá. Debe echarte mucho de menos, campeón.

Estoy decidido a demostrar que mi madre se equivoca. Catherine no está rota ni enferma. Solo necesita amor y atención, y yo pienso dárselo. Volverá a ser la mujer alegre y reivindicativa que pintaba desnudos y bailaba *Dancing Queen* en el pasillo.

Empujo con cuidado la puerta de la habitación de invitados. Ella está sentada en el suelo, de espaldas a mí, con las rodillas recogidas contra el pecho. Tiene las manos en las orejas. Se las aprieta con fuerza. Su cuerpo se sacude con violencia hacia delante y hacia atrás.

Es como si alguien me arrancara el corazón del pecho.

Esta no es mi esposa.

—Catherine… —susurro.

—Solo quiero que se callen —solloza, balanceándose.

Me tropiezo al dar un paso atrás. Nunca he sentido tanto miedo en toda mi vida. Grayson gimotea. Catherine se espabila de golpe, como si despertara de una pesadilla. Sus ojos se abren de par en par, pero no parece reconocerme al instante. Luego se posan en Grayson y un destello de lucidez le atraviesa el rostro. Sus labios se curvan en una sonrisa inquietante, porque tiene la cara cubierta de lágrimas.

Ella extiende los brazos.

—Dámelo —dice con tono suplicante—. Dámelo, por favor. Es mío.

Algo dentro de mí se rompe. Quiero entregárselo; es su madre. Pero mi instinto me obliga a aferrarlo. Mi obligación es protegerlo.

Catherine parece confusa. Su sonrisa desaparece. Soy incapaz de moverme.

Ella inclina la cabeza al comprender lo que sucede. Se tapa la boca con una mano.

—Oh, Dios mío. —Rompe a llorar—. Nunca le haría daño. Por favor, no me apartes de él.

—Lo sé, lo sé —intento calmarla, completamente destrozado. Es una buena madre. No soporto herir sus sentimientos—. Siéntate,

cariño. Ven, vamos a la cama, ¿vale?

No consigo enmascarar el temblor de mi voz. Ella se incorpora como un fantasma. No puedo ayudarla sin soltar a Grayson. La impotencia me consume. Se tambalea un poco, pero logra sentarse en el borde de la cama. Luego mira a nuestro hijo con un profundo anhelo. Lo coloco en su regazo y ella lo abraza como si fuera oxígeno.

—Mi amor, mi niño… —Le besa la cabeza con desesperación—. Mamá está aquí.

Grayson se acurruca contra su pecho. Se calma de inmediato. Y yo no sé si eso me consuela o me asusta más. No me atrevo a apartarme. Permanezco a su lado, con la mano apoyada en la espalda de Grayson mientras ella le canta con dulzura. Vuelve a ser la madre amorosa y abnegada que daría la vida por nuestro hijo. La mujer de la que estoy profundamente enamorado.

Por fin me relajo. Le beso el pelo, la mejilla, el cuello, mientras le prometo que trabajaré la mitad de la jornada desde casa. Ella me escucha en silencio, abrazando a Grayson.

—Ahora que pasaré más horas aquí, podría cuidar de Grayson. No tenemos que contratar a una niñera ni tampoco depender de mi madre.

Ella me mira confundida.

—Eleanor me cae bien. Es buena con Grayson y conmigo. Quiero que forme parte de nuestra vida. ¿Has discutido con ella?

—No. —Le aparto un rizo de la cara—. Si quieres que siga viniendo, por mí no hay ningún problema. Lo que intento decir es que tendrás más tiempo para pintar. —Ella entrecierra los ojos—. Te hace bien. Siempre dices que pintar te calma. Podrías regresar al estudio. No tienes por qué estar encerrada en casa.

Catherine deja a Grayson con cuidado en la cama, se levanta y, sin decir nada, agarra un carísimo jarrón de porcelana y lo lanza contra la pared.

El estruendo me hiela la sangre.

—¡Odio pintar en ese lugar! —grita, hecha una furia, con los ojos rojos—. ¡Nadie me respeta como artista! ¡Te dije que vendieras ese maldito estudio! ¡No pienso volver a pisarlo!

—No lo entiendo.

Sus manos tiemblan.

—¡No soporto ver cómo un puñado de ricos compran mis cuadros solo para hacerte la pelota a ti! —continúa, caminando en círculos por la habitación—. ¡No quiero exponer más! ¡No quiero que se burlen de mí en sus putas cenas privadas! ¡No soy una artista de verdad! Solo… Solo soy la mujer de Alexander Knight, el hombre más poderoso de esta ciudad. A nadie le importa mi arte. No puedes arreglarlo todo con dinero.

—Nadie se burla de ti.

Doy un paso al frente, pero algo rojo capta mi atención. Se ha cortado la palma con un fragmento del jarrón.

—Mierda, Catherine. —Me acerco enseguida—. Ven, vamos a curarte.

Ella baja la vista. La sangre gotea al suelo.

—Lo siento —susurra—. Perdón. No quería… No sé qué me pasa. Lo siento. ¡Lo siento mucho! No es culpa tuya. No entiendo por qué me siento así.

Pongo un par de almohadas alrededor de Grayson para que no se caiga de la cama. Luego regreso con mi esposa. Le acaricio el rostro húmedo por las lágrimas.

—No pasa nada. Ya está.

Tomo su mano sana con delicadeza para conducirla al baño. Luego le desinfecto la herida mientras ella no deja de temblar como una hoja. No sé qué hacer para traerla de vuelta. Solo quiero que deje de llorar y de mirarme como una niña indefensa y asustada.

¿Dónde está mi Cat? ¿Qué ha pasado con la mujer que se manifestaba descalza y pintaba desnuda mientras cantaba canciones de ABBA?

Me parte el corazón verla así. La rodeo con mis brazos. Beso su frente. Yo la sostendré. No solo porque sea mi deber como su esposo, sino porque no puedo respirar si ella es infeliz. La abrazo mientras le prometo que estaré a su lado, que la amo más que el primer día. Esconde la cara en mi pecho. Se aferra a mi camisa.

—Dime qué puedo hacer —le pido en voz baja—. Lo que sea. Solo dime qué necesitas para estar bien.

Ella se aparta un poco para mirarme, y algo cambia en su expresión.

—Quiero tener otro hijo.

Me quedo inmóvil. No sé si he oído bien.

—¿Qué?

—Otro bebé —repite, casi suplicando—. Un hermano para Grayson. No quiero que sea hijo único, como nosotros. Grayson necesita un hermano. Y yo deseo tener otro hijo. Nada me haría más feliz.

Siento un nudo en la garganta. La lógica me grita que no es buena idea, que no está bien, que esto no va a solucionar nada. Pero la amo. Dios, la amo tanto.

—Vale —decido, y sé que no debería hacerlo solo por ella. Pero soy incapaz de negárselo al ver que su expresión se ilumina—. Tendremos otro hijo.

Ella sonríe por primera vez en semanas.

No es la solución, pero me obligo a creer que tal vez sea suficiente para mantenerla a salvo. Aunque solo sea un poco más.

Zane

Zane nació un día helado de finales de octubre. Escorpio, como su madre.

Tiene el pelo castaño y los ojos color miel de Catherine. Grayson es la mezcla de los dos. Zane, en cambio, es una réplica perfecta de ella.

Sentí un profundo orgullo al ver a Grayson por primera vez. Con Zane fue distinto. Me enamoré al sostenerlo en brazos. Fue inevitable; me recordó a su madre. Luego sentí una inquietud que enterré muy hondo.

Zane es un bebé enorme, más grande de lo que fue Grayson con tres meses. Sé que de mayor será muy alto. Grayson siempre fue tranquilo. Dormía toda la noche. Era fácil cuidar de él. Zane, sin embargo, llora a todas horas. Nunca había conocido a un bebé con una capacidad pulmonar tan impresionante. Nadie consigue calmarlo: ni mi madre ni la señora Pitt —nuestra nueva ama de llaves— ni yo. La única que logra dormirlo es Catherine.

No será porque no lo intento, pero no hay manera. Zane solo se tranquiliza en los brazos de su madre. Ella no se separa de él ni un solo minuto. Aunque mi madre se ofrezca a ayudarla o yo haya cumplido mi promesa de estar más tiempo en casa. A pesar de que la señora Pitt ha demostrado con creces que es digna de nuestra confianza.

No sé qué pensar.

Catherine no ha sufrido ningún episodio desde que se quedó embarazada. Parece feliz, tranquila. Ha vuelto a pintar. Pero siento que el apego que ha desarrollado con nuestro segundo hijo no es sano. Y no sé cómo sacar el tema sin que se ponga a la defensiva.

Supongo que todos los padres tenemos un hijo favorito, aunque esté feo reconocerlo. Yo me vuelco en la educación de Grayson. Es un niño brillante, muy espabilado a sus dos años. Mi mayor orgullo.

—Estas piezas tienen que ir aquí dentro, pero bien puestas, hijo —le explico, señalando la caja de madera—. Fíjate: los círculos juntos, los cuadrados en fila, todos bien rectos. Nada puede quedar

torcido o mezclado. Solo los más listos pueden dejar la caja perfecta.

Grayson asiente. No pestañea mientras observa cómo lo hago. Mi padre nunca jugó conmigo ni me dedicó tiempo de calidad. Yo no pienso cometer el mismo error con mi hijo. Le demostraré que confío en él. Nunca sentirá que no es lo bastante bueno.

Le muestro cómo alineo los cuadrados en una fila exacta, como soldados. Luego coloco los círculos en una curva perfecta. No dejo espacios irregulares entre las piezas. Todo tiene que encajar milimétricamente.

—Quiero que las coloques todas bien alineadas. Mira, campeón; cuando todo está en su lugar, el mundo funciona mejor.

Grayson observa con atención cómo están colocadas las piezas. Le doy un tiempo para que las memorice. Luego las desordeno. Lo dejo jugando en la alfombra y regreso a mi escritorio. Le recuerdo que no puede hacer ruido. Tengo una videollamada importante con unos socios de Hong Kong.

La mayoría de los padres creen que sus hijos son los más listos solo porque balbucean cuatro palabras o señalan lo que quieren comer. Yo no soy tan idiota. Grayson no es un crío del montón. De lo contrario, no me empeñaría en estimular su mente.

Al terminar la reunión, compruebo su progreso. Impresionante para un niño de dos años, sí, pero los círculos no están correctamente alineados. Algún día, mi hijo me agradecerá que sea tan exigente.

—Vamos, tú puedes hacerlo mejor. Inténtalo otra vez —lo animo con tono calmado.

Grayson repite el ejercicio como si fuera un reto. Coge las piezas con sus manitas y las coloca con una precisión quirúrgica. Saca la lengua, concentrado. Eso me hace gracia.

—Casi perfecto, hijo.

Grayson observa las piezas. Arruga la frente. Me levanto y lo despeino con cariño. Él sigue con la vista clavada en un círculo, como si intentara desentrañar un misterio.

—Hora de merendar, campeón.

—Quiero *celeales*.

—Se dice «cereales».

—Ce-re-a-les —repite despacio.

—Muy bien, hijo. Te has ganado los cereales. Vamos a preguntarle a mamá si quiere merendar con nosotros.

—¡Mami y Chane!

—Zane —lo corrijo.

—¡Chane!

—No, campeón. —Lo cojo en brazos. Le toco la nariz—. Tu hermanito se llama Zane. Sabes decirlo bien. ¿Cómo se llama tu hermano?

Grayson lo pronuncia varias veces hasta que lo consigue. Lo miro con orgullo. Él sonríe, complacido.

—¡Mami! —exclama Grayson—. ¡Mami! ¡Cereales!

Catherine está al otro lado de la habitación, pero no responde. Dejo a Grayson en el suelo y le pido que vaya a buscar a su abuela. Inspiro hondo y empujo la puerta con suavidad. Mi esposa está sentada en la mecedora, observando fijamente a Zane, que duerme en la cuna.

No es ella.

No parece ella.

La mirada vacía, las mejillas pálidas…

—Catherine —me acerco a ella—, ¿estás bien?

Al principio creo que no me ha oído, pero sacude la cabeza. Y me mira. Sus ojos están llenos de horror.

—Se parece mucho a mí —dice en voz baja.

—¿Quién? —pregunto, aunque sé que se refiere a Zane.

—Nuestro hijo.

—Lo dices como si fuera algo malo, cariño.

—Porque lo es —responde con pesar, cubriéndose la cara—. Míralo, Alexander. Se parece a mí. Oh, Dios. ¡Se parece tanto a mí! Y yo soy defectuosa.

Mi alma se hace pedazos. Ella se levanta antes de que pueda abrazarla. Se aleja de mí y del bebé al que adoraba hasta hace unos minutos.

—No… No se suponía que debía parecerse tanto a mí. Grayson no es como yo. Pensé que él no… ¿Por qué no es como su hermano? —pregunta, angustiada—. Sé que tú también lo notas.

Me pongo delante de la cuna. No me gusta hacia dónde va esta conversación.

—Catherine, cálmate. A Zane no le pasa nada malo.

—¡No me mientas!

—Solo estás cansada. ¿Por qué no vas a echarte un rato? Yo cuidaré de él.

Se gira hacia la cuna con una mezcla de culpa y temor. Da un paso atrás. Se abraza a sí misma.

—Lo amo. De verdad que sí. Tienes que creerme, por favor.

—Sé que lo amas, cariño.

—Es que yo… —Solloza, bajando la cabeza—. No quiero que sufra como yo. No quiero que esté roto.

—No está roto. —Intento sonreír. Acorto la distancia que nos separa y cojo su mano con delicadeza—. Míralo. Es un bebé sano y fuerte.

Sus ojos asustados se fijan en Zane. Se muerde el labio. Me clava las uñas en la palma de la mano, pero no me quejo.

—¿Y si ya lo lleva dentro?

Un escalofrío recorre mi columna.

—Catherine…

—¿Y si siente el mismo dolor que yo? ¿Y si tiene miedo de su propia mente y no se atreve a decírselo a nadie?

Suelta mi mano. Se deja caer de rodillas junto a la cuna. Sus hombros se sacuden con violencia. Yo también siento que me derrumbo, pero no puedo permitírmelo. Uno de los dos debe permanecer entero. O al menos fingir que lo está.

—Nuestros hijos son un regalo —digo con firmeza—. Ninguno de ellos está condenado.

—No lo entiendes.

Alza la mirada. El dolor que brilla en sus ojos es insoportable.

Le acaricio el rostro. Ella inclina la cabeza contra mi mano.

—Es solo un bebé. Y necesita a su madre.

—Pero yo no soy buena para él ni para Grayson.

—No digas eso.

—Eleanor cree que…

—No escuches a mi madre —me enfurezco—. Eres una buena

madre. Y nuestros hijos te necesitan.

—Creo que no soy buena para ellos. Siento que me pasa algo malo. ¿No lo ves? —Se levanta y sale de la habitación. Zane estalla en llanto en cuanto cruza la puerta. Ella se detiene, indecisa. Se gira, pero no se atreve a entrar—. Lo quiero. Pero a veces lo miro y tengo miedo. Y me odio por eso. Me odio tanto, Alexander… No me gusta vivir dentro de mi cabeza. No lo soporto. Estoy muy cansada.

Catherine rompe a llorar en mis brazos. Mis manos tiemblan, pero me obligo a permanecer firme. Ella no puede notarlo. Seré su ancla, su luz, el hombre que la protege incluso de sus propios demonios. Aunque me cueste todo lo que soy y lo que tengo.

—Es el postparto, cariño. Está bien tener miedo. Está bien estar cansada —le susurro al oído, besándole el cuello—. Eres una buena madre. Cuidaremos juntos de Zane y de Grayson.

—No puedo…

—Y de ti. Yo cuidaré de ti. —Pongo las manos en sus mejillas—. ¿Confías en mí?

Ella solloza, pero asiente. Le beso la nariz y las mejillas húmedas. Zane llora en el interior de la habitación. Cat se tensa como un animal acorralado. La conduzco con delicadeza hacia nuestro dormitorio y busco con la mirada a la señora Pitt. Ella sabe lo que debe hacer sin que se lo pida. Sabrá cuidar de los niños.

Ayudo a mi mujer a acostarse en la cama y enciendo la lampara de la mesita de noche.

—Estoy aquí. Y no me iré —le prometo, apartándole el pelo de la cara. Cojo su mano y la llevo al centro de mi pecho—. ¿Me sientes?

—Sí.

—Eres mi mundo, Cat.

Cierra los ojos. Se acurruca en posición fetal, sin soltar mi mano.

—Te quiero, Alexander.

—Y yo, Cat. Lo eres todo para mí —digo sin dudar, sintiendo el peso de mis palabras más que nunca—. No te soltaré. Estoy aquí para sostenerte cuando tú no puedas hacerlo. No estás sola. Nunca lo estarás mientras yo respire.

Me tumbo a su lado. Ella se da la vuelta y me mira con tristeza.

—No quiero ser una carga para ti. No es justo.

—Tú no me abandonaste cuando no tenía dónde caerme muerto. Siempre confiaste en mí.

—No es lo mismo…

—Y, si crees que no estoy absolutamente prendado de esta mente —pongo un dedo en su sien—, subestimas el amor que siento por ti.

Catherine se ríe con debilidad.

—Nunca he dudado de tu amor, Alexander —apoya la cabeza en mi hombro, suspirando—, pero no sé si lo merezco.

El amor no se merece. Tampoco se pide o se regala. Es un sentimiento intenso, irracional, que no atiende a normas ni plegarias. Nunca pensé que sería capaz de amar a alguien con esta intensidad que me quema las entrañas, hasta que la conocí.

Acaricio su cabello y me repito en silencio: «No estás sola. Nunca lo estarás. Aunque tenga que cargar el mundo sobre mis hombros para que tú puedas descansar».

No quiero más hijos

—¡Por favor!

Niego con la cabeza. Intento mantenerme firme, pero estoy acabado en cuanto me sonríe con picardía, porque haría cualquier cosa para que no perdiera esa sonrisa tan bonita.

Me levanto de mala gana y dejo que me arrastre hacia el centro del salón de baile. El pianista toca una de esas baladas románticas que tanto le gustan. Catherine sabe que odio bailar. Tengo la teoría de que disfruta dejándome en evidencia porque sabe que soy un impostor de cara a la galería. Ella es la única persona con la que bajo la guardia y puedo ser yo mismo.

Pongo cara de sufrimiento. Eso la hace reír más. Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada grave. Todos nos miran.

Catherine no podría desentonar más. Ninguna joya adorna su cuello. Lleva el pelo suelto. Ha escogido unas bailarinas en lugar de los tacones que usan el resto de las mujeres. No se parece en nada a ellas. Es un soplo de aire fresco en un mundo con las ventanas cerradas.

—Perdón —me disculpo al pisarla.

—No importa. —Rodea mi cuello—. Estás bailando conmigo. Eso es lo que cuenta.

—Gracias por acompañarme. Sé que odias estas reuniones.

Su mirada se desvía un instante hacia la pareja que baila cerca de nosotros: Marcus y su esposa. Sus dedos se tensan sobre mi nuca, aunque su expresión permanece impasible. Ya he dejado de insistir. Catherine no soporta a los Sterling. Nunca se hará amiga de la mujer de Marcus. No iremos los cuatro de vacaciones ni vendrán a cenar a casa. Ella los considera unos hipócritas.

—Tú me acompañaste el miércoles pasado a esa exposición de arte —recuerda—. Es lo justo.

Ha estado estable las últimas semanas, así que no dudé en cancelar una reunión cuando me propuso aquel plan. Ya no desperdicio los días buenos dando por sentado que habrá más.

—¿Te apetece dar un paseo de regreso a casa? —sugiero. Le

encanta caminar en esta época del año—. La heladería que te gusta nos pilla de camino.

—Solo hace un par de horas que llegamos.

—Suficiente.

He hecho acto de presencia. Marcus puede encargarse de nuestros socios. Nunca volveré a anteponer el imperio a mi matrimonio.

Catherine se cuelga de mi brazo, deseosa de escapar de esta cárcel de sonrisas falsas y puñaladas por la espalda. Media hora después, soy feliz al verla devorar el helado de fresa, su favorito. La escucho embelesado mientras me habla del cuadro en el que está trabajando.

Ha vuelto a pintar.

No hemos tenido otra conversación sobre Zane. Gracias a Dios.

Ya no se encierra en la habitación ni llora sin motivo aparente.

Solo fue una mala racha; tenía depresión postparto. Mi madre se equivocaba.

Todo ha vuelto a la normalidad. Soy el hombre más poderoso de la ciudad. Tengo una familia perfecta y mi mujer es feliz.

—¿En qué piensas, Alexander? —me pregunta, esquivando un charco.

—Soy muy afortunado, Cat.

Mi respuesta parece complacerla. Le paso un brazo por los hombros para apartarla de la carretera y ocupo su lugar. Mejor así. Sus ojos se llenan de calidez.

—Siempre cuidando de mí —bromea, pero su tono es dulce, agradecido.

La tomo de la mano y le beso los nudillos.

—Siempre, cariño.

***

Al volver a casa, los niños duermen. La señora Pitt nos recibe con su silencio habitual. No sé qué hice bien en esta vida para encontrar a una empleada tan discreta y eficiente. Catherine la adora y solo confía en ella y en mi madre para cuidar de nuestros hijos. Sigue

igual de unida a Zane, pero al menos ya sale de casa algunas horas sin miedo a separarse de él.

—Gracias por todo —le digo a nuestra ama de llaves.

—Es mi trabajo, señor Knight. El pequeño Zane se durmió llorando. Solo se calmó cuando Grayson le cogió la mano. Le gusta cuidar del pequeño.

No me sorprende. Grayson es muy protector con su hermano desde que le dije que debemos ayudar a Catherine, porque ser madre es un trabajo muy duro. Me siento orgulloso de él.

Acompaño a la señora Pitt a la puerta y conecto la alarma antes de regresar al dormitorio. Luego me quito la chaqueta y me desabrocho los primeros botones de la camisa mientras oigo el sonido del agua correr en el baño.

Hace tiempo que no nos duchamos juntos. Los niños están dormidos. ¿Por qué no?

Abro la puerta sin llamar. Escucho un leve crujido, algo metálico, como una tapa de plástico golpeando el mármol. Catherine está de espaldas a mí, inclinada sobre el grifo del lavabo, bebiendo a morro.

—¿Cat? —digo, empujando suavemente la puerta.

Ella se sobresalta. Veo cómo guarda el blíster en el primer cajón antes de girarse. Frunzo el ceño. No sabía que se estaba medicando.

—¿Qué has guardado?

—No es nada. Solo… —Suspira, dándose por vencida. Sabe que la he visto—. Es la píldora.

Me quedo quieto. No tenía ni idea. Utilizo preservativo. No hay motivo para usar otro método anticonceptivo, a menos que…

—¿Desde cuándo la tomas?

—Desde hace una semana.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Cat baja la cabeza, avergonzada.

—Porque no sabía cómo decirte que me aterra volver a quedarme embarazada. Ni siquiera estoy segura de lo que siento. De repente… No lo sé.

—¿No quieres más hijos? —pregunto, perplejo.

No la estoy juzgando. Solo me ha tomado por sorpresa. Ella me confesó durante el embarazo de Zane que su sueño era tener una

familia numerosa.

Catherine juega con uno de sus rizos.

—Sé que no hemos vuelto a hablar del tema. Pero eso no significa que haya olvidado las cosas horribles que dije sobre Zane —admite, desolada—. Me duele recordar que sentí miedo de mi propio hijo. No quiero que se repita. No lo soportaría. Me asusta… —Se aprieta el pecho con una mano—. No quiero que sufráis por mi culpa. Me estoy esforzando mucho. De verdad. Quería que Grayson y Zane tuvieran la familia grande que yo siempre anhelé. Pero otro hijo, ahora mismo, sería demasiado. No quiero fallaros más. No quiero fallarle también a él.

Me entristece que se vea a sí misma de esa forma, aunque sé que ha tomado la decisión más sensata. Y siento un profundo alivio. No solo por ella, sino por mí. Porque con dos ya es suficiente. No sé cuánto más puedo sostener sin romperme.

Me acerco a ella y cojo sus manos temblorosas.

—Una familia de cuatro suena maravillosamente bien —aseguro, apartándole el pelo de la cara—. Tengo todo lo que necesito para ser feliz.

—¿Todo?

—Solo me falta una cosa.

—¿Qué?

Ella pega un grito cuando la cargo sobre mi hombro y la meto en la bañera. Abro el grifo. El agua le moja la frente y suelta una carcajada. Nos besamos mientras desnudamos al otro con torpeza y prisa.

Sí, lo tengo todo.

No puede ser

Entro corriendo en casa y ni me molesto en cerrar la puerta. Es grave; de lo contrario, no me habría llamado.

Una decena de pensamientos cruzan por mi cabeza. Ninguno es agradable. El corazón me retumba en el pecho al entrar en el salón mientras la busco con la mirada, pero no encuentro a mi esposa, sino a la señora Pitt intentando calmar a Zane, que berrea como si estuviera poseído. Grayson está detrás de ella, agarrado al dobladillo de su falda, chupándose el pulgar. Al verme, se saca el dedo de la boca y endereza la postura. Le he explicado que los señoritos no andan desgarbados.

—Hola, papá —me saluda, muy serio.

No tengo fuerzas para sonreírle. Estoy demasiado preocupado. Marcus me ha mirado mal cuando he salido en mitad de la reunión. Me ha importado una mierda. Le dije a nuestra ama de llaves que me llamara al móvil en caso de emergencia. Cuando se gira y veo la marca de los dedos en su mejilla, comprendo que tomé la decisión correcta.

—Grayson, vete a tu habitación —ordeno con tono firme. No debe notar la angustia que me carcome por dentro—. Quiero hablar con la señora Pitt.

Grayson permanece aferrado a su falda un instante. Luego la suelta y se limpia la mano en el pantalón. Le despeino el pelo cuando pasa por mi lado, porque no quiero que piense que estoy enfadado con él.

La señora Pitt acuna con calma a Zane, que sigue llorando a pleno pulmón. El llanto me taladra los oídos. Me dan ganas de romper algo, de coger al bebé y… Me paso una mano por el pelo, horrorizado. Solo tiene seis meses; es un ser inocente. Maldita sea, esta situación me está pasando factura.

—Dámelo —ordeno, extendiendo los brazos.

Necesito dejar de sentir que soy el peor padre del mundo. La señora Pitt me entrega a mi hijo. En cuanto lo abrazo, Zane rompe a llorar con furia, como si percibiera mi inquietud. Lo acuno mientras

doy vueltas por la habitación en un intento por calmarnos a los dos.

—Te ha pegado.

Quiero que lo niegue, que diga que ha sido un malentendido. Sin embargo, el ama de llaves asiente con gesto circunspecto. Cielo santo, ¡Catherine la ha golpeado! Nunca había sido violenta con nadie. Hasta el momento, solo suponía un peligro para ella misma.

Esto lo cambia todo.

—¿Qué ha pasado?

La señora Pitt duda. La animo a hablar con un leve gesto de cabeza. Zane sigue llorando mientras el ama de llaves guarda silencio. Inspiro por la nariz, abrazo a Zane contra mi pecho y la observo con severidad.

—No te despediré, pero necesito saber la verdad.

La señora Pitt vacila un instante antes de hablar.

—Ella se levantó de buen humor. Primero, desayunó con los pequeños y, luego, estuvo enseñando a Grayson a pintar. Después del almuerzo, me pidió que me ocupara de ellos porque quería trabajar en uno de sus cuadros. Entonces la oí gritar… —Baja la cabeza y se mira las manos—. Sé que tengo prohibido entrar en su habitación sin llamar, ya que no le gusta que la molesten mientras pinta, pero me asusté porque pensé que le había pasado algo. —Se muerde el labio, todavía con la vista en las manos—. La señora estaba llorando. Le pregunté si necesitaba ayuda y, como no reaccionaba, le toqué el hombro. Entonces se asustó y me dio una bofetada.

—¿La estás justificando porque crees que te echaré?

—No, señor —asegura. Sus ojos están llenos de una compasión insoportable que me enfurece—. La señora Catherine siempre es buena y amable conmigo. Estaba aterrada, como si no me hubiera reconocido. Se echó a llorar en cuanto se dio cuenta de lo que había hecho, me pidió disculpas y dijo que necesitaba estar sola. No quería molestarlo, pero después oí un estruendo en su habitación. Creo que estaba rompiendo cosas.

—Has hecho bien en llamarme. —Mi voz suena diferente, como si no me perteneciera—. No hables con nadie de lo sucedido. Ni siquiera con mi madre.

Ella asiente.

—Por supuesto, señor.

No consigo calmar a Zane, así que lo dejo en la cuna con una impotencia creciente. No puedo ocuparme de mi hijo sin ver, una y otra vez, la marca de los dedos de Catherine en la mejilla de nuestra empleada.

¡Por todos los dioses!

Ella estaba bien; parecía dichosa, calmada, contenta. ¿Qué demonios ha pasado?

—Haz que se calle, por favor —le ruego, agotado.

La señora Pitt saca un sonajero de su delantal y va hacia la cuna. Ahora mismo no soporto el llanto de mi hijo sin sentir que el mundo se me viene encima. Recuerdo la conversación que tuve con mi madre. No, no debo pensar en eso.

Catherine.

Lo único que de verdad importa es mi esposa. Me dirijo a la habitación con el alma hecha pedazos, porque no sé lo que me encontraré al otro lado de la puerta.

No me duele que haya golpeado a una empleada. Si fuera un buen hombre, me sentiría horrorizado. Pero me crie con un padre que se desquitaba torturando al servicio. Aunque nunca seguí su ejemplo, tampoco le paré los pies. Lo que en realidad me preocupa es que Catherine jamás le levantaría la mano conscientemente a la señora Pitt. Mi mujer es una persona gentil y humilde, alguien que trata a los empleados como si fueran de la familia.

No, no me inquieta que le diera una bofetada. Lo que me asusta es que la persona que golpeó a nuestra ama de llaves no era mi esposa.

Es una extraña.

La mujer que está sentada en el suelo, con las piernas dobladas contra el pecho y los ojos rojos no es mi Catherine.

La mujer que se balancea hacia delante y hacia atrás, como si intentara calmarse, no es mi Catherine.

La mujer que le habla a la pared mientras traza círculos en el suelo con el dedo índice no es mi Catherine.

La mujer que se ríe y llora al mismo tiempo, que se cubre los

oídos como si quisiera apagar un ruido insoportable que solo ella escucha, no… es… Catherine.

No puedo moverme; me duele hasta respirar y tengo las piernas entumecidas. La observo, desolado. Daría lo que fuera por traerla de vuelta y renunciaría sin pestañear a todo mi imperio con tal de pasar un solo minuto más con mi esposa en aquella bañera.

—Catherine… —susurro.

Entonces me fijo en el test de embarazo que tiene entre los dedos, apretado como si fuera un salvavidas y, al mismo tiempo, una amenaza.

No. No. No.

Ahora no. No puedo hacerlo de nuevo.

Me derrumbo a sus pies. Ella no se inmuta. Solo permanece ahí, con la vista fija en la pared y las pupilas dilatadas, inmóvil como una estatua.

Dos putas rayas. Hay dos rayas.

Me tapo la cara. Niego con incredulidad, como si eso pudiera borrar el resultado de la pantalla. No entiendo cómo carajo ha pasado. Usábamos doble método anticonceptivo, excepto hace cuatro semanas. Aquel día celebramos nuestro aniversario, bebimos demasiado y no usé preservativo, pero no me preocupé porque ella toma la píldora…

La zarandeo con violencia.

—Me mentiste, joder.

Ella parpadea, desorientada, como si no supiera dónde está. Me odio por hacerle daño y la odio por hacernos esto.

—Lo siento —balbucea con la voz hecha trizas—. Olvidé tomarla. Lo intenté. Pero… me olvidé. Me olvido de muchas cosas últimamente. A veces, creo que lo hice, y luego… no estoy segura.

—¿Qué quieres decir con que olvidaste tomar la píldora? —pregunto, mareado—. Te pusiste una alarma y yo te lo recordaba cada mañana.

Parece confusa. Se abraza las rodillas contra el pecho y se rasca los brazos con ansiedad.

—No lo sé. —Se balancea hacia delante y hacia atrás—. No lo sé.

—¿No lo sabes? Cat, por el amor de Dios.

—Quería tomarla. Sé que quería. Pero…

—¿Te la tomaste o no? —Le sujeto la cara. Ella intenta apartarse —. Si querías hacerlo, ¿por qué no lo hiciste?

—Yo no…, no lo sé. No lo recuerdo.

—Te suplico que hagas memoria.

Me da un empujón. Gatea lejos de mí, con la respiración acelerada.

—¡No lo sé! —grita con voz estrangulada—. ¡No recuerdo cuántos días! Yo quería, lo juro. Pero a veces ella toma el control y me obliga a hacer cosas de las que me arrepiento. Y no puedo detenerla. No puedo. No puedo. ¡No puedo!

—¿Quién? ¿Quién toma el control?

—¡La mujer que pegó a la señora Pitt! ¡Esa! La que grita y rompe cosas. ¡La que me susurra que me calle! La que me mira desde el espejo y se ríe cuando lloro. No soy yo. No soy yo, Alexander. Tienes que creerme.

—Cariño…

—¡No me mires como si estuviera loca! —Se lleva las manos a la cabeza y se araña el cuero cabelludo con desesperación—. ¡No soy una puta loca! Solo… Solo estoy cansada. Muy cansada.

No tengo palabras. Las lágrimas me arden en la garganta y la culpa me muerde por dentro. Me destroza verla así.

—Aún podemos arreglarlo. —Catherine se gira de golpe—. Si no estás preparada…

—¡No! —me interrumpe, fuera de sí—. Me prometí que no volvería a pasar, pero estoy embarazada y no puedo abortar. Porque si renuncio a este bebé…, una parte de mí se irá. Y yo no… Yo no soy nada si no logro proteger a mis hijos. ¿No lo entiendes? ¡Ellos son mi razón de vivir! Y si tú, o cualquier otra persona, intenta hacerles daño…

Se abraza el vientre, como hacía cuando estaba embarazada de Grayson y luego de Zane. Entonces lo comprendo: no lograré que cambie de opinión. Así que no tengo más remedio que sentarme junto a ella y rodearla con los brazos, a pesar de que una parte de mí ansía huir.

—No te obligaré a hacer algo que no quieras —le prometo—. No

estás sola.

—Necesito creer que hay algo en mí que no está roto. —Alza la vista hacia mí—. Si no salvo a este bebé…, confirmaré que lo estoy. Que todo lo que toco se convierte en algo que hay que arreglar. Y yo no quiero que nadie más me arregle. Solo quiero ser una buena madre. No me quites eso. Solo quiero… no fallarles otra vez.

No logro encontrar mi voz. Tal vez sea mejor así. Porque una parte de mí —pequeña, inconfesable y cruel— desearía que este hijo no existiera. Porque entonces, tal vez, Catherine seguiría siendo mía, y no de su enfermedad.

No de esa cosa diminuta que crece en su interior. Que respira gracias a ella, decide por ella y ha llegado para arrebatármela. Y lo odio por ello. Aunque lleve mi sangre.

River

River no fue deseado. Y, aunque me odie por pensarlo, nunca debió haber nacido.

Aun así, albergué la esperanza de que Catherine se estabilizara durante el embarazo, dada su férrea determinación de tener al bebé. Pero, durante los nueve meses de gestación, Catherine se mostró ausente, en un lugar al que ni nuestros hijos ni yo podíamos acceder.

No fue un embarazo como el de Grayson o el de Zane. Sí, hubo días en los que parecía ilusionada —me hablaba del nombre, de los colores para su cuarto—, pero la mayor parte del tiempo se encerraba para pintar y no salía durante horas. A veces, ni siquiera recordaba haber comido. No estaba ahí, no conmigo. En otros momentos, la veía acariciarse el vientre con una sonrisa desorientada, como si intentara entender qué era eso que crecía dentro de ella. Entonces sabía que no era ella; era la otra: la que no llora cuando sangra, la que se ríe cuando grita, la mujer del espejo.

No quise creerlo. Ignoré a mi madre. La llevé al médico pensando que sería otra crisis de ansiedad, una mala racha más. El psiquiatra, en cambio, habló de esquizofrenia. Dijo que la vida que llevaba, su pérdida de identidad como artista y su aislamiento habían acelerado un diagnóstico inevitable. Salí de la consulta hecho una furia.

No estaba preparado para aceptar que la mujer que amaba no volvería a ser la misma. Si no era su dueña, tampoco me pertenecía.

No podía pelear contra un monstruo invisible. El dinero no compraría una solución. El amor tampoco podía curarla.

River nació una semana antes de lo previsto. Catherine no lo miró. Ni siquiera preguntó si estaba bien. Se limitó a girar la cara hacia la pared y murmuró que quería dormir. A diferencia de sus hermanos, River llegó al mundo sin que nadie lo esperara.

Catherine solo estaba cansada.

Yo no sentí orgullo, solo alivio de que no hubiera muerto y rabia por no poder desear que sí lo hubiera hecho.

Hubo algunos momentos en los que creí que Cat volvía a ser una

madre amorosa y abnegada. En aquellos preciosos instantes, ella se quedaba un rato con él en brazos, le hablaba en voz baja, le sonreía… Pero, en cuanto el bebé lloraba, Catherine se transformaba en una extraña. Su actitud cambiaba. Se tensaba y me gritaba que le quitara a River de encima.

Yo debería haber sentido amor por mi hijo, ese instinto de protección que me nació desde el primer momento que sostuve en brazos a sus hermanos. Me gustaría decir que me volqué en darle todo el amor que Catherine no pudo brindarle por culpa de su enfermedad. Ella no era una mala madre, solo estaba enferma. Sin embargo, cada vez que intentaba cuidar de mi hijo, acababa recurriendo a mi madre o a la señora Pitt. Apenas soportaba mirar a aquel bebé diminuto que nació con una sonrisa, completamente ajeno al hecho de que su llegada había derrumbado nuestro mundo.

¿Cómo iba a amar al culpable de que mi mujer se hubiera terminado de romper?

Un buen hombre nunca pensaría algo tan horrible de su hijo. Y ser consciente de ello me enfurecía aún más, porque por más que lo intentaba, era incapaz de cambiar.

Ahora Catherine se encierra a pintar en su habitación mientras yo paso la mayor parte del tiempo en la oficina. Porque no soporto regresar a casa y descubrir que tiene otro mal día.

Grayson se endereza al verme entrar en la cocina. Le sonrío con cansancio. El pequeño Zane está sentado en la trona. Lanza el bol de zanahorias con furia. Odia las zanahorias. Una aterriza en el plato de Grayson. Mi hijo arruga la nariz y se echa hacia atrás, asqueado. El pequeño Grayson no soporta que la comida se mezcle en su plato.

—No llores, hermanito —le dice Grayson. Luego le da el sonajero —. Pórtate bien, Zane. A mamá le duele la cabeza cuando lloras.

Zane agarra el sonajero y aplaude. Grayson se limpia las manos con la servilleta. Mierda, cada día es más maniático y responsable. No sé cómo sentirme al respecto.

Mi madre está dándole el biberón a River mientras la señora Pitt prepara una hornada de galletas. Niego con la cabeza cuando me ofrece al pequeño. Ella no disimula su disgusto. Nunca me había sentido tan miserable.

Su desaprobación me obliga a reaccionar. No me reconozco; no quiero ser un mal padre. No quiero parecerme a las personas que me criaron. Si ella ha logrado ser una buena abuela, yo también puedo esforzarme. Por eso extiendo los brazos para coger a mi hijo, y ella me lo entrega con una sonrisa tibia.

—Hola, River. —Le doy el biberón. El pequeño bebe con avidez—. Muy bien, pequeño.

—Quiero comentarte algo —dice mi madre. Se da cuenta de que Grayson levanta la cabeza de su tazón de cereales y la mira sin pestañear. Mi madre le acaricia el pelo, y él se aparta, contrariado—. Será mejor que hablemos en privado.

Grayson es un niño muy observador, demasiado para su edad. Aunque ¿acaso no era eso lo que quería?

Acompaño a mi madre fuera de la cocina. River se siente extraño en mis brazos. Ignoro la sensación incómoda que me retuerce el estómago. Es mi hijo. Tiene mi pelo y los ojos de Catherine. Debo quererlo.

—¿Qué pasa? —pregunto, yendo directo al grano.

Nuestra relación es cordialmente tensa. Agradezco que se preocupe por mis hijos y ayude a mi esposa, pero nunca olvidaré la clase de madre que fue.

—Catherine está peor desde que no se toma las pastillas.

Oh, sí. Los malditos antipsicóticos.

Catherine dice que, cuando los toma, siente que está viva por fuera y muerta por dentro. Deja de llorar, sí, pero también de reír. No pinta, no sueña, no es ella. No pienso obligarla a tomar una medicación que la mantiene sedada, vagando por la casa como un fantasma.

—Ya hemos hablado del tema —respondo con dureza.

—Deberías pedir una segunda opinión médica.

—Si mi mujer no quiere…

—¡Tu mujer está enferma! No puede tomar esa decisión por sí misma. Necesita que alguien la cuide.

—¿Y qué cojones crees que hago? ¡La protejo desde la primera vez que la vi! ¡Cuidar de ella es mi única prioridad! —estallo, apretando el biberón con fuerza—. No eres la más indicada para

darme consejos solo porque ahora seas una abuela que adora a sus nietos. ¡Eso no cambia el hecho de que fuiste una madre ausente!

River se atraganta y tose la leche. El líquido chorrea por su barbilla. Mi hijo se pone rojo y luego morado. El biberón se me resbala. Me quedo petrificado del susto. Soy incapaz de reaccionar mientras mi hijo tose. Y, por un instante, solo un instante, pienso: «¿Y si…?».

No. No. No.

Dios mío, ¿cómo he podido pensar algo así?

Me tiemblan los brazos. Yo no quería… Cielo santo, ha sido un accidente.

Mi madre me fulmina con la mirada. Luego me quita a River. De repente, mi hijo se queda completamente callado.

—¿Se está atragantando? —pregunto, mareado, sin saber qué hacer.

Mi madre actúa con una calma envidiable. Coloca al bebé bocabajo sobre su antebrazo, lo apoya en su muslo y le sujeta la mandíbula. La señora Pitt llega corriendo y se tapa la boca al comprender lo que sucede. Mi madre da palmadas firmes en la espalda de River mientras la señora Pitt llama llorando a emergencias.

No puedo moverme.

El suelo tiembla bajo mis pies.

No sé qué hacer.

Esto es culpa mía.

Dios mío. ¿Qué he hecho?

River rompe a llorar. Mi madre suspira, aliviada, y le masajea la espalda mientras el ama de llaves le da las gracias a Dios.

—¿Está bien? —pregunto, angustiado, dando un paso hacia ella.

Mi madre retrocede, abrazando a River como si yo fuera una amenaza.

—Sí, tu mujer es tu prioridad —dice con pesar—, por desgracia para tus hijos.

Me mira como nunca lo había hecho. Sus ojos están llenos de temor y decepción.

Me gustaría gritarle que se equivoca, que soy un buen padre.

Pero no lo hago. No digo nada antes de salir de la habitación. Porque, en el fondo, sé que tiene razón. Y lo peor es que River también lo sabrá algún día.

No supe que estaba eligiendo el fuego… hasta que ya me había quemado

Hay días en los que Catherine me desarma.

Días en los que recobra esa alegría universitaria que me conquistó cuando la conocí. Días en los que se tira al suelo para jugar con nuestros hijos y me sonríe si le hago un cumplido. Días en los que se pone el peto manchado de pintura y vuelve a ser la artista brillante que habla de colores como si fueran emociones.

Hoy es uno de esos días.

La nueva medicación está funcionando. Me enfurecí al descubrir que mi madre la había llevado al médico sin mi consentimiento, pero parece que mi mujer finalmente ha encontrado una psiquiatra en la que confía: la doctora Anderson.

Esta mañana se tomó las pastillas sin protestar y repitió dos veces el desayuno. Bailó *Dancing Queen* en la cocina mientras Zane se reía, y Grayson aplaudió cuando me sacó a bailar. Luego me besó en la mejilla y dijo que quería pintar a River mientras dormía.

Trabajo en el despacho mientras la señora Pitt se ocupa de los mayores. Catherine apenas suele pasar tiempo con el bebé, así que esas pastillas son un milagro.

Aún me odio por lo que pasó con nuestro hijo. Por eso me alivia que Catherine quiera compartir un momento con el bebé. Solo quiero que ella recupere el vínculo con River para que yo deje de sentir este resentimiento venenoso e irracional.

Al cabo de un par de horas, salgo del despacho y voy a la cocina. Preparo dos tazas de té y saco una caja de galletas de arándanos y chocolate blanco, las favoritas de mi mujer. Me sentaré a ver cómo pinta la figura diminuta de nuestro hijo. Los tres nos merecemos un momento en familia. No hemos tenido ninguno desde que nació. Me avergüenzo de los sentimientos que albergo hacia River. Solo quiero amarlo del mismo modo que a Zane y a Grayson.

Catherine está mejorando. Ambos lo conseguiremos.

Por un segundo, me lo creo, confío en que todo va a estar bien;

que la mujer que amo con locura ha regresado para quedarse.

Empujo la puerta con cuidado mientras sostengo la bandeja con una mano. No quiero despertar a River.

—Cat —musito, asomando la cabeza—. ¿Por qué no haces un descanso? He traído tus…

No puedo acabar la frase. El horror me deja mudo.

Lo primero que noto es el frío. Lo segundo, el pánico.

La ventana no debería abrirse más de un palmo, pero está desencajada. Ha forzado el tope de seguridad. Una de las primeras medidas que adopté al recibir su diagnóstico fue remodelar la casa para evitar que ella saltara por una ventana. Pero nunca imaginé que haría algo así; no se me pasó por la cabeza.

Catherine está junto a la ventana. Tiene la mirada perdida y está descalza. El aire gélido entra como una ráfaga. Sostiene a River con brazos temblorosos. El bebé duerme, inocente, ajeno al abismo.

Hay más de doscientos metros de caída.

Y mi mujer lo sostiene por fuera de la ventana.

Abro la boca, pero no digo nada. El miedo me araña la garganta. No quiero decir ni hacer algo que pueda asustarla, que pueda hacer que suelte a nuestro hijo.

Me agacho para dejar la bandeja en el suelo con cuidado.

—Alexander… —solloza en voz baja mi madre detrás de mí.

Casi me da un infarto al oírla. Le hago un gesto para que guarde silencio. Ella asiente con los ojos llorosos y se tapa la boca.

Los metros que me separan de mi mujer son los más largos y angustiosos de toda mi vida. Camino como si fuera por una cuerda, conteniendo la respiración. No pierdo de vista a Catherine, que sostiene al bebé, que sigue dormido.

—Tengo que hacerlo —susurra, como si hablara consigo misma—. Es la única manera. Tiene razón.

—¿Quién tiene razón, cariño? —pregunto con suavidad.

Catherine se vuelve hacia mí con los ojos abiertos de par en par. River casi resbala de sus manos. El corazón se me para de golpe. Mi madre suelta otro sollozo.

—Ella… Ella dice que corremos peligro, que él nos matará y hará daño a sus hermanos… —jadea, sosteniendo a River con manos

temblorosas—. No… No puedo permitirlo. Debo salvarlos…

—Míralo, Cat —le suplico, dando otro paso—. Es solo un bebé. No puede herir a nadie.

Ella lo observa con los ojos brillantes.

—Pero cuando crezca…

No dudo. Me abalanzo sobre ella con los brazos extendidos. Solo rezo para que no suelte a River cuando la atrapo de la cintura, apartándola de la ventana.

—¡No! ¡No! —Se revuelve con violencia—. ¡Debo salvarlos!

—¡Cálmate, por favor!

Catherine aúlla como un animal herido. Sus dientes se hunden en mi cuello mientras forcejeo con ella. Los dos lloramos por diferentes motivos. Yo, al tocar a mi hijo, sano y salvo. No sé cómo consigo quitárselo. Mi madre reacciona con rapidez y coge a River, que se despierta llorando.

—¡Suéltame! ¡Te odio! ¡Lo odio! ¡Os odio!

—Por favor, Catherine —le suplico, desesperado, agarrándola por las muñecas—. ¡Catherine!

Mi madre le cruza la cara de una bofetada. Ha hecho lo que yo sería incapaz de hacer. Me interpongo entre ambas, pero no es necesario. Catherine permanece inmóvil, con la expresión desencajada y la huella de la mano de mi madre en la mejilla izquierda.

Es atroz ver cómo la mujer que amas recobra el poder sobre sí misma y descubre lo que ha estado a punto de hacer. El horror se dibuja en su cara. Mi madre abraza a River y le pide disculpas a mi esposa sin dejar de llorar. Catherine niega con la cabeza. Su instinto maternal se activa al oír el llanto de nuestro hijo. Da un paso vacilante hacia él y mi madre lo abraza de forma instintiva. Catherine se derrumba en el suelo, cubriéndose la cara con las manos.

—Llévatelo, Eleanor —le suplica con voz débil—. Aléjalo de mí. No permitas que vuelva a tocarlo.

Mi madre sale del dormitorio sin esperar mi respuesta. Me duele todo el cuerpo al sentarme junto a mi esposa. Ni siquiera puedo tocarla. Nunca antes había sentido tanto miedo. De ella, de mí.

—¿Qué he hecho? —se lamenta—. No dejes que vuelva quedarme

a solas con él.

Levanto la mano, pero la dejo caer antes de posarla en su espalda. Estoy completamente destrozado.

—No eras tú —digo en voz baja.

Ella llora con amargura. No sé de dónde saco la fuerza para envolverla entre mis brazos. Catherine se aferra a mí con desesperación y me suplica que la perdone.

—Prométeme que lo alejarás de mí.

—Catherine…

—No puedo volver a acercarme a River. Nunca dejes que me quede a solas con él. Soy un peligro para nuestro hijo. Una mala madre.

—No eras tú. Cambiarás de medicación.

—¡Tienes que salvarlo de mí!

—Las pastillas…

Ella levanta la cabeza de mi pecho. Me mira con los ojos anegados en lágrimas. Parece perdida, indefensa. Le aparto un rizo húmedo de la cara.

—Las vomité después de desayunar —confiesa, abochornada.

—¿Por qué?

—Porque ella me dijo que lo hiciera.

Ella.

La que no llora cuando sangra, la que se ríe cuando grita: la del espejo.

Me tiro del pelo con impotencia. La vi tomar las pastillas. Creí que todo iba bien y que estábamos remontando. Pero no puedo luchar contra lo que hay dentro de su cabeza; es un enemigo invisible que siempre me lleva ventaja.

—No me odies, por favor.

—No te odio, Cat. No te odio en absoluto.

No podría hacerlo. Solo está enferma. Y la amo tanto, me siento tan perdido…

Catherine me acaricia el pelo con ternura, como si yo fuera el frágil. Me mira con entendimiento porque sabe lo que estoy pensando. Apoya su frente en la mía.

—Quiero que te asegures de que tomo las pastillas —dice

despacio—. Y de que no las vomito.

—Cat…

—Aunque te suplique que no me obligues. Aunque llore. Aunque grite. Aunque pelee contigo. Aunque te diga que te odio.

—Lo que me pides…

—Lo que te pido —me interrumpe— es que me ates a la realidad cuando yo no pueda hacerlo sola. Por mí. Por nuestros hijos. —Me aprieta la mano—. Porque no me fío de mí misma, pero tú eres el único que me quiere incluso cuando yo no puedo quererme.

Cierro los ojos. Ahora soy yo quien llora mientras ella me abraza.

Mi mujer me está rogando que la ayude, incluso si al hacerlo borro a la persona de la que estoy enamorado. Y sé que lo haré. Aunque me odie por ello y me parta el alma verla apagarse.

Perdón por no saber cómo salvarte

Regreso un día antes del viaje de trabajo. No me fui tranquilo después de lo que sucedió hace un par de semanas, pero debía cerrar aquel trato en persona. Aunque se supone que pasaría todo el fin de semana fuera de casa, hace un par de horas hablé con la señora Pitt para cerciorarme de que todo iba bien, pero algo en su voz no me cuadró. Así que he vuelto precipitadamente, ignorando el consejo de Marcus, que considera que no estoy involucrado al cien por cien en el trabajo.

Él no sabe una mierda.

Desde que Catherine estuvo a punto de tirar al bebé, no consigo respirar si paso más de veinticuatro horas lejos de casa. Ni el *whisky* ni los negocios bastan para acallar esa inquietud sorda. Así que me he subido al *jet* para volver a casa, pues tenía un mal presentimiento. Eso no impide que me lleve una enorme sorpresa al entrar en el garaje y encontrar a mi madre sujetando a Catherine por los hombros, intentando meterla en el coche.

Mi chófer no ha terminado de aparcar cuando me bajo del coche sintiendo cómo la rabia me sube por la garganta. Mi madre se queda petrificada al verme; es obvio que mi regreso anticipado la ha pillado desprevenida.

—¿A dónde coño llevas a mi mujer?

Catherine levanta la vista, confundida. No lleva zapatos y viste una camiseta vieja que le cae por un hombro. Los rizos desordenados le enmarcan el rostro y sus ojos están muy abiertos, como si acabara de despertarse de una pesadilla. Tiene un aspecto lamentable, indefenso. Me entran ganas de estrangular a mi madre al percatarme de que mi esposa tarda unos segundos en reconocerme, visiblemente desorientada.

—¿Qué pasa, Alexander? —pregunta, confusa—. ¿Dónde estamos?

Mi madre endereza la postura cuando nuestras miradas se encuentran. Catherine se aferra a la puerta del coche, temblando. Me quito el abrigo y voy hacia ella mientras mi madre hace una

mueca. Después de cubrirla con el abrigo, Catherine esconde la cara en mi pecho y murmura que no se encuentra bien. La sostengo con impotencia mientras me vuelvo hacia mi madre.

—¡¿Qué haces con ella?!

Mi madre tiene lágrimas en los ojos, pero no se ablanda, sino que mantiene la compostura, como si yo fuera el que acaba de cometer un error imperdonable.

—Estoy intentando salvar a tu familia. ¡No ha sido ella desde hace meses! ¡¿No lo ves?! —La señala como si eso tuviera que importarme. Catherine me abraza, asustada, y me suplica que la saque de aquí—. ¡Es un peligro para sí misma y para tus hijos! Después de lo que estuvo a punto de hacerle a River…

—¡No fue culpa suya! —le grito, hecho un basilisco, estrechando a mi esposa, que no deja de temblar, contra mi pecho—. ¿Quién te crees que eres para apartarla de mi lado? ¿A dónde la llevabas?

—A una clínica de bienestar mental. Es una residencia privada para personas como Catherine que necesitan descansar. Tiene zonas verdes, piscina, terapias artísticas… —Suelto una risa incrédula, pero mi madre continúa sin inmutarse—: Ella estaría bien atendida. Es un sitio tranquilo, discreto, con especialistas de primera que cuidarán de ella. Su habitación tiene vistas al mar y allí podrá pintar mientras recibe la ayuda que necesita. Y tú… Tú podrás volver a dormir tranquilo, igual que mis nietos.

Lo dice como si la llevara de vacaciones a Disneyland y no a un jodido hospital psiquiátrico. Como si Catherine fuera un problema del que yo quiero deshacerme y ella hubiera tomado la decisión más sensata.

—Fuera —escupo entre dientes.

—Alexander, en el fondo sabes que es lo correcto.

—¿Dónde estoy? —Catherine se aferra a mi camisa y me mira desorientada—. Tengo mucho frío. Quiero irme a casa.

Le aparto el pelo de la cara con delicadeza y presiono los labios contra su frente, helada y cubierta de sudor.

—No dejes que me lleve a ese sitio, por favor —solloza, arrugando mi camisa—. Ella dijo que solo íbamos a dar un paseo. Nuestros hijos… No puedo separarme de ellos. ¡Por favor!

—Shhh, tranquila. Nadie te va a apartar de mi lado —le prometo, arrebujándola en el abrigo—. Te lo prometo, Cat. ¿Confías en mí?

Ella asiente con desesperación. Mi corazón apenas puede soportar el pánico que brilla en sus ojos llorosos. Verla tan indefensa me destroza de maneras que nunca creí posibles. Cuando me vuelvo hacia mi madre, no me queda ni un resquicio de cariño o respeto por ella.

—Sé valiente —susurra.

—Cállate —espeto, con la voz temblando por la rabia—. Lárgate de aquí.

—Sé el hombre que no fui capaz de enseñarte a ser. Ayuda a tu mujer y a tus hijos.

—Mi familia no te necesita.

Paso un brazo por los hombros de mi mujer y la conduzco hacia el ascensor, pero mi madre se interpone en nuestro camino.

—¡Estás cometiendo un error!

—Quítate de en medio o no respondo —le advierto.

—¡No puede estar cerca de mis nietos! ¡Les acabará haciendo daño! ¡No lo permitiré!

Mi madre extiende un brazo para coger a Catherine del codo, que suelta un jadeo y se esconde detrás de mí. Es la gota que colma el vaso. ¿Cómo se atreve a intentar alejarla de mí?

No lo pienso; solo actúo, ciego de rabia. La empujo con tal fuerza que ella se cae, golpeándose la cabeza contra el suelo. El aire se congela en mis pulmones al ver a la mujer que yace despatarrada, con los ojos cerrados y el carísimo bolso a sus pies. Catherine pega un grito, pero la agarro de la muñeca cuando intenta acercarse a ella. Entonces mi madre abre los ojos y se lleva una mano a la sien cubierta de sangre. Catherine suelta el aire, aliviada, pero yo no siento nada al descubrir que no la he matado.

—Él no quería golpearte —musita mi esposa, aún en *shock*.

Mi madre se levanta con dificultad. Mi chófer hace el amago de ayudarla, pero la mirada que le lanzo basta para que vuelva a subir al coche.

—Alexander quería algo más que pegarme —responde mi madre, mirando su mano cubierta de sangre.

—Si vuelves a acercarte a mi familia, acabaré contigo. Te quitaré la casa, la asignación mensual, ¡todo! —Me entran ganas de ir hacia ella para terminar lo que he empezado, pero Catherine se aferra a mí—. Fuera de nuestras vidas, Eleanor.

Ella no me mira a mí, sino a mi esposa, con infinita tristeza, como si se estuviera disculpando por no ser capaz de ayudarla. Me entran ganas de gritarle que no debe salvarla de mí, pues nadie la protegerá mejor que yo. Pero mi esposa parpadea y vuelve a desconectarse del mundo que la rodea, como si la realidad fuera demasiado para ella. Sus pies desnudos sobre el cemento, su piel de gallina, sus ojos ausentes. Dios, solo quiero que vuelva mi dulce Cat. La guío con cuidado hacia el ascensor, como si fuera una niña pequeña, y ella se deja llevar sin decir palabra.

No miro una última vez a mi madre antes de que la puerta se cierre. La señora Pitt nos está esperando en el ático. Tiene a River en brazos y el rostro desencajado. Ahora entiendo por qué sonaba tan rara por teléfono. No quiero pensar lo que habría pasado si no hubiera llegado a tiempo.

—Señor Alexander —titubea, acunando al bebé—, su madre dijo que usted había autorizado el traslado de la señora Catherine. Yo no quería, lo juro, pero ella dijo que era lo correcto.

Me dan ganas de empujarla a ella también, pero solo exhalo con fuerza. Eso basta para que se calle de una vez. Necesito a la señora Pitt. Sí, ha cometido un error, pero es la empleada más leal que tengo. Ahora estoy solo y no puedo confiar en nadie más.

—A partir de hoy, mi madre tiene prohibida la entrada a esta casa. Si vuelve a cruzar esa puerta, estás despedida. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor.

—Serás la sombra de mi esposa cuando yo no esté. No te apartarás de ella ni un segundo, aunque te suplique estar sola. Si se encierra en su habitación, abrirás la puerta con la llave.

La señora Pitt observa con pesar a mi esposa, que sigue abrazada a mí, inmóvil, como si no entendiera qué ocurre. Estoy agotado y tengo miedo, pero no puedo flaquear. Por eso la conduzco al baño, la siento en el borde de la bañera y le limpio los pies con delicadeza.

Luego la aseo mientras ella me mira con ojos vacíos. No reacciona hasta que la seco, tensándose por el roce de la toalla. Sé lo que viene, pero ignoro el brillo malicioso de sus ojos. Porque no es ella, sino la otra, la que la mira desde el espejo y se ríe cuando ella llora. Por eso la visto con ropa limpia y estoy más que preparado para esquivar su bofetada.

Es doloroso ver que la persona a la que más amas te mira con odio mientras tú solo intentas salvarla. Pero no es ella, me recuerdo. Catherine está encerrada en algún rincón de esa cabeza llena de ideas que me enloquecen.

Ahueco las manos en sus mejillas y le sonrío con ternura, aunque ella me observa con ojos rabiosos.

—Sé que estás ahí, Cat.

Ella niega con la cabeza e intenta empujarme, pero la sujeto, ahora con más firmeza.

—Vuelve a mí, cariño. Te lo suplico. Me destrozas cada vez que te marchas.

—No.

—Te quiero.

Una sonrisa burlona se apodera de sus labios. Le aparto un rizo de la frente, y ella suelta un bufido y me da un manotazo.

—Eres idiota.

—Sé que estás ahí —insisto, acariciándole la barbilla—. Te obligaré a volver.

Frunce el ceño y aparta la cara.

—No me toques —gruñe—. No me gusta.

Asiento, resignado. No es ella. La traeré de vuelta, aunque me pierda a mí mismo en el camino. Le aseguré que la ataría a la realidad cuando ella no pudiera hacerlo sola. Le di mi palabra y pienso cumplirla.

Ella tararea mientras me pongo de pie, le doy la espalda y abro el primer cajón del lavabo. Entonces se calla de golpe y endereza la espalda como un gato al que intentan meter a la fuerza en una piscina.

—No —susurra, levantando los brazos—. ¡No! ¡No quiero!

Inspiro hondo, cojo una pastilla y me acerco a ella mientras

Catherine retrocede, con el rostro descompuesto por el miedo y la ira. Al chocarse con la pared, sus ojos se desorbitan y comienza a gritar.

—¡No! ¡No! ¡Socorro! ¡Te lo ruego! No me hagas esto —solloza, luchando contra mí—. ¡No me obligues otra vez!

—Tienes que tomártelas.

—¡Odio las pastillas! ¡No, por favor!

Su mano impacta en mi mejilla con tanta fuerza que escucho un pitido sordo en el oído izquierdo. No es la primera vez que la obligo a tomarse las pastillas desde que me lo pidió, así que ya sé cómo someterla, aunque nunca es fácil. Soy más corpulento que Catherine, pero ella tiene una fuerza sobrehumana durante sus crisis. La señora Pitt, que lo ve todo desde el umbral, rompe a llorar.

—Señor, no sé si esto está bien… —musita.

—¡Sal de aquí! —grito—. ¡Ahora!

Las uñas de Catherine me arañan el cuello mientras forcejea, patalea y se revuelve como si la estuviera matando. Su puño me golpea el pecho y se me escapa el aliento, pero no cedo.

—¡Te odio! ¡TE ODIO!

La empujo con cuidado contra la pared para inmovilizarla, usando el peso de mi cuerpo y sujetándole las muñecas por encima de la cabeza con una mano. Su pecho sube y baja violentamente. Tiene las venas del cuello marcadas y el rostro bañado en lágrimas y rabia.

—No quiero hacerlo así —le digo con la voz rota—, pero no me dejas otra opción.

Se revuelve como un animal herido y me muerde el hombro, arrancándome un grito, pero no la suelto. Aprieto los dientes, aguanto el dolor y uso las piernas para trabar las suyas. Empujo los muslos contra los suyos hasta que no puede patear, y con el brazo libre, le aferro la mandíbula con firmeza y la obligo a abrir la boca mientras con los dedos libres le meto la pastilla.

—¡No! ¡No! ¡Hijo de puta! —intenta escupirla, pero le tapo la boca con la mano.

—Traga, Catherine. Por favor. Traga. Te sentirás mejor dentro de poco.

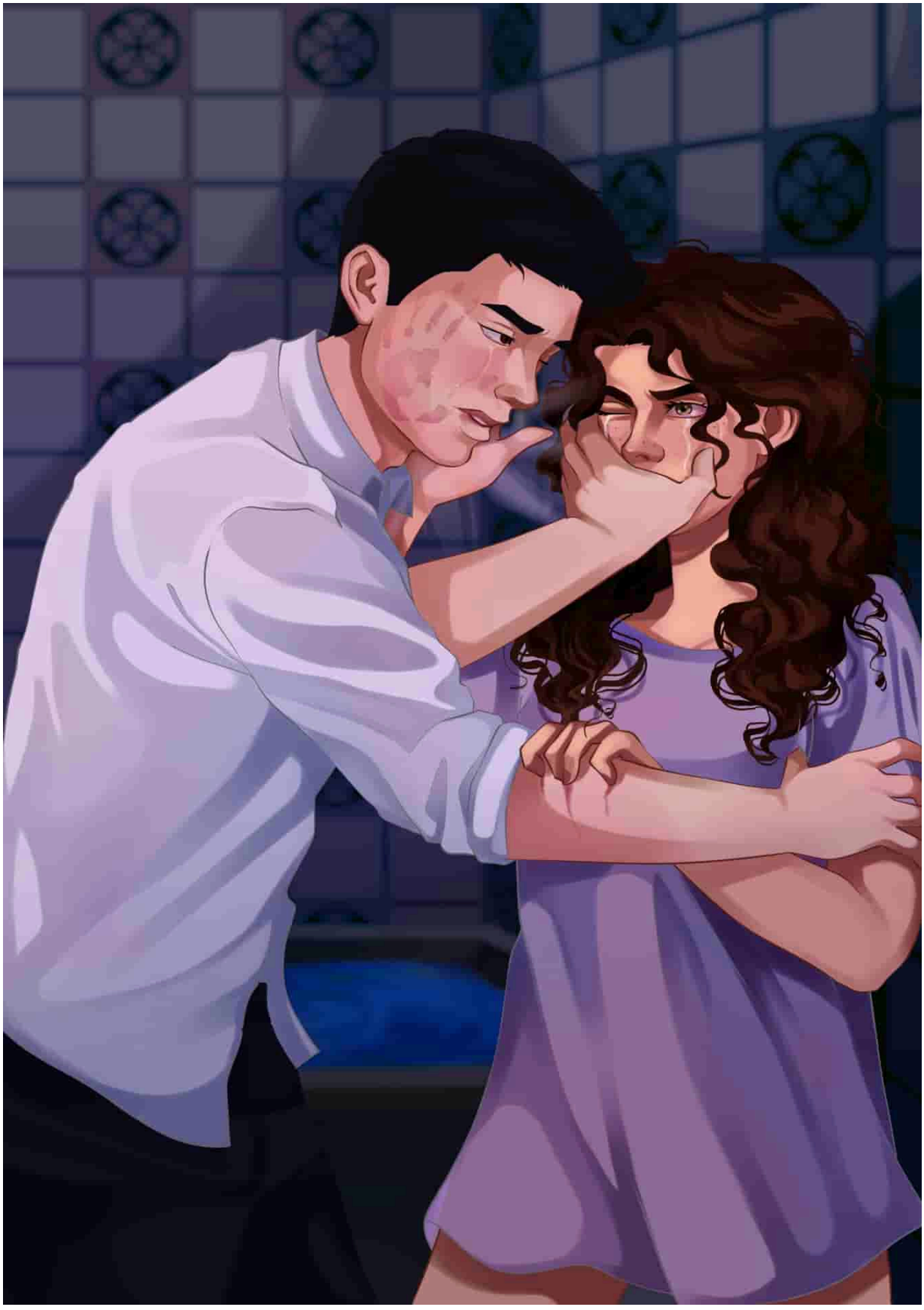
Sus ojos, abiertos como platos, se clavan en los míos con una

mezcla de furia y súplica que me rompe por dentro. Odio hacerle esto, pero odiaría más incumplir la promesa que le hice. No tiene más remedio que tragar. Y sé que me odia por ello. Pero no es ella; no es mi mujer. Esa certeza me mantiene en pie cuando la suelto y ella se desliza por la pared hasta el suelo, hecha un ovillo, sin dejar de llorar.

Estoy jadeando por el esfuerzo, la mejilla me arde por la bofetada y la sangre corre por mi cuello. Lo único que siento es un vacío asfixiante. Entonces lo veo.

Grayson está en la puerta, de pie, con los labios apretados y los ojos serios. No dice nada. Solo observa a su madre y luego alza su cabecita hacia mí. El alma se me cae a los pies. Solo tiene cuatro años. Es tan pequeño… y, sin embargo, me mira como si entendiera lo que acaba de ver. Porque no sé cuánto ha visto, pero sí que ha sido lo suficiente. Ya no hay vuelta atrás.

La señora Pitt aparece detrás, le acaricia el hombro, se disculpa por haberlo perdido de vista mientras se ocupaba de sus hermanos y se lo lleva. Y yo me quedo aquí, con mi esposa llorando y la amarga certeza de que ninguno de nosotros volverá a ser igual que antes.



Donde nacen las grietas

Cuatro años después

(Grayson: siete años · Zane: cinco años · River: cuatro años)

Para que te sientas orgulloso de mí

Grayson

El reloj del despacho marca las once y veinte desde hace rato. No se ha estropeado; lo sé porque lo he mirado once veces desde que papá me ordenó que me sentara en esta silla, guardara silencio y prestara atención a lo que dicen los adultos. Cada vez que compruebo el reloj, creo que ha pasado más tiempo del que realmente ha pasado. Pero no es así, solo me aburro.

Espero que papá no se haya dado cuenta. Aunque, si lo ha hecho, no ha dicho nada. Solo asiente, aprieta los labios y escucha en silencio a los señores trajeados, que hablan de cosas que no entiendo. Palabras como «interés», «accionistas» o «diversificación de activos». A veces imagino que dicen «helado», «piratas» o «culo», y entonces casi me entra la risa, pero me aguanto.

No puedo fallar hoy.

Esta mañana, mientras desayunábamos, papá ha dicho que si me porto como un hombrecito, después me dejará elegir lo que quiera del restaurante. Pero sé que eso no es del todo cierto, porque ya ha dicho lo que él va a pedir: solomillo al punto, sin salsa, con verduras cocidas. «Es lo que comen los hombres que mandan», ha dicho, guiñándome un ojo. Así que yo comeré lo mismo, aunque mi comida favorita son los cereales Froot Loops con leche muy fría. Mamá siempre me da una ración doble para comer, a pesar de que a papá no le gusta que cene cereales. Ojalá me hubiera dejado pasar el sábado con ella, Zane y River. Seguro que están pintando las paredes de alguna habitación mientras bailan canciones de ABBA. Me da un poco de envidia, pero soy el mayor y papá dice que soy su campeón, así que no puedo quejarme. Ya tengo siete años. Ahora soy un niño grande.

Me pican los dedos, las uñas, las palmas. Quiero levantarme y coger la espada que papá guardó en el primer cajón de su escritorio después de regañarme por no prestar atención la semana pasada.

Pero no pude evitarlo; las reuniones son un rollo.

Él me lanza una mirada severa cuando empiezo a mover las piernas, cada vez más nervioso. Me quedo quieto como una estatua y me muerdo el interior de la mejilla hasta que me escuece. No quiero que sepa que me aburro. No quiero decepcionarlo.

Uno de los hombres pega un golpe en la mesa y doy un respingo en la silla. Por un segundo, creo que va a discutir con papá y que se le echará encima, como aquella vez en la que tuvo que llamar a seguridad y unos hombres grandes como gorilas se llevaron a rastras a aquel tipo, que juró que se las pagaría.

Me agarro con fuerza a la silla y noto un nudo en el estómago, hasta que el hombre suelta una carcajada. Los demás también se ríen, incluso papá, que echa la cabeza hacia atrás y enseña todos los dientes. No entiendo qué les ha hecho tanta gracia, pero fuerzo una sonrisa para que no se note que tengo miedo. El hombre se ríe tan fuerte que el sonido rebota contra la mesa como si fuera un tambor. Yo solo quiero que se calle y que volvamos a casa, pero me obligo a seguir riéndome cuando me mira y me lanza una sonrisa tan grande que parece que va a tragarse la cara entera.

—¡Vaya, Alexander! Tienes a un caballero en miniatura. Qué ejemplar. —Me tiende la mano—. Encantado, jovencito.

Yo se la doy, porque es lo que haría papá. Él me ha explicado que los apretones deben ser firmes para que el otro sepa quién manda. Pero, en cuanto el hombre me suelta, no puedo evitarlo: me limpio la mano en el pantalón. Dos veces, rápido, sin pensar.

El hombre se da cuenta y frunce el ceño, pero no dice nada. Papá se me queda mirando fijamente. Me arde la cara. De repente, tengo muchas ganas de llorar; bajo la cabeza y clavo la vista en el suelo. «Los campeones no lloran», me digo a mí mismo.

No sé por qué lo he hecho, pero no he podido evitarlo. Papá suele regañarme cuando no quiero dar abrazos o me aparto cuando su secretaria intenta besarme. Es que me da asco sentir sus labios pegajosos en la mejilla, igual que me han dado ganas de vomitar al notar el sudor en la palma de la mano de ese hombre.

A mis hermanos no les pasa lo mismo que a mí. A ellos les gusta compartir la *pizza* y que mamá les haga cosquillas, pero yo no

soporto que metan sus dedos pringosos en mi comida ni me gusta demasiado que nadie me toque.

Paso el resto de la reunión mirando mis manos. Quiero pedir permiso a papá para ir al baño, pero eso lo disgustaría aún más. Así que me imagino el agua muy caliente, el jabón con olor a limón y las burbujas. Seguro que me pongo enfermo si no me lavo las manos. Eso me da más miedo que el enfado de papá, así que me levanto de un salto y corro al servicio, con su mirada clavada en la nuca. Espero a propósito un buen rato y solo salgo cuando los hombres ya se han marchado. Papá está fumando un puro mientras mira por la ventana.

—Grayson —su voz es tan dura que se me hunden los hombros—, eso no se hace.

—Lo siento, papá —respondo con las mejillas hirviendo.

Él se da la vuelta y expulsa una voluta de humo. Arrugo la nariz para no toser. Papá apaga el puro en el cenicero y se acerca a mí.

—Algún día darás órdenes a esos hombres —dice con un deje de orgullo que me hace inflar el pecho. No porque me apetezca decirles a los demás lo que tienen que hacer, sino porque estoy muerto de miedo—. Si te traigo a las reuniones, es para que aprendas de mí. Sé que te habría gustado quedarte en casa con mamá y tus hermanos, pero quiero que seas un buen hombre. ¿Lo entiendes, hijo?

Asiento sin pestañear.

—Sí, papá.

—Me muero de hambre, ¿y tú?

Sonrío de oreja a oreja al pensar en macarrones con queso y un vaso de refresco de naranja.

—¡Mucho!

—El solomillo con verduras es lo mejor de ese sitio —me despeina con cariño—, pero puedes pedir lo que quieras.

—Quiero comer lo mismo que tú. —Porque quiero que se sienta muy orgulloso de mí.

Mi padre se agacha para alisar una arruga de mi jersey y me mira sin ocultar su satisfacción. Seguro que la señora Pitt nos hace macarrones con mucho queso el domingo. A veces nos da chuches sin que papá lo sepa, y yo regaño a River porque come demasiadas

y luego le duele la barriga.

—Vamos, campeón —dice, dándome la mano.

Aunque quiero soltársela, es mi papá, y eso lo entristecería. Soy el mayor, mi obligación es portarme bien y cuidar de mis hermanos. Así, papá no estará tan preocupado y mamá reirá más… y llorará menos.

***

Zane y River están tirados en la alfombra viendo *El rey león*. Sonrío al ver que tienen las manos manchadas de pintura, porque eso significa que mamá ha tenido un buen día, aunque también siento un pellizco de celos. Me encanta que mamá me enseñe a pintar; ella dice que soy el mejor de los tres. Lo que más me gusta es dibujar dinosaurios. Pero, cuando no estoy en clase de francés, ajedrez o chino mandarín, papá me pide que lo acompañe a sus aburridas reuniones.

—¡No lo mates! —le grita Zane a la tele, pegando puñetazos al aire—. ¡Te odio, Scar!

—Solo es una película —le recuerdo—. Los leones de verdad no hablan.

Zane se cubre la cara cuando Scar tira a Mufasa por el acantilado mientras yo me pregunto dónde estará mamá. River le roba un ganchito sin que se dé cuenta, se levanta y se pone a cantar. Me da la risa y quiero unirme a él, pero luego recuerdo que papá viene cansado y se disgustará si ve la alfombra sucia, así que recojo las chuches y voy a la cocina. Al llegar, encuentro a papá y a mamá discutiendo en voz baja. Me quedo quieto en el umbral, sin saber qué hacer.

—Catherine, por favor.

—No pienso ir. —Mi madre se cruza de brazos—. No soporto al idiota de Marcus ni a la estirada de su mujer.

—Son nuestros amigos.

Mamá se ríe en su cara y él inspira hondo. No es una risa agradable. No me gusta cuando se ríe así, porque me recuerda un poco a Scar con las hienas. Doy un paso atrás para regresar al

salón, pero entonces mamá levanta la cabeza y me ve. Su expresión se ilumina como si el sol la estuviera besando. Mami es muy guapa.

—¡Grayson, tesoro! —Me llena la cara de besos, aunque sabe que yo prefiero que me revuelva el pelo—. ¿Te lo has pasado bien con papá?

—Sí —respondo deprisa.

Ella me mira como si supiera que miento y me abraza con fuerza. No soy muy fan de los abrazos, pero me gusta su olor a pintura y colonia de flores.

—¿Quieres cereales?

—Ya ha comido —interviene mi padre.

Ella se aparta de mí y lo mira. Parece disgustada.

—El solomillo estaba muy bueno —vuelvo a mentir.

Mamá esboza una sonrisa, que no le llega a los ojos, antes de salir de la cocina. Papá exhala profundamente, me rodea sin decir nada y va detrás de ella. La tristeza me aplasta el corazón. Debe ser culpa mía, creo que he hecho algo mal.

—¡Catherine! —la llama, tropezándose con River en el pasillo.

Mi hermano salta con los brazos extendidos, sosteniendo el dibujo que ha hecho.

—¡Mira, papá! —exclama, ilusionado—. ¡Somos nosotros! Tú, Zane, Grayson, mami y yo.

Papá no le contesta. Ni siquiera lo mira. Sigue caminando como si River fuera invisible, y mi hermanito se queda plantado en el pasillo, con cara de confusión. Papá pega un portazo y River se sobresalta, abrazando el dibujo contra su pecho.

—Solo quería enseñarle mi dibujo —dice en voz baja, con los ojos llenos de lágrimas.

—Déjame ver —le digo, agachándome a su altura.

Él me lo ofrece sin decir nada. La hoja está arrugada, manchada de dedos, con los bordes doblados y los colores un poco corridos. Aun así, se reconoce a papá, con su traje gris; a mamá, con sus rizos; a Zane, con cara de enfadado; y a River en medio, con los brazos en alto como si quisiera abrazarlos a todos a la vez. Y a mí, en un rincón, mirándolos como si estuviera vigilando que no pase nada malo.

—Parece que Zane se está haciendo caca —digo sin pensar.

River se queda boquiabierto. Después suelta una risita y se limpia las lágrimas con la manga del jersey, que era justo lo que yo quería.

—Vamos a colgarlo en el frigorífico para que papá pueda verlo cuando esté de mejor humor —propongo.

—¡Vale! —exclama, más contento.

Lo pego en la nevera con un imán de cocodrilo, bajo su atenta mirada. Luego abro el congelador y le doy un helado de chocolate, su favorito. Lo hago sin pensar. Solo sé que quiero que deje de estar triste. Papá me regañará si se entera, porque tenemos prohibido comer helado después de las siete, pero me da igual.

Me pongo de puntillas para colocar el dibujo lo más alto posible.

—Para que pueda verlo mejor —le explico—. Papá es muy alto.

River asiente con la boca llena de helado y, durante un momento, todo parece en calma. Pero unos días después, el dibujo sigue ahí, pegado a la nevera, y papá no lo ha mirado ni una sola vez.

Un hilo invisible

Zane

Me gusta dormir hasta tarde, porque siempre estoy cansado. A papá le preocupa que no duerma bien por las noches. Supongo que por eso me obliga a visitar a esa señora tan antipática, la que me hace preguntas raras mientras me pide que dibuje. Como hoy estoy castigado, no tengo que despertarme temprano para ir al cole. Y, como la señora Pitt no ha hecho tortitas, tampoco tendré que pelearme con River por la última. ¡Ese enano es un tragón!

Me refugio debajo del edredón hasta que me rugen las tripas. Es una pena que hoy no sea el día de las tortitas, pero siempre hay beicon. Y a mí me encanta el beicon.

Al cruzar el pasillo me encuentro con Grayson, que va bien peinado y con la mochila al hombro. Grayson siempre hace lo que papá le dice, por eso es tan serio y aburrido. Pero lo quiero y me pone triste que se meta en problemas por mi culpa, así que no le conté lo que había pasado en el colegio. Mi hermano se detiene al verme.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Ayer el director me mandó a casa —respondo sin alzar la vista.

—¿Otra vez? ¿Por qué?

Me encojo de hombros, mirándome los pies.

—Le pegué a un niño. Me quitó el lápiz rojo.

Grayson agarra las tiras de su mochila sin decir nada. Ya ha pasado antes. Como vamos al mismo colegio, siempre me pide que lo llame antes de pelearme. A veces le hago caso.

—¿Y te has disculpado?

—Sí. La profe dice que debo pasar el día en casa reflexionando, pero no quiero volver. Nadie me cae bien. Todos son tontos.

Aquel niño me quitó mi lápiz favorito cuando le dije que me dejara en paz. Él se lo buscó. ¿Por qué me castigan si yo nunca me meto con nadie? ¡Odio el colegio!

—No puedes pegar a los demás solo porque te enfadas.

Ya lo sé. Pero él no lo entiende. Thomas siempre se ríe de mí, y eso me pone triste, aunque también me enfurece. Y, cuando me enfado, lo veo todo negro. Me entran ganas de golpear cosas hasta que el ruido en mi cabeza se apaga. Grayson no puede comprenderlo, porque él es casi normal. Solo se pone raro cuando River y yo metemos los dedos en su comida, y entonces le cambia la cara, como si le dieran ganas de vomitar.

Me pican los ojos. No quiero llorar delante de él.

—Es que no quería pegarle —susurro—. Solo pasó.

Grayson me mira con los ojos entornados, como papá cuando me pregunta por qué lloro si ya sé que la madre de Bambi muere.

—¿Qué niño te quitó el lápiz?

Sé por qué lo pregunta. Grayson es el mayor, así que siempre nos defiende a River y a mí cuando algún compañero de clase se mete con nosotros. Pero esta vez le partí la nariz. O eso dijo la profesora, mirándome como si yo fuera tan malo como Scar.

—Da igual.

—¿Quién fue? —insiste, tirándose tres veces del jersey, como suele hacer cuando no memoriza la lección al pie de la letra.

—Thomas Ashford —respondo de mala gana—. Siempre roba mis cosas.

—Ya no —asegura con calma—. Pero no vuelvas a pegarle, ¿vale? Yo me ocupo.

Me gustaría prometer que le haré caso, pero no puedo. Siempre intento portarme bien, hasta que…, ¡bam!, sucede algo que me pone de malhumor. Entonces grito, o rompo algo, y luego me entran ganas de llorar porque papá me echa la bronca y dice que no soy normal.

Mamá ya está en la cocina. Tiene los rizos recogidos en un moño desordenado y una mancha de pintura azul en la mejilla.

—¿Tienes hambre, mi vida? —pregunta mientras se ata la bata con un nudo mal hecho.

—No.

—¡Si tú siempre tienes hambre!

Me encojo de hombros. Ella se agacha y me levanta la barbilla con los dedos. Papá dice que mamá es la mujer más guapa del

mundo, y a mí eso me da igual, porque lo que me gusta de ella es que es la mamá más divertida. Las madres de mis compañeros no se tiran a jugar con ellos en la alfombra ni imitan los sonidos de los animales de la selva ni los dejan pintar en las paredes. Por eso mami es la mejor.

—¿Qué te pasa, Zane? ¿Por qué estás triste?

—Le he contado a Grayson que me han expulsado.

No hace falta que diga nada más. Ella sabe lo que estoy pensando. Nuestras cabezas están conectadas por un hilo invisible; eso es lo que siempre dice.

—Grayson es un poco como papá —explica, sonriendo, y me pellizca sin fuerza el moflete—. Por eso no te entiende. Tú eres más como yo.

No sé si eso es bueno o malo, pero me gusta cuando lo dice. Me hace sentir especial. Entonces se levanta, enciende la radio y pone música. Suena *Dancing Queen* y sus ojos se iluminan.

—*You are the dancing queen, young and sweet, only seventeen…* —canta, agarrándome de las manos—. ¡Vamos! ¡Esta es nuestra canción!

Todas las canciones de ABBA son «nuestra canción», pero esta me gusta más que cualquier otra. Mamá tira de mí para que me suba a la mesa de la cocina, y luego hace lo mismo. Nos ponemos a dar saltitos. Una tostada sale volando y aterriza en el suelo. Nos partimos de risa. Ella gira, canta, se ríe. Mami es mi mejor amiga.

La señora Pitt entra y se queda quieta en la puerta.

—¡Buenos días, señora Pitt! —la saluda mamá—. *You can dance, you can jive*…

La señora Pitt se ríe mientras sostiene la cesta de la ropa sucia. Es la única empleada que le cae bien a mamá. Las demás ya no trabajan en casa porque dice que eran espías.

—Buenos días, señora Catherine —contesta nuestra ama de llaves —. ¡Hola, Zane!

—¡Hola, señora Pitt!

Tiro del brazo de mamá para que sigamos bailando, porque, aunque a papá no le guste que nos subamos a la mesa, la señora Pitt no es una chivata. Pero mamá ya no se ríe. Se detiene de golpe,

mira detrás de la señora Pitt y se queda blanca como la leche. Sus uñas se clavan en mi brazo, haciéndome mucho daño.

—¿Quién está ahí? —grita, señalando con el dedo—. ¡¿Quién eres?! ¡Sal de mi cocina!

La señora Pitt se da la vuelta, pero no hay nadie.

—No hay nada, señora —dice con voz suave.

—¡Ay! —protesto, apartándome de ella.

Mamá me suelta y parpadea, como si despertara de una pesadilla.

—¿Por qué no se baja de la mesa y come algo? —sugiere la señora Pitt con delicadeza—. Se encontrará mejor después de desayunar. Prepararé huevos revueltos y beicon.

—¡Beicon! —exclamo, bajándome de la mesa.

Mamá sigue ahí arriba, inmóvil, con la vista clavada en la pared que hay detrás de la señora Pitt. Me froto el brazo; me duele un montón.

—Sí, lo había. Lo juro —murmura mamá.

La señora Pitt le ofrece una mano para que baje. Mamá la acepta sin dejar de observar la pared con cautela, como si creyera que alguien fuera a salir de ahí, igual que ese fantasma de Harry Potter que atraviesa los muros del castillo. Eso provoca que yo también observe la pared, con los ojos muy abiertos y el pecho encogido.

—No era real —susurra mamá—. No era real…

Me giro hacia ella. Mamá me sonríe, pero le tiemblan los brazos. Luego rompe a llorar; llora tan fuerte que eso me pone más triste que la preocupación que vi en la cara de Grayson. Porque mami llora como si le doliera todo por dentro. Corro hacia ella y me abrazo a sus piernas. Quizá, si la aprieto muy fuerte, deje de sufrir.

—No llores, mami.

Ella me acaricia el pelo. Huele a colonia de flores y pintura, como siempre. Pero entonces sus brazos comienzan a apretarme con tanta fuerza que me duelen las costillas, y no puedo respirar.

—Mami —me quejo.

—Te pareces demasiado a mí —dice con una voz que no parece la suya.

—¡Ay, me haces daño!

Sus manos se clavan en mi espalda y se me saltan las lágrimas.

Intento empujarla, pero ella me sujeta como si estuviéramos en una piscina y quisiera hundirme con ella en el fondo. La señora Pitt la agarra del brazo y mamá me suelta bruscamente.

—Señora, vamos, será mejor que se acueste un rato —le dice, llevándosela de la cocina.

Mamá no dice nada. Solo deja que la guíe por el pasillo. Pero va mirando al frente, como si siguiera viendo cosas que no están. Me da miedo que se gire y me pida que la acompañe, así que me siento en la silla. Las piernas me tiemblan y siento un gran dolor en el pecho. No sé cuánto tiempo paso en la cocina, con el corazón latiéndome muy fuerte mientras observo la pared, intentando averiguar qué es lo que ha visto mamá. Justo cuando creo que un monstruo saldrá y me comerá de un bocado, la señora Pitt regresa.

—Ay, mi niño —dice, y me acaricia el pelo. Yo no soy como Grayson, así que cierro los ojos e inclino la cabeza contra su mano, como si fuera un perrito en busca de mimos—. Seguro que tienes hambre. Te daré un pastelito mientras preparo el beicon.

Abre la despensa y saca un Twinkie.

—Anda, ve a ver *El Pato Donald* al salón.

Asiento, cojo el pastelito y camino hacia el salón con las piernas flojas, como si fueran de gelatina. Tengo el susto metido en el cuerpo y abrazo el Twinkie contra el pecho. Es blandito y dulce. Y ahora mismo, lo único que no me da miedo.

Invisible

River

No me gusta *Bob Esponja*. Cambio de canal, pero todos los dibujos me parecen un rollo. ¡Me aburro! Quiero jugar a la pelota, pero Grayson está en clase de chino y Zane, en su habitación, castigado en el rincón de pensar; mirando la pared para que aprenda a portarse bien. Papá lo ha castigado porque le gritó a su profesora cuando ella le ordenó que se sentara. Pero Zane no aprende; siempre grita y parte cosas. El otro día me retorció el brazo por quitarle una ficha de Lego. Luego se arrepintió, rompió a llorar y me pidió perdón. No se lo conté a mamá porque quiero a Zane, y eso la habría puesto muy triste.

Yo no soy como Zane; nunca grito. Quizá debería portarme como un bebé para que papá también me castigue. Así, al menos, me haría caso.

Me bajo del sofá de un salto y cojo mi pelota azul. Me gusta porque bota fuerte y tiene un rayo amarillo pintado. Salgo del salón y voy descalzo por el pasillo. He perdido las zapatillas y las nuevas me hacen daño en los dedos, pero papá se niega a comprarme otras porque dice que me quejo por gusto.

Paro delante del despacho de papá. La puerta está cerrada. Él siempre está ahí, haciendo cosas importantes, o eso asegura Grayson. A veces le pido que juegue y casi siempre dice que está ocupado, pero hoy a lo mejor no lo está.

—¡Papá! ¡Juguemos a la pelota! —Silencio. Boto la pelota, sin perder la esperanza—. ¡Solo un poquito!

No contesta.

—¡Mira, papá, mira cómo boto! ¡Miiiraaa! —insisto, corriendo por el pasillo—. ¡Soy un niño grande!

Nada.

Sigo botándola más fuerte porque solo quiero que juegue conmigo y me mire, aunque sea un poco, solo una vez. La pelota resbala de mis manos y rueda por el pasillo hasta detenerse frente a

la puerta del dormitorio de mis padres. ¡Bien! A lo mejor mami sí quiere jugar. ¡Mamá es muy divertida! Ojalá ponga música y bailemos encima de la cama. Mamá baila muy bien. A Zane lo coge en brazos, le dice que son jinetes de caballo y que están en el lejano Oeste. ¡Yo también quiero ser jinete!

Aunque casi nunca baila a solas conmigo… A veces creo que mamá no me quiere, y eso me duele. El otro día se lo confesé a Grayson, y él me dijo que no fuera tonto, que lo que pasa es que Zane es su favorito. Eso me dio muchas ganas de llorar, porque, si Grayson es el favorito de papá y Zane, el de mamá, ¿quién me quiere a mí?

La puerta del dormitorio está entreabierta, así que la empujo un poco. Mamá está en la cama, tapada hasta el cuello con el edredón. Tiene los ojos rojos y muy abiertos, pero no se mueve.

—Mami —susurro, acercándome con cuidado—. ¿Bailamos?

Ella me mira sin pestañear y aferra el edredón con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

—¿Está cerrada la ventana? —me pregunta, angustiada.

Miro hacia el ventanal, sin entender por qué parece tan asustada.

—Sí, mamá.

La puerta del baño se abre y papá sale sosteniendo una cajita blanca en la mano. Al verme, se para de golpe y pone mala cara. Quizá también me castigue mirando a la pared. Eso me pone contento, porque papá siempre habla con Zane después de castigarlo, y yo quiero que charlemos, que me llame «campeón» y que me dé un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, pasándose una mano por el pelo.

—Quiero bailar con mamá.

—¿No ves que está dormida?

—¡No lo está!

—Siempre estás en medio —gruñe, señalándome con la caja blanca—. Mamá necesita descansar. No la molestes.

—Pero… —balbuceo, mostrándole la pelota— quería que…

—¡Lárgate! ¡Deja de estorbar de una maldita vez! —grita de pronto. Su voz es tan fuerte que me encojo. No muevo ni un músculo—. ¿Estás sordo? ¡Fuera de aquí, River!

Mi padre da un paso hacia mí y retrocedo, asustado, tropezándome al salir de la habitación. La pelota se me escapa de las manos y rueda hasta meterse debajo de la cama. Papá avanza tres pasos, me mira con dureza y me cierra la puerta en la cara.

¡Pam!

El ruido me sobresalta. Miro la puerta cerrada. Me arde la garganta y los ojos se me llenan de lágrimas.

—Papá —lo llamo muy bajito—. Mi pelota, porfa.

Nada.

Me siento en el suelo y me abrazo las rodillas. Hace mucho frío, pero decido quedarme aquí. Si no me muevo y no lloro, quizá papá abra la puerta, me devuelva la pelota… y mami aparte el edredón y diga que puedo meterme con ella en la cama. Eso me haría muy feliz. Solos ella y yo.

Mamá no ha dicho nada cuando él ha cerrado la puerta. Ni siquiera me ha mirado. Y papá… Papá me ha gritado otra vez que siempre estoy en medio, que soy un estorbo. A lo mejor tienen razón. A lo mejor sí que molesto, porque a Zane casi nunca le grita y Grayson es su campeón.

Me sorbo los mocos, me limpio las lágrimas con la manga y regreso al salón. Vuelvo a encender la tele y pongo *Los Simpson*. Papá dice que no podemos verlos, que son dibujos de mayores. Pero a mí me gustan, porque gritan mucho y se tiran cosas, y nadie los castiga. Y la mamá tiene el pelo azul y quiere mucho a su hijo, aunque a veces se porte mal.

Me siento en el sofá, subo el volumen y empiezo a reírme tan fuerte que me duelen las mejillas.

—¡Ja, ja, ja! —grito, aunque no entienda nada de los dibujos.

Me río cada vez más alto, porque seguro que así papá vendrá a regañarme: «¡Apaga eso!», «¡Vete al rincón de pensar y luego hablaremos!». Pero los minutos pasan, sigo riéndome… y nadie viene.

Nadie.

Entonces dejo de reírme. Y pienso que tal vez no estoy aquí, que soy invisible y por eso no me hacen caso. Invisible, como los monstruos que viven debajo de la cama.

Mamá no me ve.

Papá no quiere verme.

Me hago pequeñito en el sofá, muy muy pequeñito, mientras la mamá del pelo azul arropa al niño con el pelo en forma de piña y le dice que lo quiere. Ojalá yo fuera ese niño. Daría lo que fuera por tener unos papás que me quisieran tanto como a él.

La carga silenciosa

Dos años después

Grayson

Escojo el rotulador verde y subrayo un párrafo sobre la Segunda Guerra Mundial, aunque ya me lo sé de memoria. Repito en voz baja la fecha del ataque a Pearl Harbor. No se me puede olvidar. La semana pasada me quedé en blanco en el examen de Lengua y fui incapaz de citar cuatro libros de Charles Dickens. Saqué un siete, y papá se disgustó tanto que me obligó a copiar a mano los seis primeros capítulos de *Grandes esperanzas*.

—Para que aprendas —me dijo con una mirada desaprobadora.

Y, sí, *aprendí* que debería haber copiado en el examen. Porque a papá no le importó que no sacara un sobresaliente, sino que el hijo de Michael Becket —ese rival suyo con complejo de grandeza— tuviera mejor nota que yo.

Si eres un Knight, la excelencia es lo mínimo que se espera de ti. La perfección es el punto de partida y el error, una traición familiar.

Por eso, si no soy brillante, papá se enfadará. Y, si se enfada, mamá le dirá que es demasiado duro conmigo, que solo tengo nueve años y que se parece al indeseable de su padre. Entonces él se pondrá furioso, empezarán a discutir y mamá se encerrará a llorar en su habitación. Y yo me sentiré culpable por no haber hecho lo que se esperaba de mí.

Me tenso al oír pasos y aprieto el subrayador con fuerza. Papá abre la puerta de mi habitación. Tiene sombras oscuras bajo los ojos y demasiadas arrugas en la camisa. Hoy es menos Alexander Knight y más un padre de familia al borde del colapso, porque nuestra ama de llaves amenaza con renunciar.

—Tengo una reunión urgente —anuncia con tono cansado—. Tu madre tiene dolor de cabeza, así que te quedas a cargo de tus hermanos.

Asiento sin dejar de subrayar. Cuando la señora Pitt no está y mamá tiene un mal día, yo cuido de mis hermanos porque soy el

mayor, el futuro líder de la familia, el niño que no se equivoca.

—Grayson —insiste, ahora con más dureza—, ¿me has oído?

—Sí —respondo sin levantar la cabeza del libro de Historia, mientras hago memoria de todo lo que sé:

Winston Churchill, que parecía un *bulldog* con puro; Franklin D. Roosevelt, que iba en silla de ruedas, y aun así mandaba más que nadie; Joseph Stalin, con bigote de malo de cómic; la batalla de Stalingrado… ¿Cómo se llamaba el científico ese al que le dieron un premio? El que parecía sacado de una peli de *aliens*. Uf, no me acuerdo. ¡Voy a suspender!

—¡Grayson! —ruge papá.

—¡Oppenheimer!

La satisfacción de haber recordado el nombre me dura poco al ver la mirada furiosa de mi padre. Me enderezo en la silla y cierro el libro de Historia, tragando saliva mientras pienso en el examen de Mandarín que tengo dentro de dos días. Quizá, si saco un nueve, papá me desherede.

Pero él me apuntó porque le pareció «una lengua útil para el futuro». Y yo la odio; no entiendo ni una frase. Lo único que sé decir es: *wǒ shì yī zhī xiǎo māo*, que significa «soy un gatito», y *dorayaki*, que ni siquiera es chino, sino japonés. A River se le salió el refresco por la nariz cuando le conté que después de dos años he aprendido que soy un gatito al que le gustan los pastelitos rellenos. A Zane también le hizo gracia. Papá seguro que no se habría reído.

—Tienes que encargarte tú —asevera—. Confío en ti. Solo estaré fuera un par de horas.

Esta vez asiento, más serio. Por supuesto, como siempre. Soy el mayor, el que saca sobresalientes y lo acompaña a las reuniones mientras mis hermanos se quedan jugando en casa. El que tapa los líos de Zane y tuvo que amenazar a aquel crío estúpido con partirle un brazo a su hermano mayor —mi compañero de clase— si no dejaba en paz a Zane. Y el que escucha llorar a River porque nadie le hace caso. No sabe la suerte que tiene. Si papá me ignorase, podría hacer lo que me diera la gana.

—¿Cuándo vuelve la señora Pitt? —pregunto justo cuando empieza a darse la vuelta.

No puedo sacar sobresalientes y cuidar de mis hermanos a la vez. Además, la señora Pitt sabe cocinar el beicon como le gusta a Zane y consolar a River cuando se porta como un llorica.

—Pronto —masculla entre dientes.

No es verdad. Hace tres días que no aparece por casa, justo después del séptimo cumpleaños de Zane. La escuché decirle a papá que esta familia la estaba hundiendo y que se marchaba para siempre. Él le ofreció un aumento, le suplicó que no nos dejara solos, le dijo que la necesitamos. Pero desde entonces no ha vuelto.

Y mamá cada vez habla menos, como si alguien estuviera vaciándola desde dentro.

Mi padre por fin se marcha y puedo abrir el libro de Historia.

—Robert Oppenheimer, Robert Oppenheimer, Robert Oppenheimer —repito en voz alta.

—¿Quieres jugar conmigo? —pregunta River, asomando la cabeza por la puerta.

Me enseña su colección de muñecos de acción y sonríe, esperanzado. Solo tiene seis años, pero yo soy demasiado mayor para jugar con muñequitos. Y, además, estoy ocupado.

—No —respondo, enterrando de nuevo la cabeza en el libro.

—Jo. —Lo oigo suspirar—. Nadie quiere jugar nunca conmigo.

—Pídeselo a Zane.

—Está con mamá.

Como siempre. Zane está todo el día pegado a nuestra madre, como un parásito con pataletas. Cuando no está encima de ella, está gritando o rompiendo cosas. Pero, claro, él es el «sensible» y yo soy el «responsable».

River se marcha, y yo vuelvo a lo mío: memorizar nombres y fechas. A veces me gustaría ser hijo único. O adoptado. Luego me siento fatal, porque quiero a mis hermanos y a mis padres, y se me pasa.

Al cabo de un rato, me entra hambre y miro el reloj: hora de merendar. Solo sé cocinar sándwiches de mantequilla de cacahuete con mermelada, así que mis hermanos tendrán que conformarse. Me estiro, guardo los rotuladores de colores y estoy a punto de ponerme de pie cuando escucho algo: unos pasos. Después, un grito.

La voz de Zane.

Salgo de mi habitación con el corazón en la garganta porque, en esta casa, los gritos significan que está pasando algo malo.

—¡No, no, no! —aúlla como un animal. No como un niño de siete años. Parece uno de esos cerditos que chillan cuando los llevan al matadero.

Mamá está arrastrando a Zane por el pasillo. Me quedo congelado. No la reconozco. No… es… ella. Su cara es una máscara mal puesta. Los ojos no parpadean, la boca no encaja; no hay nadie dentro. La forma en que lo agarra mientras mi hermanito se retuerce, con el osito de peluche colgando de la otra mano, el brillo de sus ojos… No parece mamá porque… no es mi madre.

—¿Qué haces? —pregunto muy bajito.

Al principio creo que no me ha oído, pero entonces se detiene frente al baño y gira la cabeza hacia mí con una expresión que se me clava en el estómago.

—Vete a tu cuarto, Grayson. —Es su voz, pero suena extraña. Lejana.

—¡Grayson! —grita Zane, estirando los brazos hacia mí, con la cara enrojecida y los ojos hinchados.

Mi madre abre la puerta del baño y lo mete dentro. A Zane no le sirve de nada llorar y patalear. Ni siquiera recuerdo haber movido las piernas. De pronto, ya estoy corriendo hacia ellos. Solo quiero alcanzar a mi hermano.

—¡No! —Me abalanzo sobre ella—. ¿Qué vas a hacer? ¡Déjalo!

Una mano golpea mi pecho con tanta fuerza que trastabillo hacia atrás. Veo los ojos llorosos y aterrados de mi hermano justo antes de caer al suelo. El osito de peluche aterriza junto a la bañera.

Mamá acaba de empujarme. Ella *nunca* me había puesto la mano encima. Es buena, cariñosa, me quiere… Pero la mujer que me mira sin emoción no es mi madre.

—Grayson —susurra Zane, detrás de ella.

Está agazapado en el suelo, entre sus piernas, hecho un ovillo de miedo. Gatea hacia mí, intenta escapar. Ella lo agarra del gorro de la sudadera y lo arrastra por el suelo de baldosas.

—¡No, mami, no! ¡Mami, por favor! —gime, desesperado.

El sonido que hace es el peor sonido que he escuchado en mi vida. No hay palabra que lo describa. Hace que se me retuerzan las tripas y ya ni me duele el cuerpo cuando me impulso hacia arriba para llegar hasta él. Estiro el brazo; lo tengo tan cerca que casi puedo rozarle los dedos. Pero nunca consigo alcanzar a mi hermano; mamá me cierra la puerta en la cara.

¡Clac!

Ha cerrado con pestillo…

Me quedo ahí, con la respiración agitada, los codos raspados y el corazón a punto de salírseme del pecho.

—¡NO! —Golpeo la puerta con los puños, intentando tirarla abajo —. ¡Zane! ¡Mamá!

Agudizo el oído; escucho los sollozos de mi hermano y el rumor del agua. El agua. Eso me asusta aún más. Le doy patadas a la puerta y trato de derribarla con el hombro.

—¡Abre! —grito, y luego empiezo a suplicar—: ¡No le hagas daño! ¡Me cambio por él! ¡Mamá, por favor!

No hay respuesta.

El pasillo se llena de un silencio húmedo, espeso. Me quedo ahí, de pie, con la frente pegada a la puerta, escuchando cómo se resquebraja mi mundo. Porque era mi responsabilidad. Porque papá me dijo que cuidara de ellos. Y le he fallado. Les he fallado.

Al otro lado de la puerta, el mundo se vuelve un ruido sordo.

Todo esto es culpa mía.

El agua está fría

Un momento antes

Zane

No quiero que juegue solo conmigo.

River y yo nos lo estábamos pasando bien jugando con sus muñecos. Me gusta cuando somos soldados, River grita: «¡Bam!» y yo lo dejo ganar porque es más pequeño que yo.

Pero entonces mamá entra de golpe en la habitación, con esa sonrisa tan rara —esa que le confesé a la señora Pitt que me da escalofríos—, y dice que quiere que juegue con ella. River le pregunta si puede jugar con nosotros, pero mamá le dice que no, que este juego es solo nuestro. River se va arrastrando los pies y me mira con cara triste. Yo me enfado con ella. ¡Me enfado mucho! Por mala. Por no querer a River y por hacerme elegir.

¡La odio! ¡La odio! ¡La odio!

No me gusta este juego. ¡Ni siquiera sé cuál es!

Pero luego me da un helado de fresa —mi favorito—, y me peina con los dedos mientras canta bajito y me acaricia la cabeza, así que se me pasa. Mamá es buena cuando no está rara, porque entonces no escucha a la señora del espejo.

Me como el helado mientras ella me abraza y me dice que soy su niño especial; que no se va a ir nunca, que me quiere mucho, que no deje que *ella* vuelva. No entiendo nada, pero me quedo porque *ella* es la mujer del espejo y mamá dice que, si estoy a su lado, *ella* casi siempre la deja en paz, porque el amor que siente por mí es tan grande como el sol.

—¿Quién es ella? —pregunto, con los dedos pringosos de helado.

—La que habla cuando tú te portas mal.

—Yo hoy no me he portado mal —susurro, tensándome.

¡NO ME HE PORTADO MAL!

Ayer sí, pero fue culpa de Dylan, un niño de mi clase que dijo que la señora Adler tiene el culo gordo y es tonta. Es la única profe que me cae bien, y está a punto de jubilarse. Eso me puso triste, porque

la señora Adler le dijo al director —que sí que tiene el culo gordo, además de cara de tortuga— que yo no soy un niño malo y que me diera otra oportunidad.

Dylan se puso a hacer pedorretas con la boca justo cuando ella se sentó en su silla, y todos se rieron. Eso me puso más furioso que triste y le di un puñetazo en la boca. Y se cayó de culo. No me arrepiento. ¡SE LO MERECÍA!

Todos se reían de ella. De su culo, de su silla, de su voz de abuelita. Y ella solo estaba enseñándonos los animales de la granja en español. No hacía nada malo.

Yo no iba a dejar que se rieran de ella. ¡No mientras yo estuviera en la clase!

Pero luego todos me miraron, y la señora Adler también. Ya no me sonríe ni dice que soy un niño bueno. Me duele el pecho. No quería que me mirara así, como si me tuviera miedo. No soy malo. ¡NO SOY MALO!

Solo quería que pararan; que la dejaran en paz; que se callaran. Yo la protejo, como Grayson me protege a mí. ¿Eso no está bien?

Mamá pone la cara que me da miedo, la que parece hecha de piedra, y me mira con esos ojos que no son suyos. Entonces me clava las uñas en el brazo. Aferro a Gruñón —mi osito de peluche— con la otra mano.

—¡Ay! —me quejo.

—Ven.

—No.

¿Dónde está la señora Pitt? Quiero un Twinkie y que se ocupe de mamá. No me gusta que se haya ido de vacaciones ni que papá nos deje solos con mami cuando me mira así.

—¿A dónde? —pregunto, a punto de echarme a llorar.

Ella me arrastra por el pasillo sin decir nada. Abrazo a Gruñón contra mi pecho mientras intento resistirme. Me da miedo gritar, pero me asusta más ir con ella, así que pego un grito. Y luego otro más fuerte.

—¡No, no, no!

Mamá tira de mí. No sirve de nada que me agarre a la puerta de la habitación de River. Me alegro de que no lo haya dejado jugar a

este juego, porque no me gusta. Yo cuido de River y Grayson cuida de mí, así que decido llamarlo.

—¡Grayson! —lloriqueo, porque él siempre viene a buscarme.

Mi hermano mayor está de pie en el pasillo, pálido y con los ojos muy abiertos, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué haces? —le pregunta en voz baja.

Mamá se detiene frente al baño, y pienso que por fin se acabará este juego. Pero ella se gira hacia mi hermano y le dice con voz rara:

—Vete a tu cuarto, Grayson.

Estiro los brazos hacia él, con la cara llena de lágrimas y mocos. Si me coge, el juego termina.

«Por favor, cógeme».

—¡Grayson! —le suplico.

Mi madre me mete dentro del baño mientras pataleo, y Grayson corre hacia nosotros, gritando, más furioso de lo que lo he visto nunca. Gruñón aterriza a los pies de la bañera.

—¡No! —grita Grayson.

Se abalanza sobre ella, pero mami es más fuerte. Eso es trampa. Este juego no me gusta. Quiero rendirme.

—¿Qué vas a hacer? ¡Déjalo!

Me tapo la boca cuando Grayson se cae al suelo. Mamá le ha dado un empujón… Rompo a llorar porque quiero que me salve, pero no quiero que le pase nada malo.

—Grayson —susurro, escondido entre las piernas de mamá.

Ella me agarra del gorro de la sudadera. Luego me arrastra por las baldosas y noto el ardor de la cerámica raspándome la mejilla.

—¡No, mami, no! ¡Mami, por favor! —sollozo, alzando los brazos hacia Grayson.

Él se levanta, visiblemente aturdido, y consigue caminar unos pasos hacia mí antes de que ella cierre la puerta. Me encojo del susto cuando escucho el sonido del pestillo. Al otro lado de la puerta, los gritos desesperados de mi hermano mayor.

Yo ya no grito; solo lloro.

Gruñón sigue ahí, tirado en el suelo, como si fuera un trapo. Es mi osito de peluche favorito. Santa Claus me lo trajo la pasada Navidad.

Mamá abre el grifo de la bañera. El agua corre. ¿Me va a lavar el

pelo? No me gusta que me lave el pelo.

—¡No quiero! —vuelvo a gritar—. ¡No quiero que me laves el pelo!

—Shhh, no pasa nada.

Pero sí pasa, porque no es la voz de mamá, sino la de la señora que le ordena que haga cosas malas y que pone tan triste a papá.

Esto es una trampa.

Intento correr, pero me resbalo con el agua que salpica las baldosas y me golpeo la rodilla. El dolor me baja por la pierna y me deja paralizado.

—No me gusta este juego… —Rompo a llorar de nuevo.

—No es un juego. —Se arrodilla y me coge la cara—. Es lo correcto.

Sus ojos color miel no brillan de alegría, como cuando bailamos canciones de ABBA.

—¿Mami?

—Tú eres como yo. Estás roto. Eres un demonio. No tienes arreglo.

—¡No estoy roto y no soy un demonio!

Las palabras se me mueren en la garganta cuando me mete en la bañera. Me golpeo la espalda con el borde, pero no chillo por eso, sino porque el agua helada me sube por la tripa.

—¡Está fría! —protesto, intentando salir de la bañera.

Grayson sigue aporreando la puerta, pero no es lo bastante fuerte para tirarla abajo. Tengo mucho mucho frío. Los dientes me castañean mientras miro a mi madre. Le tiro flojito de los rizos, porque eso siempre la hace sonreír. Pero no hay arruguitas de felicidad en sus ojos ni curva los labios hacia arriba.

—Mami, por favor… —sollozo, temblando de frío.

Ella me agarra de la nuca y, sin previo aviso, empuja mi cabeza hacia abajo.

Tengo la boca abierta por el susto y se me llena de agua. Comienzo a toser. No puedo respirar. ¡No puedo respirar! ¡Que alguien me ayude!

Pataleo.

Golpeo.

Intento salir.

Me duele el pecho y me arden los pulmones.

¡MAMÁ, NO! ¡NO, MAMÁ! ¡NO!

El agua me entra por la nariz, como si me metieran agujas. Me pica la garganta y cierro la boca. Me duele el estómago. Pienso en Grayson; me pone triste no volver a robarle un trozo de *pizza*. Ya no escucho sus gritos, pero sé que él sigue golpeando la puerta, porque mi hermano nunca se rinde. Me gustaría decirle que no estoy enfadado con él; que no es culpa suya. Ahora no veo nada. Pienso en River, y me alegro de que ella no lo dejara jugar con nosotros. Estoy muy muy cansado. ¿Por qué me hace esto mamá? ¿He hecho algo mal?

El agua está muy fría.

Luego, todo se apaga.

Los monstruos no viven debajo de la cama

River

No quiero salir de mi habitación. Tengo miedo.

Primero, me puse muy triste cuando mamá me dijo que no podía jugar con ellos y, luego, me enfadé con Zane porque a él sí le da helado de fresa aunque grite y nunca lo regaña si salta en la cama. Pero ya no tengo ganas de llorar ni quiero pedirle a Zane que la convenza de que me deje unirme a ellos, porque ahora todos están gritando.

Me escondo dentro del armario al oír los aullidos de Zane y contengo la respiración. Me tapo la boca y cierro los ojos con fuerza. Ya no quiero que nadie me vea. Mami nunca nos pega, pero creo que está pasando algo muy malo. Entonces Grayson, que jamás levanta la voz ni se porta mal, le grita que lo deje en paz. Y ya no creo que esté pasando algo muy malo, ahora lo sé: mami está castigando a Zane mientras Grayson intenta defenderlo, y yo… estoy aquí escondido. Taz vez papá me odia porque soy un cobarde y mamá no quiere verme porque los niños valientes no se meten en el armario.

Abro la puerta y cojo la espada de pirata, porque ahora soy un superhéroe. Spiderman tiene su tela de araña, pero yo no tengo poderes, así que necesito un arma. No quiero golpear a mamá, pero a veces se pone rara y sé que a Zane le da mucho miedo. El otro día me dijo que no le gusta cuando mamá lo abraza tan fuerte que lo deja sin respiración. Yo le respondí que ella lo hace porque él es su favorito, pero Zane se puso a llorar. Y luego yo lloré también porque me gustaría ser el favorito de papá o mamá.

Salgo de la habitación y arrastro la espada por el suelo. Quizá, si soy muy valiente, papá quiera jugar a la pelota conmigo. Eso me pone muy feliz y levanto la espada por encima de la cabeza… Hasta que veo a Grayson pegándole puñetazos y patadas a la puerta del

cuarto de baño. Nunca había visto a mi hermano mayor tan furioso. La espada se me cae de las manos. Ya no quiero ser valiente, prefiero volver al armario.

—¡Abre! —grita, arañando la puerta con las uñas—. ¡No le hagas daño! ¡Me cambio por él! ¡Mamá, por favor!

Grayson siempre hace lo correcto, por eso papá lo quiere más que a nadie. Aunque ahora parece perdido y derrotado, suplicando entre lágrimas, con la frente apoyada en la puerta.

Escucho el clic del pestillo. Debe de haberlo echado mamá, porque Zane no alcanza. Eso provoca que Grayson se sobresalte y mire el pomo con los ojos muy abiertos y los puños apretados.

—¡Mamá! —retrocede unos pasos, toma carrerilla y se lanza contra la puerta, que no cede—. ¡Abre! ¡ZANE! ¡MAMÁ! ¡No le hagas daño!

Frunzo el ceño. ¿Por qué mamá haría daño a Zane? Ella siempre le quita la corteza al pan y le pone un montón de Nutella, porque sabe que él es muy goloso. Además, le hace cosquillas en la tripa y le lee cuentos de animales, que son sus favoritos.

Mamá quiere mucho a Zane, como Mufasa a Simba. No lo entiendo. Pero a veces mamá hace cosas raras, y entonces me alegro de ser invisible, porque así no se fija en mí.

Grayson jadea mientras intenta tirar la puerta abajo, sin rendirse. Por eso es el campeón de papá y siempre saca sobresalientes. Apoya las manos en las rodillas, inhala hondo y vuelve a embestir la puerta, con tanta rabia que me da casi tanto miedo como papá cuando me grita que me aparte, que estorbo, que siempre estoy en medio.

—¡Mamá, abre! —ruge, con la cara roja y llena de lágrimas—. ¡Abreee!

Grayson se calla de golpe cuando la puerta cede. Los dos contenemos el aliento. No ha conseguido derribarla; ha sido mamá quien la ha abierto. Esbozo una sonrisa enorme porque quiero que sea lo primero que ella vea cuando exclame: «¡Era una broma! ¡No pasa nada! ¡Zane no quería lavarse el pelo!». Y yo alzaré los brazos, para que me dé una vuelta en el aire y me llene la cara de besos mientras me río como si estuviera en una montaña rusa, y le diré que Zane es un cochino, pero que yo sí me meto en la bañera sin

rechistar.

Grayson está mirando algo detrás de ella justo cuando la llamo y doy un paso en su dirección.

—Mami.

Mi hermano se gira hacia mí como si hubiera visto un fantasma.

—River —susurra con los dientes apretados—, vete a tu habitación.

Estoy cansado de que todos me digan que me largue, así que no me muevo. Grayson me agarra del brazo y me empuja detrás de él justo cuando mamá sale del baño.

—¿Y Zane? —pregunta Grayson con voz temblorosa.

Mueve la cabeza para mirar detrás de ella, pero no se aparta de mí ni un segundo. Yo también me pongo de puntillas, pero solo veo la figura de mamá y un charco de agua a sus pies.

Mamá sonríe como si acabara de despertar de una siesta larguísima, y su boca me da mucho miedo porque está torcida, como si se la hubieran cosido encima de la de verdad. Me aferro a la camiseta de Grayson, notando un picor detrás de los ojos. Soy muy pequeño, pero no soy tonto. Si Grayson está asustado, entonces yo también debo estarlo. Aunque sigue delante de mí, con los brazos extendidos para impedir que ella me alcance. Me protege porque es el mayor.

Pero no tiene que preocuparse. Soy invisible. Ella nunca me ve.

—¿Zane? —musita Grayson.

Mi madre lo mira fijamente.

—El demonio ha muerto —dice—. Ahora, todos estamos a salvo.

Grayson pierde el equilibrio y me pisa la punta del pie sin querer. Se apoya en el marco de la puerta, pálido, mirando con incredulidad el cuerpo que flota en la bañera. Reconozco la sudadera roja de Zane. Gruñón —su osito— está empapado en el suelo. Los macarrones con queso del almuerzo me suben a la garganta.

Y, por primera vez en mi vida, me doy cuenta de que los monstruos no viven debajo de la cama, sino en el cuarto de baño.

El jarrón roto

River

Grayson aúlla.

Un sonido entre un grito y un sollozo que no parece humano, como si le arrancaran el alma por la garganta. Como cuando golpeé aquel jarrón con la pelota y la señora Pitt me consoló porque intenté unir los pedazos con Super Glue y me puse a llorar al ver todas las grietas, pues comprendí que no tenía solución. Y entonces yo también grito, porque Zane es como aquel jarrón roto que la señora Pitt tiró a la basura: no se puede arreglar con pegamento.

No quiero que tiren a mi hermanito a la basura. No quiero que se muera, como la mamá de Bambi o el papá de Simba.

Pero Zane flota bocabajo en la bañera, inmóvil, como un muñeco que se ha quedado sin pilas.

Grayson me suelta de golpe, y yo doy un traspié hacia atrás. Mi hermano mayor corre hacia él, resbala en el agua, se golpea el codo con el mueble del lavabo y se arrastra hacia la bañera, gritando su nombre.

—¡No, no, no, no! —Lo agarra de la sudadera—. ¡Despierta! ¡Zane, por favor! ¡DESPIERTA!

Yo no me muevo. Debería ayudar a Grayson, que no logra sacar a Zane de la bañera. No sé si estoy soñando. ¿Y si esto no está pasando de verdad? Me pellizco el brazo para despertar de esta pesadilla y doy un respingo. Es real. Es real. Zane se ha ido al cielo.

Grayson consigue arrastrar a Zane fuera del agua. Me arde la garganta. Todo da vueltas. Grayson lo zarandea, le grita que despierte de una vez y le da una bofetada. Seguro que Zane se levanta y le grita que se las pagará, pero tiene los ojos cerrados y los labios morados.

Porque está muerto.

Ella lo ha matado.

La mujer que se parece a nuestra mamá pestañea y pregunta:

—¿Qué queréis de merendar?

Me abalanzo sobre ella y le golpeo las piernas con los puños. Una y otra vez. Le pego tan fuerte que me duelen los nudillos. Las lágrimas me nublan la vista, pero no paro.

—¡Eres mala! ¡Eres muy mala! —le grito, pegándole tan fuerte como puedo—. ¡La próxima vez lávame el pelo a mí! ¡A mí!

—¡Vamos, Zane! —oigo suplicar a Grayson, con la voz hecha trizas—. Vamos, por favor… Por favor… No hagas esto. ¡Te daré el último trozo de *pizza*! ¡No me enfadaré cuando metas los dedos en mi comida! ¡Por favor, despierta! ¡Venga, abre los ojos!

Su llanto es un jadeo ahogado. Apenas puede respirar. Mientras tanto, yo sigo golpeando a la mujer que se parece a mamá, que no reacciona.

—No estabas solo, yo estaba aquí… detrás de la puerta, ¡te juro que estaba aquí! —solloza Grayson—. ¡No te mueras! Me cambio por ti, ¿vale? ¡Solo abre los ojos! ¡Hazlo ya! ¡Venga, por favor! ¡Zane!

Agarro el dobladillo del jersey de esta mujer odiosa y mala.

—¡Despierta a Zane! —le grito, llorando—. ¡Despiértalo! ¡Este juego es horrible! ¡Lo odio! ¡Lo odio!

Pero ella no hace nada. Solo está ahí, con los ojos apagados y la boca medio abierta. Estoy tan cansado que se me doblan las rodillas. Grayson sigue zarandeando a Zane por los hombros, gritándole muy cerca de la cara.

—Zane, levanta —le suplico—. Te he robado tu colección de Lego.

Eso lo enfurecerá. Seguro que se despierta de un salto y me retuerce el brazo, pero no me importa.

—¡Ya estoy en casa! —anuncia la voz de papá desde la entrada—. La reunión se alargó un poco más de lo previsto. ¿Queréis que pidamos hamburguesas para cenar?

—¡Papá, ayuda! —lo llama Grayson a gritos—. ¡Zane no respira!

Nuestra casa es enorme, con un pasillo muy largo que separa la entrada de las habitaciones. Sin embargo, papá aparece en el baño en menos de un pestañeo. Se queda petrificado. El teléfono se le cae de la mano mientras observa a Grayson de rodillas, empapado, y a Zane tendido en el suelo.

Y entonces se vuelve loco.

Los ojos se le desorbitan al mirar a la mujer que se parece a

mamá, que tararea en voz baja, como si nada tuviera que ver con ella. Papá la empuja y ella se cae al suelo como si fuera de trapo.

—¡¿Qué has hecho, Catherine?! —le grita, fuera de sí, abalanzándose sobre ella—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué coño has hecho?

Se le sienta encima y le da una bofetada. Ella ha sido muy mala, pero no me gusta que papá le pegue. Ella se acaricia la mejilla y pestañea como si acabara de despertar de una pesadilla. Y vuelve a ser nuestra mamá. Cuando ve a Zane, empieza a gritar y a revolverse bajo papá. Intenta arrastrarse hacia mi hermano, pero papá se lo impide.

—¡Sálvalo! ¡Tienes que salvarlo! —Mamá llora como si le hubieran clavado algo en el pecho—. Oh, cielo santo, Alexander. ¡Nuestro hijo!

Papá se aparta de ella y se arrodilla junto a Zane. Nunca lo había visto llorar. Contengo la respiración mientras le acaricia la cara, lo sacude con suavidad y le sopla en la boca. No entiendo lo que está haciendo, pero papá es listo. La semana pasada arregló mi juguete favorito y me dijo que fuera más cuidadoso con mis cosas.

—Despierta, hijo —le pide con voz temblorosa—. Eres fuerte, puedes hacerlo.

Zane suele desobedecer a nuestros padres, así que no me sorprende que no abra los ojos. Me agarro a la pared para no caerme. Grayson sigue en el suelo, inmóvil y empapado, observando a Zane como si esperara un milagro. Mamá no para de llorar. Se disculpa una y otra vez. Y yo solo quiero que todo esto termine.

Papá le golpea el pecho cada vez con más fuerza. ¡Le va a hacer daño! ¡Lo va a estropear más!

Grayson se cubre la cara con las manos. Mamá llora más fuerte.

—Si te despiertas —le prometo a Zane en voz baja, acercándome al borde de la bañera—, te dejaré ganar siempre a los soldados y te daré mis cromos brillantes, y nunca más te esconderé los lápices de colores.

Trago saliva. Mi hermano sigue dormido. Las lágrimas me bajan por la barbilla y me empapan el cuello.

—Y si quieres…, puedes comerte todos los Twinkies. ¡Y no te llamaré bruto si rompes mi camión! Puedes romperlo a patadas si

quieres. Pero solo si abres los ojos, ¿vale? Solo si te despiertas.

Nada. Solo el ruido del agua goteando; el jadeo de papá; el silencio desgarrado de Grayson. Zane permanece inmóvil, como un muñeco mojado.

Hasta que… se arquea de golpe. Grito del susto. Sus ojos se abren de par en par, como si regresara de un sitio muy oscuro y lejano. Tose y vomita agua mientras papá alza la cabeza hacia el techo, le da las gracias a Dios y le acaricia la espalda. Entonces Zane rompe a llorar, y papá lo envuelve con sus brazos, susurrándole palabras de consuelo mientras le besa el pelo, las mejillas, la frente.

—Perdóname, hijo. Perdóname, por favor —lo consuela—. Estoy aquí, ya pasó, ya pasó…

Zane llora más fuerte y se agarra a su camisa. Mamá se arrastra hacia ellos y extiende los brazos hacia Zane. Pero, al verla, mi hermano empuja a papá y se esconde detrás de las piernas de Grayson, que se ha levantado al verlo toser.

—¡No lo toques! —le grita Grayson a mamá, con los ojos inyectados en sangre—. ¡No vuelvas a acercarte a él! ¡Nunca más!

Ella se encoge como si la hubieran golpeado.

—Yo no quería… —murmura, temblando—. Por favor, perdonadme. ¡Soy vuestra madre!

Mira a papá con ojos implorantes, pero él le lanza una mirada dura.

—Lárgate.

Ella parpadea, confundida.

—¿Qué?

—¡Que te vayas! —le grita, furioso—. ¡Ahora!

Mamá lo mira sin entender. Él nunca le había hablado así. Papá niega con la cabeza, con las lágrimas resbalando por las mejillas y un brillo de horror y rabia en los ojos. Cuando ella da otro paso más hacia Zane, papá se interpone. Mamá suelta un gemido ahogado, se incorpora como puede y huye sin mirar atrás. Sale del baño corriendo, como si escapara de un incendio.

Zane está abrazado a Grayson, con la cara escondida en su pecho. Sé que Grayson odia los abrazos, pero rodea el cuerpo de Zane como si separarse de él le doliera físicamente. Los dos están

temblando, y Zane ha escondido la cabeza en su pecho.

—Zane —dice Grayson en voz baja—, lo siento.

—Es culpa tuya —le espeta papá.

Grayson se queda sin aire.

—¡Te dije que no podías dejarlos solos! —le recrimina—. ¡Sabes que no pueden quedarse a cargo de ella! ¡Te lo advertí!

Grayson baja la cabeza.

—Yo…

—¡Confiaba en ti!

Grayson no dice nada; solo asiente. Yo quiero gritarle que se defienda, que él no ha ahogado a Zane. Pero soy un cobarde, así que me quedo callado. Papá se acerca a Zane, que niega con la cabeza y se da la vuelta para refugiarse otra vez en Grayson.

—No pasa nada, hijo. Ya está. Conmigo estás a salvo —le asegura con una voz que nunca le he oído usar—. Confía en mí. Te quiero, ¿vale? Te quiero tanto tanto…

Zane se agarra a Grayson como un koala, llorando sin parar. Papá respira hondo. Tiene los ojos rojos, el pelo revuelto, las manos temblorosas. Se le nota el miedo. Se acerca a Zane con cuidado, como si temiera asustarlo. Grayson le acaricia el pelo y se traga las lágrimas cuando le dice:

—Ve con papá. —La vergüenza le cubre la voz al dar un paso atrás—. Yo no te puedo proteger.

—¡No! ¡No! —ruge Zane, pataleando al aire cuando nuestro padre lo alza—. ¡No dejes que mami se acerque a mí!

Papá lo abraza fuerte, aprieta los ojos con rabia y asiente en silencio. Y se lo lleva. Sale del baño despacio, con Zane pegado a su pecho y con los pies colgando como los de un muñeco roto. No mira a nadie. No dice una palabra.

Grayson me mira un instante, como si quisiera decir algo, pero luego aprieta los puños y se marcha a toda prisa. Yo me quedo ahí, solo, con los pies descalzos sobre las baldosas mojadas. Gruñón sigue en el mismo sitio. Me agacho para recogerlo, pero al final lo dejo donde está, porque algo me dice que Zane no volverá a jugar con él.

Grayson se encierra en su habitación.

Oigo a mamá llorar en la suya.

Papá no se separa de Zane en toda la noche.

Nadie prepara la cena. A mí me rugen las tripas, pero creo que no es de hambre, sino de miedo. Doy vueltas en la cama; no puedo dormir. Siempre voy a la habitación de Zane, pero esta noche él es el campeón de papá, así que entro en la de Grayson y me meto en su cama.

Grayson tampoco puede dormir. Llora sin hacer ruido, como si temiera que papá volviera a echarle la bronca. Lo sé porque le tiembla todo el cuerpo y la respiración se le corta a trozos.

Lo abrazo por la espalda, apoyo la mejilla en su brazo y le susurro:

—No es culpa tuya.

Él no responde, pero sé que me ha oído. Y, mientras cierro los ojos, pienso: «Por primera vez, me alegro de ser invisible. Porque cuando nadie te ve, no te piden que protejas a los demás. Ni te ahogan en la bañera».

La calma frágil

Un año después

(Grayson: diez años · Zane: ocho años · River: siete años)

Solo tiene que desfogar

Zane

No me gustan los lunes por la tarde. Papá me obliga a ver a una doctora antipática que me hace preguntas mientras me pide que dibuje en un folio. ¡No me gusta pintar! Antes era divertido, porque mamá nos dejaba manchar las paredes, pero eso ya se acabó. Odio estar sentado: me pican los brazos y siento un cosquilleo en las piernas. ¡Quiero saltar, saltar, saltar!

La consulta de la doctora Anderson huele a chicle de menta y a mentiras. Ella me mira por encima de las gafas mientras balanceo los pies, que no llegan al suelo. Yo también la miro, pero con odio. Creo que ella sabe que no me gusta. Una vez me pidió que le dijera lo que había en mi cabeza, así que le grité que tenía cara de acelga, porque era justo lo que estaba pensando. Ella me miró seria y apuntó algo en su libreta. No me cae bien. Nunca me ha caído bien.

—Zane, espera fuera un momento, por favor —ordena papá.

Asiento sin decir nada. ¡Ya van a hablar de mí! Me bajo de la silla y salgo de la consulta, pero no voy a la sala de espera. Me quedo con la oreja pegada a la puerta entreabierta, conteniendo la respiración para que no me descubran.

—Suéltelo ya —le pide mi padre.

—Los síntomas encajan con un diagnóstico de trastorno bipolar tipo I —contesta la doctora cara de acelga—. Tiene episodios de euforia, cambios bruscos de humor, agresividad e insomnio.

Miro mis pies. ¿Qué significa «bipolar»? ¿Me voy a morir? Y un episodio es un capítulo, ¿no? A veces le pido a Grayson que me deje ver otro episodio de *Oliver y Benji* antes de dormir. Me gusta que Oliver sea tan rápido y que Benji no le deje marcar ningún gol. Pero yo no soy un episodio; no lo entiendo. Solo sé que me llaman bruto en clase y que ningún compañero quiere sentarse a mi lado. Por eso no tengo amigos. Al principio me ponía muy triste, pero ahora solo quiero que me dejen en paz. Grayson y River son mis mejores

amigos. Ellos no me tienen miedo.

—… y también hay señales claras de estrés postraumático —continúa cara de acelga—. *Flashbacks*, conductas defensivas, ataques de pánico.

Oigo un estruendo fuerte, como si algo pesado se hubiera caído. Me tambaleo hacia atrás, con el corazón latiéndome en los oídos y una mano en el pecho.

—Alexander, por favor, siéntese —dice la doctora.

Creo que ha sido papá; ha tirado algo. En casa, a veces rompe cosas cuando se enfada. River me contó que le pegó a mamá en la cara el día que ella me lavó el pelo. Desde entonces, nunca más lo ha hecho. Ahora papá o la señora Pitt me lo lavan, menos mal. Aunque yo nunca he visto a papá ser malo con mamá. Siempre le acaricia la mejilla, le dice que la ama y le da besos en la frente, suaves, como si ella fuera de cristal. Por eso me molestó tanto lo que dijo River. No quería creerlo. Le aseguré a Grayson que, si papá volvía a hacerle daño a mamá, yo mismo le daría una paliza. Él me pidió que no hablara de cosas que no entendía.

—¡No! —ruge papá—. No estoy dispuesto a escuchar que mi hijo…

—Por favor, siéntese.

—¿Ahora también Zane? —escupe papá. No puedo verle la cara, pero seguro que la tiene roja y se le ha hinchado esa vena gorda del cuello—. ¿Sabe qué? Ya tengo bastante con Catherine. ¡Y ahora usted viene a decirme que mi hijo está loco!

No me molesta ni me enfada. Mis compañeros de clase también susurran que estoy loco y se apartan de mi camino en el pasillo. Incluso la señora Adler, que era mi profesora favorita, ya no me regala piruletas ni me llama niño bueno.

—Nadie ha dicho eso —responde cara de acelga—. Pero puede que Zane nunca mejore si sigue conviviendo con ella. No después de lo ocurrido.

—No le pago tanto dinero para que me diga cómo criar a mis hijos. —La voz de papá tiembla—. Mi mujer está estable. Ha salido del hospital, toma su nueva medicación, va a terapia. ¡Está bien! Ya no supone un peligro para ellos. Y está jodidamente arrepentida. No

era ella, hostia.

—Lo sé —responde la doctora, con esa voz suave que, cada vez que la escucho, me dan ganas de coger un lápiz y clavárselo en el cuello—. Mi trabajo no es juzgarla. Pero sí debo recordarle que Zane no es solo un niño con cambios de humor. Tiene un trauma muy profundo y convive con la persona que…

—¿Cree que soy un mal padre? —la interrumpe papá, otra vez furioso—. ¡Catherine nunca se queda sola con los niños! Se arrepiente de lo que hizo. Ama a nuestros hijos más que a nada. —Hace una pausa. Desde aquí lo oigo respirar, agitado—. Por eso… hizo lo que hizo. Y tuve que sacarla del hospital o, de lo contrario, ella…

De repente, me duele el estómago. En casa no hablamos de las heridas de las muñecas de mami. ¡No se puede hablar de eso! ¡Está prohibido!

—Lo entiendo, Alexander. Pero debo decirlo: Catherine ahora no es una influencia positiva para Zane. Y usted también necesita espacio. No puede cargar con todo solo.

—Métase en sus putos asuntos. Mi familia no es su proyecto de estudio —espeta papá—. No voy a abandonar a mi esposa. Y a mi hijo lo sacaré adelante a mi manera.

Oigo los pasos demasiado tarde. La puerta se abre y papá se queda helado al verme ahí. Solo me mira y suspira. No me riñe. No me ha reñido desde lo del baño; desde que mamá me lavó el pelo. Por eso me he atrevido a espiar su conversación sin temor a las consecuencias. Ahora, papá es más cariñoso y protector, pero a mí no me gustan sus abrazos. Porque aquel día él no estaba. Y, cuando por fin volvió, me apartó de Grayson. Pero yo solo confío en mi hermano mayor. Porque papá siempre elige a mamá, pero Grayson nos elige a nosotros. Él siempre nos protege, en casa y en el cole.

Papá tiene ojeras oscuras y algunos mechones de pelo blanco que antes no estaban. Parece muy cansado al arrodillarse frente a mí, con las manos en los bolsillos y las venas del cuello marcadas.

—¿Te gusta el *hockey*? —pregunta.

No sé qué decir. Me encojo de hombros.

—¿Y el kárate?

Me muerdo el interior de la mejilla. A mí lo que me gusta es cantar canciones de ABBA, comer helado de fresa y jugar a la pelota con River, pero eso no se lo digo, porque todo lo que pienso casi siempre es malo. O eso creo.

—Mejor los dos —dice papá, revolviéndome el pelo—. *Hockey* entre semana y kárate los findes. Así podrás golpear a otros niños y nadie te castigará.

No sé si lo dice en serio. Pegar está mal; eso dice la señora Pitt. Me gusta nuestra ama de llaves. A veces desearía que fuera nuestra mamá, y luego me siento fatal por pensarlo. Mamá no es mala, salvo cuando escucha a la señora del espejo. Por eso papá quitó el espejo de su habitación.

Al pensar en ella, me da hambre. Me gusta cómo cocina el beicon y que me dé pastelitos rellenos de vainilla.

—Quiero un Twinkie.

—Podemos ir a merendar a esa cafetería que hace unos helados de chocolate tan ricos.

¡Eso es mejor que el *hockey* y el kárate!

—¿Los dos solos? —pregunto, ilusionado.

Papá aprieta la mandíbula. Y, de golpe, me hago muy pequeñito mientras me da la mano para conducirme a la sala de espera, donde mamá está sentada con la espalda muy recta y los ojos rojos. Cuando me ve, se levanta despacio y esboza una sonrisa temblorosa.

—¿Qué tal ha ido, cielo? —me pregunta.

No respondo; no quiero hablar con ella. Me escondo detrás de la pierna de papá, evitando su mirada. Ojalá Grayson estuviera aquí.

—La doctora Anderson cree que le vendrá bien desfogarse. Ha sugerido que lo apuntemos a *hockey* y a kárate.

Miro a papá de reojo. ¡Eso es mentira! Ha sido idea suya. ¡Mentiroso, mentiroso, mentiroso! Odio las mentiras.

—Ah —responde mamá, extrañada—. Bueno, eso suena divertido. ¿Te gustaría aprender a jugar al *hockey*, Zane?

Quiero irme a casa, quiero irme a casa, quiero irme a casa.

De repente, una mano atrapa la mía. Es suave y cálida, pero siento como si un pulpo me envolviera con sus tentáculos para

arrastrarme al fondo del mar. No… No puedo respirar. Los pulmones me arden y la cabeza me da vueltas. Los dedos de mamá se entrelazan con los míos. Le doy un manotazo fuerte. Ella se encoge, como si le hubiera hecho daño.

—Zane —murmura papá con tono de reproche. Esta vez sí parece que me está regañando—. No trates mal a mamá.

—No pasa nada, Alexander —dice ella con los ojos vidriosos.

El aire regresa a mis pulmones cuando ella da un paso hacia atrás.

—No seas malo con tu madre —insiste papá, apretándome el hombro.

Me retuerzo debajo de él.

—Alexander, déjalo —susurra ella—, es normal que me tenga miedo.

—Tu madre está muy arrepentida —me dice papá—. ¿Quieres que se sienta mal?

Mamá se acerca y yo me encojo de puro pánico, pero no me toca: agarra a papá de la muñeca para que me suelte.

—Alexander, no.

—No permitiré que nadie te juzgue por un error.

Ella le sujeta la cara.

—Es nuestro hijo.

No quiero estar aquí. No quiero que discutan por mi culpa. No quiero un batido de chocolate, jugar al *hockey* ni pegar golpes de kárate. Podría darle la mano a mamá y fingir que no me asusta durante un ratito…, pero, cuando miro sus dedos, recuerdo el agua de la bañera, y me entran ganas de vomitar.

Me tambaleo. Alguien me toca el pelo y me pide que me calme. Hace mucho frío y me duele el pecho. Levanto los brazos. ¿Dónde está Grayson? No quiero que nadie me toque. No quiero. No quiero.

¡No quiero!

Algo estalla dentro de mi pecho. Tiro las revistas de la mesa y le doy una patada a la papelera. Grito tan fuerte que me duele la garganta. Papá intenta sujetarme, pero le muerdo la mano. ¡Odio sus abrazos de culpa! ¡Odio que mamá me lavara el pelo! ¡Odio que nos dejara solos con ella!

Voy a explotar. Quiero correr, esconderme, romperlo todo, desaparecer.

Papá me coge en brazos y me aprieta contra su pecho.

—Ya está. Ya pasó. Tranquilo, Zane. Ya pasó —me dice al oído.

Pero no ha pasado. No ha pasado nada. Porque estoy gritando por dentro… y nadie me escucha.

No puede perderla a ella, pero a nosotros sí

Grayson

Me da ansiedad ver los cojines en el suelo y la alfombra cubierta de migas de galleta. La señora Pitt ha llevado a River al dentista, y papá está con Zane en el entrenamiento de *hockey*. No importa, yo me encargo.

Paso la aspiradora, recojo los cojines y aliso las arrugas del respaldo del sofá con la palma de la mano. Luego alineo el mando a distancia con el borde de la mesa e inspiro, satisfecho. El orden me hace sentir bien.

Si limpio, no pienso en mi madre ahogando a Zane en la bañera. Me siento sucio por haber fallado como hermano e hijo, así que limpiar es una forma de cerrar las heridas. El orden es lo único que puedo controlar en un mundo que se desmorona a mi alrededor.

Debería repasar para el examen de Matemáticas, pero antes tengo que echarle un vistazo a mi madre. Si no lo hago, no estaré tranquilo.

La puerta de su habitación está abierta. La veo pintando frente al caballete, con los rizos recogidos y el mono manchado de pintura. No se percata de mi presencia; está concentrada. Observa el cuadro con los ojos entrecerrados y se rasca la cicatriz rosa de la muñeca. Esas marcas siempre me dan náuseas. El calor me sube por el cuello y aparto la mirada de golpe.

«Siempre debe estar vigilada —dijo mi padre—, no te confíes solo porque parezca feliz».

Noto un pellizco en el estómago al recordar las palabras de mi padre. Yo no quería que mi madre volviera de sus «vacaciones». Durante varios meses, no tuve que preocuparme por si atacaba de nuevo a Zane, pero ahora vivo con la incertidumbre de si tendrá otro brote.

«No puede quedarse sola con tus hermanos. Eras el mayor,

Grayson. Tenías que haber estado pendiente de ellos».

Papá no se disculpó, aunque la señora Pitt me aseguró que él se arrepiente de lo que me dijo. Ja, ella no lo conoce. Claro que mi padre piensa que yo tuve la culpa. Si le hubiera hecho caso, mi madre no habría ahogado a Zane en la bañera. Yo podría haberlo evitado…

Mamá regresó hace tres semanas. Papá nos dijo que estaba de vacaciones, pero las vacaciones no dejan vendas en las muñecas. Ya no soy un crío. Zane y River no saben lo que es un hospital psiquiátrico, pero a mí sí me cuenta la verdad. Por eso me ha pedido que la vigile.

El día antes de su regreso, papá me pidió que habláramos como adultos. Me contó que mamá está tomando unas pastillas nuevas, que ya está mejor, y que lo que ocurrió no iba a repetirse. Me miró a los ojos, me puso las manos en los hombros y dijo que debía confiar en ellos.

No me atreví a decirle que creo que se equivoca. No habría servido de nada.

Mi padre caminaba como un alma en pena por casa mientras mi madre estuvo en el hospital. No comía, no dormía, faltaba al trabajo. Ni siquiera hablaba. Definitivamente, no sabe vivir sin ella.

Creí que, a partir de aquel día, comenzaría a mirarla con otros ojos. Que después de abofetearla, se desenamoraría. Pero no; es mamá quien ahora lo mira diferente, como si fuera él quien debe ganarse su perdón.

La señora Pitt volvió un día después de lo que le pasó a Zane. Pobre señora Pitt. Le damos tanta lástima que es incapaz de abandonarnos.

La oí preguntarle a mi padre si de verdad estaba haciendo lo correcto al permitir que mamá volviera a vivir con nosotros. Ella nunca discute con mi padre, le tiene demasiado respeto, pero esa vez lo hizo. Él le respondió que no podía perder a su mujer, porque si la dejaba un día más en el hospital, ella volvería a intentar quitarse la vida… y acabaría consiguiéndolo.

No. Papá no puede vivir sin ella. Pero creo que sí puede vivir sin nosotros, porque prefiere arriesgarnos a todos antes que quedarse

sin su esposa.

TOC

Grayson

—Grayson —dice la doctora Anderson, mirándome—. ¿Te importa esperar fuera?

Ya me estoy levantando, pero la mano de mi padre en el hombro me obliga a volver a sentarme.

—Grayson ya es mayor —interviene con tono duro—. Puede hablar delante de él.

La verdad es que preferiría estar en cualquier otro lugar mientras mi padre y la doctora Anderson se sostienen la mirada. ¿Por qué ha tenido que traerme a su consulta? Sí, sé que lo ha hecho para entender por qué odio estrechar manos y me pongo tan nervioso cuando mis hermanos no recogen sus juguetes. Intento que no se note, pero al final siempre exploto.

Creo que la psiquiatra tiene razón: solo tengo diez años, aunque él me trate como a un adulto. El problema de ser su campeón es que nunca puedo permitirme fallar.

La doctora me mira y luego centra la vista en mi padre, como si fuera a objetar, pero al final solo respira hondo antes de decir:

—Grayson padece un trastorno obsesivo compulsivo.

Estoy a punto de gritarle que lo retire. ¡A mí no me pasa nada! No puede sucederme nada. Si me pasa algo, ¿quién cuidará de mis hermanos?

—Lo que faltaba —masculla mi padre—. Así que tiene TOC.

El peso de la vergüenza me aplasta en la silla. Siento un ardor intenso en la cara. Así que por eso no puedo tocar a la gente, compartir la comida ni soportar el desorden.

—El TOC —continúa la doctora con voz profesional; una voz que, al menos, no me hace sentir tan juzgado como la de mi padre— es un trastorno de ansiedad. Grayson tiene ciertas compulsiones, como limpiar o comprobar algo repetidamente, para aliviar la angustia causada por pensamientos intrusivos.

—¿Qué pensamientos intrusivos puede tener un chico como él? —

protesta mi padre—. ¡Es un muchacho feliz! Va al mejor colegio, recibe una educación excelente y ha viajado por medio mundo. ¡Ya quisieran otros tener su vida!

—En el caso de Grayson —continúa la doctora—, las compulsiones están relacionadas con la culpa y con un deseo intenso de control. Siente que, si todo está limpio y ordenado, podrá evitar que ocurra algo malo. —Hace una pausa, se ajusta las gafas y clava los ojos en mi padre—. Las exigencias que usted deposita en su hijo, desde mi punto de vista como profesional, intensifican el trastorno. Me atrevería incluso a decir que han sido su causa inicial.

Mi padre se queda petrificado. Yo contengo el aliento mientras observo a la doctora y luego, a él.

—Usted no deja a Grayson ser un niño. No le permite hacer cosas por placer. Todas sus actividades extraescolares están enfocadas a resultados productivos para su futuro como adulto —explica, mientras la cara de mi padre se llena de manchas rojas y se le marca la vena del cuello. La doctora Anderson ni siquiera pestañea al añadir, con frialdad—: ¿Le gustaría hablar a solas conmigo ahora?

Mi padre tiene esa expresión de enojo contenido; la misma que adopta cuando discute con Marcus porque una reunión no ha salido como planeaba.

—Grayson, espérame fuera —ordena sin mirarme.

Me levanto con la cabeza gacha. Sabía que venir aquí era una muy mala idea. Tengo TOC. No entiendo del todo lo que significa; ya lo investigaré después en internet.

Mientras salgo al pasillo, solo puedo pensar en que ahora sí necesito lavarme las manos, porque nunca me había sentido tan sucio.

Si soy defectuoso, ¿eso significa que ya no soy su campeón? ¿Podría entonces dejar las clases de ajedrez y de chino para apuntarme, por fin, a ese curso de arte que me negó?

Pero ella nunca viene a salvarme

River

No me gusta quedarme en casa si Grayson y Zane no están. Hoy Zane saldrá muy tarde del entrenamiento de *hockey*, y Grayson dormirá fuera porque se ha ido de excursión con el colegio, así que solo estamos papá, mamá y yo. Papá está en su despacho, ocupado con cosas de hombre de negocios, y mamá está sentada en el sofá, con la cabeza apoyada en el respaldo y la vista fija en el techo.

Mojo la galleta en la leche mientras Aladdín y Yasmín sobrevuelan Agrabah en la alfombra mágica. Ya he visto esta película un montón de veces. Zane se burló de mí cuando froté una lámpara creyendo que un genio podía concederme un deseo: que mamá me quisiera tanto como a él.

Casi nunca estamos solos mami y yo, así que me giro hacia ella con una sonrisa enorme. Tal vez, solo por hoy, me elija a mí.

—Me aburro —le digo. Ella no parece oírme—. ¡Mamá, me abuuurrooo!

Baja la cabeza y pestañea despacio, como si acabara de despertarse de un sueño profundo. Me observa con expresión distante, como si le costara reconocerme. Grayson dice que debemos ser amables y pacientes con ella porque la nueva medicación la deja muy cansada.

—¿Qué te pasa, River? —pregunta con tono apagado.

Ojalá me llamara «cielo», como a Zane, o «tesoro» como a Grayson.

—Juega conmigo al escondite —le pido—. Prometo no hacer ruido.

Se pasa una mano por la frente y entorna los ojos, como si le molestara la luz de la lámpara.

—¿Por qué no haces un puzle?

—No me gustan —respondo enseguida. Me deslizo hasta sentarme junto a ella en el sofá, muy pegado. Le rozo la mano y ella se sobresalta un poco. Mami siempre se pone rara cuando estoy

demasiado cerca, y eso hace que me duela el pecho—. Solo un ratito, porfa. Yo me escondo y tú me buscas.

Mamá se inclina hacia delante y se cubre la cara con las manos, exhalando un suspiro débil.

—Estoy cansada.

Recuerdo lo que nos dijo Grayson, pero eso no basta para que no me enfade. Es como aquella vez que me clavé una astilla en el pulgar y no pude dormir hasta que Grayson la sacó con unas pinzas, porque no se me pasaba el escozor por dentro.

—Si fuera Zane, sí jugarías. Y, si fuera Grayson, me enseñarías a pintar —le recrimino, dolido—. Pero, como soy yo, nunca me haces caso. ¡Porque no me quieres!

Mamá se echa hacia atrás, como si le hubiera dado un empujón. Me mira con los ojos muy abiertos y se lleva una mano al cuello, como si una cuerda invisible le apretara la garganta.

—River —dice en voz baja—, claro que te quiero.

Quiero creerla, porque las mamás de los cuentos siempre aman a sus hijos y no dicen mentiras. De repente, su cuerpo cálido se pega al mío. Mi corazón da una voltereta cuando me estrecha contra su pecho y me besa el pelo. Por un instante, ni siquiera respiro, porque no sé si está pasando de verdad. Entonces me abrazo a ella como un koala y entierro la nariz en su cuello. ¡No quiero que me suelte nunca! Si Zane no deja que lo abrace, me ofrezco para recibir todos los achuchones del mundo. Me gusta cómo huele y cómo me besa las mejillas mientras repite que me quiere con locura. Cuando se aparta, me sonríe como si yo fuera todo su mundo. Y me siento muy valioso y especial, como esos Twinkies que Zane no deja que nadie toque.

Sostiene mi barbilla con dos dedos y me guiña un ojo.

—Ve a esconderte, bichito. Yo te encontraré.

¡Bichito! Me da un ataque de risa. ¡Ese apodo es mucho mejor que «cielo» o «tesoro»! ¡Soy su bichito!

Salto de alegría, le doy otro abrazo y salgo corriendo. Los nervios me hacen cosquillas en la tripa mientras la escucho contar en voz alta.

¿Dónde puedo esconderme para que no me encuentre? Quiero

que este juego dure mucho, así que busco el mejor sitio. No, detrás de la cortina no. ¿Debajo del escritorio de Grayson? Seguro que ahí me pilla.

—¡Quien no se ha escondido, tiempo ha tenido! —anuncia mamá.

Estoy delante de la puerta del dormitorio de mis padres. Papá no quiere que juguemos allí. Dudo unos segundos. Pero, como es un juego con mamá, seguro que no me riñe. Entro a toda prisa y me deslizo debajo de la cama, tapándome la boca para que no me escuche reír.

—¡Voy a por ti, bichito!

Escucho sus pasos en el pasillo. Oigo cómo entra en las habitaciones, mueve cosas, me llama. ¡Esto es muy divertido!

—¿Dónde te has metido? —pregunta riendo. Yo también me río, con tanta fuerza que casi me tiro un pedo. Suelto otra carcajada—. ¡Uy, creo que ya sé dónde estás!

Ups, me ha oído. Da igual. Si me encuentra, me dará un abrazo enorme y luego haremos tortitas con mucho sirope de chocolate. ¡Hoy, soy el favorito de mamá!

La puerta del dormitorio se abre y veo sus pies por el hueco del canapé.

—¿River? —llama, abriendo del todo la puerta. Sus pies avanzan hacia la cama—. ¿Dónde está mi bichito?

Tengo que contenerme para no decirle: «¡Aquí, estoy aquí!».

—Ay…

Sus pies se detienen de golpe. Luego se alejan y escucho cómo se dirigen al baño.

—River, quédate donde estés. Mamá se encuentra un poco mal. Dame un segundo antes de que…

Desde mi escondite la veo agacharse delante del váter. Arrugo la nariz al escucharla vomitar. ¡Vaya, mamá está enferma! Como aquella vez que comí demasiado helado y me dolió la barriga. Sé que me ha pedido que no salga, pero empiezo a deslizarme por el suelo justo cuando papá entra en la habitación.

—¿Catherine? —pregunta él—. ¿Estás bien?

Mamá tira de la cadena. Yo me quedo donde estoy.

—Sí, un momento.

—¿Quieres que te lleve al médico?

—No, no hace falta.

—Cariño, acabas de vomitar.

Silencio. Los pies de papá se acercan a los de mamá.

—¿Qué pasa? —se preocupa él—. ¿Por qué pones esa cara?

—Estoy embarazada.

Papá retrocede cuatro pasos. Yo me tapo la boca con la mano. Guau, otro hermanito. Ya no seré el pequeño. Ahora Zane no podrá llamarme renacuajo. A lo mejor al nuevo hermanito le toca ser el niño invisible de la familia…

—¿Estás de broma? —La voz de papá suena más grave de lo normal.

—No.

Sus pies se acercan a los de mamá. Los de ella tiemblan un poco.

—¿Cómo coño ha podido pasar esto?

—Ya te dije que tuve que dejar la píldora porque me sentaba fatal desde que el psiquiatra me cambió el tratamiento. Dijo que algunas píldoras hormonales empeoran los efectos secundarios —explica con un suspiro—. Tenía cita la semana que viene para ponerme el DIU.

—Hostia, qué oportuno.

—No lo he hecho aposta, Alexander.

Me encojo al oír un golpe seco. La papelera rueda por el suelo y los pies de mamá retroceden hasta chocar contra la pared.

—¡Esto es una maldita pesadilla! —brama papá—. ¡Ese hijo será otro error! ¡Otro maldito error, como River!

Me hago una bola debajo de la cama y dejo de respirar. Un error. Papi ha dicho que soy… *un error*.

Los pies de mamá se acercan a los de papá muy rápido.

¡Plaf!

Suena como si mamá le hubiera dado un golpe en la cara.

—¡No digas eso de nuestro hijo! —grita ella.

—¿De cuál? ¿Del que no puedes ni mirar porque te sientes jodidamente culpable?

—¡Cállate!

—¡Estoy harto! —ruge él. Las barras de pintalabios de mamá se estrellan contra el suelo—. ¿Cómo es posible que te hayas quedado

embarazada? Si casi tengo que suplicarte para que me dejes tocarte. ¡Esto no tiene ningún sentido, maldita sea!

Mamá se agacha para recoger los pintalabios. Veo su cara un instante antes de que se levante: ojos vidriosos, cara pálida, labios temblorosos.

—¿Te has preguntado por qué no soporto que me toques? —replica con voz tensa—. ¡Deberías haberme dejado en ese hospital! ¡Ingresé voluntariamente, Alexander!

—¡Y por poco te mueres!

—¡Es que quería morirme! ¡Deberías haberme dejado acabar con mi vida! ¡No tenías derecho a arrastrarme de vuelta a esta casa! ¡No cuando sabes que soy un peligro para nuestros hijos!

—¡Estás loca si crees que permitiré que me abandones! —ruge él, dando un paso hacia ella—. ¡¿Tú crees que te ibas a ir así, sin más?! ¿Que yo iba a quedarme de brazos cruzados mientras desapareces sin mí? ¿Eso es lo que pensabas después de todos estos años? Entonces, nunca me has conocido. Te has mentido a ti misma sobre el hombre con el que te casaste.

Ella se ríe. Una risa rota, vacía.

—Claro que estoy loca. ¡Y claro que sé con quién estoy casada!

—Pues me importa una mierda.

—Alexander…

—Tú eres mía, Cat. Lo has sido desde la primera vez que te vi.

—Eres un maldito egoísta.

—Y tú estás enganchada a mi amor, aunque te empeñes en negarlo. Igual que un adicto a la heroína. Yo soy tu droga y tú eres la mía.

—¡Estás enfermo!

—Sí —responde él con calma—. Estoy enfermo de ti. Así que escucha bien: tú no me abandonas. Ni en esta vida ni en la siguiente. Nos iremos juntos de este mundo. Cuando tú caigas, yo caeré contigo. Cuando tú dejes de respirar, yo también. Y no pienso permitir que eso pase pronto. ¿Sabes por qué? Porque si nosotros no estamos aquí, ¿quién demonios cuidará de nuestros hijos?

—Seguramente les iría mejor sin nosotros —responde ella con sequedad.

—Díselo a esa criatura que crece en tu vientre. Es otra jodida maldición.

—¡La mayor maldición de esta familia no son nuestros hijos! ¡Somos tú y yo! ¡Somos unos padres de mierda!

—Buenos o malos, estamos hechos el uno para el otro.

—¡Te odio!

—Me importa una mierda, cariño. Ódiame todo lo que quieras, pero no te atrevas a apartarme de ti.

—Parece que no soy la única que está mal de la cabeza —responde ella con una risa incrédula—. ¿Te estás oyendo?

—¡Cualquier mujer querría estar en tu lugar! Te he puesto en un altar, Catherine. No puedo pensar si estás lejos. Mierda, cariño, llámame enfermo si quieres, pero sabes que nadie te va a amar como yo. No he mirado a otra desde la primera vez que te vi. ¡Las demás ni siquiera existen!

—Lo… Lo sé…

—¡Cualquier otra estaría agradecida de que la siguiera amando a pesar de todo! Después de lo que le hiciste a Zane.

Mamá suelta un ruido extraño, una especie de jadeo animal, y yo me arrastro hacia el fondo de la cama. Luego se echa a reír; una risa que me pone los vellos de punta.

—Yo no soy cualquier mujer —contesta—. Si lo fuera, tú nunca te habrías enamorado de mí.

—No vas a tener a ese hijo —asegura papá.

—¡Tú no me dices lo que tengo que hacer!

Los pies de mamá huyen por el pasillo. Primero, un portazo. Luego, otro. Creo que se ha ido de casa. Papá se queda plantado frente a la puerta, respirando fuerte, como un toro herido. No me atrevo a moverme, ni siquiera a tragar saliva. El colchón se hunde de golpe y el susto me hace arrastrarme fuera. Me da miedo que me aplaste sin querer.

—¡Buh! —grito con una sonrisa temblorosa. Quizá así deje de pensar en mamá y se le pase el enfado.

Él está sentado en la cama, con el rostro entre las manos. Levanta la cabeza. Me mira. Solo me mira.

—No te preocupes, papi. Yo cuidaré del nuevo hermanito. ¡Ya soy

mayor!

La mano de papá se mueve tan rápido que no la veo venir cuando se estrella contra mi cara. El mundo se detiene. No parpadeo. No me muevo. Estoy congelado, incapaz de entender qué ha pasado. El sonido retumba dentro de mi cabeza como una explosión sorda.

Papá nunca me había pegado.

Gritarme y enfadarse, sí. Pero nunca me había puesto la mano encima.

La mejilla me arde. Un dolor palpitante me sube por la mandíbula. El pitido en mi oído izquierdo es tan fuerte que no oigo mi propio llanto. Los ojos se me llenan de lágrimas, pero no caen. Papá estira el brazo y retrocedo varios pasos, pero no soy lo bastante rápido para evitar que me agarre de la muñeca.

—¡Al menos Zane tiene una enfermedad! —grita con los ojos desorbitados—. ¡Y Grayson es un puñetero maniático! ¡Pero tú, tú se supone que eres normal! Entonces, ¡¿por qué tienes que estar siempre molestándome?!

Me zarandea con tanta fuerza que creo que se me van a romper los huesos. Los dientes me castañean y los brazos se me doblan como trapos. La habitación gira. Las palabras que tengo atragantadas en el alma salen antes de que pueda detenerlas:

—¡No me quieres! ¡Eres muy malo! ¡Ojalá el nuevo hermanito y mamá se vayan para que no puedas ser malo con ellos!

Papá me suelta sin avisar y pierdo el equilibrio. Caigo de lado, golpeándome la cara contra el suelo. Intento levantarme, pero entonces lo escucho: el sonido del cinturón al desabrocharse. Abro los ojos de par en par al ver el destello metálico de la hebilla.

—¡Mamá! —sollozo, con el miedo subiéndome por la garganta—. ¡Mamá!

—¿Mamá? —repite con una sonrisa torcida—. ¿No ves que se ha ido? ¡A ella no le importamos! ¡Fui yo quien impidió que te matara aquel día! ¡Yo! ¡Yo te salvé de ella! ¡No estarías aquí de no ser por mí! ¡Y mira cómo me lo agradeces! ¿Crees que soy malo?

Me abrazo las rodillas contra el pecho, temblando de pánico. Me hago pequeñito. Quiero volver a ser invisible.

—No, papá… —jadeo, muerto de miedo—. Yo no… Yo no…

El primer golpe me provoca un alarido. Nunca había sentido un dolor tan atroz. Es como si me arrancara un trozo de piel con una tenaza ardiente. Me cubro la cabeza y me muerdo los labios.

—¡Mamá! —sollozo—. ¡Mamáááá!

El cinturón vuelve a caer. Y otra vez. Y otra.

Duele. Duele mucho.

Tengo miedo.

¿Dónde está mamá? ¿Se ha olvidado de que tenía que encontrarme?

Papá echa el brazo hacia atrás otra vez. Tiene el rostro rojo de furia y los ojos envenenados. No va a parar. Y entonces lo entiendo: esto no ha hecho más que empezar. Sigo gritando el nombre de mi madre mientras el cinturón cae sobre mi cuerpo. Una, y otra, y otra vez. Pero ella nunca viene a salvarme.

El Pato Donald

Zane

Anoche soñé que estaba otra vez en la bañera.

Me desperté sobresaltado y llorando, así que hice lo de siempre que tengo una pesadilla: fui al salón, me tumbé en el sofá y puse *El Pato Donald*.

Me gusta Donald porque siempre está enfadado y explota con facilidad, como yo. Pero tiene a Daisy, que lo quiere a pesar de que hay otros patos más tranquilos o simpáticos. Si él puede tener a alguien que lo quiera, tal vez yo también. Y eso me hace sentir menos raro.

Me cuesta dormir desde que dejé de tomar las pastillas. Las odio; me hacen sentir como si tuviera serrín en el cerebro. Por suerte, papá no me obliga a tomarlas desde que me apuntó a *hockey* y a kárate. Ahora patino superrápido y sé dar patadas muy altas. Ayer le pregunté a Grayson si quería que se lo demostrara y me respondió que lo dejara en paz porque tenía que estudiar Historia. Mi hermano mayor es tan aburrido.

El Pato Donald sigue puesto en la tele, aunque no recuerdo en qué momento me dormí.

Desde que mamá se fue hace varias semanas, la casa está demasiado callada. Papá asegura que volverá, pero yo creo que esta vez no se ha ido de vacaciones, sino que nos ha abandonado para siempre.

No sé si me gusta el silencio. Ahora, Grayson se centra en sus estudios y ya no tiene que cuidar de mamá. Es obvio que se ha quitado un gran peso de encima. River no bota la pelota desde que se cayó por las escaleras y papá le echó la bronca por ser tan torpe. Grayson y yo no estábamos en casa cuando ocurrió, pero debió de dolerle mucho, porque todavía se frota la espalda y está más triste que antes.

Papá ya no grita tanto desde que mamá se marchó, pero su cara sigue siendo la de siempre: un volcán dormido. Y eso me pone aún

más nervioso. Prefiero cuando grita, porque al menos sé qué va a pasar.

El silencio me incomoda; no me gusta estar a solas con mis pensamientos. Además, ya no puedo tomar esas pastillas que me dejan tonto. Y, en esta casa, el silencio nunca es algo bueno. Aquí, cuando nadie grita, corre o llora, es porque algo muy malo está a punto de pasar. Como aquel día en que mamá me lavó el pelo en la bañera y todo cambió.

Me incorporo de golpe al oír la puerta de la entrada. Todos están dormidos, así que ya sé de quién se trata antes de que aparezca en el salón.

Mamá.

Está de pie en el umbral, como si nunca se hubiera ido. Hay una maleta a sus pies y una sonrisa apacible en sus labios. ¡Volvió el ruido! Quiero correr hacia ella, abrazarla y hundir la cara en su jersey de lana, pero no me muevo; algo me lo impide.

—Has vuelto —digo en voz baja—. ¿Te quedas para siempre?

Ella asiente y se acerca. Contengo el aliento cuando se inclina para besarme la frente. Hoy sus manos no me hacen daño al acariciarme el pelo, pero no puedo dejar de temblar.

—Sí, cielo, me quedo en casa —asegura, sin dejar de peinarme con los dedos.

El contacto es tan agradable que cierro los ojos, suelto todo el aire y me pego más a ella. La he echado mucho de menos. No quiero tenerle miedo a mamá.

—Ayer ganamos el partido. El entrenador me felicitó —le cuento, esperando que se sienta orgullosa de mí.

—¡Eso es genial! —Me llena la cara de besos—. ¿Te gusta jugar al *hockey*, Zane? Si no te lo pasas bien, puedes decírmelo. No tienes que ir si no quieres.

Seguro que papá se disgustaría si dejo de jugar al *hockey*. Al principio no me gustaba: me asustaban los gritos, los golpes, los empujones. Los otros niños eran rápidos, y yo solo quería esconderme. Pero papá me recordó que soy más alto que ellos. Me dijo que tengo permiso para empujarlos contra la mampara, que si juego como defensa, puedo usar mi cuerpo para proteger a mis

compañeros.

Y ahora me encanta.

Cuando patino, no pienso en nada ni tengo miedo. Solo siento el aire en la cara y el sonido de las cuchillas deslizándose por el hielo. Me lo paso bien apartando a los rivales de mi camino para que mis compañeros marquen un gol. Me gusta que me choquen el puño y también que me teman un poco. Cuando juego al *hockey*, ya no soy el niño de la bañera y siento que nunca más voy a tener miedo. Porque ahora puedo defender a los demás y, esta vez, nadie me va a hacer daño.

—¡Me gusta el *hockey*! —aseguro con una sonrisa—. ¿Vendrás a verme al próximo partido?

—Claro que sí, cielo. Siento no haber ido a tus entrenamientos. No volveré a perderme ninguno —promete, y no sé si creerla. A veces mamá olvida lo que dice o está tan cansada que no puede salir de la cama—. ¿Quieres que te prepare el desayuno?

—¿Puedo comer tortitas con sirope de chocolate?

Mamá asiente, me da otro beso en la mejilla y va a la cocina, aunque hoy no es el día de las tortitas ni le salen tan ricas como a la señora Pitt.

Juanito, Jorgito y Jaimito —los sobrinos del Pato Donald— están haciendo travesuras en la tele. Eso me recuerda a River, que ya no bota la pelota desde que tuvo un accidente. Me levanto del sofá y voy a la cocina para pedirle a mamá que también prepare tostadas de mantequilla de cacahuete y mermelada de fresa —el desayuno favorito de River—, porque quiero que mi hermanito vuelva a sonreír y a jugar con la pelota.

Me detengo en el umbral al ver a papá. Está en pijama, con los ojos vidriosos y el pelo desordenado sobre la frente. Siempre se levanta el primero y viste trajes sin arrugas, por eso me deja tan descolocado.

—Pensé que no ibas a volver —admite, contrariado, negando con la cabeza—. ¿Por qué has cambiado de opinión?

—Los echaba de menos —responde mamá, apartándose cuando él intenta tocarle un rizo—. Y no me dejabas verlos si no regresaba contigo.

—Quizá deberías haber seguido escondida donde fuera que hayas estado las últimas semanas —dice papá. Su voz suena como cuando arrastra los muebles del despacho: pesada, furiosa.

—Pero estoy aquí, Alexander.

Ahora es papá quien se aleja cuando mamá le toca el brazo, mirándola con resentimiento.

—No sé cómo pudiste hacerme esto —le reprocha con tono tembloroso.

Mamá baja la cabeza.

—He vuelto.

—¡No me refiero a que te largaras! —escupe él, señalando su barriga—. Sabes perfectamente a qué me refiero.

Ella se acaricia el vientre y asiente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Si no puedes perdonarme —responde en voz baja—, deja que me vaya y no me busques. Solo te pido que no me alejes de nuestros hijos. Sabes que los amo con todo mi corazón.

Papá le da la espalda y se pasa una mano por el pelo. Sus hombros tiemblan, pero no de tristeza, sino de rabia contenida.

—No te voy a dejar marchar, Catherine —dice al fin—. Ya te fuiste una vez, y eso casi acaba conmigo. No volverá a pasar.

—No lo entiendo —responde ella, con desconcierto—. ¿Significa eso que me…?

—No te he perdonado —la interrumpe, girándose despacio—. Y no sé si alguna vez podré. Pero vas a quedarte, y vas a tener a ese bebé en esta casa, y vas a seguir siendo mi esposa.

Su voz es baja, firme. Ella da un paso atrás, como si sus palabras fueran un muro que acabara de levantar entre ellos.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunta en voz baja—. ¿Qué demonios quieres de mí?

—Todo.

Se hace un silencio tan tenso que me dan ganas de toser para romperlo. Mamá parece aterrada. Papá, muy tranquilo. Y eso me da mucho miedo.

—¿Serás capaz de quererlo? —susurra ella.

Papá la mira a los ojos. Los suyos parecen vacíos.

—No lo sé.

—¿Qué haces ahí parado? —pregunta Grayson.

Pego un grito al oír la voz de mi hermano detrás de mí. River está a su lado, frotándose los ojos. Estaba tan absorto en la conversación de mis padres que no los he oído llegar. Mamá y papá se giran hacia nosotros. Ella se queda pasmada al vernos y aprieta los labios cuando papá le pasa un brazo por encima de los hombros. Entonces él nos sonríe antes de aclararse la garganta.

—Vais a tener otro hermano —anuncia.

Nadie dice nada. Solo se oye el tictac del reloj y al Pato Donald hablando solo en el salón.

Yo miro la barriga de mamá. Luego, la mano de papá en su hombro. Grayson se queda como una estatua, con los labios entreabiertos. Seguro que se está preguntando si también deberá cuidar del nuevo hermano. Detrás de él, River no luce sorprendido.

Mis padres se cogen de la mano, pero yo sé que no son felices. Me dan ganas de correr hacia papá, morderle la muñeca con fuerza para que suelte a mamá y gritarle que yo sí puedo querer al nuevo hermanito. Pero solo los miro, pasmado, sin entender nada.

Ni siquiera parece que estén de verdad juntos. Parece que solo intentan no romperse del todo. Y entonces, por primera vez, pienso que quizá debería haberme quedado dormido para siempre en aquella bañera.

Traidora

River

No le conté a nadie lo que pasó con papá.

Mamá desapareció mientras jugábamos al escondite, y aún me duele recordar cómo gritaba su nombre mientras él me pegaba con el cinturón. Ella se olvidó de mí y luego no volvió durante mucho tiempo.

No se lo dije a Grayson porque tiene la cabeza llena de cosas importantes: estudiar, cuidar de todos, no fallar nunca. Si se lo contara, se preocuparía más, y yo no quiero ser una carga. Además, no sé si se pondría de parte de papá, pues él sigue queriendo ser su campeón, y los campeones nunca defraudan ni llevan la contraria a sus padres.

Tampoco le dije la verdad a Zane, aunque me preguntó cómo pude caerme por las escaleras. Creo que, si se lo dijera, él intentaría hacer algo. Pero Zane siempre soluciona los problemas a golpes… y no es tan grande y fuerte como papá. Me da miedo que papá le pegue una paliza por mi culpa.

Por eso mentí. No quería preocuparlos, y si lo decía en voz alta, entonces sería verdad. Y no quiero que sea verdad.

Aquel día me limpié la sangre con la camiseta, me sequé las lágrimas y dije que me había caído por las escaleras. No es tan difícil mentir cuando nadie te mira a los ojos. Porque desde que tengo memoria, aquí soy el que sobra: el pequeño, el que juega solo con su pelota, el que estorba. Porque mamá siempre mira a Zane como si fuera de cristal, y papá solo habla con Grayson como si el mundo dependiera de él.

Yo soy solo River.

Aún me duele la espalda y tengo moratones por todo el cuerpo.

Solo espero que papá no sea malo con el nuevo hermanito. No quiero que le ponga la mano encima. Si vuelve a usar el cinturón, que sea solo conmigo. Así Grayson podrá seguir con sus libros, Zane será feliz jugando al *hockey* y el bebé crecerá creyendo que su papá

lo quiere.

A veces pienso que me lo merezco, que fue culpa mía porque siempre me meto en líos. Como hoy, que he cogido un Twinkie porque ya no quedan galletas de chocolate. Sé que Zane se enfadará si se entera, así que voy al cuarto de la colada para comérmelo a escondidas. Entonces encuentro a papá sentado en el hueco entre la lavadora y el mueble de las toallas, con la cara hundida entre las manos.

Contengo el aliento y guardo el pastelito en el bolsillo trasero del pantalón. No quiero darle ningún motivo para que me vuelva a pegar. Quizá, si retrocedo muy despacio, no llegue a verme. Pero, al dar un paso atrás, mi padre levanta la cabeza y me mira con los ojos rojos.

—Lo siento —balbuceo, pegándome a la pared.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué te disculpas?

—No sabía que estabas aquí. Lo juro.

No me pegues, por favor. No me pegues, no me pegues, no me pegues.

Papá no dice nada mientras se pone de pie. Al ver cómo me aplasto contra la pared, se queda congelado, con los ojos clavados en mis manos temblorosas.

—No voy a pegarte —asegura con voz ronca—. No has hecho nada malo.

La última vez tampoco hice nada malo y me azotaste muy fuerte con el cinturón.

Papá se aleja hacia la puerta. El alivio que sentía desaparece en cuanto escucho un aullido casi animal. Mi padre está de cara a la pared, cubriéndose el rostro con las manos. Sus hombros se sacuden con violencia. Tardo unos segundos en entender qué está pasando.

—¿Papi? —susurro, incapaz de moverme—. Papi, ¿estás bien?

—Lo siento —solloza, dándome la espalda—. Ojalá supiera hacerlo mejor.

No digo ni una palabra mientras lo observo en silencio. Lo único que quiero es desaparecer. Verlo llorar me da casi más miedo que

cuando cogió el cinturón.

—No… No debí gritarte así —añade en voz baja, como si con eso bastara y sus palabras pudieran borrar las marcas en mi cuerpo.

Papá se da la vuelta y alarga la mano para tocarme el hombro. Yo doy un paso atrás por instinto. No lo hago a propósito, pero él lo nota. Su mano se queda suspendida en el aire, y por un segundo su expresión cambia. Ya no parece triste, sino herido.

Aun así, su voz intenta sonar suave.

—Tienes que aprender a no provocarme, River —dice tan bajito que casi no lo oigo—. No quiero hacerte daño.

No entiendo nada. No sé por qué me pegó, por qué está tan disgustado con mamá ni por qué llora ahora. No sé si me odia o si me quiere. Pero asiento, porque eso es lo que se supone que debo hacer.

Papá se acerca. Esta vez no retrocedo. Me agarra por los hombros con demasiada fuerza, sus dedos me aprietan, pero no digo nada. Su cara está muy cerca de la mía y sus ojos rojos parecen suplicantes.

—¿Lo entiendes? —insiste, apretándome más.

Asiento varias veces, muy rápido, con la esperanza de que eso lo calme y me suelte. Entonces papá exhala un suspiro áspero, se pasa las manos por la cara y me despeina con rudeza.

—Vete a tu cuarto. Y no le digas a nadie lo que has visto.

Obedezco al instante. Salgo corriendo sin mirar atrás. Me arde la garganta y los ojos me escuecen, pero no lloro. He aprendido a guardar las lágrimas para cuando esté solo, para que nadie diga que exagero.

No me acuerdo del Twinkie hasta que lo noto aplastado en el bolsillo. Lo saco sin mirarlo y lo lanzo a la papelera de la cocina. Ya no me apetece. Ya no me gusta. Me da asco. Luego voy a mi habitación lo más rápido que puedo. Pero, justo al doblar la esquina, me cruzo con mamá.

¡Traidora, traidora, traidora! Mi cabeza lo grita tan fuerte que me sorprende que ella no lo escuche. ¡Te olvidaste de mí! ¡Me abandonaste debajo de la cama! ¡No me salvaste de él!

Observo su vientre plano con un sentimiento raro en el pecho.

Ella me sonríe; no sé si está contenta por estar de vuelta, por verme o por el bebé. Yo, ahora, no me alegro de verla. De hecho, estoy muy enfadado con ella.

No digo nada; solo la rodeo como si fuera un mueble en medio del pasillo y sigo caminando hacia mi habitación. La veo pestañear al pasar por su lado.

—River —me llama con voz suave—, ¿quieres que te arrope esta noche?

Antes me habría explotado el corazón de felicidad si me lo hubiera preguntado. Habría corrido hacia sus brazos y habría cerrado los ojos solo para oler su pelo y meterme bajo su jersey. Pero ahora solo recuerdo que ella se olvidó de mí cuando jugábamos al escondite. No estuvo cuando papá me golpeó, cuando grité su nombre para que viniera a salvarme ni tampoco mientras lloré sin hacer ruido cada noche. Así que me giro un poco y niego con la cabeza.

—Bichito, ¿qué te pasa?

—No soy tu bichito. Tú no me quieres.

Ella se queda helada.

—River —susurra, horrorizada.

—No quiero que me arropes.

No quiero que me mienta ni que me vuelva a olvidar. Si fuera Grayson o Zane, habría vuelto a por mí. No se lo digo, aunque sí añado:

—Tú siempre me abandonas.

Y esta vez soy yo quien se da media vuelta. Pero no corro; camino despacio, con la espalda recta y los puños apretados, como hacen los valientes en las películas. Porque si nadie va a venir a salvarme, tendré que aprender a salvarme solo.

Bienvenidos a la familia, Winter y Josh

Cuatro años después

(Winter y Josh: cuatro años · Grayson: quince años · Zane: trece años · River: doce años)

Princesa

Winter

Mi cuarto es rosa, completamente rosa, mi color favorito: las paredes están cubiertas de pegatinas de Rapunzel —la princesa de Disney que más mola—, y la colcha, también rosa, tiene unicornios que brillan en la oscuridad.

Estoy abrazando a Lulú, el elefante de peluche que Grayson me regaló por mi cumpleaños. Es suave, huele a vainilla y tiene una mancha de chocolate en la trompa que no se va ni frotando, pero me gusta así.

Papá me arropa con mucho cuidado, como si fuera un tesoro, y luego me besa en cada mejilla. Me encanta que papá huela a colonia de mayores y que no tenga barba que pincha, como su amigo Marcus, ese que siempre me regala piruletas de sandía y dice: «¡Cuánto has crecido!» cada vez que papá me lleva a la oficina.

—Buenas noches, Princesa —dice, sonriéndome con los ojos.

—¿Por qué siempre me llamas así? —pregunto, metiendo a Lulú bajo el edredón para que no pase frío.

Me gusta ser la princesa de papá. Soy muy feliz cada vez que me llama así, aunque el otro día Zane me gritó que soy una renacuaja malcriada, y yo le pegué una patada en la espinilla. Después salí corriendo antes de que me atrapara y me escondí en el cuarto de Grayson, que siempre me defiende. Entonces lloré, porque no quiero ser una malcriada, pero tampoco que papá deje de llamarme Princesa. Grayson me aseguró mientras me consolaba que Zane suele decir cosas sin pensar. Bueno, en realidad, solo me tocó la cabeza como si fuera un gatito. Mamá dice que debemos respetar que a Grayson no le gusten los abrazos porque todos somos diferentes y especiales. Aunque yo siempre me engancho a sus piernas y exclamo: «¡Soy una lapa!» porque River me dijo que eso hace muy feliz a Grayson.

—Porque te pareces mucho a tu mamá —responde papá, sacando

una foto de la cartera—. Mira.

En la imagen hay una niña de rizos castaños, enormes ojos marrones y un vestido amarillo con lazos en las mangas. Mi pelo es más oscuro, como el de Grayson, River y papá, pero ella también tiene una sonrisa que le marca los hoyuelos y pecas doradas en la nariz y las mejillas.

—Guau —murmuro, sorprendida, mirando primero la foto y luego a mamá, que está sentada al borde de mi cama—. ¿Eres tú, mami?

—Sí —responde con una sonrisa—. Tenía tu edad.

—¡Pero si somos iguales! —grito, emocionada.

Eso me hace muy feliz, porque papá dice que mamá es la mujer más guapa del universo y, cuando crezca, quiero ser tan bonita como ella.

—Dos gotas de agua, ¿a que sí? —dice papá, guardando la foto con cuidado—. Por eso te llamo Princesa. Mamá es mi reina y tú, nuestra princesa.

—Oh. —Me arrebujo bajo el edredón y abrazo a Lulú contra el pecho—. ¡Entonces, tú eres el rey! ¡Y esta casa es nuestro castillo! Vivimos en un edificio tan alto porque somos los reyes de la ciudad.

Papá se ríe y mamá niega con la cabeza.

—Winter —dice ella en tono suave—, no somos los reyes de la ciudad.

—Déjala —interviene papá, guiñándome un ojo—. Por supuesto que lo somos. Y los reyes del mundo, si ella quiere.

Mamá frunce la nariz y él le da un beso en el brazo. Siempre la observa como si ella fuera el último caramelo de la bolsa de chuches, o uno de esos pastelitos que le encantan a Zane. Cuando sea mayor, yo también tendré un novio que me mire así. ¡Y me casaré con un vestido rosa lleno de purpurina!

—Papi, ¿soy tu favorita? —le pregunto, ilusionada.

Papá se inclina como si fuera a contarme un secreto.

—Claro que sí, Princesa. Pero, shhh, no se lo digas a tus hermanos. Tú y mamá sois mis chicas favoritas.

Me entra la risa, me tapo la boca con la mano y escondo la cabeza en la almohada, feliz y colorada de placer.

—No les diré nada, lo prometo.

El colchón se hunde cuando mamá se tumba a mi lado y me acaricia el pelo, como hace cada noche porque sabe que me da miedo dormir sola. Canta en voz baja una canción que no entiendo: «*Slipping through my finger all the tome, I try to capture every minute*». Hundo la nariz en su cuello y enredo los dedos en sus rizos.

—No tengo sueño —digo, tapándome la boca para ocultar un bostezo—. Quiero ver *Rapunzel*.

—Mañana tienes cole. —Me da un beso en la frente—. Cierra los ojos y verás cómo te duermes.

—Jo, qué rollo —protesto, enfurruñada.

Mamá es muy buena y divertida, pero papá me deja salirme con la mía y acostarme supertarde los fines de semana. Hoy no estoy cansada, así que cierro los ojos y finjo dormir. Luego iré a la habitación del gruñón zampa pastelitos de Zane, que me pone vídeos de *hockey* sobre hielo. Siempre me quedo embobada viendo a los jugadores deslizarse a toda velocidad por la pista de hielo mientras Zane se parte de risa si alguno se lleva un trompazo.

Cuando no está enfadado, Zane es un hermano muy agradable. Por la mañana, amanezco en mi cama sin saber cómo he llegado, pero me pone muy contenta imaginar que Zane me ha cogido en brazos. A veces me da la mano y se queda dormido en la alfombra. Yo creo que a él también le da miedo dormir solo, pero eso no se puede decir en voz alta. Una vez, River se burló y lo comparó con un perro por dormir en el suelo. A mí me dio un ataque de risa cuando se persiguieron por el salón mientras Grayson les gritaba que no se comportaran como críos.

Mamá me besa la nariz antes de levantarse. Sus pasos se alejan hacia la puerta y la escucho hablar en voz baja con papá. Sé que no debo espiar las conversaciones de los mayores, pero soy un poco cotilla.

—¿Crees que lo aceptarán?

—Tú lo entendiste —responde papá.

Mamá suspira muy hondo.

—Porque tú me entendiste a mí.

—Y ahora, ella está durmiendo en su cama. No negarás que es lo

mejor que nos ha pasado, aunque al principio no supiera verlo.

—Sí, nuestra pequeña es un regalo, ¿verdad? —Abrazo a Lulú con fuerza. Creo que están hablando de mí—. No sé cómo se lo tomarán Grayson, Zane y River. Y Winter… está tan acostumbrada a ser la pequeña que me da miedo cómo llevará compartir su lugar con otro hermano. Podría tener celos.

El estómago me da un vuelco. ¿Otro hermano? ¿Ya no voy a ser la princesa de la casa?

—No va a pasar nada. Winter seguirá siendo la única niña y nuestra princesa. Tienen la misma edad. Podrán hacerse amigos.

Suelto un poquito a Lulú. Las palabras de papá me calman, aunque no del todo.

—La malcrías demasiado.

—Claro que la malcrío. No sabía que podía enamorarme de otra mujer hasta que la tuve en brazos por primera vez. Nunca imaginé que se parecería tanto a ti. Tenía miedo de que…

—Lo sé. —La voz de mamá suena apagada—. Adoras a nuestra hija, Alexander. Eso es lo único que importa.

Se quedan en silencio. Luego oigo un sonido raro y húmedo. Uy, creo que se están besando. Me tapo con la sábana hasta la nariz para no reírme.

—Tenemos que hacerlo —dice papá—. Sabes que no puedo dejarlo en manos de esa condenada mujer.

—Claro que no —responde mamá, y lo dice con una voz tan triste que me dan ganas de levantarme y correr a abrazarla.

—Por favor, dime que entiendes por qué lo hago. No quiero que esto vuelva a separarnos.

—Lo entiendo, Alexander. Pero nunca te perdonaré que no lo trajeras antes a casa. Ese niño no tiene la culpa de nuestros problemas.

¿Mamá y papá tienen problemas?

El corazón me late muy rápido, igual que cuando juego al pillapilla con mis hermanos. Sé que a veces se encierran en su habitación para discutir en voz baja, pero luego salen abrazados y sonrientes. Mami y papi se quieren mucho. No entiendo bien qué está pasando. Solo que va a venir un nuevo hermanito, mamá tiene la barriga

plana y los dos están preocupados. Eso no me gusta.

¡Claro que no quiero dejar de ser la pequeña! Ni que papá deje de llamarme Princesa ni que mamá duerma con otro niño en mi cama. Pero tampoco quiero que estén tristes. Si el hermanito viene, prometo portarme muy bien. Le puedo dejar mi almohada o mi peine de estrellas. Incluso podría prestarle a Lulú. Además, papá ha dicho que tenemos la misma edad, y eso es genial, porque mis hermanos mayores casi nunca quieren jugar conmigo.

¡Esta casa es enorme! Otro hermanito no suena tan mal.

Porque yo quiero mucho a mis papás. Y, si ser buena con mi nuevo hermano los hace felices, entonces está bien compartir.

El armario

Josh

Hay cosas que he aprendido sin que nadie me las enseñe: cuando mamá grita, es mejor esconderse; los amigos de mamá huelen a sudor, tabaco y problemas; y el armario del pasillo es el sitio más seguro de la casa. Aunque está lleno de polvo y es muy pequeño, me meto dentro, con las rodillas dobladas contra el pecho y el abrigo de mamá encima. Me pica todo el cuerpo mientras cuento hasta diez.

Un hombre que no grita ni huele mal está en el salón. Por las rendijas de la puerta, veo sus zapatos brillantes. No se tambalea como el último novio de mamá, pero me da incluso más miedo que los otros. Porque mamá parece más enfadada y nerviosa que cuando le gritó a Otto por robarle un billete grande de su cartera.

—Firma los papeles. Ahora —dice el hombre. Su voz no es como la de Otto, pero me estremezco igual—. Luego podrás cobrar el cheque. He sido más que generoso contigo.

Mamá farfulla algo, como aquella vez que insultó a la señora del comedor porque esta le dijo que se habían acabado las natillas. Le gritó la palabra que empieza por «p» y que mi maestra dice que es muy fea.

—¿Y si le cuento a tu mujercita lo que hicimos? ¿A ver qué opina ella?

—Hazlo —responde él, con un tono frío como el hielo—. No tengo secretos con mi mujer. Pero tú sí tienes un cheque que perder.

Oigo pasos furiosos y golpes, como si estuvieran tirando cosas al suelo. Me pego al fondo del armario y me tapo la boca para no estornudar cuando la manga de un jersey me hace cosquillas en la nariz.

—¡Quiero más dinero, malnacido! ¡No es justo! ¡Primero te desentendiste de él y ahora me lo quitas! ¿Quién te crees que eres?

—Te di dinero de sobra para que llevarais una vida cómoda. Nunca pensé que el niño viviría en estas condiciones. —Hace una

pausa—. Ahora entiendo en qué te lo gastaste tan rápido.

—¡Esto no se quedará así!

—Si vuelves a ponerte en contacto conmigo o intentas ver al niño, mis abogados te destruirán en un pestañeo. Aunque, pensándolo bien, a nadie le extrañaría si una yonqui como tú aparece muerta por sobredosis.

No entiendo sus palabras, pero sé que significan algo malo. Mamá lo insulta. Luego se ríe de esa forma que no me gusta, como cuando Derek —el que la llamaba «nena»—, le dio una bofetada y ella soltó una carcajada antes de coger un cuchillo y perseguirlo por el pasillo. Después, me guiñó un ojo y dijo: «¿Lo ves, Joshua? Así se solucionan los problemas».

—Un millón está bien, aunque eso es poca cosa para ti, ¿eh? —dice, sarcástica.

—Ya es más de lo que te mereces.

—Puto ricachón, ¡no eres mejor que yo!

—Sigue poniendo a prueba mi paciencia y los ceros de ese cheque irán desapareciendo.

—¿Por qué ahora? ¡En cuatro años no te has preocupado por él!

—Mírate en un espejo y ahí tendrás la respuesta.

Mamá suelta un bufido.

—A Joshua le gustan los palitos de pescado con kétchup. Es tranquilo, callado, no da problemas. Ni te enterarás de que existe, como un mueble —le cuenta mamá mientras me escondo más debajo del jersey—. ¡Joshua! ¡Ahí te quedas con tu nuevo papá!

Da un portazo tan fuerte que vibran hasta las puertas del armario.

Creo que… se ha ido sin mí. Pero no me sorprende, pues no es la primera vez que mamá me deja solo. Hace un mes se marchó durante cinco días. Cuando se acabó la comida de la despensa, tuve que llamar a la señora del segundo —la que tiene muchos gatos—, para que me diera algo de comer. La señora de los gatos casi llama a la policía, pero mamá regresó justo a tiempo, le gritó que se metiera en sus malditos asuntos y le dijo que le daría una paliza de muerte si volvía a acercarse a mí. Luego me cogió del brazo y me gritó que ya soy mayor para apañármelas solo.

Tengo cuatro años. Sé contar hasta veinte y atarme los cordones,

así que puede que tuviera razón.

Se me erizan los vellos al oír pasos acercándose. Aguanto la respiración cuando, a través de las rendijas, veo al hombre de los zapatos brillantes. La puerta se abre despacio mientras yo me tenso, como cuando esos hombres vienen a casa, le piden a mamá que haga cosas raras y ella gime como si le estuvieran haciendo mucho daño.

El hombre me mira con el ceño fruncido, pero no parece enfadado. No me fío de él. Ninguno de los hombres que ha venido a casa ha sido bueno conmigo, aunque este no huele a sudor ni tiene la ropa sucia.

—Hola, Joshua —dice, muy serio, extendiendo la mano—. Soy Alexander.

Me encojo. No entiendo qué quiere de mí.

—¿Te gustaría venir a vivir conmigo? A una casa muy bonita, con tu propia habitación y juguetes.

Guardo silencio. Mamá dice que no hable con los hombres que vienen a casa. ¿Y si es una trampa? Él suspira con impaciencia, así que retrocedo, asustado.

—Tranquilo, no te voy a hacer daño. Ya no tendrás que esconderte más aquí.

No me apetece ir a ningún sitio con él. Puede quedarse los juguetes, me da igual. Solo quiero que cierre la puerta del armario y se vaya. Pero no me muevo cuando se quita la chaqueta, me la pone encima y me coge en brazos. Huele bien, como la colonia que mamá roba en el supermercado y me echa en el pelo después del baño.

El hombre de los zapatos brillantes me saca del piso sin que yo me defienda. Es más grande que yo. No soy tonto, por eso no me resisto. Quizá pueda escapar cuando lleguemos a la calle. Sin embargo, afuera hay una mujer esperándonos delante de un coche. Mamá no tiene coche. Antes me llevaba en bicicleta al colegio, pero la vendió para llenar la nevera, aunque la nevera siguió vacía.

La mujer viste un peto vaquero, tiene rizos castaños y las manos manchadas de pintura. Eso me gusta. Las manos de mamá también están sucias, pero no de colores bonitos.

El hombre me pone en el suelo, delante de ella, como si quisiera

que me inspeccionara. Ella se agacha, me mira y sonríe.

—Hola —dice con voz suave. Me acaricia la frente, justo donde tengo el rasguño—. ¿Cómo te hiciste eso?

Me encojo un poco. No quiero decirle que un amigo de mamá me pidió una cerveza y se enfadó cuando le llevé una caliente porque no sabía que se guardan en la nevera. Me gritó que era un inútil y me empujó contra la mesa.

—No pasa nada. —Sus dedos, manchados de pintura, me apartan el flequillo—. Ya no tienes que tener miedo, ¿vale? ¿Cómo te llamas?

Me gustaría decírselo. Ella parece buena, como mi profesora del cole, la que me felicitó por saber todas las letras del abecedario. Aquel día me dio un caramelo de chocolate y me sentí muy bien.

Trago saliva. Me da miedo decirlo mal, porque, cuando me pongo nervioso, no pronuncio bien las palabras. Tengo la boca tan seca que digo con esfuerzo:

—Joss…

—¿Josh? —pregunta, sonriéndome de una forma que me calienta el pecho—. Es un nombre muy bonito. Yo soy Catherine, pero mis amigos me llaman Cat.

No creo que mi nombre sea bonito. Mamá me grita «¡Joshua!» con los ojos rojos cuando busca monedas en los cajones. Pero Josh me gusta; suena bien. Me gusta más que Joshua.

—¿Quieres venir con nosotros, Josh? —Cat me ofrece la mano. Tiene los dedos manchados de verde, azul y amarillo—. Si quieres, puedo enseñarte a pintar.

Eso sí que me gustaría.

La agarro con timidez. Su mano es cálida y no tiembla como la de mamá cuando se pincha esas cosas raras. Subimos al coche. El señor de los zapatos brillantes va al volante, pero ella se sienta a mi lado y me abrocha el cinturón.

—Tengo una hija de tu edad. Seguro que os lleváis muy bien.

No sé quién es esa niña, pero debe de ser afortunada por tener una mamá que sonríe y no grita. Y mientras el coche se mueve, sin saber a dónde vamos, espero que sea a un sitio donde no haya hombres que huelan mal ni beban cerveza.

Si tienen un armario grande sin jerséis que no piquen, tal vez no

esté tan mal ser Josh.

Joshua

Josh

La mujer de los rizos castaños me ha puesto una tirita de dinosaurios en la frente y me ha preguntado si tengo hambre. Aunque no he comido nada desde ayer, le he dicho que no con la cabeza para no ser una molestia. Luego me ha dicho que podía llamarlos mamá y papá si me apetecía, y yo he asentido mientras subíamos en una nave muy grande. Nunca había montado en un ascensor; así es como Cat me ha dicho que se llama cuando me ha dado la risa por el cosquilleo en la barriga y le he apretado la mano.

Cat no me ha soltado hasta que hemos entrado en una casa muy bonita, que no huele a tabaco ni tiene el suelo sucio. Me ha prometido que me enseñaría mi habitación y que podremos pintar las paredes del color que yo elija, y eso me ha gustado porque siempre duermo en el sofá del salón de mami, que es marrón caca y tiene muchos agujeros. Aunque ha dicho que antes quiere presentarme a sus hijos, y por eso estamos en la cocina.

Me escondo detrás de sus piernas al ver a tres chicos muy mayores que hablan entre ellos y ríen a carcajadas. Dos tienen el pelo negro y el otro, del mismo color que Cat. El del pelo marrón estrella el puño contra la mesa cuando el más bajo le roba una patata frita. El más alto, sentado entre los dos, pone los ojos en blanco.

—¡River! ¿Ya estás molestando otra vez a tu hermano? —Alexander, el hombre de los zapatos brillantes, regaña al chico que ha robado la patata.

El más bajito da un respingo y se sienta con la espalda recta. Las mejillas se le tiñen de rojo mientras el del pelo castaño se mete un puñado de patatas en la boca. De repente, baja la cabeza y me mira, entornando los ojos. Me abrazo con fuerza a las piernas de mi nueva mamá, más asustado que antes.

—Hijos —los llama Alexander—, queremos presentaros a vuestro hermano.

—Recordad que habéis prometido ser buenos con él —dice Cat mientras me acaricia la espalda. Ninguno de ellos dice una palabra —. ¡Eh, chicos! ¿Esa es forma de darle la bienvenida a vuestro hermanito?

No tengo nada en el estómago, pero siento que el vaso de leche que cené anoche me sube por la garganta mientras esos tres chicos me observan en silencio. El que más miedo me da es el del pelo castaño, que se levanta con tanto ímpetu que tira la silla al suelo.

—¿Por qué tenemos otro hermano? —le pregunta a su padre—. ¡Yo quería un perro!

Los dedos de Cat me peinan el pelo, pero eso no me consuela. Estos chicos no me quieren aquí. Prefiero regresar a casa con mami y esconderme en el armario, aunque ella no vaya a volver nunca.

—Compórtate, Zane —dice Alexander, con la misma voz que usaba el novio de mami antes de gritarle—. Ya hemos hablado del tema.

Zane arruga tanto la frente que parece que podría sujetar un lápiz entre las cejas. Luego se mete un puñado de patatas en la boca y mastica tan fuerte que creo que se va a morder la lengua. Y todo eso sin dejar de mirarme con los ojos brillantes de furia.

—No me gusta —masculla con la boca llena—. Tiene cara de que llora mucho.

¡No es verdad! Casi nunca lloro. Y, cuando lo hago, me escondo en el armario, debajo de los abrigos, para que nadie me vea.

Alexander da un paso hacia Zane, pero Cat le acaricia el brazo y niega con la cabeza.

—Luego tendremos una conversación. Esa no es forma de hablarle a tu hermano —le advierte, con un tono que me encoge de miedo, pero Zane le sostiene la mirada sin inmutarse y se mete otro puñado de patatas en la boca.

Ese chico debe de ser muy valiente, porque a mí Alexander me da un poco de miedo.

Su padre inspira hondo y parece que va a decir algo más, pero justo en ese momento le suena el móvil. Lo saca del bolsillo y le enseña la pantalla a Cat. Ella pone cara de disgusto.

—Tengo que cogerlo.

—Seguro que Marcus puede esperar.

—Dame cinco minutos. Es un tema de trabajo. —Alexander señala al chico más alto—. Confío en que puedas mantener a raya a tus hermanos.

Él se levanta como si fuera un soldado y le dice algo al oído a Zane, que resopla como un toro enfadado. El chico más bajito los observa como si acabara de pasar algo muy divertido y solo se pone de pie cuando el mayor lo agarra del codo. Entonces esboza una sonrisa burlona.

—Qué mono —le dice a su madre—. ¿Viene con garantía de devolución, como la tele nueva?

Cat niega con la cabeza, decepcionada.

—River, por favor. Chicos, sed buenos con Josh —les pide mientras me rodea con los brazos—. Josh está asustado y es más pequeño que vosotros. No os he educado para que seáis crueles.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —le pregunta el mayor.

Siento un calor intenso en el cuello. No quiero ser un estorbo ni tampoco vivir en un sitio donde no me quieren. Prefiero volver al armario y pedirle a la señora de los gatos que me dé galletas rancias.

Cat se agacha un poco y me guiña un ojo.

—Para siempre —afirma—. Y espero que vosotros, sus hermanos, le hagáis sentir que forma parte de la familia.

Entonces me sujeta la cara con suavidad.

—No tengas miedo, te prometo que son buenos chicos. —Señala al más alto—. Grayson es el mayor, tiene quince años. Y el que no para de comer, como si no tuviéramos suficiente comida, es Zane. Tiene trece y juega como defensa al *hockey*.

Zane se mete la última patata en la boca, la traga de golpe y clava los ojos en mí mientras se cruje los nudillos con un chasquido que me da escalofríos.

—Tengo hambre porque estoy en edad de crecimiento —refunfuña.

—Aquí hay suficiente comida para todos, cielo —dice Cat. Ahora señala al de la sonrisa—. Y ese es…

El pitido del reloj de su muñeca la calla de golpe. Se muerde el

labio, lo apaga y pone una mueca temblorosa, como si acabara de recordar algo importante.

—Vuelvo en un segundo, cariño.

Sale tan rápido de la cocina que no me da tiempo a suplicarle que no me deje aquí solo con ellos. Retrocedo hacia la pared, agobiado, pero el más bajo ya está delante de mí, inspeccionándome como un gato haría con un ratón.

—Va a tomarse las pastillas —canturrea, girando un dedo alrededor de su sien—. Porque está loca. Si no se las toma a su hora, hace cosas malas. Ten cuidado, pequeñín, es muy peligrosa.

Abro mucho la boca, pero no digo nada. En casa de mami también había pastillas y ella se ponía furiosa cuando no las encontraba. No quiero que Cat se enfade conmigo si se olvida de tomarlas…

—Por cierto —añade el chico—, soy River, tengo doce años y no creo que dures ni un solo día aquí.

—Cállate —le ordena Grayson, que acaba de interponerse entre nosotros, como hacen los policías en las películas—. No tengas miedo. Esos dos no te van a tocar un pelo, te lo prometo. Bienvenido a la familia.

El nudo que hay en mi pecho se deshace muy despacio. ¡Mi nuevo hermano acaba de defenderme! Este chico me gusta más que los otros. Parece bueno, y eso me da un poco de valentía. Me acerco a él y me abrazo a sus piernas sin pensarlo. Pero, en cuanto lo toco, él se queda rígido. Levanto la cabeza, confundido. Grayson me pone las manos en los hombros y me aparta con brusquedad. No me hace daño, pero su rechazo me duele más que las palabras de River.

—No me toques —suelta, molesto—. Nunca. Bajo ningún concepto. ¿Entendido?

—Sí —susurro, con las mejillas encendidas.

El aire se me queda atascado en el pecho. Antes he dicho que nunca lloro, y no quiero hacerlo delante de estos chicos tan raros, así que bajo la cabeza y me froto la nariz, despacio.

Zane sigue mirándome con los brazos cruzados. Aunque es unos centímetros más bajo que Grayson, parece mucho más fuerte y peligroso, como mi superhéroe favorito. Tal vez, si se lo digo, le

caiga bien.

—Eres tan grande como Hulk —balbuceo.

Los ojos de Zane echan chispas. Ups, acabo de meter la pata.

—¡Me llamo Zane! —estalla, acercando su cara a la mía—. No Hulk. Y tú eres Joshua, no Josh.

No, por favor. ¡Joshua no!

Me gusta Josh. No quiero que nadie me llame Joshua ni volver a pasar hambre ni que el novio de mamá me grite o me dé un sopapo porque hago los deberes en la mesa que hay enfrente de la tele.

—No me gusta ese nombre —murmuro, disgustado.

—Pues qué pena, Joshua. Porque también practico kárate y te partiré un brazo si te pasas de la raya.

—Eh, Grandullón, ya no haces kárate —se burla River—. Te expulsaron la semana pasada por noquear a tu compañero. ¡Pam! Al suelo. Así que no puedes pegarle a este renacuajo o papá te borrará de *hockey*. Recuerda lo que dijo.

—¡No puede quitarme de *hockey*! —ruge Zane, pegando un pisotón en el suelo—. ¡Debo proteger a mis compañeros!

—Y, para que lo sepas, no eres mi hermano. Nunca lo serás —continúa River, revolviéndome el pelo con demasiada fuerza—. Ya tengo suficiente con estos dos y con la enana malcriada que se cree una princesa.

Grayson aprieta los dientes y le planta una mano en el pecho, obligándolo a apartarse de mí.

—¡Basta! —le ordena—. Mamá nos ha pedido que seamos buenos con él. Como volváis a molestarlo, os las veréis conmigo.

—Uhhh. —River finge que le tiemblan las manos—. ¡El campeón de papá! ¡Grayson, el sargento!

Zane le da un empujón a River, que casi pierde el equilibrio.

—Hazle caso a Grayson —gruñe—. Es el mayor.

—¡Eh! —protesta River—. ¿Qué mosca te ha picado?

Cat regresa justo en ese momento y los tres enmudecen al instante. Su mirada recorre la cocina hasta posarse en mí. Me dedica una sonrisa cálida, pero ya no me siento tan seguro. Ahora no sé si puedo confiar en ella.

—Espero que hayan sido buenos contigo.

Zane y River intercambian una mirada rápida; parecen nerviosos. No soy un chivato, así que asiento deprisa.

—Muy bien, así me gusta —dice Cat, aliviada—. Ven, cariño. Quiero que conozcas a tu hermana.

No quiero conocer a su otra hija; seguro que es tan mala conmigo como sus hermanos. Aun así, no tengo más remedio que coger su mano y dejarme arrastrar fuera de la cocina.

La primera vez que me eligieron

Josh

Aunque me sudan las palmas de las manos, Cat no me suelta hasta que llegamos al salón. Me pregunto si todo en esta casa será igual de grande: el sofá de varias plazas, los jarrones, la mesa del comedor con tantas sillas. Aquí caben muchas personas, a diferencia del apartamento de mami, que solo tiene una habitación con la mesita de noche pegada a la pared.

Abro mucho los ojos al ver las chuches desperdigadas sobre la alfombra: un paquete de galletitas Goldfish, otro de Cheetos, un tetrabrik de Capri Sun de manzana, un paquete de Pop Tarts de cereza y un cuenco lleno de regaliz rojo, Skittles y ositos de gominola. Se me hace la boca agua; mamá nunca me compra chuches. Doy un paso decidido hacia ese botín, pero freno en seco cuando la veo.

Una niña, sentada en el suelo. Lleva un jersey rosa con corazones, pantalones del mismo color y una corona de princesa, también rosa. Los rizos negros le caen por los hombros. Mete la mano en el cuenco de gominolas sin apartar la vista de la tele. Algunos caramelos se le caen y no se molesta en recogerlos.

Esa niña no sabe la suerte que tiene. Alguien debería decirle que la comida no se tira. ¿Será ella la princesa malcriada de la que hablaba River?

Retrocedo un paso, con el corazón martilleándome en los oídos, pero una mano se posa en mi espalda.

—No seas tímido, Josh —me alienta Cat—. Tiene muchas ganas de conocerte.

No es verdad, pienso, con un nudo en la garganta. La niña está embobada con la pareja que se desliza por el hielo. Ni siquiera se ha dado cuenta de que estamos aquí. No le intereso, igual que a sus hermanos.

Contiene la respiración cuando el hombre lanza a la mujer por los aires, y aplaude con fuerza justo en el instante en que él la atrapa

por la cintura.

—¡Sabía que no la dejaría caer! —exclama, sin apartar la vista del televisor.

—Winter, cariño —la llama su madre—. ¿No quieres conocer a Josh?

No me gusta su nombre.

No me gusta que vaya entera de rosa.

No me gusta que ignore a su mamá.

Pero Cat no se enfada ni le grita, como habría hecho mi madre. En lugar de eso, se acerca a ella, le dice algo bajito al oído y le besa la coronilla. La niña parpadea despacio, como si saliera de un sueño, y entonces se gira lentamente hacia mí.

Sus enormes ojos color miel me atrapan en un pestañeo. En ellos no hay enfado ni burla ni cansancio, solo curiosidad.

El mundo bajo mis pies se tambalea un poco. Nunca nadie me había mirado así, como si yo no fuera una molestia, sino alguien importante. Alguien que merece su atención.

Y entonces me sonríe.

Su sonrisa es sincera y le marca los hoyuelos. No hay vergüenza ni miedo en ella, y es tan contagiosa que siento…, siento que me va a explotar el pecho.

Tiene pecas doradas en las mejillas y rizos negros que brillan bajo la luz de la lámpara. Su piel es muy pálida, como la de Blancanieves. Y yo estoy convencido de que debe de ser una princesa de verdad. Solo que mejor, porque esta princesa me ha mirado a mí.

—¡Hola, Josh! Puedes sentarte conmigo si quieres —dice, apartando un puñado de chuches para hacerme sitio—. Coge ositos, están muy buenos. Yo solo me como los amarillos.

El corazón me da una voltereta. ¡Me ha llamado Josh! Eso me hace tan tan feliz que le devuelvo la sonrisa sin darme cuenta. Ella sonríe aún más y da una palmada en la alfombra para invitarme a sentarme a su lado. Me sorprendo de nuevo cuando mis pies comienzan a moverse por inercia, como si estuviéramos conectados por una cuerda invisible que me empuja hacia ella. De repente, me acuerdo de Cat y me vuelvo hacia ella, buscando su permiso, solo por si acaso. La mamá de Winter asiente con la cabeza, y noto que

tiene los ojos húmedos.

—Ve a sentarte con ella, claro que sí —dice, haciéndome un gesto con las manos—. Estás en tu casa, tesoro.

Esta vez no dudo: acorto deprisa los pasos que nos alejan y me siento muy derecho a su lado, conteniendo un poco la respiración. No quiero hacer nada que pueda disgustarla.

Winter tiene los ojos clavados en la herida de mi frente, lo que me da mucha vergüenza.

—¿Te duele?

—No.

—¡Qué bien! Yo me caí hace cuatro días y me raspé el codo. Me hice mucho daño. —Se levanta la manga del jersey para enseñarme una tirita de dinosaurios—. ¡Mira, son iguales! Pero mis dinosaurios son rosas y los tuyos, azules.

—Los corazones de tu jersey son muy bonitos.

—Gracias. —Sonríe, orgullosa—. Mami a veces me deja elegir la ropa que visto. Seguro que a ti también.

Eso me pone un poco triste, porque toda mi ropa es vieja y fea. Ella ladea la cabeza, curiosa, como si lo hubiera notado.

—Pareces un poco solo —dice, y coloca el cuenco de gominolas sobre mis piernas—. Come todas las que quieras. Bueno, no demasiadas, o luego te dolerá la tripa.

Al ver que no como, me mira extrañada.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan?

—Es que… —Las palabras se me quedan atascadas en la garganta, como siempre que me pongo nervioso. Bajo la voz para que Cat no nos escuche, porque no soy un chivato—. No quiero que Zane me parta el brazo por comerme los ositos.

—Oh —murmura, mordiéndose el labio—. No te preocupes, Zane no pega a los niños más pequeños que él. Ayer le robé una galleta de chocolate y juró que me tiraría del pelo, pero nunca lo hizo.

No digo nada. Parece muy segura y lo conoce mejor que yo, pero quizá a ella sí la quiere porque es su hermana y, como ha dicho River, yo nunca lo seré.

—¿Te cuento un secreto? —susurra, y me inclino para escucharla mejor—. Yo también me siento sola a veces, porque mis hermanos

son mayores y no suelen jugar conmigo.

De pronto, sus ojos se iluminan y me coge de las manos. El cuenco de gominolas se vuelca y algunos ositos ruedan por la alfombra, pero ya no me importa que haya chuches en el suelo, porque me está tocando.

—¡Tengo una idea! —exclama, ilusionada—. ¿Quieres que seamos amigos? ¡Así nos defenderemos de esos monstruotes tragapatatas!

Casi me caigo de la risa. Ella suelta otra carcajada y se tapa la boca cuando su mamá la llama. Me pongo tenso, por si acaso va a reñirnos por burlarnos de los mayores.

—Winter —dice con una sonrisa suave mientras se acerca—. Josh no es solo tu amigo, cielo. Es tu hermanito.

Ella frunce un poco los labios, pensativa.

—Pero ¿también puede ser mi amigo?

A mí eso me gustaría muchísimo, así que miro a Cat con ojos suplicantes. No hay nada que desee más en el mundo que ser amigo de esta niña tan simpática que huele a fresa.

—Sí, cariño —responde su madre. Le da un beso en la frente y me sonrojo cuando me da otro a mí—. Ser hermanos y amigos es lo más bonito que puede pasar.

Cat dice que podemos jugar un rato mientras vemos la tele, pero que no comamos muchas chuches porque la cena es dentro de dos horas. En cuanto se marcha, Winter me da el mando de la tele.

—Te toca elegir. Yo ya he visto vídeos de patinaje mucho rato.

No me atrevo a tocar el mando. Otra vez, la inseguridad me muerde por dentro.

—Me da igual.

—Pero no es justo —insiste, colocando el mando en mi mano—. ¿Cuál es tu película favorita?

No lo sé. Mamá rara vez me dejaba ver dibujos, y solo teníamos un televisor, así que casi siempre ponía programas donde los adultos se gritaban mucho.

—¿Y la tuya?

Su cara resplandece como si se hubiera tragado un rayo de sol.

—¿Has visto *Rapunzel*?

—No.

—Si quieres, te enseño todas mis películas favoritas y así eliges cuál es la tuya.

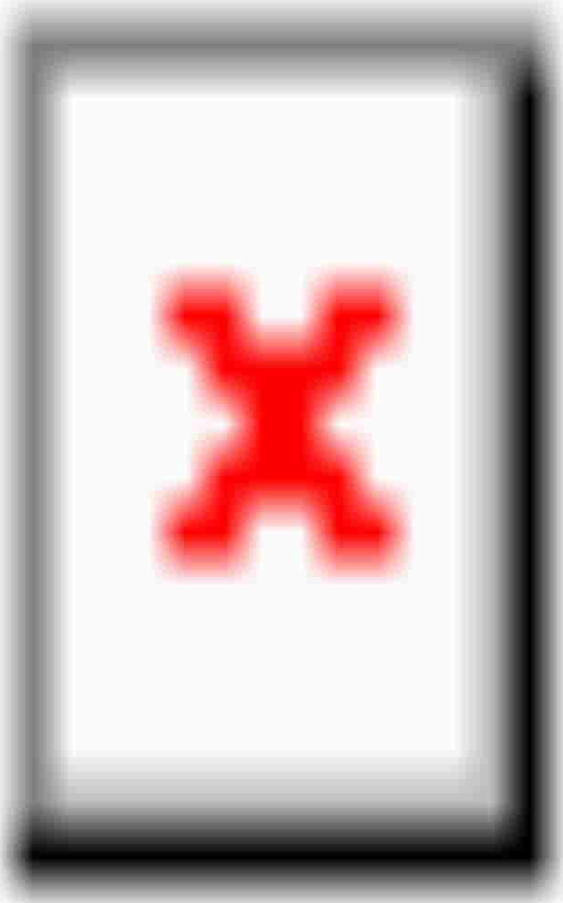
—Vale.

Winter pone la película y aparece una chica con el pelo muy largo que vive en una torre. Me da un poco de pena, aunque me gustan las canciones. Nos reímos cuando *Rapunzel* encierra a Flynn en un armario y lo amenaza con una sartén. A partir de ese momento, decido que no volveré a esconderme en ningún armario. Prefiero estar aquí, con esta niña que apoya la cabeza en mi hombro mientras se ríe a carcajadas.

—Mamá se equivoca —dice, entrelazando nuestras manos—. Es mejor que seamos amigos, porque los amigos se eligen, pero los hermanos no.

No quepo en mí de la alegría. Por primera vez en la vida, alguien me ha elegido. Y no una persona cualquiera: una auténtica princesa con tirabuzones negros y polvo de estrellas en la cara. Aferro su mano con fuerza, como si al soltarla la felicidad pudiera escaparse entre mis dedos.

De pronto, me gusta esta casa grande. E incluso Grayson, Zane y River no me parecen tan aterradores… porque ella está a mi lado, y ya no tengo miedo.



Astronautas que viven en la luna

Winter

Hoy me he levantado con muchas ganas de jugar con Josh. Soy la última en despertar los fines de semana, ¡siempre se me pegan las sábanas! Papá lo sabe y me deja dormir hasta tarde, así que todos ya han desayunado cuando la señora Pitt me sirve un cuenco de yogur con fresas y granola, mi desayuno favorito.

—¡Qué buena pinta, señora Pitt!

Me pongo de pie en la silla para darle un fuerte beso en la mejilla. La señora Pitt me abraza un instante antes de pedirme que me siente y de colocarme la servilleta en el regazo, porque sabe que suelo mancharme

—¿Quieres que te eche más fresas, Princesa?

—¡No, gracias!

—Tus padres han salido y no volverán hasta la hora del almuerzo. Tengo un montón de ropa que planchar. ¿Me prometes que no harás travesuras ni te pelearás con los mayores?

Mezclo la granola con las fresas y asiento sin mirarla porque, si lo hago, seguro que me entra la risa. Mamá dice que no debo mentir, pero creo que, si no abro la boca, no cuenta como mentira. No soy una niña mala, ¿vale? Es que a veces me aburro y meto las zapatillas de River en el cubo de la basura o me escondo debajo del escritorio de Grayson para darle un susto. Pero quiero mucho a mis hermanos, ¡lo juro! Aunque me fastidia que me llamen renacuaja y se encierren en sus habitaciones en vez de jugar conmigo.

¡Menos mal que ahora tengo a Josh!

Al principio tenía miedo de que viniera a quitarme mi sitio, pero ahora me alegro de que viva con nosotros. Mis hermanos, que son unos cabezones, han sido muy malos con él, sobre todo River, que siempre dice tonterías. Mamá dice que es porque aún está aprendiendo a ser adolescente. Yo creo que es porque tiene cerebro de patata.

Me gusta Josh porque, cuando mamá me obliga a comerme las

judías, él me las quita del plato, las pone en el suyo y me da sus macarrones mientras ella no está mirando. También me gusta que haya decidido que su película favorita es *El rey león*, pero, como le da vergüenza cantar, soy yo quien se sube a la mesa y grita a pleno pulmón: «No ha habido nadie como yo, tan fuerte y tan veloz, seré el felino más voraz y así será mi voz».

Además, me cae bien porque nunca se ríe de mí por ver vídeos de patinaje sobre hielo ni tampoco se burla cuando digo que seré la mejor patinadora del país. Papá y mamá todavía no me han llevado a patinar porque soy demasiado pequeña, y River me dijo el otro día que seguro que me caeré de culo y haré una grieta tan profunda en el hielo que me tragará y me escupirá en el Polo Norte. Eso me asustó un montón, porque yo no quiero vivir allí con los osos polares. Pero Josh me dijo que eso era imposible y que él sí cree que seré una buena patinadora. Y eso me hizo sentir como si ya tuviera los patines puestos, así que salté y di volteretas por el salón mientras él me aplaudía.

Ya ha pasado un mes desde que mis padres lo trajeron a casa, con la tirita en la frente y el jersey lleno de agujeros. Mamá me dijo al oído que fuera buena con él y no hiciera ningún comentario sobre su ropa. Me volví hacia él con una sonrisa enorme para que se sintiera cómodo; lo primero que noté fue su pelo amarillo como el sol y lo segundo, los ojos azules más bonitos y tristes del mundo.

Desde entonces, Josh y yo somos los mejores amigos. ¿Quién necesita a un hermano teniendo un compinche para sus travesuras?

—¡Josh! —grito mientras corro por el pasillo—. ¡Jooosh!

Qué raro; no está en el salón ni en el cuarto de juegos. Voy directa a su habitación, la que mamá, Josh y yo pintamos de azul con estrellitas blancas. A Josh le encantan las estrellas. La semana pasada, después de que mamá nos leyera *El principito*, me dijo que mis pecas parecían polvo de estrellas y que ojalá fuéramos astronautas para vivir los dos solos en la luna. Pero creo que no me gustaría: echaría de menos a mi familia, incluso al bruto de Zane.

—¿Josh? —pregunto mientras empujo la puerta.

No parece que esté aquí, aunque, por si acaso, abro el armario. Josh me contó que, cuando vivía con su otra mamá, se escondía allí

para que sus novios no lo molestaran. Eso me puso triste y también furiosa, como el día que Zane me gritó por decir que el Pato Donald tiene una voz horrible. Por eso le aseguré a Josh que, cuando crezca, meteré a los novios de su mamá en la cárcel, que es donde deben estar los hombres malos que pegan a los niños.

¿Dónde se habrá metido?

Me pongo muy seria e inspecciono la habitación, como hacen los detectives de los dibujos. Josh me dijo que ya no quería seguir escondiéndose en el armario, y el único escondite que queda es la cama con el edredón de Timón y Pumba.

—Josh, ¿estás ahí? —pregunto bajito.

No responde, pero mami dice que, si quieres conseguir algo, no debes rendirte. Así que me agacho para mirar debajo de la cama.

¡Ahí está! Abrazándose las piernas, de cara a la pared.

—¿Josh? —susurro.

—Vete —dice con voz llorosa.

Me meto debajo de la cama sin pensarlo y le toco el hombro.

—Mamá dice que no hay que tener vergüenza por llorar. Yo lloro mucho y papá y mamá me abrazan, como el otro día, cuando me caí de la resbaladera.

—Pero tú eres su hija de verdad —murmura—. Si yo lloro, me echarán de casa.

Estoy segura de que mamá y papá no harían algo así. Mami me dijo que Josh se quedará con nosotros para siempre, y yo sé que no es una mentirosa.

—¿Quién te ha dicho eso?

—River dice que se cansarán de mí y me abandonarán en una gasolinera, como al perro del anuncio, ese que te hizo llorar.

Contengo la respiración al recordarlo. ¡Josh no es un perro y mamá y papá jamás harían algo así!

—Tampoco puedo volver a casa porque mi mamá se fue. Y, de todos modos, no me gustaría vivir allí otra vez, porque la nevera siempre estaba vacía y tenía que esconderme en el armario cuando ella y sus novios hacían cosas de mayores.

No sé qué es eso. A veces, papá trabaja en su despacho; esas son cosas de mayores, ¿no? Pero nunca me pide que me esconda en

el armario.

Se tapa la cara y rompe a llorar. A mí se me aprieta el pecho. Josh nunca había llorado delante de mí, aunque a menudo parece tan triste que suelo hacer bromas para que se ría. Pero ahora no sé cómo conseguir que sonría, así que me acerco y lo abrazo muy fuerte para absorberle la tristeza. Si pudiera, la haría una bolita y la tiraría a la basura.

—No le hagas caso a River. Es un payaso —digo, enfadada.

Bueno, eso dice papá. Yo no lo entiendo muy bien porque los payasos llevan pelucas de colores y narices rojas, pero da igual: River dice muchas tonterías.

—Pero vosotros sois sus hijos de verdad. Yo no.

—¡Mamá y papá te quieren mucho! ¡Y yo también! —Le doy otro abrazo de oso—. ¡Y, además, tengo un plan!

Josh saca la cabeza y me mira con los ojos llenos de lágrimas. Se me encoge el corazón al verlas.

—¿Un plan?

—¡Sí! —Lo cojo de la mano y lo arrastro fuera de la cama—. Para que River aprenda a no decir bobadas.

Josh se muerde el labio, indeciso.

—No debemos portarnos mal.

—Batman siempre les da una lección a los malos. ¡Somos superhéroes!

Josh sigue dudando, retorciéndose las manos. Lo agarro de la sudadera para que me siga a la cocina. Acabo de decidir que quien se mete con mi amigo, se mete conmigo. Josh y yo somos inseparables, como un osito de peluche y su dueño. ¡Él es el osito, claro!

—Tú vigila la puerta —le ordeno, acercando una silla al mueble—. Yo me encargo del crimen.

—¡No! —exclama en voz baja, sin dejar de mirar por la puerta, con los ojos muy abiertos.

Me pongo de puntillas sobre la silla y estiro el brazo para alcanzar los pastelitos del estante de arriba. Mis dedos rozan los Twinkies mientras Josh contiene la respiración.

—¡Qué viene la señora Pitt! —susurra, pálido.

Casi me caigo del susto, pero consigo coger dos pastelitos.

—Uy, no venía a la cocina. —Suspira aliviado. Luego niega con la cabeza al ver mi botín—. ¡No! ¡Se va a poner furioso!

—Pero no se va a enfadar con nosotros —respondo, y le guiño un ojo.

Coloco la silla en su sitio y le pido que me siga. Luego desenvuelvo el primer Twinkie y dejo un caminito de migas por el pasillo hasta la habitación de River. Allí, levanto un cojín de su cama y escondo el otro pastelito debajo mientras Josh intenta convencerme de que no lo haga.

—¡Ya está hecho! —exclamo, satisfecha.

Le doy la mano y salimos corriendo a mi cuarto, que está justo al lado. Dejo la puerta entreabierta y jugamos con los coches que papá nos ha comprado. Al cabo de un rato, casi he olvidado nuestra misión, hasta que escuchamos pasos y una voz:

—¡¿Dónde están mis Twinkies?! —grita Zane.

—¡Yo no los he tocado, Grandullón! ¡Tus pastelitos apestosos me dan asco! —replica River.

Josh y yo nos tapamos la boca, muertos de risa.

—¡Tú siempre coges mis cosas!

—¡Que me olvides, gordo seboso!

Los pasos se acercan por el pasillo. Se oye una puerta que se abre y otra que se cierra. Nosotros estamos tirados en el suelo, riéndonos por lo bajo.

—¡Mentiroso! ¡Estaba debajo de tu cojín! ¡TE VOY A ESTRANGULAR!

—¿Qué? —La voz de River suena perpleja—. ¡Yo no lo he puesto ahí!

—Te crees muy gracioso tocando mis cosas, ¿eh, River?

—¡Aleja ese puño de mi cara!

—¡Callaos! —irrumpe Grayson—. ¡Dejad de gritar! ¡Estoy estudiando!

—¡Este orangután hambriento se ha vuelto loco! —protesta River.

—¡No me llames orangután!

—¡Orangután! ¡Orangután! ¡Orangután! ¡Hu, hu, hu! —River imita el sonido de un mono.

—Es una pesadilla vivir con vosotros —responde Grayson, cansado—. ¡Mañana tengo examen de Latín y necesito silencio para estudiar!

—¿Te gustan los Twinkies, River? ¡Ven aquí! ¡Te lo voy a meter por la garganta!

—¡PARAD YA!

—¡Hu, hu, hu!

Josh y yo estamos retorciéndonos de risa en el suelo. Es divertidísimo cuando esos dos se pelean y Grayson tiene que separarlos. Josh pone un dedo en mi mejilla, justo en el hoyuelo, y me mira con los ojos brillantes de alegría.

—Me gusta tu risa —dice en voz baja—. Y me gusta mucho ser tu amigo.

El corazón me va a explotar de felicidad. Si papá y mamá deciden devolverlo, me esconderé en su maleta para que podamos estar siempre juntos. Estoy a punto de responderle cuando la puerta se abre de golpe y nos llevamos un buen susto. Zane asoma la cabeza; tiene la cara roja y resopla por la nariz como un toro furioso. Entonces entra en la habitación y se cruza de brazos.

—¡¿Has sido tú, enana?! —me grita.

Josh y yo nos ponemos de pie de un salto. Me quedo con la boca muy abierta. ¡El plan no incluía que nos pillaran!

—¡No, Hulk! —Josh da un paso decidido hacia él. No lo reconozco —. ¡He sido yo!

Zane se lo queda mirando pasmado. Yo le doy una patada en la espinilla a Zane, tiro de la mano de Josh y salimos corriendo a toda velocidad, escapando por los pelos antes de que nos atrape.

—¡Os voy a estrangular! —ruge Zane.

Nosotros corremos por el pasillo, riéndonos muy muy fuerte mientras Grayson le ordena a ese gigante malhumorado que nos deje en paz. Entramos en el baño principal y echo el pestillo justo antes de que Zane llegue. El corazón me late muy rápido cuando me lanzo a los brazos de Josh.

—¡Te has echado la culpa por mí! —exclamo, orgullosa—. ¡Me has defendido!

Josh está sonrojado cuando responde:

—Siempre.

Y ahora sí, pienso que me encantaría ser astronauta para vivir los dos solos en la luna.

Sabía que podíamos hacerlo mejor

Winter

Papá nos está enseñando a nadar en la piscina de la penúltima planta. Vivimos en un edificio muy alto, con una piscina superchula y con el agua calentita. Grayson y River no han querido acompañarnos, y a Zane le da miedo el agua, aunque eso no podemos mencionarlo porque se enfada. Es raro que el gigante de mi hermano se asuste por algo tan divertido. ¡A mí me encanta ponerme los manguitos!

Mamá está sentada con Josh en el borde, intentando convencerlo de que se meta. Josh niega con fuerza y da un paso atrás. Yo ya estoy subiendo por la escalera mientras papá me espera flotando en el centro.

—¡Báñate con nosotros! —exclamo, acercándome a ellos.

—Vamos, Josh —lo anima mamá, empujándolo con suavidad en mi dirección—. Métete con tu hermana.

—No quiero ahogarme —responde en voz baja.

—¡Es imposible! Papá te atrapará al vuelo y llevas los manguitos. —Le ofrezco la mano—. Podemos saltar los dos juntos.

Josh se muerde el labio, contiene la respiración y mete un pie en el agua. Me agacho para salpicarlo sin que se lo espere y da un brinco hacia atrás.

—¿Lo ves? —Me troncho de risa—. ¡Está calentita!

Josh parece molesto, y estoy a punto de disculparme porque es mi mejor amigo y no quiero que se enfade conmigo, pero justo entonces levanta la pierna y me lanza un chorro de agua a la cara. Se ríe y me pongo muy contenta.

—¡Eh! —Hundiendo las manos en el agua, le echo más. Josh se tapa la cara para que no le entre en los ojos—. ¡Si no te metes conmigo, no pararé de salpicarte!

Mamá se levanta para que no la mojemos. Papá nos observa desde el centro de la piscina con una sonrisa.

—Bueno, Josh, entonces estarás igual de mojado que si

estuvieras dentro —le dice mamá.

—¡Vale, me rindo! —Josh levanta los brazos—. Pero contaremos hasta diez.

—Vaaale —respondo.

Me planto a su lado y le doy la mano. Josh respira hondo mientras mira con indecisión a nuestro padre, que extiende los brazos hacia él.

—No puedo cogeros a los dos a la vez —explica—. ¿Quién va a saltar primero?

—¡Saltaremos los dos juntos! —le grito—. Cógelo a él y yo nadaré hasta vosotros.

—¿Mi princesita no tiene miedo?

—¡No, papá! —Le enseño con orgullo mis manguitos de *La Sirenita*—. Ariel, Flounder y Sebastián me ayudarán a llegar hasta ti.

—¡Vamos, Josh! —lo anima papá—. Te prometo que te cogeré.

Josh entrelaza nuestros dedos y baja la cabeza como si el agua fuera su peor enemigo. Le doy un apretón para que sepa que no voy a soltarlo. Él inclina la cabeza y me dice al oído:

—Ojalá fuera tan valiente como tú.

—Es que confío en papá y en los manguitos mágicos. Tú también puedes ser valiente. Papá siempre te cogerá.

Josh mira a papá y él vuelve a alzar los brazos hacia él.

—Ya sé que él me cogerá —admite Josh, apretando mi mano—, pero ahora me da miedo que te ahogues.

—¡No me va a pasar nada! —exclamo, indignada.

Yo confío mucho en mí misma. Y en los manguitos mágicos, claro.

Josh presiona el dedo índice contra mi mejilla y murmura:

—Eres mi persona favorita de la familia.

Sonrío de oreja a oreja, y la yema de su dedo se hunde más en el hoyuelo de mi mejilla. Me dan ganas de darle un bocado para que se ría y sea tan feliz como yo en este momento. Es muy bonito ser la persona favorita de alguien.

Yo quiero mucho a mis papás y a mis hermanos, pero, cuando sea mayor, me mudaré a la luna con Josh. Allí construiremos una casa de chuches flotantes, con paredes de nubes de azúcar y un tejado de regaliz. Ah, y dormiremos en una cama de estrellas blanditas,

porque las estrellas no pinchan en la luna; solo brillan y hacen cosquillas.

—Si eso es lo que te impide saltar —digo, encogiéndome de hombros—, llegaré hasta vosotros antes de que saques la cabeza del agua.

—¿Lo prometes?

—¡Sí!

—¿De qué habláis, hijos? —nos pregunta papá.

Es un secreto entre amigos, así que levanto nuestras manos para que sepa que ya estamos preparados.

—¡Josh quiere que le prometas que lo vas a coger!

—Te atraparé, pequeño Aquaman —asegura papá, guiñándole un ojo.

—Diez, nueve, ocho… —comienzo la cuenta atrás mientras Josh se tapa la nariz con la otra mano—, siete, seis, cinco…

Josh me da un apretón nervioso cuando llego al uno. Saltamos a la vez y le suelto la mano para que papá pueda atraparlo. Me pregunto si a él también le habrá dado una voltereta la barriga al estar en el aire. ¡Qué divertido!

Me entra agua en la boca, pero los manguitos me empujan hacia arriba mientras la escupo. Papá ya tiene a Josh en sus brazos, y yo chapoteo como un perrito hacia ellos. Josh me mira con los ojos llenos de temor y no se relaja hasta que papá me atrapa. Entonces se ríe tan fuerte que suelto una carcajada. Saludo a mamá, que nos está haciendo una foto.

Josh hace el signo de la paz con los dedos y yo saco la lengua a la cámara. Papi dice que soy una presumida, y eso me hace reír aún más. Luego conseguimos nadar hasta el bordillo mientras él nos sujeta por el abdomen y nos felicita por ser unos campeones.

Mamá nos ayuda a salir de la piscina y nos envuelve con una toalla muy suave.

—¿Quién quiere un bocadillo? —nos pregunta—. Seguro que estáis muertos de hambre.

—¡Yo quiero un sándwich de Nutella y fresas! —Es mi merienda favorita, porque seguro que es lo que comen las princesas.

—Muy bien, tesoro. —Mamá me hace una trenza para que no se

me enrede el pelo—. ¿Y tú qué quieres, Josh?

Papá está secando a Josh, que parece indeciso, como siempre que le preguntan qué quiere de comer, a qué quiere jugar o qué quiere ver en la tele.

—Uhm… —duda—, lo mismo que Winter.

¡No es verdad! A él no le gusta el chocolate. Los únicos dulces que le pirran son las chuches. Josh siempre dice que quiere comer lo mismo que yo porque cree que mamá se enfadará con él. ¡Qué tontería! Además, nuestros gustos son muy diferentes.

—Le encantan los bocadillos de pastrami con mostaza y mahonesa —le chivo a mamá.

El otro día fuimos de excursión al zoo con el cole y el profe nos dio bocadillos de pastrami a todos. Yo dije que sabía a caca, pero a Josh le pareció una delicia.

Él baja la cabeza y se mira los pies, avergonzado.

—¡Anda, Josh! —exclama mamá, sorprendida—. Esa es una merienda de niños grandes. ¿Quieres que también le eche rúcula?

—No sé qué es eso —musita Josh con las orejas rojas.

—Eso verde que siempre aparto de mi plato —le digo, arrugando la nariz con asco.

—Eh… —murmura Josh—, creo que no.

—Muy bien. —Mamá termina de peinarme—. Un sándwich de Nutella y fresas para la Princesa, y un bocadillo de pastrami, mostaza y mahonesa para Aquaman.

A Josh le brillan los ojos de felicidad, no sé si por la merienda o por el apodo. Yo creo que Aquaman no es tan guay como él, ni tiene *walkie-talkies*; Josh sí, y sabe hacerlos funcionar desde mi cuarto hasta el suyo sin que Zane nos pille. Y Aquaman jamás construyó un fuerte de peluches conmigo, pero Josh no solo lo hizo, sino que me dejó ponerle nombre: el Fuerte de los Mejores Amigos. Aunque, en realidad, a veces lo llamamos Fuerte Princesa Winter, porque a mí me gusta más, y Josh nunca se queja.

Han pasado cinco meses desde que llegó a casa con el jersey roto y una tirita en la frente. Desde entonces, lo conozco mucho mejor. Sé que, cuando duda, dice lo que cree que los demás esperan oír, aunque no sea lo que de verdad quiere. Porque tiene miedo de que

se enfaden o peor, de que lo echen y tenga que vivir en un orfanato, como le dijo River el otro día. Ah, por cierto: le tiré del pelo y mamá me castigó, pero no me arrepiento. ¡Como si nuestros padres fueran a abandonarlo por pedir un bocadillo diferente!

Yo creo que alguien tan guay como él, tan buen amigo, tan valiente por dentro —aunque se asuste por fuera—, merece todos los bocadillos de pastrami que quiera. Incluso aunque sepan a culo de mono.

Y también creo que tiene que aprender a pedir lo que le gusta, como hago yo, aunque el bobo de Zane diga que soy una mimada. Porque no está mal querer cosas ni decirlas en voz alta. Eso es lo que me ha enseñado mamá.

Ojalá algún día Josh entienda que papá y mamá no se van a enfadar por eso. Que lo quieren de verdad, que ya es parte de la familia. Igual que yo lo quiero. Porque, si yo soy su persona favorita, desde luego que él es la mía.

—Y mamá quiere galletas de arándanos y chocolate blanco —dice papá, acercándose a ella.

Josh y yo nos tapamos los ojos cuando se dan un beso.

—¡Puagh! —exclamamos a la vez.

—¿Y qué quiere papá de merendar? —le pregunta ella.

—Me comeré a dos renacuajos que se ríen de que sus papás se quieran tanto —responde él, agachándose para atraparnos.

—¡Nooo! —grito, riendo—. ¡Corre, Josh!

Salimos disparados hacia la puerta, riéndonos tan alto que me duele la tripa. Aunque, pensándolo bien, quizá sea de hambre. ¡Acabo de descubrir que nadar es agotador!

Josh mira hacia nuestros padres y sonríe. El otro día me dijo que le gusta ver cómo se dan besos, porque eso significa que se quieren. No como los novios de su mamá, que eran muy malos con ella.

—¡El primero que llegue a casa elige la peli! —grita Josh de pronto.

Echa a correr y voy tras él, pero freno al llegar a la puerta. Josh siempre me deja ganar, aunque yo me haga la sorprendida. Y eso no está bien, no es justo. Hoy no me importa que llegue primero; hoy quiero que gane de verdad.

Me doy la vuelta para espiar a mamá y a papá. No soy una cotilla, ¿vale? Pero a veces observo lo que hacen los mayores sin poder evitarlo. Siguen abrazados, como si se hubieran olvidado de nosotros. Mamá sonríe cuando papá le aparta el pelo de la cara.

—Sabía que podíamos hacerlo mejor —le dice ella—. Tenemos una segunda oportunidad para ser buenos padres, Alexander.

—Lo sé —responde él.

Arrugo el ceño, confundida. No entiendo nada. ¡Claro que son unos buenos papás! Mamá me lee cuentos cada noche y papá me ayuda con los deberes. Y los dos me quieren un montón. Para mí, son los mejores padres del mundo.

Ojalá todos los niños tuvieran la misma suerte que yo.

Nunca confíes en ellos

Josh

Zane dice que patinar es como volar, pero sobre hielo. A mí me dan miedo las alturas y también caerme, así que estoy sentado en la grada con mamá y River. Bueno, él se ha ido hace un momento diciendo que se aburría. ¡Menos mal! Así no tengo que seguir escuchando cómo se burlaba de Winter cada vez que se resbalaba. Mamá ni siquiera le echaba cuenta mientras grababa con el móvil a Winter y a Zane. A lo mejor se ha enfadado porque ella no le ha tomado ninguna foto. River suele molestarse cuando ella lo ignora.

Estamos sentados en la grada. Aquí hace frío y los asientos están duros, pero no me importa, porque Winter está abajo, con un abrigo blanco que parece de osito polar, deslizándose sobre la pista de la mano de Zane. ¡Parece una princesa de hielo!

Cada vez que pierde el equilibrio, se ríe y Zane le gruñe algo que no entiendo, aunque luego la ayuda a levantarse y le sacude las rodillas para quitarle el hielo. Me parece que Zane no es tan temible como aparenta. Mamá suele decir que es como un erizo: todo púas por fuera pero blandito por dentro.

—¡Bien, Winter! —grito, aplaudiendo muy fuerte.

Zane le está enseñando. Nuestro hermano tiene trece años y juega al *hockey*, así que sabe hacer giros raros con los pies. A veces es un poco bruto y aparece con heridas en la cara después de entrenar. Pero hoy no le ha gritado a Winter, solo le ha gruñido bajito. La primera vez que ella se ha caído, le ha limpiado las lágrimas y le ha dicho que se levantara de una puñetera vez, que las princesas de verdad no son unas quejicas. Ella ha asentido seria y luego han vuelto a deslizarse por el hielo cogidos de la mano.

Creo que en el fondo le gusta patinar con ella, aunque al principio dijo que no quería enseñarle. Y también creo que me da menos miedo desde lo de los Twinkies. El otro día le oí decirle a River: «Ese enano no es un llorica ni da problemas». No sé si era algo bueno, pero a mí me hizo sentir bien.

Antes, mientras le ataba los cordones de los patines a Winter, me ha preguntado si también quería que me enseñara a patinar. Yo he dicho que no, pues no quería molestar. Hoy es su día especial y debe ser solo para ella. Además, me da vergüenza hacerlo mal. Si fallo, puede que me manden muy lejos, como dijo River. Y a mí me gusta vivir en la casa grande, que mis hermanos se peleen por la última hamburguesa y que Winter se suba a la mesa a cantar.

—¡Lo haces genial! —exclamo, aplaudiendo muy fuerte.

Winter levanta la cabeza y me sonríe, radiante. Zane la regaña por distraerse y me encojo cuando entrecierra los ojos en mi dirección, pero luego esboza algo parecido a una sonrisa y levanta el pulgar. Suelto el aire de golpe y me vuelvo hacia mamá, que está sentada muy quieta a mi lado. No aplaude ni sonríe. Tiene la cámara en la mano, pero no está haciendo fotos.

Yo sigo mirando a mi hermana. Cuando se cae, se limpia el culo con los guantes y vuelve a ponerse de pie. ¡Es muy valiente! Me siento muy orgulloso de ella.

—Guau —susurro, asombrado al verla dar un pequeño salto—. Mira, mami. ¡Hazle una foto! ¡Te lo estás perdiendo!

Ella murmura algo. Al principio no la entiendo, así que me giro de nuevo. Sus labios se mueven muy despacio, como si hablara consigo misma.

—Pensé que era suficiente para él —dice, con la mirada perdida —. Pero no lo soy… no lo soy… no lo soy….

Parpadeo varias veces. Creo que algo no va bien. Winter tuvo fiebre hace un par de semanas y dijo cosas muy raras. Quizá mamá también está enferma. No sé qué debo hacer. Zane es el mayor, pero está en la pista, y no sé dónde se ha metido River, así que me acerco a ella muy despacio y le toco la pierna con cuidado.

Mamá se sobresalta y clava los ojos en mí.

—¡No me toques! —grita, soltando el móvil—. ¡Tú no eres mi hijo! ¡No lo eres! ¡Nunca lo serás! Él me obligó a aceptarte. ¡Él me obligó!

No me doy cuenta de que estoy de pie hasta que empiezo a retroceder. Me tiemblan las manos y el pecho me duele, como aquella vez en que el novio de mamá me dio un puñetazo en la mejilla. Los ojos se me llenan de lágrimas mientras la miro. Extiendo

los brazos, por si intenta golpearme.

No… No parece mamá.

Tiene la cara rara, como si estuviera muy lejos.

Entonces pestañea y me mira. Suelta un gemido al ver el teléfono en el suelo, con la pantalla rota. Luego alza la cabeza y me encojo, temiendo que me empuje. Pero, en lugar de eso, se lleva una mano a la cara.

—Josh…, cariño —dice en voz baja—. Perdóname. No sé qué me ha pasado. Perdóname, por favor.

Se levanta y acerca la mano a mi mejilla. No sé si va a acariciarme o a golpearme, pero no hay ningún armario cerca en el que esconderme, así que bajo las escaleras a toda prisa. Las lágrimas me nublan la vista y el corazón me late tan fuerte que me duele cuando me tropiezo con alguien en el pasillo. El golpe me hace aterrizar de culo en el suelo.

—Eh —dice una voz conocida—. Tranquilo, enano.

Es River, justo a quien menos quería ver.

Trago saliva y me limpio los ojos con la manga de la sudadera. No quiero que se burle de mí.

—¿Estás bien? —pregunta, serio.

No respondo. Aprieto los puños contra los costados, como los superhéroes. Estoy esperando que se ría y diga que esto me pasa por pensar que me quedaría con ellos para siempre. Pero no sonríe; se agacha y me mira de cerca. Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas y él me las seca con cuidado.

—Te voy a dar una lección muy importante si quieres sobrevivir en esta familia —me dice, poniéndome las manos en los hombros—: nunca confíes en nuestros padres.

—P-pero… mamá y papá… —balbuceo, confundido.

—Solo nos tenemos los unos a los otros —insiste, apretándome sin hacerme daño—. Confía en Grayson, en Zane y en Winter. Pero no en ellos.

Sollozo bajito, sin hacer ruido, y asiento con la cabeza. Cat ha dicho que no soy su hijo, y yo ya estaba empezando a quererla porque pensé que era mi nueva mamá. Pero me equivoqué. River tenía razón desde el principio.

—¿Y en ti? —pregunto con un hilo de voz.

River se queda callado un segundo. Creo que me va a decir algo feo. Por eso me sorprende que se levante, meta una mano en el bolsillo y me ofrezca la otra.

—Deja de llorar, anda. Y dime si te apetece un bocata de pastrami, que cierta princesa mimada me ha dicho que te encantan. En la cafetería los venden, y tengo hambre.

Le doy un manotazo con la poca fuerza que me queda.

—Winter no es una mimada —refunfuño.

River me mira de reojo y las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba. No parece una sonrisa burlona.

—Eso es, enano. Confía en ella. También en Grayson y en Zane. No importa si no te fías de mí. Pero nunca confíes en nuestros padres. No lo hagas si quieres que las cosas te vayan bien, ¿entendido?

Asiento, porque en casa de mi antigua mamá aprendí que los adultos no son de fiar. Pensé que mis nuevos papás serían diferentes, pero ahora estoy muy asustado.

River extiende de nuevo la mano. La miro y dudo, pero al final la agarro. Está caliente, firme y no me suelta mientras caminamos hacia la cafetería.

Un bocadillo de pastrami suena bien.

Otro monstruo

Josh

No hay suficiente aire.

Estoy dentro del armario, arañando la puerta mientras le suplico al hombre malo que no haga daño a mamá y me saque de aquí. «¡Socorro! ¡Señora de los gatos, llame a la policía!».

Quiero salir. Quiero salir. Quiero salir.

No… No puedo respirar.

El hombre malo se ríe muy fuerte y mamá deja de llorar. Ahora se suma a sus carcajadas. Y entonces recuerdo que ella ya no es mi mamá. Se fue lejos, me comparó con un mueble y me dejó con el hombre de los zapatos brillantes.

Me despierto sobresaltado.

El corazón me hace pum, pum, pum muy rápido, como si fuera a salírseme del pecho. El miedo sigue dentro de mi cuerpo, agarrado fuerte, y me duele la garganta como si hubiera gritado. Me abrazo las piernas y miro la puerta, aliviado de verla cerrada. Ojalá nadie me haya oído. No quiero parecer un llorica. Los niños molestos acaban en el orfanato.

Tengo la cara empapada; no sé si de sudor o de lágrimas. Me la seco con la manga del pijama, bajo de la cama y salgo de la habitación.

La casa está en silencio.

Cat lleva encerrada en su habitación desde esta mañana. Ya no la llamo «mamá» cuando pienso en ella. Solo lo hago en voz alta, para no disgustarla. Se disculpó después de gritarme que nunca seré su hijo. Se echó a llorar cuando le dije: «No pasa nada, Cat». Me abrazó muy fuerte y me rogó que la llamara «mamá». Lo hice para que dejara de estar triste, y también para que no me echara de la familia. Porque no me quiero separar de Winter, mi única amiga.

Papá nos ha dicho que no la molestemos, que mamá está descansando. Después, se ha encerrado todo el día en su despacho. Winter me ha explicado que él se pone triste cuando mamá no sale

de la habitación.

Grayson no está. Se fue a un torneo de ajedrez y duerme fuera. Siempre nos lee cuentos cuando mamá y papá no se ocupan de nosotros. Nuestro hermano mayor es bueno, así que me pongo nervioso cuando no está en casa.

Zane tiene partido de *hockey* con el instituto. Le suplicó a papá que no lo obligara a ir porque le da miedo dormir fuera, pero papá le dijo que no fuera ridículo y mandó a la señora Pitt con él. Uy. Se supone que no podemos decir que Zane le teme al agua ni a dormir fuera de su cama.

Me gusta la señora Pitt.

River llegó hace una hora, cocinó salchichas con puré de sobre —estaba asqueroso, aunque le dije a Winter que no se quejara—, y me dijo que si me sentía mal, fuera a buscarlo.

No quiero molestar a mi hermano. Nunca sé si bromea o dice la verdad, pero el sándwich de pastrami que me compró estaba calentito, y no se burló de mí mientras me limpiaba las lágrimas.

Voy a la cocina a por un vaso de leche. Eso siempre me ayuda a sentirme mejor. Pero, cuando paso por el salón, escucho voces que aumentan hasta convertirse en gritos.

Odio que la gente grite, pero me gusta menos no saber lo que pasa. Quiero ser tan valiente como Winter, que ya sabe nadar sin manguitos y le saca la lengua a Zane cuando él se enfada. Por eso asomo la cabeza por la puerta.

—¿Dónde demonios te habías metido? ¡Has llegado tarde!

Papá tiene a River agarrado del brazo y lo zarandea con tanta fuerza que parece un monigote.

Nunca había visto a papá tan enfadado.

—¡Os dije que iba a casa de Noah! —replica River, intentando soltarse—. También se… se lo dije a mamá.

River trastabilla contra el sofá cuando papá lo suelta de golpe. Los ojos de papá se clavan en él como si fueran cuchillos afilados.

—No metas a tu madre en esto —le espeta. Lo señala con un dedo y River se encoge igual que yo cada vez que creo que alguien va a hacerme daño—. Has llegado tarde. ¿Crees que en esta casa las normas no se aplican a ti?

River se pone de pie con los puños apretados. River no tiene esa cara de broma que pone siempre que se burla de nosotros. Ahora parece otro niño; uno que tiene fuego en los ojos. Tiene los labios apretados, como si se los hubiera cosido con rabia. Está enfadado. Pero lo raro es que parece enfadado y asustado al mismo tiempo.

—Solo han sido cinco minutos. Iba a llamar al chófer, pero la madre de Noah me dijo que me traería. Salió más tarde del trabajo, por eso me he retrasado —dice River, levantando la barbilla, desafiante—. Al llegar, he preparado la cena para Winter y Josh porque aún no habían comido. ¡Yo lo he hecho! ¡Yo! ¿Dónde estabais tú y mamá?

Papá se queda muy quieto.

No dice nada.

Solo pestañea despacio, como si viera a River por primera vez. Y su forma de mirarlo me da más miedo que la pesadilla que he tenido hace un momento.

Yo me pego a la pared sin hacer ruido. Me llevo una mano al pecho, porque el corazón me da saltitos y temo que papá pueda escucharlo. No quiero que me mire como mira a River. Se inclina hacia él, y River, con los puños apretados, se encoge un poco.

—¿Qué has dicho? —le pregunta en voz baja.

—N-nada… Yo…

Papá levanta la mano y le cruza la cara de una bofetada antes de que River termine la frase.

Yo cierro los ojos, como si así pudiera borrar de mi mente lo que acabo de ver. El golpe aún retumba en el salón.

Le ha pegado. Como los novios de mamá la golpeaban a ella.

—¡¿Te crees que puedes darme lecciones, mocoso de mierda?! —escupe papá, con la cara tan roja que parece que va a explotar—. ¡Tú, que apenas sabes limpiarte el culo! ¿Te atreves a cuestionarme? ¿A gritarme en mi propia casa?

River se lleva la mano a la mejilla. Le tiembla todo el cuerpo, pero no aparta la mirada. No entiendo lo que hay en sus ojos, pero me recuerda a mí cuando me encerraba en el armario y rezaba para que no me pegaran. Porque no era la primera vez que me escondía allí.

—¿Crees que lo harías mejor que yo? —le grita, agarrándolo de

nuevo del brazo—. ¡Vamos, responde! ¿O ya no eres tan valiente?

River no dice nada. Solo aprieta más los puños, con el cuerpo rígido como una cuerda a punto de romperse. Parece tan gastado como mis jerséis viejos y agujereados, esos que Cat tiró a la basura.

—¿Has preparado la cena? ¡Qué héroe! ¡Qué buen hermanito! —dice papá, con una risa seca y cruel—. ¿Y eso te da derecho a hablarme así? ¿A mirarme como si fueras mejor que yo?

Papá lo arrastra hacia la puerta, justo donde yo estoy. No quiero que me vea y me lleve también. Corro por el pasillo y me escondo detrás del mueble grande, el que tiene el jarrón feo frente al despacho de papá.

—Siempre tienes una maldita excusa. Eres un embustero. No vales para nada —le espeta, ahora en voz más baja.

Hace una pausa y respira hondo. Luego mira a uno y otro lado del pasillo, como si buscara a alguien.

¡Cat! ¡Cat está en su habitación! Seguro que se molestaría mucho si supiera lo que está pasando…

—No tienes ni idea de lo que es ser un hombre, River. Pero yo sí. —Lo agarra de los hombros. Su voz suena más fría y peligrosa—. Y voy a convertirme en el padre que necesitas. Serás un hombre de provecho, aunque tenga que partirte en dos para lograrlo.

¿P-partirlo en dos…?

Retrocedo con los ojos muy abiertos. Engancho el pie en la pata del mueble. El jarrón se tambalea un poco.

Me quedo congelado. El corazón se me para. El puré de patata me sube por la garganta. Me tapo la boca para no vomitar.

Papá se tensa.

River me ve. Sus ojos se abren de par en par al encontrarse con los míos.

Papá se gira lentamente hacia mí. Yo me hago una bola detrás del mueble.

—¿Qué ha sido eso? —gruñe papá con la voz temblorosa.

River se pone delante de él, como si fuera un muro. Le da un empujón.

—¡Vamos! —le grita—. Demuéstrale a mamá lo valiente que eres pegándole a un crío. ¿Por qué no me pegas delante de los demás?

¿O solo eres un hombre cuando nadie te ve?

Papá lo agarra del cuello. No puedo verle la cara, pero sé que ahora está mucho más enfadado que antes.

—¿Qué coño has dicho?

River le sonríe.

—Tú y yo sabemos que solo te calmas cuando me pones la mano encima —sisea, con esfuerzo—. Mamá tiene sus pastillas y tú me tienes a mí.

Papá lo mete en el despacho de un empujón. River cae al suelo con un resuello. Eso ha debido de dolerle mucho. Sus ojos se encuentran de nuevo con los míos, pero ahora… No parece enfadado ni asustado.

Es raro, porque aún tiene los ojos brillantes, pero, cuando me mira, me sonríe un poquito. Y entonces lo entiendo: está contento porque papá no me ha visto. Porque no me ha pasado nada. Aunque a él sí.

River acaba de protegerme.

Yo me quedó ahí, quieto, con las piernas temblando. Quiero gritar. Quiero subirme a la espalda de papá para defender a River. Quiero llamar a Cat.

Papá comienza a quitarse el cinturón mientras se acerca a la puerta. River me mira, niega con la cabeza y se lleva el dedo a los labios: «silencio».

¿No…? ¿No quiere que pida ayuda?

Frunzo el ceño.

Justo antes de que papá cierre la puerta, River me hace otro gesto con la mano: «vete».

Así que obedezco. Corro por el pasillo como si el suelo quemara y el armario me persiguiera. Ahora siento que estoy en otra cárcel. No quiero abandonar a River, pero tampoco puedo fallarle.

Me ha salvado.

Se ha sacrificado por mí.

Cat no es mi madre. Papá es un monstruo.

River tenía razón: no puedo confiar en ellos. Pero ahora sé que sí puedo confiar en él.

Te tengo

Winter

Estoy haciendo piruetas sobre el hielo. Papá, mamá y mis hermanos me aplauden orgullosos desde la grada.

¡Soy la mejor patinadora del mundo!

La señora de las medallas me entrega un ramo de margaritas. Está a punto de colgarme una enorme medalla de oro en el cuello cuando desaparece de golpe. Extiendo los brazos para que me devuelva el premio.

—¡Es mía! ¡Mía! —grito a la oscuridad.

Abro los ojos y veo a Josh, de pie en el umbral, mirándome en silencio. Doy un respingo.

Oh, solo era un sueño. ¡Qué pena!

Me froto los ojos y bostezo.

—Josh, ¿qué te pasa?

No contesta. Solo se sube a mi cama, así que aparto el edredón rosa y le hago un hueco. A veces yo también voy a su habitación cuando tengo una pesadilla. Está temblando al tumbarse a mi lado. Por eso enciendo mi lamparita de las estrellas, esa que pone luces en el techo. Me gusta porque hace que parezca que estamos dentro del cielo… o en la luna.

Josh se tapa hasta la nariz.

—¿Tienes miedo? —le pregunto en voz baja.

Josh asiente. Me echo de lado y le toco la cara. Su mejilla está helada y húmeda, como si se hubiera secado las lágrimas. Me duele la barriga cada vez que sé que ha llorado, como cuando como demasiado helado.

Josh me mira sin pestañear.

—¿Crees que mamá y papá son malos? —me pregunta en un susurro.

Me siento de golpe, con la espalda muy recta. Un intenso calor me sube por el cuello.

—¡Claro que no! —le grito bajito, porque es de noche—. ¡No digas

eso, que se enfadan las hadas!

—Las hadas no existen —responde, muy serio.

—¡Sí existen! —replico, cruzándome de brazos, muy disgustada—. Y también los unicornios. Y los gnomos. Y los dragones buenos que lanzan chispas de colores.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Pero solo los niños muy listos pueden verlos… Así que, si tú no los ves —me encojo de hombros—, será que eres tonto.

¡Y por eso piensa que mamá y papá son malos!

Josh aprieta los dedos contra el edredón, como si tuviera miedo de que se lo quite.

Ay, no.

El corazón se me llena de tristeza, como aquella vez que la señora Pitt hizo limpieza de juguetes y tiró por error mi muñeca favorita a la basura. Papá me consoló y me compró otra igual, y por eso sé que es bueno. Pero Josh no es un juguete. No lo puedo sustituir. Él dice que mis pecas son polvo de estrellas y me guarda los ositos de gominola amarillos porque son mis favoritos. Josh es único.

—Pero no eres tonto —susurro deprisa, tocándole el brazo—. Eres mi mejor amigo. —Me acerco más, le doy un beso en la mejilla y pongo a Lulú, mi elefante de peluche, entre los dos—. ¿Me perdonas? —le pregunto, arrepentida, tumbándome de nuevo a su lado.

—Vale —me sonríe con debilidad—, pero no lo digas más.

—Nunca volveré a llamarte tonto —aseguro, dándole el meñique —. Promesa de mejores amigos.

Josh enreda nuestros dedos. Le devuelvo la sonrisa, pero dejo de hacerlo al darme cuenta de que está muy rígido. Josh se lleva la otra mano al pecho, pálido.

—No… No puedo respirar bien.

Le aprieto la mano sin pensarlo.

—Ya está. Te tengo. —Pego más a Lulú contra él—. Y Lulú nos protege.

Josh tiene los ojos cerrados y la boca abierta. Eso me asusta mucho.

—¡Voy a llamar a mamá! —Le doy una patada al edredón y me

preparo para correr.

—No —susurra, agarrándome más fuerte de la mano—. No quiero a mamá. Solo quiero que tú te quedes. Solo te quiero a ti.

Josh tira de mí para que vuelva a tumbarme. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había sentado. Tengo un nudo en el estómago cuando me estiro a su lado. Le acaricio la cabeza con suavidad, como hace mamá cuando lloro porque se me enreda el pelo después de la ducha.

—No me voy. Estoy aquí.

Josh abre los ojos, más relajado.

—Me duele el pecho porque no puedo contar un secreto —dice bajito—. Y no sé si eso está bien. Pero alguien me pidió que no dijera nada.

Lo pienso un segundo. Me gustaría conocer ese secreto, pero tampoco quiero que Josh se sienta mal por no compartirlo conmigo. Aunque no sé si me gusta que tenga más amigos aparte de mí.

—Somos mejores amigos, pero está mal ser chivato.

—V-vale —responde con esfuerzo—. Creo que tienes razón.

—¿Te encuentras mejor?

Josh me devuelve el apretón, se tumba de lado y me sonríe un poco.

—Cuando estoy contigo, respiro mejor.

Mi pecho se llena de alegría y lo abrazo sin apretarlo, como mamá me enseñó a hacer con esos gatitos que fuimos a alimentar al refugio. Josh no es un gatito, pero ahora parece tan frágil y asustado como uno. No pasa nada, yo cuidaré de él.

—Duerme —digo—. Yo vigilo a los monstruos.

No cierro los ojos hasta que él suspira y cierra los suyos.

Cuando creo que ya se ha dormido, le pongo una mano en el pecho para sentir los latidos de su corazón. Eso me relaja. Me quedo dormida con Lulú en medio, la lámpara encendida y mi mano en su pecho.

Ya no quiero ganar una medalla de oro. Prefiero que Josh respire bien y quedarme aquí, protegiéndolo de los monstruos. Aunque tenga que patinar sobre las estrellas para espantarlos.

Un ángel

(Winter y Josh: cuatro años · Grayson: quince años · Zane: trece años · River: doce años)

El diablo viste de Prada

Grayson

—Enderézate. No pareces un ganador.

«Será porque hoy no me siento como uno».

El coche huele a cuero nuevo, a la loción de *aftershave* de mi padre y a decepción anticipada.

Mierda, me encuentro fatal.

Hace una hora que aterrizamos en Los Ángeles. Quiero gritarle que no he dormido nada, que me duele la cabeza y que tengo frío y calor al mismo tiempo.

Debería haberle hecho caso a mi madre cuando me dijo que no tenía por qué venir. «No estás obligado a competir, cariño», fueron sus palabras. Pero yo nunca hago las cosas por gusto ni por placer, sino porque es lo que se espera de mí. Y hoy mi padre quiere que brille en el torneo de ajedrez.

Odio el ajedrez.

La limusina gira hacia un barrio más humilde. Las aceras están llenas de basura. Mi padre teclea algo en su teléfono mientras ladra instrucciones al chófer. Me masajeo las sienes para frenar el incipiente dolor de cabeza. Si le pido un ibuprofeno, me gritará también a mí.

—Antes de ir al torneo, tenemos una parada obligatoria —dice sin levantar la vista de la pantalla—. La empresa ha salido en los medios por el escándalo del *spa* de Florida. Una clienta encontró cámaras en las duchas. Como si fuera culpa nuestra lo que hacen algunos empleados. —Carraspea, molesto, igual que cada vez que no domina por completo una situación—. Despedí a ese cerdo y llegamos a un acuerdo con la afectada, pero la noticia se ha filtrado a los medios. Los periodistas de este país son escoria.

Sé que me lo cuenta para que aprenda a ser un buen hombre de negocios, capaz de tomar decisiones estratégicas. Pero yo solo puedo rezar para que se calle y no vomitar en la alfombrilla.

—Por eso vamos a hacer una donación y algunas fotos. Lavado de imagen. ¿Me estás escuchando, Grayson?

—Una donación —repito con desgana.

—Sí, a un centro de acogida. Niños abandonados, blablablá —continúa con desdén—. Tú y tus hermanos deberíais agradecer que no hayáis nacido en un sitio así. Mira a esos críos harapientos y desnutridos. El Estado les da un techo porque sus propios padres no los quisieron. Josh podría haber acabado en un sitio como ese de no ser por nuestra generosidad.

Me pica la lengua cuando habla del pequeño Josh. Me dan ganas de lanzarlo en marcha de la limusina.

Su generosidad. Hay que joderse.

Él nunca hace nada por puro altruismo. Por eso me sorprendió tanto cuando adoptaron a Josh. Seguro que fue cosa de mamá, que colabora con varias causas sociales. Y él nunca puede negarle nada.

La limusina se detiene delante de un edificio de dos plantas al que le hace falta una mano de pintura. Papá espera a que el chófer le abra la puerta. Porque, por muchas donaciones que haga a los pobres para lavar su imagen, no es de los que se abren la puerta a sí mismos.

—Grayson —me llama, impaciente—. Quiero que aparezcas conmigo. Pon buena cara y finge que esos niños te importan.

—No me encuentro bien —susurro, mareado—. ¿Puedo quedarme en el coche?

Mi padre me observa como si acabara de insultarlo.

—Por Dios, no tengo tiempo para lidiar contigo. —Da un par de golpecitos en el Rolex de su muñeca—. Si estás inquieto por el torneo, trágate los malditos nervios. No te he educado para que actúes como un pusilánime.

Me arde la cara de vergüenza. O de fiebre, no lo sé. Por más que intente estar a la altura, nunca soy lo bastante bueno para él. Así que me agarro a la manija y aprieto los dientes. El sudor me empapa la nuca y las fuerzas me fallan cuando intento incorporarme.

Mi padre masculla una palabrota y me obliga a sentarme de nuevo.

—Eso te pasa por comer porquerías y trasnochar. Te lo tienes

merecido. Quédate ahí, no tardaré.

Me quedo solo, con el abrigo abrochado hasta el cuello y la fiebre trepándome por la piel como una serpiente pegajosa.

¿Comer porquerías? ¿Trasnochar? Él elige cada plato de mi menú. Y duermo menos de ocho horas porque me quedo estudiando hasta tarde, tratando de cumplir con todas las actividades extraescolares a las que él mismo me ha apuntado.

A veces siento celos de mis hermanos.

A Zane lo sobreprotege y a River lo ignora. Winter y Josh son demasiado pequeños: aún no ha tenido tiempo de cometer errores con ellos, pero todo se andará. Me dan ganas de reírme por dentro, de burlarme de su ingenuidad por creer que logrará ser un mejor padre para ellos.

Necesito aire. Bajo la ventanilla y me desabrocho el abrigo.

Me encantaría ser como el resto de mis compañeros de clase. Sus únicas preocupaciones son tontear con chicas y conseguir un carnet falso para comprar alcohol. A mí no me interesa ni una cosa ni la otra, pero, joder, desearía que me importaran.

Nada me gustaría más que tener las agallas de decepcionarlo a propósito.

Paseo la vista por los niños que juegan en el patio del centro de menores. No siento pena por ellos. ¿Por qué habría de hacerlo? Sí, soy rico. Pero tengo un padre nefasto, una madre que es un peligro para sí misma y mis hermanos, y cuatro niños a los que proteger. Estoy seguro de que esos huérfanos no me envidiarían si conocieran mi realidad.

Y entonces la veo.

Una chica pelirroja, al otro lado de la verja. Debe de tener mi edad. Alta, delgada y con el pelo recogido en una coleta. Lleva un jersey demasiado grande, unos vaqueros gastados y está consolando a una niña pequeña que llora con auténtico dramatismo.

No sé por qué bajo del coche.

No sé por qué me acerco a la verja.

No sé por qué siento tanta curiosidad.

Solo sé que necesito ver su pelo de cerca, porque sí, es rojo como el fuego, pero también castaño como las almendras y con destellos

rubios como la arena de aquella playa de Italia que visitamos el verano pasado.

Arrugo la nariz al comprender por qué llora la niña: se ha hecho pis encima. Tiene los pantalones empapados.

La chica pelirroja saca un pañuelo de papel del bolsillo y la seca como puede, con movimientos delicados. La niña asiente y sonríe por algo que ella le dice. Me agarro a la verja, intentando escuchar la conversación, pero estoy demasiado lejos.

De repente, siento que el corazón no me funciona bien si no estoy cerca de ella.

Y entiendo por qué no puedo dejar de mirarla: me veo reflejado en ella.

A ver, yo soy escrupuloso de cojones, pero soy bueno protegiendo a mis hermanos. He nacido para eso; es mi deber.

Y ella… Esa criatura con el pelo prendido en llamas es un ángel, un ángel protector.

Observarla me produce tanta paz que no quiero —ni puedo— dejar de hacerlo. Meto los dedos por los huecos de la valla de alambre y acerco la cara. A mí nadie me cuida, pero dejaría con gusto que ella lo hiciera.

—¡Otra vez te has orinado encima! —exclama una mujer de pelo canoso, acercándose a ellas—. Ya eres demasiado mayor para eso, Jenna.

La chica se interpone cuando la mujer agarra a la niña del brazo de malas formas. Y entonces le veo la cara: nariz recta, labios gruesos, ojos oscuros, cejas tupidas. La sangre me hierve bajo las venas. Es la primera vez que me fijo en una chica y pienso: «Guau, es impresionante, pero de mayor será una belleza».

—Solo tiene seis años —la defiende sin perder los nervios, aunque sus ojos destilan rabia al mirar a la mujer.

—Siempre buscando problemas, Ava —le suelta—. Por eso nunca encajaste en ninguna familia.

La chica le dedica una sonrisa fría y pasa un brazo por los hombros de la pequeña.

—Vamos a cambiarte, Jen. —Le acaricia el brazo—. No pasa nada.

Se alejan hacia el interior del centro.

No. No. No.

Me tambaleo hasta las escaleras principales. No puede irse. Necesito… Necesito hablar con ella. No tengo muy claro qué voy a decirle. Nunca he hablado con una chica. La ansiedad me devora por dentro mientras subo los escalones con torpeza, pero me tropiezo con alguien al llegar al último.

—¿A dónde demonios crees que vas?

Mi padre me agarra del brazo. Forcejeo con él cuando intenta arrastrarme de vuelta a la limusina. Tiene el ceño fruncido y me dice algo, pero su voz suena lejana.

Doy un respingo al sentir su mano helada en la frente.

—Estás hirviendo —masculla—. Maravilloso.

—Era un ángel.

—¡Y ahora deliras!

Me empuja hacia el coche. Intento resistirme, pero apenas puedo mantenerme en pie.

—No, espera —gruño, dándole un manotazo—. Quiero ver de cerca a… a…

¿Cómo se llamaba? No consigo recordarlo.

—¡Stephen, ayúdame a meterlo en el coche!

Varias manos se aferran a mi cuerpo.

—Déjame ver al ángel —suplico, cayendo sobre el asiento—. Es un ángel…

—Señor, ¿lo llevamos al médico o al torneo?

—Un ángel, es un ángel… —canturreo, riéndome—. Y tú vas a ir al infierno, papá.

Me parto de risa. De pronto, todo me parece tremendamente gracioso.

—¡Jesucristo! —exclama mi padre—. Este muchacho se ha vuelto loco. Los ángeles no existen, Grayson. Y tú serás el único que vaya al infierno como no dejes de blasfemar, muchacho.

Entrecierro los ojos. Le doy una palmadita en la cara, como si fuera un cachorrito molesto. Los ojos de mi padre se desorbitan. Sus mejillas se tiñen de manchas rojas. Una vena empieza a latirle en la sien.

—Psss, viejo. El ángel y yo somos invencibles.

Mi padre se queda helado. Parpadea. Una vez, dos. Su mandíbula se tensa tanto que cruje. La respiración se le vuelve errática.

Suelto otro carcajada. Estoy empapado en sudor y tiritando, pero algo dentro de mí está ardiendo. Sé que en un futuro cercano me arrepentiré de esto, pero ahora no puedo dejar de soltar burradas.

—¿Viejo? —repite en un susurro venenoso, como si la palabra le quemara la lengua.

Stephen carraspea desde el asiento del conductor. Lo ha oído. Por supuesto que lo ha oído. Y eso lo empeora todo.

Me entra otro ataque de risa y me pongo a cantar a pleno pulmón, envalentonado y aplaudiendo:

—El ángel y yo tenemos alas… El ángel me dijo que tú eres el diablo. Pero no te enfades, viejo, que el diablo viste de Prada y tú vistes con… el ego de un narcisista que necesita un imperio para sentirse importante y los trajes de un hombre que sabe que ni su mujer lo soporta…

Mi padre se queda petrificado. No dice nada. Ni siquiera respira. Por un segundo, me aterra que haya dejado de hacerlo de verdad. ¿Le habrá dado uno de esos infartos fulminantes?

Entonces inspira hondo. Su rostro es una máscara de furia domesticada, como esos *pitbulls* con un collar de púas alrededor del cuello.

Ups. Lo he roto.

También he roto al Grayson aburrido que siempre obedece, come chuletones al punto y jamás se atrevería a reírse en su presencia.

—Jaque mate, viejo —suelto, doblándome de la risa en el asiento.

Sus ojos parpadean una sola vez. Asiente y se pasa la lengua por los dientes, como si saboreara su propia humillación. Luego se sienta a mi lado. Me da una palmada en la pierna, demasiado fuerte para ser cariñosa. Después me despeina con brusquedad, me sonríe como si fuera un asesino en serie y me susurra al oído:

—¿Ya has terminado tu numerito? —Su mano se posa en mi nuca. No la acaricia, la aprieta—. Porque me encantaría recordártelo cuando cumplas dieciocho y creas que mereces algo.

Me aparto de él con un escalofrío.

—No necesito tu dinero —respondo, más serio—. Prefiero al

ángel.

—Eres gracioso, Grayson. Muy gracioso. Lo apuntaré para cuando hagamos el testamento.

Después se vuelve hacia el chófer, con los dientes apretados.

—Stephen, llévanos al hospital más cercano. A ver si le pinchan algo para la fiebre, deja de decir gilipolleces y se espabila para el torneo.

Oh, sí. Puede que a él le parezcan gilipolleces, pero las pienso de verdad.

Porque yo sé lo que he visto. Y aunque la fiebre borre su nombre de mi memoria, su luz ya se ha quedado a vivir en mis sueños.

Aunque nadie me proteja a mí

River

Estoy tumbado bocabajo, con los dientes apretados y la cara hundida en la almohada. Cada vez que respiro, me arde la espalda. Carajo, el cabrón sigue pegando igual de fuerte. Los años no han pasado factura a su puño… ni han desgastado la hebilla del cinturón.

Cierro los ojos.

Las primeras veces lloraba desconsoladamente, como si eso fuera a cambiar algo. Ya no. Las lágrimas no sirven de nada.

Este es nuestro pequeño secreto. Lo único que nos une. Antes, era invisible; después, me convertí en su saco de boxeo emocional: la víctima perfecta con la que desquitarse cuando su mundo se tambalea.

Solo me golpea cuando mis hermanos mayores no están y mamá se pierde en una de esas crisis que la devoran por dentro. En esos momentos, está encerrada en su propia cárcel. No ve, no escucha, no existe. Y, si algún día decidiera mirar —que lo dudo—, estoy seguro de que lo elegiría a él. Porque nunca me he sentido más invisible que frente a ella.

Recuerdo con todo detalle la primera vez que mi padre me golpeó. Esa mezcla de incredulidad, espanto y pánico que sentí. El dolor insoportable que me atravesó el cuerpo. Luego se agachó junto a mí, con los ojos vidriosos, y me pidió perdón. Dijo que estaba estresado, que había sido un error y que no volvería a pasar. Y le creí. Me suplicó que no lo contara. Y callé.

Después, volvió a hacerlo.

Mis padres habían discutido a gritos. Yo estaba preparándome la merienda y, del susto, tiré un plato. Mientras recogía los trozos del suelo, me corté un dedo. Cuando mi padre entró en la cocina, pensé que me consolaría, pero me llamó inútil y me arrastró a mi habitación. La paliza fue peor que la primera.

Y, a lo largo de los años, seguí dándole «motivos» para desatar su furia.

Por ser demasiado efusivo.

Por reírme demasiado fuerte.

Por demasiadas cosas que no podía evitar.

Nadie lo sabe.

La señora Pitt lo intuye, pero no puede —o no quiere— hacer nada.

A mis hermanos les digo que he sufrido algún accidente o que me he peleado en el instituto. Me he ganado la reputación de problemático e irresponsable. Por eso las bromas son mi escudo.

Mi madre nunca pregunta por mis moratones. ¿Acaso no me ve? ¿No se da cuenta de que me encojo cada vez que él clava los ojos en mí? Quiero creer que no lo sabe, que su mente enferma es una prisión más cruel que su matrimonio.

Una vez, después de una paliza, me acarició la mejilla y me dijo en voz baja que no éramos tan distintos, que los dos somos buenos mentirosos. Lo odié más por eso. No quiero parecerme a él. No quiero tener nada en común con ese monstruo. Pero quizá tenía razón: él sabe dónde y cómo pegar —evita la cara, las manos y se asegura de no dejar marcas visibles—, y yo sé cómo aparentar que sus golpes no duelen y que su falta de amor no me escuece en el alma.

Las primeras veces se mostraba arrepentido. O, mejor dicho, fingía arrepentimiento. Después me regalaba cosas: un cómic, una consola, un balón. Pero, con el tiempo, dejó de disculparse. Y yo lo agradecí, porque entonces supe lo que debía esperar de él y comprendí que las palizas nunca pararían.

Ahora dice que me lo busco; que soy un narcisista; que lo hace por mi bien, para convertirme en un buen hombre. Pero ¿cómo va a enseñarme a ser un adulto decente alguien que es peor que el demonio?

Además, la doctora Anderson —la misma que diagnosticó el TOC de Grayson y el trastorno bipolar de Zane— fue tajante: «River está perfectamente sano».

Mi padre apretó la mandíbula al oírla y la mandó al infierno. Luego me sacó del despacho y regresamos a casa en silencio. Soy la única persona que lo conoce de verdad, así que entendí el desprecio

que le ardía en los ojos. Porque la doctora Anderson le había arrebatado su única excusa. Aun así, él siguió golpeándome y le dijo a mamá que padezco un trastorno narcisista de la personalidad. Ella lloró amargamente al saberlo.

No entiendo por qué me odia tanto.

¿Por ser el pequeño? ¿Porque no fui deseado?

Sentí un pánico atroz cuando Winter nació. Pensé que pasaría a ser su nueva víctima y estuve a punto de contárselo todo a Grayson para que la salvara. Pero entonces pasó algo que no esperaba: ella se convirtió en su princesa.

Le canta canciones, le compra peluches, la arropa por las noches.

Winter es una niña alegre, caprichosa, mimada e ingenua que cree que vive en un castillo y que nuestro padre es el rey.

Sí, sentí unos celos enfermizos. Y después, rabia; por pensar que a mí nunca me había tratado así, que a mí nunca me habían querido así.

Pero adoro a esa princesita consentida que se sube a cantar a la mesa y cree en las hadas. Me alegra que no haya perdido su inocencia y que no conozca ese lado de él.

Por eso me burlo de ella. No porque no la quiera, sino porque la amo tanto que la única forma en que puedo protegerla es esa: meterme con ella para que mi padre siga odiándome y la proteja aún más.

Luego llegó Josh.

¿Qué demonios pintaba ese crío desnutrido aquí? Si nuestros padres no eran capaces de criar a cuatro hijos, ¿por qué adoptar a un huérfano?

Sí, sentí desprecio.

Porque supe que Josh sería otra carga para Grayson y un nuevo miedo para Zane, que reacciona con violencia y brutalidad ante lo desconocido. Y, tal vez, alguien que le robaría el lugar a la pequeña Winter.

Pero entonces lo vi llorar. Corría por el pasillo con los ojos llenos de lágrimas, temblando como el crío inocente de cuatro años que era. Uno que creía haber llegado al paraíso y no sabía que su nuevo hogar estaba cubierto de espinas. Supe que mi madre había tenido

una crisis y le había hecho daño, y ya no pude seguir enfadado con él.

Así que, cuando ayer lo vi escondido detrás del mueble mientras mi padre estaba a punto de darme otro de sus castigos «ejemplarizantes», sentí más miedo por él que por mí. Porque yo puedo soportarlo, pero Josh es tan pequeño, tan vulnerable, tan inocente.

No me arrepiento de haber provocado a mi padre para que no lo viera. No sé cómo habría reaccionado si se hubiera dado cuenta de que Josh ahora le tiene miedo. Mi padre adora que lo idolatren, y cuando le quitas eso…

La espalda me arde al inspirar, pero siento un gran alivio.

Josh está a salvo. Solo rezo para que no diga nada.

Nuestra familia es frágil. Si Grayson supiera la verdad, se sentiría decepcionado y obligado a elegir entre obedecer a nuestro padre o protegerme. No, Grayson ya tiene suficiente con el deber de ser perfecto. Y Zane… Estoy seguro de que perdería los papeles si se enterase. Así que no quiero que tengan que tomar esa decisión.

Hablando de mi Grandullón, la puerta se abre de golpe y asoma la cabeza. Parece disgustado, nervioso.

—¿Estás bien? —gruñe.

—Me caí en clase de gimnasia al trepar por la cuerda. Me duele todo.

—Qué torpe eres. Podría darte unas clases de *hockey*. Te ayudaría con la coordinación y a ganar fuerza.

—Paso de apestar a sudor y tener la cara hecha un cristo, tío.

Zane se encoge de hombros. Luego se sienta en el borde de la cama.

—¿Quieres que le diga a la señora Pitt que te dé algo para el dolor?

Me tomé un analgésico por la mañana y otro hace cuatro horas. Aún no me toca, aunque mataría por un ibuprofeno.

—Nah. —Lo miro con interés—. Venga, suéltalo. ¿Qué te preocupa?

Zane clava la vista en sus manos. Ya es casi tan alto como Grayson. Siempre con el ceño fruncido y esa chispa peligrosa en los

ojos. Pero todos sabemos que Zane nunca salió del todo de aquella bañera.

—¿Conoces a June Winslow? —pregunta, con las orejas rojas.

Sonrío de medio lado. Vaya, qué sorpresa. Zane siempre parece a punto de morder a las chicas. Ya iba siendo hora de que me hablara de alguna.

—La rubia de tu clase de ciencias.

—Sí, esa. —Se frota la nuca y carraspea—. Se sienta detrás de mí. Hoy se estaba intercambiando notitas con su amiga y se reían mientras se daban codazos y me señalaban. —Entierra la cara entre las manos y resopla—. Pensé que se estaban burlando de mí, así que le di una patada al pupitre de June y le grité que era una idiota. Su amiga Lena me esperó fuera de clase y me dijo que estaban hablando de mí porque a June… le gusto.

Me encantaría sentarme a su lado y frotarle la espalda, pero el dolor me lo impide. A Grayson le importan una mierda las chicas, aunque ellas siempre buscan llamar su atención. Zane, en cambio, es un bruto emocional que no sabe cómo pedir un abrazo y muerde si se siente atacado.

—Y ahora te sientes mal —comprendo.

Mi hermano aparta las manos y se gira hacia mí.

—Quiero disculparme, pero no sé cómo. Me da vergüenza y no quiero asustarla —dice, agobiado—. Se fue llorando de clase.

—Intenta hablar con ella. Podrías pedirle a Lena que esté delante para que June se sienta más cómoda.

—¡No se me dan bien las palabras! —estalla, poniéndose de pie de un salto.

Empieza a caminar en círculos por la habitación, respirando agitadamente, como si el pecho fuera a estallarle.

—Podrías escribirle una carta. Así tienes tiempo de pensar lo que quieres decirle y no metes la pata.

Zane se detiene. Me mira con sus enormes ojos castaños, vulnerables.

—¿Una carta?

—A veces es más fácil escribir lo que no sabes decir en voz alta. Si quieres, te ayudo.

—¡No! —exclama, mostrándome los dientes—. Es mi carta y mi disculpa, así que deben ser mis palabras. Está feo pedirle a otro que la escriba por mí.

—Supongo que tienes razón.

Zane sale disparado hacia la puerta. Antes de abrirla, se gira y me sonríe.

—Gracias —susurra—. Cuídate la espalda. Y, si el idiota del profesor de gimnasia vuelve a obligarte a trepar por la cuerda, me avisas y mi puño le hará una visita a su cara.

Me da la risa, pero aprieto los dientes al sentir una punzada en la espalda.

—No hay de qué. Para eso estoy, Grandullón.

—No me llames así. ¡Lo odio!

Sale hecho una furia. Sonrío, a pesar del dolor. Al menos, ya no está nervioso.

Me gusta sentir que puedo proteger a ese gigante enfadado y asustado del mundo. Aunque nadie me proteja a mí.

El señor del bigote

Winter

¡Estoy muy enfadada!

Tener la gripe es un rollo. Además, las princesas no se ponen enfermas. Ellas montan en dragones que lanzan purpurina rosa, bailan con príncipes y desayunan tarta de chocolate. Así que no me da la gana quedarme un segundo más en la cama.

Lo peor de todo es que la dictadora de mamá —escuché esa palabra ayer en la tele— no me deja estar con Josh porque dice que puedo contagiarlo. Por eso Zane se lo ha llevado al cine a ver la película de los coches que hablan. Me he puesto a llorar porque yo quería ir, y no he parado hasta que Josh me ha prometido que me traerían palomitas.

Mamá también me ha prohibido molestar a River, que está en su habitación porque se hizo daño en clase de gimnasia. Él dice que casi no le duele, pero a mí no me engaña: ¡se hace el valiente para gustar a las chicas! Aunque yo creo que mis hermanos son unos pedorros con los pies apestosos y que ninguna princesa se enamorará de ellos. Josh es mío, así que él no cuenta.

Ojalá papá estuviera en casa. Él me deja comer fresas con Nutella y saltar en la cama. Pero ha llevado a Grayson a un torneo de ajedrez.

¡Me aburro!

Tengo los pies fríos y el cuerpo empapado en sudor. Le doy una patada al edredón, me pongo las zapatillas y voy a pedirle a mamá un vaso de leche con cacao y galletas. Pero no está en la cocina, así que me dirijo al salón. Al llegar a la puerta, veo al hombre del bigote de pie frente a ella.

¿Qué hace este señor aquí?

Qué raro. Nunca viene de visita.

Marcus trabaja con papá. A veces lo acompaño a la oficina y me deja rodar en su silla mágica del escritorio. Entonces Marcus aparece, me da una piruleta y me guiña un ojo, como si fuéramos

cómplices. Así descubrí que me encantan las piruletas de sandía.

—Quiero la verdad —dice él en voz baja, con los dientes apretados.

Agarra a mamá de los brazos. Tiene la cara muy cerca. Ella lo mira con ojos enfadados.

—Suéltame.

El señor del bigote no se mueve.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Márchate de mi casa.

Marcus la suelta como si quemara. Su cara está muy roja, como cuando yo corro por el pasillo y Zane intenta atraparme.

—Eres la persona más infeliz que conozco —dice él—. Y lo más triste es que también haces profundamente infeliz a Alexander.

Mamá se ríe, pero no parece contenta…, no como cuando se ríe con los chistes malos de papá.

—Alexander me ama.

Marcus inclina la cabeza. Sus ojos brillan raro.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué hay de Josh?

¿Josh? ¿Qué pasa con Josh?

La mano de mamá se estrella contra su mejilla. Abro mucho los ojos. ¡Hala! ¡Mamá le ha pegado al señor del bigote!

—No sabes una mierda de mi matrimonio —escupe mamá—. Estás resentido porque acabas de divorciarte. Siempre has envidiado a Alexander. No soportas que las cosas le vayan mejor que a ti. ¡Ni que sea feliz conmigo!

Marcus se aleja de ella. Le da la espalda.

—¿En serio, Cat?

Mamá se pone pálida.

—No me llames así —susurra.

Marcus niega con la cabeza mientras se acaricia la mejilla, despacio.

—No le tengo envidia. Solo me da lástima. Vosotros dos destrozáis todo lo que tocáis. —Se gira hacia ella y le sonríe, pero es una sonrisa cansada—. ¿Y sabes qué? Tienes razón: sois tal para cual.

Mamá retrocede un paso, con una mano en el pecho, como las

personas a las que disparan en las películas. Parece herida de verdad. Quiero abrazarla muy fuerte, pero Marcus viene caminando hacia la puerta.

Uy. ¡Que me pilla!

Me asusto y echo a correr por el pasillo, pero mi pie resbala con la alfombra y caigo de rodillas. Por poco no me doy en la cabeza.

—Auch.

Me muerdo el labio y empiezo a ponerme de pie, pero Marcus ya viene caminando. Se detiene al verme. Se agacha enseguida y me levanta en brazos como si yo pesara lo mismo que una nube, igual que hace papá. Me sacude las rodillas con delicadeza.

—Está feo escuchar las conversaciones de los mayores, Winter.

Aprieto los labios. No digo nada. No me gusta que los adultos me riñan. ¿Por qué hace tanto calor?

Marcus me observa en silencio. Frunzo el ceño, ¿por qué me mira así?

Primero la frente, luego los ojos, después la boca. No sé qué le pasa al señor del bigote. Tal vez él también está enfermo. Pero no parece encontrarse mal. Tampoco enfadado ni contento. Solo muy callado y triste, como si estuviera recordando algo, o a alguien.

Me aparto de él, un poco irritada. Pero apenas me he movido cuando siento su mano en la mejilla. Luego me mira a los ojos y me toca la frente.

—Estás ardiendo, pequeña. —Me aparta el pelo sudado de la frente con suavidad—. ¿Te encuentras bien?

Niego con la cabeza. Ahora ya no. Creo que no ha sido buena idea salir de la cama.

—Te pareces mucho a tu mamá.

Sonrío. Eso me pone contenta. Marcus posa los labios en mi frente y me estrecha entre sus brazos. No lo hace con fuerza, pero tampoco parece que quiera soltarme. El bigote me hace cosquillas y suelto una risita.

Estoy a punto de preguntarle si tiene una piruleta justo cuando se aparta al escuchar unos pasos por el pasillo.

Mamá se queda quieta, como si hubiera visto un fantasma. Marcus suspira pesadamente y se pone de pie. Le sostiene la mirada

a mamá mientras me aparta los rizos húmedos del cuello. Los ojos de mamá se clavan en su mano. No en él, en su mano.

—No se encuentra bien —dice Marcus, retirándola.

Mamá camina deprisa hacia mí, me envuelve entre sus brazos y me da un beso en la frente.

—No vuelvas a acercarte a ella —le espeta con voz temblorosa—. Y vete de mi casa.

Marcus se aleja hacia la puerta, pero, antes de abrirla, se gira y me dice adiós con la mano. Levanto la mía, pero luego la dejo caer. Apoyo la cabeza en el hombro de mamá, cierro los ojos y no me despido de ese señor tan raro. No lo hago porque creo que eso pondría triste a mamá.

Deja que la pinte

Grayson

—Por favor, Grayson, estate quieto.

Quiero obedecerla. Siempre soy responsable y nunca doy problemas. Pero me estremezco al sentir el paño húmedo y sacudo la cabeza cuando una gota me resbala por la sien.

—No… Frío —gruño, tiritando bajo las mantas.

—Lo sé, mi vida —responde con voz cansada—. Pero intento bajarte la fiebre.

Me arranco el paño. Cae al suelo junto a una palabrota que no es mía. Mi madre suspira y se agacha para recogerlo. De repente, un destello cobrizo ilumina la habitación. Una calidez agradable me llena el pecho. Reconozco esa paz…, esa sensación de calma, de que no me puede pasar nada malo porque, a su lado, soy invencible.

Es ella.

Ella.

Extiendo los brazos para alcanzarla, sonriendo. Pero una voz masculina interrumpe el momento. El tipo de las palabrotas suelta otra, más baja. Luego unas manos suaves se apoyan sobre mi pecho, impidiéndome incorporarme.

—¡Tú ni te acerques!

—Solo intento ayudar.

—Ya has hecho suficiente, Alexander.

Abro los ojos. Mi madre me acaricia la mejilla con dedos temblorosos. A su lado, la figura de mi padre ya no me parece tan imponente. Las canas suavizan su gesto adusto y una chispa de arrepentimiento brilla en sus ojos. Hasta que abro la boca y murmuro:

—El ángel, es mi ángel…

Mi padre se frota la cara y murmura algo entre dientes. Mi madre vuelve a colocar el paño en mi frente y le lanza una mirada fulminante.

—Deja que la pinte, mamá —le suplico, señalando el lapicero de

mi escritorio—. Si la dibujo, estaré más cerca de ella.

—¿Dibujar a quién, Grayson? —pregunta con suavidad.

—Al ángel.

Mi padre chasquea la lengua, molesto.

—Aquí no hay ningún ángel, cariño —interviene mi madre—. Solo tienes la gripe, igual que Winter. Por eso estás delirando.

—¡Quita! —La empujo—. Déjame encontrarla. ¡Tengo que encontrarla!

—Dame el termómetro, Alexander —le pide con urgencia.

Se inclina sobre mí y apoya parte de su peso para inmovilizarme. ¡No lo entienden! Necesito estar cerca del ángel. Nadie, ni siquiera ellos, podrá impedírmelo.

Le doy un manotazo cuando siento algo metálico y frío bajo la axila. Un escalofrío me recorre la columna. Abro los ojos de golpe, buscando al ángel por toda la habitación, pero solo veo el rostro apenado de mi madre y la expresión tensa de mi padre. Esa cosa comienza a pitar al cabo de unos segundos. Mi madre por fin la retira, revisa la pantalla y frunce el ceño.

—Treinta y nueve de fiebre. No le está bajando.

—¡Quiero papel y lápiz para dibujar al ángel! —grito, riendo entre temblores.

—Se ha vuelto majara —murmura mi padre.

—¿Cómo te atreves a hablar así de tu hijo? ¡Mira lo que le has hecho! —exclama mi madre, fuera de sí—. Pero no solo es culpa tuya; yo debería haber impedido que lo llevaras a ese absurdo torneo.

—Grayson me lo agradecerá en un futuro, si es que deja de decir tonterías y de soñar con angelitos. Lo estoy preparando para sucederme en la empresa.

—¿De verdad estás orgulloso? —La voz de mi madre tiembla de incredulidad—. ¿Sabes a quién me recuerdas?

—A ver si lo adivino —responde, irónico—. No es la primera vez que me comparas con él.

—¡Porque sabes que es verdad! ¡Te pareces a tu padre!

Él aprieta la mandíbula.

—Llamaré al médico —anuncia con frialdad.

La puerta se abre y luego se cierra. Mi madre se desploma en una silla y rompe a llorar. Pero yo apenas la oigo, estoy demasiado absorto en la joven de pelo castaño prendido por el fuego que hay sentada a los pies de mi cama. Mi ángel me mira y las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba. Comienzo a devolverle la sonrisa justo cuando mi madre me interrumpe.

—Grayson —solloza—, no hay nadie ahí.

Oh, se equivoca.

Qué lástima que no pueda verla. De lo contrario, estaría de acuerdo en que es preciosa. Algún día se la presentaré. Porque no me rendiré hasta encontrarla. Al fin y al cabo, mi padre me ha educado para ser un campeón.

Un burro

Zane

Me sudan las manos cuando las sigo. Quiero estar a solas con June, pero esas dos nunca se separan. ¿Será por eso que las chicas siempre van juntas al baño?

—¡Hola, June! —exclamo con energía.

Ella se tropieza con su amiga. Luego me mira con los ojos y la boca muy abiertos. Mierda. Ya la he vuelto a asustar. Lena se cruza de brazos y se interpone entre nosotros, como si yo fuera una amenaza.

—¿Qué quieres? —me espeta.

Miro la cara de esa chica molesta. No me gusta su voz ni cómo arruga la nariz, como si yo oliera mal. ¡Pero no huelo mal! Me ducho todas las mañanas antes de venir a clase. Aprieto la carta en el bolsillo. Me dan ganas de metérsela por la garganta para que deje de mirarme así.

June me observa sin pestañear y tira de la mano de su amiga para apartarla de mí. Noto su miedo, es parecido al de mis compañeros de *hockey* cuando los adelanto patinando.

«¡No! ¡Para! ¡Sé bueno con ellas!».

Saco la carta del bolsillo, ahora un poco arrugada. Lena entrecierra los ojos al ver el trozo de papel.

—¿Qué es eso? —pregunta con recelo.

—Una carta para June —respondo, sonriéndole a la chica rubia, que se encoge detrás de su amiga—. Puedes leerla cuando más…

El papel desaparece de mi mano. Lena lo sostiene ahora, con una ceja enarcada.

—Muy bien, ya la ha recibido —dice con suficiencia—. ¿Nos dejas en paz?

Aprieto los dientes. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no lanzarme sobre ella. Qué incordio de niña. No entiendo por qué June es amiga de alguien tan odiosa.

—La carta es para June —le recuerdo.

Lena resopla y, con desgana, le entrega la carta a June, que baja la vista hacia la hoja de cuadritos. El corazón me da saltitos en el pecho al ver cómo sus mejillas se tiñen de un precioso tono rojo. ¡Porque le gusto! Eso me contó su amiga el otro día.

No estoy acostumbrado a que las chicas se fijen en mí. Grayson es muy popular, aunque pasa de ellas. Incluso River se dio un pico con Savannah de Luca, esa animadora un año mayor que él.

—Ya la tiene —dice Lena, haciéndome un aspaviento con la mano —. Déjanos, Zane. Queremos hablar de nuestras cosas.

June y yo intercambiamos una mirada fugaz. Creo que le gustaría quedarse conmigo. Esboza una sonrisa tímida justo antes de que me dé la vuelta. Aun así, prefiero no estar delante mientras lee la carta. Me da vergüenza. Tardé dos horas en escribirla.

Me alejo por el pasillo con la mochila colgada de un hombro.

Durante el resto del día no doy pie con bola. Ni siquiera en la clase de Historia del señor Monroe, que es la única que me gusta porque va de guerras y batallas. Siento un nudo raro en el estómago, como si me hubiera tragado un balón de *rugby*.

No paro de pensar en la carta.

¿Le habrá gustado a June?

¿La habrá roto?

Me gusta pensar que ha sonreído al leerla, porque dije cosas bonitas sobre ella. Cosas que pienso de verdad. Tal vez me espere a la salida para darme su respuesta por escrito. O quiera darme la mano y un beso en la mejilla. O mejor: uno de verdad, como el de River con Savannah de Luca.

Pero entonces llega Química, la última clase del día —y la peor—. No entiendo una mierda mientras la profesora habla de enlaces y electrones; solo veo letras mezclándose con otras letras sin sentido alguno.

Solo puedo pensar en June.

Cuando por fin suena el timbre, salgo de clase como un resorte. Camino por el pasillo escaneando rostros, buscando la cabeza de rizos rubios y la mochila lila de June. Y entonces la veo: rodeada de un corrillo de chicos y chicas.

¡Hay demasiada gente!

Algo me da mala espina. Me detengo en seco.

Un escalofrío me recorre la espalda mientras los observo. Reconozco a Tyler, Chase, Brady y Hunter, del equipo de fútbol americano. Son varios años mayores que yo, y no me caen bien. Son crueles, arrogantes y populares. River dice que se creen dioses porque todo el mundo les ríe las gracias, pero que si alguien necesita humillar a los demás para sentirse fuerte, entonces no es fuerte, solo está muy asustado.

Lena y June están en el centro del grupo. La amiga de June agita un papel en alto. Una hoja de cuadritos: mi carta.

Me acerco sin pensarlo, despacio, justo cuando June se la arrebata de las manos y le dice algo al oído. Lena pone los ojos en blanco y suelta una carcajada.

—¡Pues léela tú! ¡Es buenísima! —grita entre risas.

June se muerde el labio. De pronto, me pica todo el cuerpo. Quiero abrirme paso, llegar hasta ella y recuperar las palabras que tardé dos horas en escribir, pero hay demasiada gente delante.

—¡Vamos, June! —la alienta Brady, el capitán—. ¡No nos dejes con la curiosidad!

June vacila. Lena le da un codazo. Doy tres pasos, pero un par de alumnos se interponen en mi camino y la mochila me resbala del hombro.

Ahora no puedo ver la cara de June, pero la oigo carraspear.

—«Hola, June, ¿me perdonas?» —empieza a leer en voz alta, y siento cómo algo se me agrieta por dentro—. «No quería asustarte. Me puse nervioso porque pensé que os estabais riendo de mí».

Casi me caigo de culo.

¡No! ¡NO! ¿Qué está haciendo? ¿Por qué lo hace?

—«No soy bueno con las palabras y me suelo enfadar bastante, así que la fastidié» —continúa, con voz temblorosa—. «No debería haberte gritado. Ni tampoco haberle dado una patada a tu pupitre…».

—¡Más alto! —exige Tyler.

—No… No quiero seguir leyendo —murmura June—. Esto no está bien.

—¡Trae, anda! —gruñe Lena—. ¡Ya la leo yo!

—¡No, Lena! —protesta June.

—¿Por dónde ibas? —Se nota que está disfrutando cuando se aclara la voz—. Ah, sí, ¡por aquí! «Sé que ahora me tienes miedo, pero no deberías temerme. Yo nunca pego a las chicas; eso pondría muy triste a mi madre».

—¡Oh, el bruto del *hockey* es un niño de mamá! —se burla Brady.

Las carcajadas estallan a mi alrededor. Se… Se están riendo de mí. La mochila aterriza a mis pies. La cabeza me da vueltas.

—¡Ay, qué cursi! —añade una chica que no conozco.

—¡Esperad, queda lo mejor! —grita Lena, volviendo a aclararse la voz con entusiasmo—. «Además, eres simpática y lista. Me gusta cómo siempre levantas la mano primero en clase y sales a la pizarra. Tienes una caligrafía bonita. Y cómo te ríes con la boca abierta, sin taparte. Ah, también me gustó cómo leíste el otro día *Rebelión en la granja*. Tienes una voz preciosa, aunque bueno, eso ya lo he dicho…».

Todos estallan en carcajadas. Es un sonido repugnante, que me retuerce el estómago y hace que sienta mucho calor por dentro. Como si me hubiera tragado gasolina y una cerilla encendida.

—¡Oh, qué mono! —se ríe Brady—. ¡Se ha enamorado de June!

—¡Cállate, Brady! —le grita ella.

—¿Por qué? ¿No te gusta ese bruto? ¡El muy burro cree que tiene una oportunidad contigo!

—¡No he terminado! —anuncia Lena, elevando el tono como si estuviera en una obra de teatro—. «También me gustan tus tirabuzones rubios. A veces te miro y pienso que eres como esas cosas que dan miedo y ganas al mismo tiempo. Supongo que por eso te grité, en vez de preguntarte si te estabas riendo de mí. Pero no volveré a gritarte ni a ser cruel contigo, ¿vale?».

—Pero ¿qué mierda es esta? ¡Cursi y loco, vaya combo! —Brady se ríe más fuerte—. ¿Quién lo ayudó a escribirla? ¿Su abuela?

Pero yo ya no lo escucho. Solo tengo ojos para los dos chicos de pelo negro que caminan por el pasillo, hablando entre ellos. Los tres vamos al mismo centro, aunque estamos en cursos distintos. De pronto, River señala hacia la multitud y le toca el brazo a Grayson. Ambos levantan la cabeza a la vez y me miran preocupados.

La vergüenza me aplasta el corazón mientras Lena sigue leyendo.

—«También quería saber si te gustaría merendar un batido un día. Mi batido favorito es el de vainilla de Arby´s, aunque el de mantequilla de cacahuete de Black Tap también está muy rico». —Lena lee con voz melosa, como si estuviera imitando la mía—. «Si quieres, podemos compartir un batido. Podemos no hablar si quieres. O sí».

—Oh, qué mono —aplaude Brady, descojonado—. ¡El burro quiere compartir un batido! ¡Se ha enamorado de la empollona! Sigue leyendo, Lena. ¿Qué más dice?

—Ay. —Ella se queda pálida al verme—. Está justo ahí.

—¿Quién? —Brady se da la vuelta. Sus ojos se agrandan al verme —. ¡Vaaaya! ¡Pero si es el bruto!

Se hace el silencio.

Grayson y River se plantan a mi lado. Uno de ellos me pone una mano en el hombro. El calor de ese gesto me sujeta al suelo. Ya no estoy solo.

La sonrisa de Brady se ensancha en una mueca cruel, petulante. Grayson lo mira en silencio. No parpadea.

—¡Pero si es el bobo enamorado!

Brady se ríe como un cerdo atragantado. River da un paso hacia él, pero Grayson, sin apartar la vista de Brady, levanta el brazo para que se detenga. No hace falta que diga nada. River obedece.

—¡Los tres mosqueteros al rescate! —grita Brady, señalándonos con sorna—. El silencioso, el violento y el listillo. ¿Quién es quién?

Lena se tapa la boca para no reírse. June me mira un segundo y baja la cabeza.

—Venga, Lena —insiste Brady—. Acaba la carta. Me estoy emocionando de verdad.

—Sí, Lena —interviene Grayson por primera vez, con una calma gélida—. Termínala. A ver qué pasa después.

El tono es suave, pero nadie se engaña. Es una advertencia.

La seguridad desaparece del rostro de Lena. Observa indecisa a Brady, que ahora tiene los ojos brillantes de rabia, y luego a Grayson. Al final, traga saliva y dobla la hoja. Entonces June se la arrebata de un tirón, con los ojos llenos de lágrimas. Luego sale

corriendo por el pasillo, con la carta apretada contra el pecho, empujando a varias personas para abrirse paso. Y no solo se lleva la carta, sino también todo lo que quedaba de mi autoestima.

—Gracias por arruinarnos la diversión, Grayson —bufa Brady—. En fin, después de lo que ya sabemos, siempre podemos escribir una redacción para la clase de escritura creativa sobre lo patético que es Zane.

Chase, Tyler y Hunter se atragantan de risa. El resto de los cotillas guardan silencio. Aquí todos respetan demasiado a mi hermano mayor para reírle las gracias a esos capullos, por muy populares que sean.

En un pestañeo, Grayson agarra a Brady del cuello de la sudadera. El color abandona su rostro. Mi hermano le habla muy cerca de la cara.

—Escúchame bien, imbécil. Ve despidiéndote de tu beca de fútbol y de tu plaza en Stanford. Cuando empiece a mover los hilos, tu nombre va a desaparecer de cualquier lista que importe.

Brady intenta decir algo, pero Grayson se inclina un poco más.

—Y, si te preguntas cómo voy a hacerlo, empieza por preguntarte cómo va a mantener tu patética familia ese concesionario cuando dentro de unos años sea mío. Tal vez lo compre como regalo de cumpleaños solo para darme el gusto de veros arruinados.

Lo suelta con desprecio, como si le diera asco tocarlo. Brady se lleva una mano al cuello, entre aturdido y furioso.

—Yo no necesito a mi padre para defenderme —masculla con esfuerzo.

Pero apenas ha terminado de hablar cuando River —que no le llega ni a la barbilla—, se abalanza sobre él y le suelta un puñetazo en el pecho.

—¡No te metas con mis hermanos! —grita, hecho una furia.

El golpe no es fuerte, pero sí inesperado. River es delgado y cinco años menor, pero estrella el puño contra su pecho con tanta rabia que hace tambalear a Brady. Una mezcla de asombro y vergüenza le tiñe la cara. Grayson va a por él, pero los compañeros de Brady se le echan encima. Mi hermano, que practica boxeo desde hace un par de años, intenta quitárselos de encima mientras grita el nombre de

River.

Y yo… estoy paralizado por algo venenoso que se me enrosca en el pecho.

No quería esto cuando le escribí la carta a June. Solo deseaba que dejara de mirarme con miedo y, tal vez, compartir un batido con dos pajitas y darle la mano bajo la mesa.

Pero soy un bobo, un bruto, un burro.

Brady se endereza con un gruñido y lanza a River al suelo como si fuera una bolsa de basura. Mi hermano pequeño lo mira furioso y empieza a levantarse justo cuando Brady le suelta una patada brutal en el costado.

Algunas chicas gritan. Otras se apartan, horrorizadas.

Grayson, fuera de sí, se lanza contra los amigos de Brady como una bestia desatada.

—Eres un mierdecilla —escupe Brady, hundiendo el pie en el abdomen de River.

Es como si alguien apretara un interruptor en mi interior. No siento vergüenza, tristeza ni miedo. Solo una rabia densa y explosiva al ver a mi hermano pequeño agazapado debajo de ese idiota.

Me abalanzo sobre él como si estuviéramos en la pista de *hockey*. Lo estrello contra las taquillas. Abro una de las puertas metálicas y empiezo a golpear su cabeza contra ella.

¡CLANG! ¡CLANG! ¡CLANG!

La sangre salpica su rostro confuso, aterrado. El ruido retumba por el pasillo mientras Brady levanta los brazos, intentando protegerse. Pero yo no dejo de abrir y cerrar la puerta. Uno de sus dientes sale volando.

—¡Ríete ahora! —le grito—. ¡Vamos, Brady! ¡Di que soy un burro otra vez! ¡Dilo!

Lo tiro al suelo. Alguien me agarra por detrás. Un brazo se me enrosca al cuello. No sé si es Tyler, Chase o cualquier otro imbécil. Hundo el codo en su pecho sin mirar. Me siento sobre Brady. Mis puños se estrellan en su cara.

Pam. Pam. Pam.

Recuerdo cómo ha pateado a River, y eso me enciende aún más.

—¡Mala idea tocar a mi hermano!

Pam. Pam. Pam.

Su cara ya no parece una cara. Es un amasijo de carne, sangre y hueso. Un cuadro grotesco pintado con mis nudillos. La gente grita, se aparta, alguien llora. Pero yo solo veo rojo. Solo siento el crujido húmedo de su nariz y el calor de mi vergüenza convirtiéndose en algo oscuro, brutal.

—¡ZANE, PARA! ¡Lo vas a matar!

Oh, sí. Quiero matarlo.

¿No decían que soy un bruto? Pues así es como se comportan los brutos.

Y, mientras lo golpeo sin piedad, me siento muy bien. Porque ya nadie se ríe de mí. Nadie.

Que la vergüenza cambie de bando

Grayson

—Entonces…, ¿me perdonas?

Lena me mira con esa mezcla irritante de culpa y esperanza que lleva pegada a la cara desde hace tres semanas. Como si yo fuera tan estúpido como para creerla o regalarle un perdón después de que humillara públicamente a Zane.

Quizá es más tonta de lo que pensaba. Solo es un año menor que yo. ¿Aquí la gente no madura nunca?

Me cuesta sonreírle, pero intento que parezca una sonrisa auténtica, espontánea. Ni siquiera soporto que respire el mismo aire que yo. Por su jodida culpa, mi hermano camina con la cabeza gacha desde hace tres semanas. Ahora es más impulsivo y peligroso que antes.

—Ya me has pedido perdón varias veces —digo con calma.

—Con Zane lo intenté…, pero me gritó cuando me acerqué —responde en voz baja, mirándose los pies.

¿Qué demonios esperaba? Ayer Zane estalló con un alumno nuevo que le preguntó dónde estaba Secretaría. Mi hermano nunca va a admitir que tiene miedo de los cretinos de este instituto, por eso les salta a la yugular antes de darles el beneficio de la duda. Lo intentó con June, y ella se lo pagó de la peor forma.

—Le trasladaré tus disculpas —digo, y ella asiente, aliviada—. ¿Quieres sentarte conmigo?

Lena mira con asombro a su alrededor, como si no supiera si estoy hablando con ella.

Se desploma en el banco, demasiado cerca. Estamos en el comedor, y siempre almuerzo solo porque me repugna oír a la gente masticar. Zane y River lo saben, por eso me dejan a mi bola. Pero ahora la pierna de Lena toca la mía. Está temblando como un pajarillo asustado. Y, encima, come con la boca abierta, como un conejito feliz con su zanahoria.

Joder, qué asco.

Zane nunca aprobaría algo así. Él solo quiere pasar página, que lo dejen en paz. Pero yo no olvido ni perdono. No a quien lo ridiculiza y convierte su dolor en un maldito espectáculo. Y, si quiero que lo respeten —a él, a mis hermanos—, todos en este instituto deben aprender qué pasa cuando se meten con uno de los nuestros. Así, nadie volverá a pasarse de la raya.

Lena parlotea sin parar. Habla de sus notas, se queja de que su madre no la deja recogerse tarde, de que no sabe cómo reparar lo que hizo. «No puedes», pienso mientras la escucho. La observo con interés y no dejo que mi expresión varíe ni un milímetro.

Recuerdo la bronca que me echó mi padre después de que a mis hermanos y a mí nos expulsaran una semana por la pelea. Aún me retumba en los oídos el golpe de su puño contra la mesa del despacho y siento su mirada decepcionada sobre mis ojos.

«No me molesta que les dieras su merecido, Grayson. Me avergüenza que te pillaran. Aprende a hacer las cosas como un hombre».

Bien. Lo he entendido.

—Hoy estás muy guapa —la interrumpo.

Su cara se ilumina como un puto árbol de Navidad. Da un pequeño saltito en el banco. Es tan patética, tan ingenua.

—Gracias —murmura con las mejillas rojas, sin saber dónde mirar.

—Sé que te gusto —añado, sonriéndole—. Pero creo que tú no sabes que me gustas.

Eso la deja más descolocada que el cumplido. Abre y cierra la boca como un pez fuera del agua.

—¿Te gustaría que pasáramos un rato juntos a solas? —Me inclino, bajo la voz y le rozo el cuello con los labios, tragándome el asco que me sube por la garganta—. En el aula de ciencias, después de clase.

Se le escapa una risita nerviosa y asiente entusiasmada. Tal como esperaba.

Perfecto.

***

El aula está vacía cuando entramos. Las cortinas están echadas y la persiana divisoria entre las dos salas, bajada.

Lena está tan nerviosa que me veo obligado a colocar una mano en su espalda para que avance.

Pienso en mi ángel. No la conozco. No sé por qué sueño con ella. Pero estoy seguro de que, si supiera lo que estoy a punto de hacer, dejaría de mirarme con esos ojos cálidos.

Conduzco a Lena hasta el centro de la sala. Ella me mira con los ojos muy abiertos, casi brillantes.

—¿Por qué te gusto? —le pregunto con voz suave, inocente. Falsa, claro.

Se pone tan colorada como el extintor de la pared. Inclina la cabeza, indecisa. Se retuerce los dedos.

—¿En serio necesitas saberlo? —balbucea—. Es que me da vergüenza.

—No me fío de ti. Y no puedes culparme después de lo que le hiciste a Zane. —Empiezo a darme la vuelta muy despacio, como si me estuviera marchando—. Pero, si no eres capaz de ser honesta conmigo, será mejor que me vaya.

—¡No, espera, Grayson! —Me agarra del brazo, presa del pánico —. Eres listo, pero no como esos empollones de Robótica. También pareces muy seguro de ti mismo. No sé, como si fueras mayor. Y eres muy guapo. —Se tapa la cara y suelta una risita—. Te expulsaron por defender a tus hermanos, y eso es valiente.

—Pero eres un año más pequeña que yo. No sé si eso está bien.

—¡Un año no es nada! —exclama, encendida—. Soy muy madura para mi edad.

Madura. Claro.

—¿Te han besado alguna vez?

—No —responde en voz baja.

Le aparto el pelo de la cara con delicadeza.

—¿Quieres que sea yo?

—Sí —susurra—. ¡Sí, por favor!

Me inclino y tomo su rostro entre las manos, como si este momento tuviera algún valor. Luego le hablo al oído:

—Cierra los ojos. Para que sea especial.

Lena contiene el aliento y los cierra, despacio. Por un instante, me recreo en su rostro. Se ha sonrojado y ha puesto morritos.

Levanto la mano. River me ve. La persiana se desliza hacia arriba con suavidad. Al otro lado, una decena de alumnos contienen la respiración y miran a Lena sin dar crédito. En fin, aquí siempre encuentras algún idiota que disfrute del dolor ajeno.

Lena se mueve, como si me buscara. Ellos la observan ahí quieta, con los labios fruncidos y los ojos cerrados, esperando un beso que nunca llegará.

Se oye la primera carcajada. Y otra.

Lena abre los ojos, desorientada.

Se queda paralizada, igual que Zane cuando ella leyó su carta con aquella voz tan desagradable. Pero ahora no se muestra fanfarrona. Suelta una especie de jadeo ahogado y se lleva una mano al pecho.

Más risas.

Los ojos se le llenan de lágrimas.

Me mira sin entender nada. Aún tiene los labios estirados hacia delante, como si el beso todavía fuera a suceder.

—¿No querías ser el centro de atención aquel día? ¿Que todos te miraran? —le recuerdo con frialdad—. Disfrútalo, Lena. Porque esto es lo más cerca que vas a estar nunca de alguien como yo.

Ella da un paso atrás y suelta un sollozo. Las lágrimas le caen sin control. Todos se ríen. Me acerco y le susurro al oído:

—Ahora ya sabes cómo se siente que te expongan delante de todos. Yo no perdono a quien se ríe de mi hermano.

La dejo ahí plantada y salgo del aula. River me espera fuera. Ninguno dice nada mientras nos alejamos por el pasillo.

La venganza se sirve en plato frío. Esta mañana me ocupé de Brady. No hizo falta gran cosa: un simple bote de esteroides en su mochila. El entrenador se volvió loco porque era su jugador estrella. Lo ha suspendido del equipo y lo han denunciado por dopaje.

¿Mi padre se sentirá orgulloso de mí? Nunca lo sabré. Pero esto es lo que pasa cuando un monstruo desalmado te cría para que seas un campeón sin escrúpulos. Aunque no lo he hecho por él, sino por Zane y por mis hermanos, para que todos los respeten y sean intocables.

Una semana después, Lena se ha ido del instituto. No soportaba que todos la llamaran «boca de pato». Nadie sabe si volverá.

Ahora, los pasillos están en silencio cuando Zane camina. Ya no se ríen de él. Nadie se atreve.

Yo he aprendido la lección: la fuerza bruta impresiona, pero nada es más poderoso que el miedo.

No necesito la aprobación de mi padre. Solo necesito a mis hermanos. Y que nadie —nadie— se atreva a hacerlos sufrir.

Que el mundo arda si papá sonríe

Grayson

—¿Y no has visto ni un solo capítulo? ¡Pero si es buenísima! Es como *Gossip Girl,* pero con espadas. Y Francis es taaan guapo.

Sophie camina a mi lado, arrastrando el carrito de golf. No respondo. Ni siquiera me molesto en fingir que la escucho. Uso la mano a modo de visera para protegerme del sol. He olvidado la gorra en casa. No es propio de mí, pero estoy agotado.

Me he despertado a las cuatro de la mañana con el corazón en la garganta y la imagen de ella tatuada en la retina: mi ángel.

¿Por qué sueño con ella? No recuerdo haberla visto nunca. Pero algo me dice que es real.

Cada noche me atormenta, pidiéndome que la busque. Sus ojos oscuros se cuelan en mis pensamientos. Casi puedo sentir su melena cobriza entre los dedos.

Estoy obsesionado. Y es una auténtica mierda.

Anoche salí de la cama, me senté al escritorio y comencé a dibujarla. Mi madre entró en mi habitación sin hacer ruido, porque ahora compartimos el insomnio. Me quitó el lápiz de los dedos y me ordenó que volviera a dormir, como si fuera tan fácil. Luego abrió el segundo cajón del escritorio —donde guardo los dibujos— y se quedó mirándolos. No con sorpresa, sino con resignación. Porque le encanta rebuscar entre mis cosas. Creo que lo hace con la esperanza de encontrar condones, así le parecería un adolescente normal.

Antes de marcharse, me dijo que esa joven no es real, que me centrara en alguna chica de mi edad. Pero no se atrevió a decir lo que de verdad pensaba: que ya no teme solo por mi TOC, ahora cree que voy por el mismo camino que ella.

¡Hay que joderse!

No, mamá. No tengo esquizofrenia. Ni he intentado ahogar a nadie en la bañera. Cuando hiero a alguien, lo hago con plena conciencia, sin una enfermedad de por medio.

Mira, como hice con Lena. Se lo merecía por humillar a Zane. Y

hablando de mi hermano… Se cabreó con River y conmigo al enterarse de lo que hicimos. Pero ni le pedí disculpas ni me arrepiento por haberlo protegido. Por eso sé que no tengo una enfermedad mental.

Qué alivio sería, ¿no? Tener algo o a alguien a quien culpar.

—¡Y entonces Francis le dice a Mary que la ama, pero sabe que estar con ella va a matarlo, así que se aleja por su bien! —suspira con dramatismo—. Es tan triste y tan bonito a la vez. ¿Te imaginas querer tanto a alguien que prefieres perderlo antes de hacerle daño?

No. Claro que no.

¿En serio no solo estoy obligado a ser el *caddy* de mi padre, sino que también tengo que soportar las chorradas de Sophie?

Ella me mira expectante. A veces me pregunto si sabe que no me cae bien.

Al final suspira con frustración y acelera el paso para alcanzar a su padre. ¡Por fin, un respiro!

En este campo de golf abundan los ricos aburridos —como mi padre y Marcus—, que se reúnen todos los sábados. Soy el ayudante de mi padre desde hace un año. Como si no tuviera bastante con soportar sus órdenes en casa y en los torneos. Sophie también hace de *caddy*, porque a su hermano Darian, ese que parece mudo, no le gusta el golf. Supongo que, para los cuarentones como Marcus, eso significa igualdad de género.

Sophie está entregándole un palo a su padre justo cuando el mío me hace una seña para que me acerque. A ver qué quiere ahora.

Aún no me ha perdonado que lo insultara mientras tenía gripe. Yo no me acuerdo de nada, pero a él le encanta recordármelo cada dos por tres. Suele mortificarme con que fui un insolente y un maleducado. Yo me quedo perplejo, no porque me sienta culpable, sino porque no me lo imagino. ¡Pagaría por recordar ese gran momento!

—Sé más amable con la hija de Marcus —dice en voz baja, tenso.

Lo miro sin entender.

—¿Por qué?

Su expresión se endurece con una pizca de irritación. Le encanta gritarme que no pillo las indirectas, que debe dármelo todo mascado

como si fuera un bebé.

—Porque Marcus tiene el diez por ciento de las acciones de nuestra empresa.

Ah. Ahí está.

Claro que no se trata de mí. No le preocupa que no tenga amigos ni que no me relacione con chicas. Tampoco es porque considero que el golf es un deporte aburrido de cojones. Es por su maldito imperio, lo segundo más importante para él después de su mujer.

Asiento. Me trago la rabia, el asco, las ganas de plantarle cara.

—Entendido.

Me doy la vuelta y camino hacia Sophie. Mi padre le dice a Marcus que es muy difícil criar hombres de verdad. Qué ironía. Como si él fuera un buen ejemplo.

—No he visto la serie —le digo a Sophie—. Pero puedes contarme de qué va.

Ella parpadea, sorprendida. Luego empieza a hablar hasta que me da dolor de cabeza. Pero fuerzo una sonrisa y le hago preguntas para que crea que me interesa.

Mi padre me observa con aprobación mientras charla con su socio. Él lo llama amigo, pero ambos sabemos que no tiene ninguno.

Y yo me odio por hacerme esto cuando la única mujer a la que quiero oír es el ángel que se cuela en mis sueños.

Una semana después, sigo soñando con ella y tengo una novia a la que no soporto. Pero mi padre es feliz, y el mundo puede arder mientras Alexander Knight se salga con la suya.

Foto de familia

River

El veintitrés de diciembre siempre toca la foto familiar. Este año es diferente: el pequeño Josh posará por primera vez.

No sé qué mosca me pica en Navidad, pero todos los años es la misma historia. Como si pensara que Papá Noel —ese viejo barbudo en el que no creo desde los seis años— me concederá el regalo que finjo no desear desde hace siete: obtener el amor de mi madre. Quizá sea porque es su época favorita o porque a todos se nos ablanda un poco el corazón en estas fechas. El caso es que no puedo evitar ilusionarme al pensar que el próximo año será distinto. Que mi padre dejará de darme palizas. Que ella, por fin, me verá.

—Grayson, alegra esa cara —le ordena mamá, como si la alegría fuera algo que pudiera activarse. Esboza una sonrisa al ver a Zane—. Estás muy guapo, cariño. Incluso con esa tirita en la frente.

Mi hermano sigue de morros, con las dos manos en los bolsillos y cara de querer estar en cualquier sitio menos aquí.

—¡Josh! —exclama mamá—. Deja de esconderte detrás de tu hermana.

El pequeño Josh asoma un poco la cabeza con expresión asustada. Winter, firme como siempre, se coloca aún más delante de él. No lo hace por afán de protagonismo; sabe que Josh odia ser el centro de atención. Solo quiere protegerlo.

A mamá se le iluminan los ojos cuando la ve: mi hermana, vestida para la ocasión con su corona y un vestido rosa que brilla bajo la luz. Winter le hace una reverencia.

—Muy bien, princesita.

—Sonríe un poco, va —le pido a Zane en voz baja.

Eso la hará feliz. Hoy tiene un buen día. Y hay que agradecerlos. Cada vez son más escasos.

Zane entrecierra los ojos y le gruñe a la cámara como si fuera un perro enfadado.

Yo esbozo una sonrisa amplia, exagerada. Para que se sienta

orgullosa de mí. Busco sus ojos. Intento atraparlos, aunque sea por un segundo.

Por favor, mírame.

Ella observa a Grayson con orgullo, a Zane con adoración y a los pequeños con ternura. Después coge la cámara, y otra grieta se abre en mi corazón.

Levanto la mano en un patético intento por llamar su atención. Le pongo los cuernos a Zane. Es Infantil, sí, pero solo quiero que se ría. Que me vea. Que piense: «Ahí está River», aunque solo sea por una maldita vez. ¿Es tanto pedir?

—River —dice mi padre con aspereza.

Me congelo al oír su voz. No sé de dónde ha salido. Me arde la cara. Siento que me encogen desde dentro.

Mi padre niega con la cabeza.

Bajo el brazo de golpe.

—Siempre dando la nota. Cómo no.

Su rostro no deja lugar a duda: decepción. Profunda. Devastadora.

Ojalá supiera cómo no molestar. Cómo ser suficiente. Cómo ser querido.

***

Después de la fotografía, también es tradición familiar ir a patinar sobre hielo a la pista del Rockefeller Center. Este año es especial por partida doble: la princesa de la casa ha empezado a practicar patinaje artístico. Suelo burlarme de ella, pero la verdad es que tiene talento.

Mi madre ha salido a buscar a Winter porque mi hermana estaba tan impaciente que se ha escapado de casa antes de tiempo. Me estoy anudando la bufanda cuando mi padre me pone una mano en el hombro.

—Tú no vienes, River.

Mis hermanos lo miran sin entender nada.

—¡No es justo! —Zane arroja el gorro de lana al suelo—. ¡Si él no viene, yo tampoco quiero ir!

—¿Por qué no puede venir? —pregunta Grayson, desconcertado.

—Zane, recoge el gorro del suelo ahora mismo o te perderás la próxima competición de *hockey* —le ordena mi padre, y mi hermano palidece—. Grayson, tu hermano no viene con nosotros porque ha suspendido el examen de Historia.

Sí, lo suspendí. Porque me dio tal paliza que ni siquiera tuve fuerzas para coger el libro.

—Yo puedo ayudarlo a estudiar —dice Grayson, echándome un cable—. Sacará un sobresaliente en la recuperación. Pero no tiene por qué perderse nuestra tradición.

Mi padre se vuelve hacia él con cara de pocos amigos.

—¿Eres padre, Grayson?

Mi hermano le sostiene la mirada. Veo la rabia contenida en su expresión. Cada vez le cuesta más obedecerlo. No quiero que empiece a pelear con él por mi culpa.

—Obviamente no —responde con un deje de ironía.

—Ni tampoco campeón de ajedrez. Ni lo suficientemente hábil con el mandarín —le reprocha mi padre—. Así que haz algo útil: coge a Josh de la mano y reuníos con tu madre. Yo bajaré en un minuto. Y tú, Zane, deja de mirarme con esa cara si quieres seguir jugando al *hockey*.

Zane aprieta los puños y da un paso, envalentonado, hacia él.

—¡Te odio, hostia! —escupe, mostrándole los dientes.

Mi padre ni se inmuta. Yo tampoco quiero que Zane se pierda ni un solo partido de *hockey* por defenderme. Ese deporte es su terapia, su refugio. Así que le hago un gesto a Grayson para que se lo lleve. A él lo respeta; le hará caso.

—No pasa nada, Grandullón —le aseguro—. El patinaje no es lo mío.

Grayson me mira indeciso. Veo la lucha en su expresión: quiere protegerme, pero para eso tendría que desafiar a mi padre. Solo tiene quince años. Es demasiado joven. Todos lo somos.

—Os veo luego —digo, como si no me importara—. Traedme un *pretzel*.

Grayson suspira y Zane se marcha maldiciendo en voz alta. Pero, cuando mi hermano mayor intenta dar un paso, el pequeño Josh se

suelta de su mano… y me mira con esos ojos enormes y azules, tan observadores y espabilados para su edad.

—Yo me quiero quedar con él —le dice a mi padre, que enarca una ceja—. No me gusta patinar.

Mi padre sonríe, pero es una sonrisa tensa, porque todos le están llevando la contraria. Y entonces lo entiendo. No es por el examen de Historia, sino porque ha debido encontrar otro motivo para desquitarse conmigo. Josh, con solo cuatro años, lo ha captado antes que yo. Este niño será muy listo cuando crezca.

—Winter se pondrá muy triste, ¿no crees? —usa una voz engañosamente suave para dirigirse a él.

Josh entrecierra los ojos. Se cruza de brazos.

—Se pondrá más triste si me caigo de culo.

Mi padre se pasa una mano por el pelo.

—Pues no patines si no quieres —replica mi padre, y Josh se encoge un poco, porque su tono ya no es dulce, sino cargado de crispación—. Papá Noel te traerá carbón si no haces caso a tu padre.

Josh abre la boca por el susto, aunque se mantiene firme hasta que Grayson le da la mano. En cuanto se alejan lo suficiente, mi hermano mayor lo suelta —porque su TOC le impide sostenerla mucho tiempo—, pero lo agarra de la manga del jersey para que no se le escape.

Mi padre me sonríe como un lobo, mostrándome los colmillos.

—¿Qué mierda les has metido a tus hermanos en la cabeza? ¿Intentas ponerlos en mi contra?

—Ya lo haces tú solo, papá —pronuncio la última palabra con sorna. Si va a pegarme, al menos me quedaré a gusto—. Y se te da de lujo, casi mejor que los negocios.

—Mocoso de mierda.

Comienza a desabrocharse el cinturón. No retrocedo. Si me escondo, me pegará más fuerte. Si lloro, se desquitará con más dureza. Por eso, con los años, he aprendido a plantarle cara. Eso parece agotarlo un poco.

—¿A qué se debe el honor de recibir la visita de tu cinturón? —pregunto con ironía.

Mi padre se queda quieto por un segundo, con los dedos tensos

sobre la hebilla. Luego me agarra del cuello y me empotra contra la pared. El golpe me arranca el aire de los pulmones.

—¿Ves? —escupe, con el rostro a un palmo del mío y los ojos desorbitados—. ¿Ves cómo te lo mereces, puto mocoso insolente?

No puedo respirar, pero no cierro los ojos. Esto es nuevo; nunca me había asfixiado. Quizá alguien vea las marcas alrededor de mi cuello. Él parece caer en eso y me suelta de golpe.

—Te he visto, River —dice, alzando el cinturón—. He visto cómo miras a tu madre. Cómo le hablas. Como si te avergonzaras de ella. Como si la odiaras.

Casi me hace gracia. Porque yo quiero a mi madre, pese a todo. Supongo que esa es mi mayor condena: quererla incluso cuando ella finge que no existo… y que el hombre con el que duerme no me maltrata.

—No la odio —respondo con voz ronca—. Te odio a ti. A ella solo la compadezco por tener que aguantarte. ¡Por eso a veces se va! Pero tú siempre la encuentras, ¿no?

Su expresión se desencaja. He dado en el clavo.

—¿Compadecerla? ¿Quién coño te crees que eres? ¡Tú no entiendes nada! No sabes lo que es sostener a esta familia. No sabes lo que es proteger a alguien que se deshace delante de ti mientras tus propios hijos le clavan cuchillos por la espalda.

—Algún día conseguirá escapar de ti. Y, cuando eso suceda, nada hará que te sientas mejor. Ni presionar a Grayson para que sea una prolongación de ti, ni acompañar a Zane a los partidos de *hockey*, ni fingir que puedes hacerlo bien con Winter y Josh. ¡Ni golpearme con tu maldito cinturón!

—¡Cállate!

El primer golpe no lo veo venir. Solo siento el ardor en el muslo. Luego el siguiente. Y otro más. Pero, por primera vez, pienso que algún día podré devolvérselos. Y, cuando eso suceda, Alexander Knight se arrepentirá de haberme puesto la mano encima.



Las máscaras no se ponen: se heredan

Dos años después

(Grayson: diecisiete años · Zane: quince años · River: catorce años ·Josh y Winter: seis años)

No

Grayson

Cualquier chico de mi edad se sentiría afortunado.

Yo solo siento un pánico atroz cuando Sophie —mi novia desde hace dos años—, se sienta a horcajadas sobre mí y empieza a besarme el cuello.

Tengo que acostarme con ella de una vez; solo para que me deje en paz. Además, el sexo no puede ser tan horrible. ¿Qué carajos me pasa? ¿Por qué no puedo ser como los demás chicos de mi clase? Darían lo que fuera por acostarse con Sophie.

Sé que es preciosa, pero su pelo negro y sus rasgos afilados no me despiertan absolutamente nada. Tampoco me impresiona que sea brillante o hable cuatro idiomas con fluidez. Porque no es mi ángel.

Pero Sophie no ha dejado de presionarme. Dice que es la única virgen de sus amigas. Y yo solo quiero que pare de insistir, pero mi maldito TOC no colabora. Me pongo tenso al sentir su lengua en mi oreja. Ella exhala con fuerza y me coge la cara. Sus ojos indignados se clavan en los míos.

—Si hago algo que no te guste, puedes decírmelo —asegura—. Ninguno tiene experiencia, pero yo al menos me estoy esforzando.

Hago un gran esfuerzo al rozarle el costado. Con los años, he aprendido a disimular el rechazo que me produce tocar a los demás para que no lo noten. Los únicos que me conocen de verdad son mis padres y mis hermanos. Así que no me sorprende que Sophie lleve dos años creyendo que simplemente no soy una persona cariñosa. Que soy reservado, cerebral, incapaz de grandes gestos.

«Es tu carácter», suele decir, como si fuera una cuestión de personalidad. «Eres más de cuidar que de besar».

Aunque lo dice más con reproche que con ternura, y nunca con verdadera comprensión.

No sabe que el simple roce de su piel me revuelve el estómago.

Que después de cada encuentro, necesito lavarme las manos hasta dejármelas en carne viva.

Aunque quisiera tocarla, tampoco podría.

Tal vez, si imagino que tiene la cara de mi ángel, consiga que…

Me agarro a los bordes de la silla cuando empieza a desabrocharme la bragueta. Me lanza una mirada traviesa, se muerde el labio y me la saca de los calzoncillos. Luego pone cara de desconcierto.

—No está dura.

No. Hostia. Porque no quiero hacer esto.

—Lo siento —carraspeo, incómodo—. Quizá podría…

—Lo intentaré yo.

Su mano se cierra en torno a mi polla. Aprieto los dientes.

No. No. No.

¿Qué está haciendo? No me refería a que ella… Quería decir que podría hacerlo yo, como suelo hacer cuando fantaseo con mi ángel. Esas son las únicas veces en que logro correrme.

—Sophie —murmuro entre dientes.

Ella mueve la mano arriba y abajo, cada vez más rápido, ejerciendo cierta presión. Cierro los ojos con fuerza. Intento imaginar que su pelo es cobrizo y su nariz, recta. Pero huele a Sophie. Respira como Sophie. Y *ella* nunca haría algo así.

En mis fantasías, no sucede de este modo. Soy yo quien la agarra del pelo y le hunde la polla en la garganta mientras ella me mira con los ojos vidriosos.

¿Y si lo intento? ¿Pensará que me estoy pasando si la trato así?

La agarro del cuello. Ella me mira sorprendida, suelta un gemido y desliza las manos por mis muslos.

Pero son unas manos demasiado pálidas, con las uñas pintadas de un rojo oscuro. No son las de mi ángel.

—No —digo con firmeza.

La cojo de los hombros y la aparto con brusquedad. Sophie se queda atónita cuando me pongo de pie y me subo los pantalones. Parpadea mientras me cierro la cremallera.

—Estás de puta broma. —Se limpia la comisura de la boca. Sus ojos son brasas ardientes—. ¿Te das cuenta de cómo me siento

ahora mismo?

Dios, puedo imaginármelo. Y lo último que quiero es esto.

—Lo siento.

—¡Y una mierda, Grayson! —Me da un empujón—. ¿Quién coño te crees que eres? Podría estar con el chico que me diera la gana. No he desperdiciado dos años de mi vida contigo para que me lo pagues siendo incapaz de empalmarte cuando te hago una paja.

Si espera que me sienta avergonzado, lo único que noto es una profunda irritación. Sobre todo conmigo mismo por forzarme a hacer algo que no quiero. Por usar a una chica que no amo solo para complacer a mi padre. Porque cada día tengo más claro que no quiero ser como él, pero soy incapaz de gritarle que me deje vivir mi vida.

—Deberíamos romper —suelto de pronto.

La noticia me deja tan perplejo como a ella, que suelta una risa incrédula.

—Te estás quedando conmigo —sisea, pero, al ver que no reculo, se abraza a sí misma, vulnerable—. Oye, siento haberte presionado. Cada persona tiene sus límites y su propio ritmo. ¿Qué tal si lo volvemos a intentar cuando te sientas cómodo?

—Eso no va a suceder, Sophie —respondo con amargura. En el fondo, desearía no estar obsesionado con una mujer que nunca he visto ni tener este maldito TOC que me condiciona la vida—. Mereces a alguien que pueda dártelo todo. Y ese no soy yo.

—Grayson…

Salgo de su habitación y me quedo de piedra al cruzarme con Marcus en el pasillo. Encontrarme con mi exsuegro justo después de romper con su hija no es, ni de lejos, lo que más me apetecía. Ni siquiera sabía que estaba aquí.

Respeto a Marcus. Es eficaz en los negocios, metódico hasta el extremo y no tiene reparos en tomar decisiones difíciles. Si hay que despedir a alguien, lo hace. Si hay que ensuciarse las manos, se las ensucia. No se anda con rodeos ni con escrúpulos innecesarios; en eso se parece a mi padre.

Pero, al mismo tiempo, hay algo que los separa. Algo que no sé poner en palabras, pero que está ahí. Tal vez sea que Marcus nunca

ha necesitado infundir miedo para hacerse respetar. O puede que sea duro, pero nunca humillante. No se jacta de su poder ni lo utiliza para aplastar a quienes tiene debajo. No necesita demostrar que está por encima de nadie, ni siquiera de Alexander Knight.

Por eso siento que es mejor hombre de lo que mi padre será jamás. Porque tengo la impresión de que Marcus sabe más de lo que aparenta, y vale más por lo que calla que por lo que dice.

Y eso me jode, porque mi padre debería ser mi héroe. Pero, mientras Sophie grita mi nombre, lo único que a mí me avergüenza es decepcionar a su mejor amigo: el hombre que tengo delante.

—¿Todo bien, Grayson? —pregunta, serio.

—He… roto con tu hija —le explico. Su expresión no cambia, y eso solo consigue ponerme más nervioso—. Creo que necesita que la consueles.

—Yo decidiré lo que necesita mi hija.

—Claro, no pretendía insinuar lo contrario.

La puerta está a tres pasos, pero Marcus se interpone en mi camino. Joder, necesito salir de aquí. Me observa fijamente y luego se aparta a un lado. Esto es peor, más humillante que la bronca que me echará mi padre. Porque esto sí siento que me lo merezco.

—¡Te odio, Grayson! —me grita Sophie—. ¡Eres un cabrón!

Marcus baja la vista por un instante, como si esas palabras confirmaran algo que ya intuía. Entonces vuelve a clavar los ojos en mí.

—Será mejor que te vayas, Grayson.

Y eso es justo lo que hago.

La técnica de la mentira

River

Grayson está frente al espejo, lanzando golpes al aire con cara de concentración. Hace sombras, creo que se llama así. No tengo ni idea de boxeo, nunca me ha interesado. Hasta hoy.

Cada movimiento es rápido y medido. No pega por impulso. Eso es lo que me gusta de él, y la razón por la que lo he escogido.

Grayson sabe lo que hace. Recibió su primera clase de boxeo y defensa personal a los trece años del mejor instructor de la ciudad. Después empezó a entrenar con nuestro padre, que le exigía disciplina, autocontrol, estrategia y técnica. A mamá no le hizo ni pizca de gracia, pero él dijo que los hombres de verdad necesitan saber defenderse.

Para él, Grayson debe ser brillante en todo. Perfecto. Imbatible. Como se ve a sí mismo.

A Zane no le hizo falta apuntarlo a boxeo. A los doce ya lo habían expulsado de kárate por partirle la nariz a un compañero. Todos sabemos que Zane tiene suficiente rabia y esa forma brutal de abrirse paso a puñetazos.

Y respecto a mí… Bueno, es lógico por qué nunca ha querido enseñarme, ¿no? Según él, soy un enclenque. Mi cuerpo no está hecho para los deportes de contacto.

Nunca me había atrevido a pedirle a Grayson que me entrenara. De lo contrario, mi padre habría sospechado, pues siempre practican juntos. Pero, desde que Grayson rompió con Sophie, no le dirige la palabra. Y ahora Grayson entrena solo todas las tardes.

Podría haber probado con Zane, pero no quiero que me arranque la cara al primer golpe. Adoro al Grandullón, y tengo más confianza con él que con Grayson, pero no es precisamente una persona paciente. Además, Grayson es mi entrenador ideal. Mientras que Zane solo sabe pelear con rabia, Grayson ha aprendido a pelear con la cabeza, y eso es justo lo que necesito.

—Ey —digo, acercándome con las manos en los bolsillos y una

actitud despreocupada—. ¿Qué te ha hecho el saco para que le pegues así?

—No estoy de humor, River.

Ahora recuerdo por qué es más fácil llevarse bien con Zane, aunque tenga un carácter de mierda.

A pesar de su evidente furia, mi hermano golpea el saco sin perder el control. Nunca baja la guardia, mantiene la posición de los pies y lanza cada puñetazo con precisión.

Zane golpea para destruir; Grayson, para resistir.

—¿Tienes un momento para hablar conmigo?

Grayson se detiene en seco. Hay una cosa que debo reconocerle; tiene las prioridades muy claras: su familia. Y puede que yo no sea su hermano favorito, pero siempre está ahí cuando lo necesito.

—Sí —responde enseguida.

Extiende el brazo derecho, con el guante levantado, para que lo ayude a quitárselo. Luego se deshace del izquierdo y me mira con las cejas arqueadas.

—Quiero que me enseñes a boxear —digo sin rodeos—. ¿Harías eso por mí?

Grayson me observa unos segundos, como si intentara leer algo más en mi cara. Mantengo el rostro impasible, lo más sereno posible. No quiero que sospeche de mí. Al final, asiente.

—Claro.

Hace una pausa breve y, con la voz más baja, añade:

—Solo dime una cosa: ¿por qué quieres aprender a boxear?

Me encojo de hombros. La respuesta está lista, ensayada, como todas mis mentiras.

—Me gustaría saber pelear. Igual que tú y Zane.

Grayson no disimula su sorpresa. Nunca me han interesado los deportes, y él lo sabe. Por eso, añado:

—No pude defenderme aquel día. —Sabe que me refiero a la pelea con los jugadores del equipo de fútbol americano—. De no haber sido por vosotros…

—Es normal —le resta importancia—. No te ofendas, pero eres un crío. Y esos cabrones son mayores que tú y están acostumbrados a placar a tíos que pesan noventa kilos.

—Sí, lo que tú digas —respondo, impaciente. Ambos sabemos que soy menos corpulento que él y Zane. Quizá por eso me eligió mi padre, porque soy el blanco fácil—. ¿Me vas a enseñar o no?

—Empezamos mañana a las siete. No llegues tarde —dice, adoptando una expresión seria mientras me señala con el dedo—. Y no vengas fumado, o no vas a esquivar ni una hostia.

—Vale, papá.

Me río por lo bajo. Él niega con la cabeza, pero se le escapa una sonrisa.

Se acabó. Por fin voy a poder defenderme.

Un alivio enorme me atraviesa el pecho, tan grande que no soy capaz de disimularlo. Siempre se me ha dado bien mentir —es mi mecanismo de supervivencia—, pero ahora se me nota. Grayson se da cuenta. Me clava los ojos y, para mi sorpresa, me pone una mano en el hombro, aunque odia el contacto físico con todo su ser.

—¿Va todo bien en el instituto, River? —pregunta, preocupado—. Puedes contarme la verdad.

Aprieto los labios y desvío la mirada. Él ya tiene sus propios problemas. No necesita cargar también con los míos.

—Lo puedo solucionar yo —digo al fin, girándome con una sonrisa —. Tú solo enséñame a defenderme.

—Me parece bien que quieras librar tus propias batallas. Pero olvídate de hacerte el gallito con el saco. No vas a golpear nada hasta que tengas una buena base de coordinación, fondo físico y control. —Me evalúa de arriba abajo, no con desprecio, sino con gesto pensativo—. Teniendo en cuenta tu pésima forma física, eso nos llevará bastante tiempo. Primero sudarás, aprenderás a hacer *burpees* y harás sombras hasta que te salgan con los ojos cerrados. Y si quieres darme un puñetazo, que sé que te mueres de ganas, antes te enseñaré a aguantar un golpe sin caerte.

Se me escapa una sonrisa. Grayson cree que es porque me encantaría pegarle, así que pone los ojos en blanco. Pero, en realidad, sonrío porque ya soy un experto en resistir golpes. No tiene ni idea.

No importa cuánto tiempo me lleve aprender la técnica. Solo hay una cosa que me inquieta.

—Oye… ¿Te importaría decirle a papá que me estás ayudando a estudiar? —le pido, y él me mira extrañado—. Voy muy pegado en Francés y Economía. No me dejará entrenar contigo si cree que estoy dejando de lado los estudios.

—Quizá tenga razón. Los estudios deben ser lo primero.

—Una compañera de clase me está echando un cable. Y no puedo pedirle esto a otra persona. No me dejes tirado, tío.

—Prométeme que aprobarás esas dos asignaturas. Y que no perderás el tiempo con esa chica.

—Tiene novia. Solo me ayuda porque se lo ha pedido mi tutora y quiere hacerle la pelota. No hay más.

Grayson respira aliviado. Ya está hecho.

—De todos modos, no es que papá y yo hablemos mucho últimamente. —Se encoge de hombros—. Pero no te quejes si soy duro contigo.

Me llevo una mano a la sien y doy un pequeño salto.

—¡Sí, señor!

Polvo de estrellas

Winter

Le pido permiso a la profesora para sacar punta a mi lápiz favorito, pero, en realidad, solo voy a la papelera —la más cercana al pupitre de Josh—, para escuchar qué le dicen esas dos niñas tan molestas.

La profesora Callahan nos ha separado porque dice que no dejo de hablar con él y que siempre lo distraigo. Ya no me cae bien la señorita Callahan. Ella no entiende que Josh es poco hablador y que yo soy su única amiga. Además, siempre estamos juntos. Somos inseparables, como el helado y el cucurucho. Él viene a verme a los entrenamientos de patinaje, compartimos las galletas de la merienda y hacemos los deberes. ¡No entiendo por qué no podemos sentarnos juntos en clase! No me parece justo.

Aubrey y Kayla ya están molestando de nuevo a mi hermano. El otro día, mientras jugaba al pillapilla con Madison, oí cómo Kayla le decía a Aubrey que quería pedirle a Josh que fuera su novio porque es rubio como ella y son los más guapos de clase. A mí eso me pareció una tontería, porque yo creo que soy mucho más guapa que ella. Y, además, bailo mejor. Pero, claro, Josh y yo no podemos ser novios. Somos hermanos y mejores amigos. ¡Eso sería muy raro!

Se lo conté a Josh para que estuviera preparado, porque sé que se pone nervioso al hablar con los otros niños. Cuando Kayla se acercó a él en el recreo, Josh se fue corriendo y ella se disgustó mucho.

No me gustan esas dos. Por eso finjo afilar el lápiz mientras presto atención a su conversación. Josh está concentrado en su dibujo, ignorándolas a propósito. Pero no tiene más remedio que mirar a Audrey cuando ella planta la mano en su hoja.

—¿Por qué eres rubio y con los ojos azules si tu mamá y tu papá tienen el pelo oscuro y los ojos marrones?

Las mejillas de Josh se tiñen de un intenso color rojo. Las dos niñas se miran sonrientes. Aprieto el lápiz con fuerza entre los dedos.

—Mi mamá dice que lo adoptaron por pena, porque era un niño pobre —suelta Kayla—. Por eso es el único de su familia con el pelo rubio.

—Pues mi papá dice que los niños adoptados deben portarse el doble de bien, porque si no, los pueden devolver —añade Aubrey.

Josh baja los hombros, como si se estuviera haciendo más pequeño.

—¿Te imaginas que un día se equivocan y se llevan a otro niño por error? —le pregunta Kayla a Aubrey.

Josh no contesta. Yo sigo sacándole punta al lápiz, aunque ya está tan afilado que podría atravesar la mesa.

—Seguro que no lo echarían de menos —continúa Kayla con malicia—, porque nunca habla. Parece mudo.

—Aubrey, Kayla, volved a vuestro sitio —las regaña la profesora—. No os he dado permiso para levantaros.

—Solo estábamos preguntándole a Josh si quiere jugar con nosotras en el recreo —dice Kayla, con una voz tan dulce como falsa.

Noto un intenso calor debajo de la piel al escuchar esa mentira. Josh mira su dibujo, pero ya no pinta. Le tiembla la mano con la que sostiene la cera. Kayla y Aubrey regresan a sus asientos sonriendo triunfales. Me pregunto si sus padres les habrán enseñado a ser tan malas. Mi mamá se pondría muy triste si fuera cruel con un compañero. Ella dice que, si veo a algún niño meterse con otro, debo decírselo a la profesora.

Respiro con fuerza y voy a sentarme en mi sitio, pero mis pies se detienen en seco al pasar junto a Kayla. El corazón me late muy rápido, como cuando jugamos a las sillas musicales y solo queda una libre. La veo ahí, tan tranquila, con su coleta rubia y su mochila con purpurina, y recuerdo cómo se ha burlado de Josh. No quiero disgustar a mamá ni tampoco que la profesora se enfade, pero…

Kayla levanta la cabeza y me mira. A veces jugamos a la comba. El año pasado la invité a mi fiesta de cumpleaños y me regaló una corona que cambia de color al sol. Fue un regalo muy chulo y todavía me la pongo. La guardo en la caja de las cosas importantes, con todos los regalos de Josh.

Kayla me cae bien a ratos. Es como esas chuches que pican un poco.

Ella dice que somos amigas. Pero hoy ha hecho daño a Josh.

Y Josh es mío.

No es mi novio, ¡puaj!

Es mi hermano. Mi mejor amigo. Mi persona favorita.

Agarro el lápiz con fuerza.

—Esto es por meterte con mi hermano —digo con furia.

Y, ¡clac!, se lo clavo en la mano.

Ella pega un grito y los ojos se le llenan de lágrimas. Levanta el brazo con el lápiz clavado justo en el centro de la mano. Eli —el niño que se sienta enfrente de ella y guarda los lápices por colores— rompe a llorar al ver la sangre. Y Brooklyn, que está su lado, se tapa la cara y empieza a chillar.

—¡Eres una caraculo mentirosa! —le grito a Kayla.

La profesora Callahan se queda muy pálida, como si hubiera visto un fantasma. Corre hacia Kayla, la coge en brazos, nos ordena que nos sentemos y sale corriendo de clase con esa llorona en brazos.

Todos los niños me miran horrorizados. Josh está muy quieto en su asiento.

—¡Josh no es mudo! —Pego un pisotón en el suelo, enfadadísima —. ¡Es que no le habláis bien!

No me arrepiento, aunque me den ganas de llorar al ver que todos me tienen miedo. Pero me da igual que me castiguen y me quiten la corona mágica. Porque nadie, nadie se mete con Josh. Eso me pone tan triste como cada vez que veo a la mamá de Dumbo encerrada en una jaula o a Gepetto dentro de la ballena. Pero ellos no se arrepintieron por defender a Dumbo y a Pinocho, y yo tampoco lamento haber protegido a Josh.

Otro profesor entra en el aula y me agarra del brazo sin decir nada. Aubrey murmura que ojalá el director me expulse para siempre del cole. Creo que también debería haberle clavado otro lápiz a esa niña tan odiosa.

Me giro y miro a Josh, que está sentado muy recto en su silla. Levanto la mano para despedirme, temerosa de que me juzgue. No… No quiero que me tenga miedo. Siento un nudo muy grande en

el corazón, pero se deshace en cuanto sus labios se curvan hacia arriba.

Josh me sonríe. Y ya no me siento mal.

***

Estamos sentados en la sala de espera, justo delante de la puerta del despacho de la directora. Josh tiene las manos entre las piernas y la cabeza baja. Yo tampoco hablo, porque si hablo, voy a gritar.

Mamá nos ha pedido que esperemos fuera después de que la directora dijera que deberían separarnos de clase. Esa señora dice que tengo una personalidad fuerte —incluso dominante— y que Josh es demasiado introvertido. Que la señorita Callahan opina que no es sano que se apoye siempre en mí. Ah, y que yo tengo reacciones impulsivas que debemos trabajar, pero que si no estamos juntos, a lo mejor me calmo y Josh se hace más valiente.

¡Pero eso es una tontería!

Josh ya es valiente, solo que los demás no lo ven.

He querido entrar y gritarle a esa señora con cara de vinagre que Josh y yo somos un equipo, como los Power Rangers. Y que, si nos separan, me voy a escapar de clase todos los días hasta encontrarlo.

Pero mamá estaba muy seria, y no quiero que se ponga aún más triste por mi culpa.

—¿Por qué has hecho eso? —me pregunta Josh en voz baja.

—¡Porque se lo merecía!

Josh baja la cabeza despacio, como si pensara que ha sido culpa suya.

—No quiero que te metas en líos por defenderme —susurra.

Me cruzo de brazos y resoplo para apartarme un rizo del ojo. ¡Haré lo que me dé la gana! Aunque me castiguen sin postre y me manden a la clase de los mayores. Me metería en mil líos por él y lo haría otra vez sin pensarlo.

—Me gusta tu pelo —le digo—. No hagas caso a esas niñas. Solo te estaban molestando porque no quisiste ser su novio.

—A lo mejor debería serlo… para que me dejaran en paz.

—¿Qué? —Me da un vuelco el corazón—. ¡No, de eso nada!

—Vale, vale —dice enseguida, encogiéndose un poco—. No quiero ser su novio. Solo era una idea.

—Una muy mala —respondo, enfurruñada, sin mirarlo.

Josh presiona el dedo justo donde me nace el hoyuelo, como hace siempre que me enfado. Me muerdo los labios para no reírme. Ese truco siempre le funciona. Pero solo sonrío un poquito, pues sigo disgustada. No quiero que tenga novia. Si tiene una, ya no seré la que se siente a leer con él en el recreo ni la que le enseñe a bailar ni escuche sus historias raras de dragones silenciosos. No quiero compartirlo con otra niña.

—¿Qué es eso? —pregunto al ver que saca algo del bolsillo.

Es una hoja de papel arrugada, doblada varias veces. La desdobla con cuidado. Está llena de puntitos dorados. Muchos. Como estrellas pequeñitas esparcidas por todo el cielo. Parece… polvo de estrellas.

—Son tus pecas —dice, sonriendo un poco, como si le diera vergüenza.

Se me queda la garganta apretada.

¡Mis pecas!

Abrazo el dibujo contra el pecho, como si se pudiera escapar volando. ¡Josh ha dibujado mis pecas en clase de Plástica!

—¿Me lo puedo quedar?

—Lo hice para ti.

Lo guardo en mi mochila y pienso que este dibujo es mil veces mejor que esa corona que cambia de color. Tanto que, cuando lleguemos a casa, la tiraré a la basura.

Mamá sale del despacho, y aprieto la mano de Josh con fuerza.

—Te han expulsado cuatro días de clase —dice suspirando.

Nos hace un gesto para que la sigamos por el pasillo. ¡Cuatro días no son nada!

—Si nos van a separar, queremos que nos cambies de colegio —le suelto, tirando de la mano de Josh para que me apoye.

Él asiente deprisa.

—Sí —me secunda sin dudar.

Mi madre se detiene y mira nuestras manos entrelazadas. Se frota la cara y niega con la cabeza.

—No dejaré que os separen —asegura—. Pero la próxima vez que

alguien se meta con Josh, debéis decírselo a la profesora. ¿De acuerdo?

Se lo prometemos, pero, en cuanto mamá se da la vuelta, le digo a Josh al oído:

—La próxima vez que esa caraculo o cualquier otro niño se meta contigo, le clavo el lápiz en el ojo.



Eres muy guapo

River

—¿Qué tal si nos saltamos la clase de Historia? —me pregunta Noah en voz baja—. Tengo una hierba de primera.

—Esta vez paso —respondo, devolviendo la vista a la pizarra.

Me doy cuenta de que Noah me lanza una mirada de reojo y frunce el ceño, pero finjo prestar atención a la profesora Klein para que lo deje estar. No me he negado por estar en contra de dar un par de caladas a un porro —no sería la primera vez—, sino porque hace dos días mi padre me dio tal paliza que pensé que no lo contaba. No me apetece tentar a la suerte llegando a casa con olor a marihuana. Hoy Grayson dormirá fuera por un torneo de ajedrez y Zane no regresará hasta mañana de un partido en Oklahoma. Eso significa que estaré solo con mi padre cuando los pequeños se duerman. No quiero darle otro motivo para que me parta la cara.

La última vez casi me levanté para defenderme, pero no hace ni tres semanas que empecé las clases con Grayson. Aún no estoy preparado. Él se habría ensañado más si le hubiera devuelto un solo golpe.

—¡Adiós, River! —Natalie agita la mano antes de salir de clase.

Sus amigas sueltan una risita cuando levanto el brazo para devolverle el saludo.

—Tío, qué fuerte —resopla Noah—. ¿Cómo lo haces?

¿Se refiere a llamar la atención de las chicas? No tengo la menor idea. Empecé a gustarles el año pasado. No soy un deportista ni uno de los populares, pero me gusta hacer bromas; es mi forma de escapar de lo que sucede en casa. Parece que a las chicas les gustan los chicos que las hacen reír.

—¿Podrías preguntarle a Natalie si tengo alguna oportunidad con su amiga Claire?

—Claro —respondo.

—Ojalá yo tuviera tu éxito con las chicas.

Ojalá yo tuviera una madre tan cariñosa como la tuya y un padre

que me preguntara qué tal me ha ido el día en lugar de levantarme la mano a la mínima de cambio.

—Supongo que no me puedo quejar —respondo con una sonrisa falsa.

Los padres de Noah son increíbles. Él no sabe la suerte que tiene. Su madre me abraza cada vez que me ve y dice que soy el amigo favorito de su hijo. Su padre nos llevó el otro día a ver a los Knicks en primera fila. A veces fantaseo con que me adoptan.

—River —me llama la profesora Klein—, ¿te importaría esperar un momento?

Noah me mira descolocado. Supongo que Klein me echará la bronca por haber suspendido el último examen. No me queda más remedio que poner expresión de arrepentimiento y acercarme a su escritorio.

Noah y mis amigos dicen que la profesora Klein es un bombón, pero a mí solo me parece una señora de cuarenta y pocos, igual que mi madre, pero pelirroja y más baja.

—Te he notado distraído últimamente —comenta—. Tu rendimiento está bajando. ¿Hay algo de lo que quieras hablarme?

Mi madre tiene esquizofrenia y ni me mira. Mi padre me maltrata a espaldas de mis hermanos. Mi familia es un infierno. Por favor, sálveme.

—Le prometo que mejoraré —aseguro, serio.

Me preocupa que llame a mis padres para una reunión. Tengo que evitar a toda costa que hable con mi padre. Si lo hace, ya sé lo que él le hará a mi cuerpo.

—¿Estás distraído por una chica? —sospecha con una sonrisa.

Me molesta que crea eso. Ya sé que aquí soy el bufón de clase. Mi padre siempre dice que soy un payaso, así que me pareció correcto comportarme como tal en el instituto. Pero eso no significa que mi única preocupación sea agradar a las chicas. Aunque es reconfortante que me miren, lo que de verdad me gustaría es que mi madre abriera los ojos y me protegiera de ese monstruo con el que duerme.

—No —respondo, irritado.

—Bueno, me he dado cuenta de que has creado cierta sensación

en mi clase —bromea con suavidad.

Me encojo de hombros.

—No estoy saliendo con nadie. Le prometo que me esforzaré más a partir de ahora.

—Eso espero. No me gustaría tener que hablar con tus padres.

—Por favor, no lo haga —suplico, sintiendo cómo me arde la cara —. ¿Puedo hacer algún trabajo extra? ¡Bordaré la recuperación de la semana que viene!

Ella hace un gesto para que me calme.

—No será necesario. Estoy segura de que un chico tan listo como tú conseguirá aprobar el examen.

—Sí, lo prometo —respondo, agobiado.

—Bien.

Ella se levanta y coge su maletín. De repente, su mano está en mi mejilla. Es un gesto tan sorpresivo que me quedo congelado. Lo único que puedo pensar es que ojalá fuera mi madre quien me tocara así.

—No me extraña que las tengas a todas revolucionadas —dice sonriendo—. Eres un chico muy guapo.

No digo nada. No sé qué responder a eso. ¿Es normal que una profesora comente el aspecto de un alumno? Bueno, solo es un cumplido; supongo que solo intenta ser amable. Si se lo contara a Noah, seguro que haría una broma de las suyas sobre la suerte que tengo. Tampoco quiero enfadar a la profesora y que acabe hablando con mi padre, así que me limito a forzar una sonrisa.

—Es lógico que te distraigas —continúa con voz sedosa, recorriéndome la mandíbula con los dedos—. Eres joven y mereces divertirte. Pero no te distraigas demasiado con Natalie. Me pondría muy triste que suspendieras mi clase por estar más pendiente de tus compañeras que de la materia.

Sus dedos arden contra mi mejilla. Doy un paso tembloroso hacia atrás y asiento muy deprisa.

—A-aprobaré el examen —balbuceo, cada vez más colorado—. Le doy mi palabra, señora Klein.

Ella se cuelga el maletín, alarga el brazo y me aparta un mechón del flequillo. Ese gesto consigue que el aire se me atasque en los

pulmones. No entiendo bien lo que está pasando.

—Puedes llamarme Alessandra. ¿No te gustaría?

—Eh… —dudo, nervioso. Solo quiero evitar a toda costa que llame a mi padre y salir de aquí lo antes posible—. Sí, claro.

—Bien. —Sus labios pintados de rojo se curvan hacia arriba—. Hasta mañana, River.

—¡Hasta mañana, señora… Alessandra! —exclamo, corrigiéndome justo a tiempo.

Salgo de la clase como una exhalación. No sé lo que acaba de pasar ahí dentro. Quizá solo intentaba ser amable, pero una parte de mí siente ganas de vomitar y lo único que deseo es llegar a casa para meterme en la cama.

Nunca entenderé a los adultos.

No soy una máquina

Grayson

—¿Te duele? —me pregunta la tatuadora.

—No, continúa.

—¿De verdad tienes dieciocho años?

—Ya te lo he dicho.

Por si acaso, y para que no haga más preguntas, deslizo sobre el escritorio dos billetes de doscientos. Luego cierro los ojos y me evado. Nunca pensé que sería de los que se tatúan, pero ya casi no me queda espacio en el brazo derecho.

El primer tatuaje me lo hice después de que mi padre me echara una bronca monumental por romper con Sophie. De nada sirvió que le gritara que no estaba enamorado de ella. Me miró como si fuera lerdo y dijo que no entendía una mierda sobre hacer negocios, que lamentaba haber perdido el tiempo intentando convertirme en un líder porque, según él, no tenía lo que hay que tener para serlo.

No le pregunté qué era eso que me faltaba. Me planté en un estudio de tatuajes en los suburbios; el único lugar que me transmitía cierta confianza porque olía a desinfectante. Le pedí a la tatuadora un diseño geométrico que yo mismo había dibujado. Pensé que no soportaría que me tocara, pero no me sentí ni bien ni mal cuando su mano enguantada me rozó el bíceps.

Los tatuajes me hacen sentir que soy humano y no una puta máquina obligada a seguir las mismas rutinas: despertarse a la misma hora, repasar mentalmente lo que hice el día anterior, pisar el suelo con el pie derecho mientras cuento hasta tres. Los tatuajes son una brecha en mi rutina, un respiro; y, sí, también una bofetada a mi padre, aunque él aún no sepa que me he tatuado.

—Gracias —digo cuando termina el diseño.

Lo primero que hago al llegar a casa es meterme en el baño, ansioso por darme una ducha. Luego recuerdo que debo esperar tres horas antes de quitarme el plástico protector, así que aprovecho para repasar el examen de Literatura. Por fin llega el momento de mi

deseada ducha. Paso diecisiete minutos bajo el agua templada, ni uno más ni uno menos. Luego me envuelvo en una toalla de algodón, entro en la habitación y aplico una pomada cicatrizante sobre el tatuaje.

—Grayson —dice mi padre, abriendo la puerta sin molestarse en llamar—. Tienes que acompañarme a… —Sus ojos se detienen, incrédulos, en mi brazo cubierto de tinta—. Pero ¿qué cojones es esto?

No respondo. Acabo de convertirme en mudo.

—¿Te estás quedado conmigo? ¿A ti qué coño te pasa? —Su mirada recorre mis tatuajes con furia y desaprobación—. ¿Es eso lo que quieres que vea la gente cuando te mire? ¿Qué van a pensar de ti?

—Es mi brazo —respondo con sequedad.

—¡Y eres el hijo de Alexander Knight! Pero ahora solo pareces un vulgar matón de barrio. ¡Me das vergüenza! Mañana mismo cogeré cita en un centro de láser para que te borren esa porquería.

—No.

Mi respuesta rápida y tajante lo sorprende tanto como a mí. Sus ojos relampaguean de rabia.

—¿Cómo dices?

—Que no voy a borrarme los tatuajes. Me gustan.

—Si esto es otra absurda fase pasajera de rebeldía, igual que lo de romper con Sophie, te advierto que te estás pasando de la raya. —Me señala con un dedo—. No te conviene ponerme a prueba, muchacho.

—No pienso borrarme los tatuajes —respondo sin inmutarme—. De hecho, me seguiré tatuando hasta que no me quede un centímetro libre en los brazos. Y luego seguiré con las manos.

A él se le descompone la expresión.

—Repite eso —escupe entre dientes, avanzando un paso amenazador hacia mí.

El antiguo Grayson habría retrocedido, pero este no se mueve. Alzo la barbilla y respondo con tono sereno:

—Me pienso tatuar lo que me dé la gana.

—No eres mi hijo —dice, fuera de sí—. ¡Me das asco, joder! ¡Te

juro que, como no te borres esa asquerosidad de la piel, te voy a…!

Mi padre se calla al escuchar unos pasos acercándose a la habitación. Mi madre entra y él parece calmarse un poco.

—¿Qué son esas voces? —le pregunta ella—. ¿Por qué discutes con tu hijo?

Él me señala con desdén.

—Mira lo que se ha hecho en el brazo.

Ella observa mis tatuajes con perplejidad. Juraría que contiene una sonrisa antes de volverse hacia mi padre.

—¡Dile algo! —brama él—. Es menor de edad. ¡No puede hacer lo que le dé la gana!

—Solo es tinta, Alexander. No es el fin del mundo —le resta importancia—. Y cumplirá dieciocho dentro de cuatro meses. No seré la clase de madre que opina sobre el aspecto de sus hijos.

—Fingiré que me sorprende que te pongas de su parte —masculla mi padre—. Os encanta llevarme la contraria. Sé que lo disfrutáis.

—Estás sacando las cosas de quicio —responde ella con suavidad —. Los tatuajes están de moda. No hagas un drama.

—¡Idos al infierno! —estalla, saliendo de la habitación. Pero, antes de irse, se vuelve hacia mí y me lanza una mirada asesina—. Se supone que eres el que debía dar ejemplo y ser un maldito líder, pero has resultado ser mi mayor decepción.

El dolor se dibuja en la cara de mi madre. Si no fuera alérgico al contacto, la abrazaría para consolarla.

—No le hagas caso, Grayson. Tu padre te quiere, aunque sea a su manera.

—Entonces, prefiero que no me quiera —respondo con frialdad.

Ella examina mi brazo con curiosidad.

—Deberías haberme pedido permiso —dice, apenada—. Yo te habría apoyado y habríamos evitado esto. No pensé que te gustaran los tatuajes. Solo dime por qué lo has hecho.

—Porque me apetecía. —Me siento para seguir estudiando—. Cierra la puerta, por favor.

La oigo suspirar antes de marcharse. Me muerdo los carrillos para contener lo que de verdad me habría gustado decirle: «Porque, si no puedo conseguir que se sienta orgulloso de mí, entonces prefiero

gritarle que no puede controlarme».

Duele

Dos años después

(Grayson: diecinueve años · Zane: diecisiete años · River: dieciséis años · Winter y Josh: ocho años)

Cobarde

Grayson

Nunca quise estudiar en Harvard.

Mi sueño era ir a Darmouth. En ese campus perdido entre las montañas, no sería el hijo de Alexander Knight, sino solo un estudiante más. Elegir una universidad menos ostentosa que Columbia o Harvard habría sido una bofetada en la cara de mi padre. Pero acabé descartándola porque, por mucho que intente engañarme, nunca he sabido desaparecer del todo.

Darmouth está demasiado lejos y mal comunicada por avión. A cinco horas en coche y seis en tren o autobús. Si algo hubiera ocurrido, si el móvil hubiera sonado en mitad de la noche, no habría llegado a tiempo. Y, como mi padre exigía que estudiara en una universidad de la Ivy league, me decanté por Harvard.

Columbia estaba demasiado cerca; Cornell, demasiado vigilada.

Harvard ofrecía algo intermedio: a solo una hora de vuelo, lo bastante lejos para no vivir bajo su techo ni bajo su yugo, pero lo bastante cerca para regresar si uno de mis hermanos me necesita.

Cuatro meses después, me arrepiento. Debería haberme quedado en la ciudad. Columbia o Cornell no eran malas opciones, aunque el precio fuera seguir soportando las malas caras y exigencias de mi padre.

Me siento culpable por haber abandonado a mis hermanos.

Sé que algo le pasa a River. Cuando vuelvo de visita, me suplica que entrene con él. Pero, si le pregunto si alguien lo está molestando en el instituto, se encierra en sí mismo y se niega a hablar.

Zane está a punto de graduarse. Ya ha dejado claro que no irá a la universidad, algo que no me ha sorprendido, porque siempre ha odiado estudiar. Lo suyo ha sido el hielo desde pequeño. Todo lo demás le sobra.

Hace un mes, un ojeador de la KHL —la liga rusa, la segunda más

potente del mundo después de la NHL—, le ofreció un contrato para jugar en San Petersburgo. Una oportunidad por la que la mayoría de los jugadores de su edad matarían. Pero Zane la rechazó sin pensárselo. No porque no fuera lo bastante alta, sino porque irse implicaba romper con todo lo que conoce. Y Zane es incapaz de alejarse de esta casa. Es como esos presos que pasan media vida en la cárcel y se suicidan al conseguir la libertad porque tienen pánico al mundo exterior.

Me preocupa su futuro. Porque, sin el *hockey*, Zane no tiene nada.

Es un gran jugador, pero se ha ganado fama de problemático por sus actitudes dentro y fuera de la pista. Su último entrenador lo suspendió durante media temporada por conducta antideportiva, y eso no pasa desapercibido. Los ojeadores de la NHL quieren talento, sí, pero también ganadores que no les revienten la imagen del equipo en una entrevista.

Zane es bueno, jodidamente bueno, pero tengo miedo de que eso no baste, y no sé qué será de él si no puede seguir jugando.

Y Winter y Josh son tan pequeños… tan frágiles e inocentes.

Me preocupa que Josh no acabe de encontrar su lugar en la familia. Es un niño callado, introvertido, que siempre se esconde detrás de Winter. Me inquieta que no sepa decir que no y que dependa emocionalmente de ella.

En cuanto a la princesa de la casa, empieza a mostrar actitudes que, por lo visto, solo me preocupan a mí, porque soy un exagerado de cojones.

¿Es normal que pase de la alegría al llanto cuando alguien le pone límites? ¿Que diga que «nadie la entiende» o se meta en peleas para defender a Josh en el colegio?

Me asusta esa imagen tan cambiante que tiene de sí misma. A veces se siente «la favorita de papá», y al rato llora diciendo que es mala, fea o que todos la odiamos.

Pero lo que más me hace sospechar que algo no va del todo bien es la forma en que habla de Josh. No dice que sea su amigo ni su hermano. Dice que es «suyo», como si le perteneciera, como si el pequeño Josh fuera un monigote que pudiera llevar a todas partes.

Y, joder, esa intensidad emocional me desborda.

¿Y si mi hermana pequeña sufre un trastorno? Como mamá, como Zane o como este maldito TOC que me condiciona la vida. ¿Y si mis padres se niegan a verlo porque su princesa es la alegría de la casa?

Dios, no soporto estar lejos de ellos mientras siento que nadie los cuida.

Fui a Harvard para convertirme en alguien; para ser un estudiante normal, un chico de diecinueve años que no arrastra una familia a cuestas. Pero me paso las clases con el móvil en silencio y el corazón encogido cada vez que vibra.

No. Debería estudiar aquí, en Nueva York. El próximo año pediré el traslado de expediente a Cornell. Ya lo he decidido.

Me siento como el peor hermano del mundo por haber creído que aguantarían sin mí…

Para colmo, mi madre lleva un tiempo más irritable, pero mi padre insiste en que solo se debe al estrés. Yo estoy seguro de que ha desarrollado tolerancia a la medicación. Ya no le hace el mismo efecto. Era algo que podía suceder con el tiempo. Esta mañana, me ha llamado para insinuar que tenía miedo de sí misma. Por eso he adelantado mi regreso y he cogido el primer vuelo a Nueva York, intranquilo por lo que pudiera encontrarme.

Me he perdido un examen, pero me importa una mierda. Aunque mi padre no opina lo mismo cuando me ve aparecer en la terraza. Josh y Winter están jugando al pillapilla con mi madre mientras él se fuma un puro, sentado en una butaca.

—¿Qué ha pasado con el examen de Escritura Argumentativa? —me recrimina, expulsando una bocanada de humo.

—Lo recuperaré en septiembre —respondo, sin apartar la vista de mis hermanos ni de mi madre.

Están jugando demasiado cerca del borde. Se me encoge el estómago. Y, mientras tanto, él está ahí, tan tranquilo, echándome la bronca por un puñetero examen.

—¡Tú la llevas, mami! —exclama Winter, echando a correr por mi lado, rumbo a las escaleras—. ¡Hola, Grayson! ¡Espero que me hayas traído un regalo supergrande!

Winter baja corriendo las escaleras, riendo, con los rizos

rebotando a cada paso. Mi madre asiente, pero no sonríe como siempre. Tampoco la sigue ni le devuelve la sonrisa. Aún no me ha visto. Se acerca con sigilo a Josh mientras mi padre me echa la bronca. Pero su voz es un zumbido lejano. Solo puedo mirarla a ella.

Su cara.

Esa expresión vacía.

Los ojos, ausentes de emoción.

Josh se asoma al borde; solo es un niño curioso. De pequeño, yo también me quedaba embobado mirando las vistas.

Ella extiende los brazos hacia la espalda del pequeño. Y entonces sonríe con malicia antes de empujarlo.

El mundo se detiene.

En el siguiente segundo, estoy corriendo hacia ella y me interpongo entre ambos para impedir que lo toque. La agarro por las muñecas, gruñéndole al oído. Mi madre se sobresalta y abre los ojos de par en par. Mira mis manos sujetando las suyas. Luego se mira las propias, horrorizada, como si despertara de un sueño y fuera consciente de lo que estaba a punto de hacer. Suelta un jadeo entrecortado y retrocede cuando la suelto, pálida como una estatua. Detrás, oigo el chasquido del puro al caer sobre la piedra.

—Hola, Grayson —me saluda Josh, ajeno al abismo del que acabo de salvarlo—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, peque —le respondo con voz ronca, despeinándolo—. Ve a tu habitación a jugar con Winter, ¿vale? Tengo que hablar con mamá.

Josh obedece. Siempre lo hace. Mi madre se tapa la boca y me mira con los ojos llenos de lágrimas. Pero no es a ella a quien dirijo mi furia, sino al hombre que se acerca y la rodea con sus brazos, como si aún pudiera sostenerla.

—Tú también lo has visto —le reprocho, con los puños apretados contra los costados—. No te atrevas a negarlo.

Él no dice nada. Solo estrecha a mi madre y le susurra al oído que todo estará bien. Pero no, nada está bien. ¿Qué cojones habría pasado si yo no hubiera llegado a tiempo? Dios. No quiero ni imaginarlo.

Cierro los ojos, notando cómo la impotencia me quema por

dentro. Cuando los abro, lo veo claro: él siempre la elegirá a ella. Yo, en cambio, escogeré a mis hermanos, incluso si eso significa perder a mis padres.

—Ya no soy el niño de nueve años que no pudo proteger a Zane —digo entre dientes—. No voy a permitir que les hagas lo mismo a Winter y a Josh.

Mi padre me mira por fin. Tiene la mandíbula tan tensa que parece a punto de romperse. Pero, debajo de esa máscara, hay un temor profundo que ya no logra ocultarme.

—No le hables así a tu madre. No te atrevas a…

—Me refería a ti —le suelto—. Si no eres capaz de protegerlos, lo haré yo. Aunque eso signifique alejarlos de ti. Y de ella.

Mi madre solloza, pero no retrocedo. No esta vez.

—Me importa una mierda que sea una enferma que no es consciente de sus actos, porque tú sí lo eres. —No mido mis palabras, aunque hiera a mi madre. Todos los años de silencio y reproches revientan desde el fondo de mi alma—. Y tu obligación es proteger a tus hijos. Pero, si no tomas la decisión, aquí estoy yo para aceptar el testigo.

—¿Quién mierda te crees que eres? —estalla, hecho un basilisco —. ¡Solo eres un puto crío!

—¿Un crío? —Doy un paso al frente. Ya no soy su hijo obediente, dispuesto a hacer cualquier cosa para complacerlo. Frente a mí solo veo a un enemigo. Y él me ha enseñado cómo debo tratarlos—. Si fuera un puto crío, me callaría como he hecho toda mi vida. Si fuera un crío, seguiría intentando que estuvieras orgulloso. Pero ya no.

—¡Cállate!

—Si fuera un crío, no te estaría amenazando con llevarme a mis hermanos si no la internas. ¡Ni te plantaría cara porque tú no tienes los cojones de hacer lo correcto!

—No permitiré que…

—¿Qué? ¿Que te diga que eres un cobarde que prefiere fingir una vida perfecta antes que proteger a sus hijos? —La voz me tiembla, pero no me detengo—. Una parte de Zane murió aquel día, y tú seguiste fumando tus putos puros como si nada. ¡Y ahora mamá casi mata a Josh y todavía tienes los santos huevos de abrazarla!

—¡A mí no me levantes la voz!

—No pienso bajarla. Ni aquí ni en el juzgado, si hace falta.

Silencio.

Mi padre me mira con incredulidad.

—¿Me estás amenazando, Grayson? ¡No eres nadie sin mí!

—Te estoy recordando quién soy. —Lo miro a los ojos. Esta vez, es él quien parpadea primero—. Tú me educaste para ser un líder, y por eso te doy las gracias. Al menos hiciste algo útil. De lo contrario, no podría recordarte que sé muchas cosas que harían temblar tu imperio: conversaciones que escuché en esas reuniones a las que me obligaste a asistir, secretos que no quiero usar a menos que me obligues.

—Vas de farol —escupe con desprecio.

—Ponme a prueba.

—Tiene razón —susurra mi madre, rota—. Grayson tiene razón. Estoy enferma. Internadme. Por favor. Así no podré hacerles daño. No estoy bien. No estoy bien.

—No es culpa tuya, Cat —la tranquiliza mi padre mientras le acaricia el pelo—. Y si este niñato cree que me asusta por…

—Una semana —lo interrumpo—. Tienes una semana para llevártela lejos. Mientras tanto, no volveréis a quedaros a solas con mis hermanos.

Doy media vuelta para buscar a los pequeños.

—¡No te atrevas a darme la espalda! —brama, fuera de sí—. ¡Grayson! ¡Mírame cuando te hablo!

Pero no me detengo. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Por eso sigo caminando.

Una semana. Y el reloj ha empezado a correr.

Heridas que se cruzan

River

—No me puedo creer que hayas venido fumado —me reprocha Grayson—. No tengo tiempo para esto. Hostia.

—Ya. Claro. Porque haberme fumado un par de porros hace unas horas es algo imperdonable para el gran Grayson Knight…

Mi hermano mayor se desabrocha el guante izquierdo con un mordisco. Se me llevan los demonios. No lo entiende. La marihuana es lo único que logra aliviarme un poco. Y aún no estoy preparado; no soy lo bastante fuerte. Nunca llegaré a serlo. Ahora solo entrenamos los fines de semana, porque él se largó a estudiar a otra ciudad y tiene cosas más importantes que hacer que aguantarme.

—Lo pillo —digo, mirándolo con resentimiento—. Te has cansado de mí. ¿Qué tal la vida en Massachusetts ahora que no tienes que pedirle permiso a papá para cagar?

Grayson se queda inmóvil. Los ojos le brillan de furia, y sé que acabo de tocar una herida abierta, pero ni por esas me disculpo. Aunque sé que algo ha pasado entre ellos, pues Grayson está de lo más raro desde que volvió a pasar las fiestas con nosotros.

—Eres un puto payaso que no se toma nada en serio. Por eso, quien sea que te pega en el instituto seguirá reventándote la cara. Y ni todas las clases que te dé te convertirán en alguien valiente.

La culpa que sentía se evapora como el humo de los porros que tanto le ofenden.

Ah, conque eso es lo que piensa. Porque Grayson nunca podría imaginar que el hombre que me pega cena todas las noches con nosotros; que el verdadero enemigo no está en el instituto. Está tan obsesionado con agradarle que no se ha planteado siquiera la posibilidad de que esa mala bestia me golpea desde que tengo seis años. Porque a él nunca lo ha tocado. Jamás. Nuestro padre no le ha puesto la mano encima a ninguno de mis hermanos.

—Te ha educado bien —digo con tono mordaz.

Grayson se queda de piedra.

—¿Qué has dicho?

—Que lo ha hecho de puta madre contigo. Supongo que es ley de vida. —Me encojo de hombros—. Su mayor temor era parecerse al abuelo, pero ha terminado siendo mucho peor que él. Y a la vista está que tú lo superarás algún día. Un círculo vicioso, perfecto y predecible. Eres casi tan miserable como él.

Grayson se cierra el guante de un tirón, da un paso al centro del cuadrilátero y se planta en guardia. Los ojos le arden, pero ya no es solo rabia lo que veo en ellos, sino algo más oscuro y peligroso.

—No quería pelear contigo hoy —dice—, porque vienes fumado y sería injusto tumbarte cuando no puedes defenderte como deberías. Pero acabas de conseguir que me trague mis propias reglas. Y, si tengo que bajarme a tu nivel para que espabiles, lo haré.

Se coloca bien el guante. Cruje al apretar el puño.

Sacudo la cabeza y adopto una posición defensiva mientras me río entre dientes.

—Lo dicho: hablas igual que él. Enhorabuena. Ya eres oficialmente su campeón.

Nos movemos en círculo, observándonos, midiéndonos. Una parte de mí sabe que no tengo nada que hacer contra él: es mayor, más fuerte y conoce todos mis puntos débiles. La otra solo quiere una cosa: demostrarle a golpes que no soy un maldito payaso.

—Quizá en el instituto te revientan la cara porque no sabes cerrar la puta boca —me provoca.

Esquivo su primer puñetazo. El corazón me late con fuerza contra la caja torácica.

Mis reflejos lo sorprenden. Parece que no voy tan fumado después de todo.

—Quizá no sabes una mierda de mí —escupo.

—Ni tú tampoco de mí.

Lanzamos el siguiente golpe casi al mismo tiempo. Los guantes crujen. Su puño impacta en mi mejilla, pero no retrocedo. Consigo atinarle en el costado y él responde con una derecha que me roza el pómulo.

Tengo miedo, claro que lo tengo. El miedo siempre está ahí. Llevo años conviviendo con él. Pero también siento furia, y por primera

vez desde que se convirtió en mi entrenador, siento que puedo con él. Que ya no soy ese niño débil y lloroso que se encogía bajo el cinturón de mi padre.

Intercambiamos una serie de puñetazos. Ambos sudamos, agotados. Pero no me rindo. Quiero demostrarnos que soy capaz.

Hasta que me lanza un gancho al plexo solar. Un puñetazo preciso que me roba todo el aire. Me doblo hacia delante, con los ojos muy abiertos. Me tiemblan las piernas y el pecho me arde como si me hubiera arrancado los pulmones.

—River. ¡Mierda!, ¿estás bien?

Doy un paso hacia atrás, jadeando. Apenas puedo sostenerme en pie, pero levanto los puños de nuevo. Lo hago por ese pequeño que se escondía bajo la cama y le suplicaba a su padre que dejara de golpearlo, y también por el niño que deseaba que su madre se fijara en él.

No puedo con mi alma, pero me trago el dolor y aprieto los dientes.

Grayson niega con la cabeza.

—Suficiente.

—¡No! —rujo, abalanzándome sobre él.

Grayson se aparta con un giro y me estrello contra las cuerdas. Me vuelvo hacia él, pero me tambaleo al dar un solo paso. Todo gira. El mundo entero me late en las sienes.

—Sabes encajar bien los golpes, cabrón —admite, con una mezcla de cansancio y respeto.

Se quita los guantes. Deja caer uno y luego, el otro. A los dos nos cuesta respirar. Pero me da igual. Para mí, esto aún no ha terminado. Las palizas de mi padre no acaban hasta que estoy tirado en el suelo.

—¡Vuelve a ponértelos! —exijo con la voz rota.

Mi hermano se acerca rápido y me sujeta la cara entre las manos, obligándome a mirarlo. Mis ojos arden, cargados de rabia y vergüenza, pero en los suyos solo hay algo infinitamente triste.

—Eh. Estoy aquí, ¿vale? —dice en voz baja. Intento empujarlo, pero me sostiene con firmeza—. Siempre voy a estar aquí para ti, para todos vosotros, aunque nos separen cientos de kilómetros. Te

lo juro.

Estoy a punto de gritarle que guarde sus mentiras para nuestros hermanos. Que no necesito su maldita compasión, que no sabe nada de mí. Pero las palabras mueren en mi garganta cuando me abraza.

En el instante en que sus brazos me envuelven, algo se rompe dentro de mí. Y lloro.

Sollozo con la cara escondida en su pecho, como si tuviera seis años. Me aferro a su camiseta para que no me suelte. Solo… Solo quiero que se quede conmigo. Que no me vea como un payaso; que me quiera igual que a Zane, Winter y Josh; que mi padre pare de golpearme; que deje de ser invisible para mi madre.

—Puedes contarme lo que te pasa —murmura mientras me frota la espalda.

No, no puedo.

Esta es mi guerra y él me ha ayudado sin saberlo. Porque, si no la libro solo, siempre sentiré que no soy suficiente.

No respondo. Solo lloro un poco más. Y, cuando por fin consigo respirar sin que se me escape otra lágrima, recupero el tono despreocupado que uso como armadura:

—Ya puedes soltarme. Estoy sudado y sé que te da asco. No sufras más.

Grayson afloja el abrazo y sonríe un poco. Luego me ayuda a quitarme los guantes.

—Dios, necesito una ducha.

Mi hermano sale del *ring*, pero se gira antes de llegar a la puerta. Nunca lo había visto tan hecho polvo.

—No vuelvas a compararme con él —suplica, cabizbajo—. Por favor.

Sus hombros se hunden al suspirar, y añade en voz baja:

—Nada me da más miedo que parecerme a él.

Se me hace un nudo en el pecho cuando se marcha. He sido injusto con él. Grayson nunca será como nuestro padre. Solo tiene diecinueve años y ya es más hombre de lo que él ha sido jamás.

Voy a por mi mochila para sacar la botella de agua. Sí, Grayson me ha ganado. Pero estoy orgulloso porque, por primera vez, he rozado la victoria con los dedos.

El móvil se ilumina justo cuando saco la botella. Frunzo el ceño al ver quién me ha enviado un mensaje. Es de Sophie, la exnovia de Grayson. Me pica la curiosidad, así que lo leo.

Sophie: ¿Te apetece quedar el fin de semana? Es obvio que me fijé en el hermano equivocado. Tú eres más divertido ??

Me froto la nuca, perplejo. Esto es lo último que esperaba. Sophie es dos años mayor que yo. Apenas hemos hablado. Siempre me ha mirado como si fuera… pues eso: el hermano pequeño de Grayson.

No me engaño, sé por qué lo hace. Solo quiere ponerlo celoso.

Entonces recuerdo a mi profesora y me pregunto si el mundo intenta decirme algo, como si me lanzara un mensaje encriptado. Soy invisible para mi madre, siempre ha sido así. Pero ahora… una mujer de su edad y una chica mayor que yo se han fijado en mí.

¿Cómo me sentiría si les diera lo único que quieren de mí? Quizá por fin me mirarían como a alguien que importa. Aunque fuera solo por un rato. Eso bastaría.

La bestia que se merecen

Zane

Me sudan las manos, pero me trago los nervios y me siento en la cama junto a June. Nuestras rodillas se tocan y ella me sonríe con picardía. Sus padres no están en casa; no sé si esto está bien. Tengo un preservativo en el bolsillo porque Grayson me echó la charla sobre no dejar embarazada a ninguna chica.

Claro que no quiero tener un bebé. ¡Si apenas sé cuidar de mí mismo!

Pero estoy aquí porque ella me gusta, y soy el único del equipo que todavía no se ha acostado con nadie. La vergüenza me araña el pecho al recordar lo que pasó la semana pasada en el vestuario.

Mis compañeros empezaron a hablar de todas las chicas con las que se habían acostado. Siempre hacen esas cosas después de ganar un partido. Están eufóricos, pero yo solo quiero volver a casa, comer un helado de fresa y poner alguna película de Rocky hasta quedarme dormido.

Pero aquel día fue distinto, porque me incluyeron en la conversación. El cretino de Maxwell me preguntó, con esa sonrisa que suelen usar los tipos como él cuando ya conocen la respuesta, pero quieren humillar al otro:

—¿Y tú, Knight? ¿A cuántas te has tirado ya?

Le grité que no hablo de esas mierdas porque es vulgar y patético fanfarronear sobre lo que haces con una chica. Y, aunque lo pienso de verdad —porque un caballero no debe faltarle el respeto a una mujer divulgando intimidades, o eso me ha dicho mi madre—, todos saben que me puse rojo porque soy virgen.

No lo reconocieron en voz alta. Se rieron, claro, pero nadie insistió. Sabían que, si lo hacían, les partiría la cara. Aunque no puedo pelearme otra vez. El entrenador me suspendió media temporada y me advirtió que, si volvía a explotar, estaba fuera. Y, si me echan, ningún ojeador de la NHL va a fijarse en mí.

No tengo plan B. No pienso ir a la universidad. Les dije a mis

padres que no me interesa estudiar, pero, en realidad, creo que soy un inútil, porque no me entero de una mierda en clase.

El *hockey* es lo único que tengo.

Solo encajo en la pista. Todos me animan cuando derribo a los rivales y marco goles. Nadie me recrimina que sea violento. A todos les encanta el Zane jugador de *hockey*.

Fuera de la pista de hielo… no sé cómo ser yo.

Soy torpe con las chicas; me da vergüenza hablarles y que salgan corriendo. A veces, las animadoras del equipo se ríen cuando paso por su lado. La semana pasada les grité que se rieran de su madre. River dice que solo intentan llamar mi atención, que les mola la idea de salir con un jugador de *hockey*. Pero yo no quiero que se fijen en el jugador, quiero que se fijen en mí.

Y June es la única que me ve de verdad. O eso creo.

Hace dos años, me traicionó al leer mi carta delante de aquellos imbéciles. Me humilló de la peor forma. Luego me pidió perdón y le grité que se fuera al infierno, que no la perdonaba, que no quería verla más. Dios, estaba profundamente herido.

Pero ella no se rindió.

La semana pasada, en clase de Literatura, el profesor nos pidió una redacción libre. Yo no la escribí porque solo hay ruidos y cosas desagradables en mi cabeza. Que se joda. Aquel día, June se levantó para leer la suya. Me miró a los ojos mientras leía, con voz temblorosa, que se arrepentía de haber herido los sentimientos de un chico increíble, que lo lamentaba y que no sabía cómo arreglarlo.

No me lo esperaba. Se me pusieron las orejas rojas y el corazón empezó a darme saltitos como un idiota. Ya no pude estar enfadado con ella ni decirle que no cuando me invitó a tomar un batido al día siguiente.

No hablé mucho. Me cuesta, así que preferí escucharla. A ella no le importó charlar mientras yo sorbía por la pajita y asentía con la cabeza. Insistí en acompañarla a casa. No quería que le pasara nada, y me gustó que nos besáramos.

Nunca había salido con una chica. Me dan ansiedad, miedo, ganas de gritar.

Nunca había besado a una chica, pero ella no lo notó.

June es diferente, y por eso estoy ahora en su habitación.

—Tengo muchas ganas. —Me sonríe—. ¿Tú no?

—Un montón —reconozco.

Aunque también estoy nervioso, pero eso me da palo admitirlo. Sé que ella no es virgen. Ayer me confesó que su primera vez con su ex fue un desastre, y que ahora quiere hacerlo con alguien mejor. No quiero decepcionarla, así que fingí tener experiencia.

Me inclino para besarla y meto la mano por dentro de su camiseta. Ella jadea y eso me paraliza. La miro, temeroso de haberme pasado de la raya. No me gustaría hacer algo que ella no quiera.

—¿Puedo? —le pregunto, retirando la mano.

—Claro que sí —responde, ansiosa.

Devuelve mi mano al sitio, pero esta vez, más arriba, a su pecho.

—Si… hago algo que no te guste…, dímelo, ¿vale?

June se muerde el labio.

—Qué mono.

Me quita la sudadera y luego comienza a desabrocharme los pantalones como si tuviera mucha prisa. Yo preferiría ir despacio, pero también puedo amoldarme. Cuando termina de desnudarme, sus ojos me recorren de arriba abajo. Creo que le gusta lo que ve, porque sonríe mucho.

—Guau. Eres impresionante.

—Eh… Gracias. —Me rasco la nuca. Nunca había estado desnudo delante de una chica—. ¿Puedo verte yo a ti?

A lo mejor es vergonzosa o tiene algún complejo y prefiere apagar la luz. No me importa. Aunque me gustaría verla —porque es preciosa—, prefiero que se sienta cómoda.

—Arráncame la ropa.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Como hiciste con aquel rival; ese al que le rompiste la camiseta.

Sí, lo recuerdo. Lo cosí a puñetazos y terminé con su camiseta hecha jirones entre los dedos. Pero no entiendo nada. ¿Por qué querría que…?

—¡Arráncamela! —exclama, impaciente—. No te comportes

conmigo. Venga, arráncame la ropa y rómpeme las bragas.

—Pero…

—Si me da miedo, te aviso, ¿vale?

Asiento, aturdido. Arrugo su camiseta entre los dedos. La tela cede con facilidad. Ella suelta un gemido ahogado y abre mucho los ojos. No parece asustada, sino… cachonda. Esto es raro. Pero solo quiero hacerlo bien, así que hago lo que me ha pedido. Contengo la respiración cuando se tumba en la cama —solo con las bragas puestas—, y clava las uñas en las sábanas.

—Hazlo —ordena con la respiración entrecortada—. Demuéstrame lo bestia que eres.

No sabía que el sexo fuera así. Pero ella sabe más que yo, ¿no? Y solo quiero complacerla. Por eso le rompo las bragas. No sé qué hacer con ese trozo de encaje, así que lo dejo con cuidado en la mesita de noche.

June es una belleza. Su rizos rubios caen como una cascada sobre la almohada, y tiene las mejillas arreboladas.

—Eres muy guapa —digo, embobado.

—¿Tienes un preservativo? Si no, hay algunos en el primer cajón de la mesita.

—Ah, sí.

Me agacho para rebuscar en el bolsillo del pantalón. Anoche vi un vídeo sobre cómo ponerlo. Estoy desenvolviéndolo cuando June agarra mi pene y se lo mete en la boca. El preservativo casi se me cae de las manos.

No esperaba tener sexo oral en mi primera vez. Me gusta. Me gusta mucho.

Le aparto el pelo de la cara para que esté más cómoda, bajo la cabeza y siento cómo se me contraen los músculos del abdomen.

—June —murmuro con los dientes apretados—, creo que voy a…

Ella se aparta antes de que me corra y me quita el preservativo.

—Trae, yo te lo pongo —dice mientras me lo coloca—. Ya. Túmbate encima de mí.

Eso me parece un poco injusto. Ella no ha recibido nada a cambio. No debo ser egoísta.

—¿Tú no quieres que…?

—Métemela ya. —Tira de mí hasta que acabo tumbado sobre ella —. Venga.

Hago lo que me pide. Y cuando me hundo, despacio, dentro de ella, contengo la respiración. Dios. Esto es alucinante.

Mis labios rozan los suyos. Me gustaría besarla, llenar su cuerpo de besos y repetirle una y otra vez lo guapísima que es. Tal vez su primera vez fue un desastre porque su ex era un capullo, como mis compañeros de equipo, que solo se preocupan por su placer. Pero yo no quiero ser así. Me gustaría que tuviéramos citas, presentársela a mis padres y que lleve mi camiseta en los partidos.

Me araña el pecho. Suelto un gruñido, porque eso ha sido tan inesperado como doloroso. Entonces susurra:

—Agárrame del cuello.

Parpadeo.

¿Qué?

Mi cuerpo se queda rígido. Ella vuelve a arañarme, esta vez la espalda. Cierro los ojos y aprieto los dientes. No entiendo por qué hace eso.

—¿Qué?

—Agárrame del cuello. Tienes las manos grandes.

Abro los ojos y miro mis manos. Sí, son bastante grandes, pero eso no significa que deba usarlas para estrangular a una chica. ¿Por qué iba a querer agarrarla del cuello? Eso es raro y violento. Hostia.

De pronto, me acuerdo de mi madre. De sus manos hundiéndome en la bañera y de su cara cambiando de forma.

No, por favor. No quiero pensar en eso.

—A mí me pone —insiste, acariciándome el dorso de la mano con un dedo—. Sé que a ti también.

Yo solo quiero dejar de ahogarme en esa bañera. Tal vez por eso hago lo que me pide. O porque no quiero que piense que soy un cobarde.

La agarro del cuello mientras la embisto con suavidad.

—Más fuerte.

—¿El qué?

—Dame más fuerte. Y aprieta más. Insúltame. Trátame como si estuvieras en la pista de *hockey*.

Son demasiadas órdenes extrañas para que mi cerebro las procese. ¿Por qué quiere eso? Pero veo el deseo en sus ojos y cómo se enciende cuando gruño la primera palabra horrible. Y luego la siguiente. Y otra más.

No sabía que pudiera ser violento fuera de la pista. No sabía que eso… pudiera gustarle a una chica.

Aprieto los dedos alrededor de su cuello hasta que se le ponen los ojos en blanco. Me asusto y aflojo un poco. Cuando me corro, con una sensación extraña en el pecho, ella tiene las mejillas encendidas y una sonrisa apacible en los labios.

Parece feliz, dichosa, como si hubiera obtenido justo lo que buscaba. Mientras que yo… Bueno, esto no era —ni de lejos— como pensaba que sería. No sé cómo me siento. Me invade una mezcla de confusión y euforia.

Me levanto para quitarme el preservativo y le pregunto dónde está el baño. Tiro el condón a la papelera y me miro al espejo. Estoy colorado. Fuerzo una sonrisa. Ya está. Ya no soy el raro del equipo.

Regreso a la habitación con la intención de tumbarme a su lado y abrazarla, de decirle que ha sido especial, que me ha gustado, aunque no fuera lo que esperaba. Pero ella ya se está vistiendo, así que recojo mi ropa del suelo y me la pongo sin decir nada.

—¿Quieres que…? —empiezo con torpeza.

¿… veamos una peli? ¿Hablemos de lo que acaba de pasar? ¿Te apetece quedar mañana?

—Ya te puedes ir —dice, agitando la mano hacia la puerta como si espantara a un gato callejero—. Ha sido alucinante, ¿eh?

—Vale —respondo con esfuerzo—. ¿Te parece bien si…?

¿… te llamo mañana?

—Oh, venga. Lárgate. —Se da la vuelta y me mira, riendo—. ¡No me voy a enfadar! Has sido mi mejor polvo. Y te estoy muy agradecida. ¡No hagamos un drama de esto!

¿Qué?

Se tapa la cara con las manos y vuelve a reírse. Su risa ya no me parece bonita; se me clava en el pecho como si fueran astillas afiladas.

—¡Ya verás cuando les cuente a mis amigas que me he acostado

con Zane Knight! —exclama como si fuera un triunfo—. Cada vez que te veíamos ser agresivo en la pista, nos preguntábamos cómo serías follando. Y yo les dije que claramente serías un tigre. ¡No me equivocaba! Se van a morir de envidia.

Me quedo ahí plantado, sin saber qué decir. Así que eso era todo. Eso es lo único que quería de mí. Que fuera una bestia, un bruto, un animal.

Me voy sin despedirme. Algo dentro de mí se rompe al cruzar la puerta, algo que ya estaba roto, pero que había intentado pegar con cinta.

Pensé que June me veía, que con ella podía ser algo más que el jugador de *hockey*. Pero ella solo quería al hijo de puta de la pista de hielo, el que nadie se atreve a tocar. Porque cuando me abro, me hacen pedazos; como June, como mi madre. Pero, cuando grito, cuando pierdo el control… Todos se apartan, y eso es lo más cerca que he estado de sentirme a salvo.

Si así es como me ven June y el resto de las chicas, quizá debería darles a la bestia que se merecen.

Me pongo la capucha, bajo la cabeza y echo a andar. A partir de hoy, Zane Knight no necesita que lo acepten. Solo necesita que lo teman.

Solo una madre suficientemente buena

River

—¡River!

Mi madre y yo nos cruzamos en la entrada. Esbozo una mueca torcida como saludo y me hago a un lado para que salga. Joder, la cabeza me va a estallar.

No me sorprende que se quede ahí plantada, frunciendo los labios. A veces me hace un poco de caso, pero solo para echarme la bronca y demostrar cuánto la decepciono. Eso es todo lo que suelo recibir de ella. Y ya estoy harto. Por eso me da igual que finja preocuparse por mí.

Sí, llevo veinticuatro horas sin dar señales de vida. Me fui de fiesta con un amigo, me quedé sin batería y terminamos en su casa. Estaba tan cansado que me dormí antes de encender el móvil. Debería haberlos llamado, lo sé. Pero luego recordé que a mi padre le sobran los motivos para golpearme —uno más no marcaría la diferencia—, y que a ella, sencillamente, le importo una mierda.

—¿Dónde estabas? —pregunta—. Nos tenías preocupados.

Echo la cabeza hacia atrás y me da la risa. Ya. Claro.

Me paso la mano por el pelo y le hago un gesto para que se aparte. No debería haberme fumado ese porro antes de venir, pero, como sabía lo que me esperaba, prefería estar preparado para los puños de mi queridísimo padre.

—Por ahí —respondo con desgana.

Ella me mira como si quisiera decir algo más. No tiene buen aspecto. Ha ido empeorando en los últimos meses, aunque pensé que remontaría con la visita de Grayson. Normalmente, su aparición le levanta el ánimo. Sin embargo, desde que llegó, parece más hundida que nunca.

—Zane está entrenando y Grayson se ha llevado a los pequeños al cine —comenta, indecisa—. Iba a dar una vuelta para despejarme. ¿Qué tal si me acompañas y hablamos un poco?

Su oferta me deja perplejo. Nunca pasamos tiempo a solas. Al

menos, no desde hace mucho. Por alguna razón que ya he dejado de preguntarme, a mi madre no le gusta estar conmigo si no hay alguien más delante. Siempre necesita a otro entre nosotros, como si los demás fueran un escudo para soportarme.

¿Cuántas veces he deseado que ella me eligiera? Que, en lugar de leerles un cuento a los pequeños, me preguntara qué tal me iba en el instituto. Que, en lugar de animar a Zane en los partidos, me apuntara a alguna actividad extraescolar. Que, en lugar de felicitar a Grayson por sus logros académicos, me preguntara si me gustaba alguna chica y me diera un consejo.

Pero ya no.

Hay un punto de no retorno en el que entiendes que los momentos perdidos no se recuperan. Porque el tiempo es lo más valioso que tenemos, y una vez que se va, no hay forma de volver atrás.

—Creo que paso —le digo con desdén.

Sí, una parte retorcida de mí —esa que ha crecido a base de su indiferencia— disfruta al ver cómo mi rechazo la toma por sorpresa.

—Vale. —Fuerza una sonrisa—. Pareces cansado. Quizá otro día.

Asiento y empiezo a darme la vuelta, pero algo se remueve dentro de mí. No sé si la hierba me ha soltado la lengua más de la cuenta o que ya no tengo nada que perder. El caso es que freno en seco y la miro sin ocultar mi resentimiento.

—Ambos sabemos que no habrá otro día.

—No te entiendo…

—Oh, claro que sí —la interrumpo con aspereza—. Tú y yo nunca nos hemos entendido. No me quieres, y no pasa nada.

Ella parece aturdida, como si mis palabras le resultaran inconcebibles. Pero acabo de soltar una verdad que nunca me había atrevido a decir en voz alta. Ya es hora de que uno de nosotros ponga las cartas bocarriba.

—¿Sabías que hay madres incapaces de querer a sus hijos? —continuó, impasible ante su expresión horrorizada—. Ya, ya sé que no soy precisamente un buen estudiante. Pero eso se me quedó grabado. Winnicott, un pediatra y psicoanalista, decía que para criar bien a un niño no hacía falta ser perfecta, solo ser una madre

suficientemente buena. No brillante ni heroica. Solo buena, ¿lo pillas? Estar ahí, responder a las necesidades básicas de tu hijo y mostrar afecto. Resumiendo: quererlo. Pero es evidente que Winnicott se habría frotado las manos contigo.

Mi madre da un paso atrás. Pongo los ojos en blanco.

—No te pedía mucho, ¿sabes? Ni que me miraras como a Grayson ni que me defendieras como a Zane ni que me abrazaras como a los pequeños. Me habría conformado con que, de vez en cuando, me dijeras que me querías. Con que me trataras como si tuviera un lugar en esta familia que no fuera el hueco que dejan mis hermanos.

Ella abre la boca. Sé lo que va a decir: que me quiere, que estoy equivocado, pero no le doy la oportunidad. Porque es una mentirosa que me abandonó debajo de la cama mientras mi padre destrozaba mi inocencia a golpes.

—Por suerte, no eres como los hámsters, que se comen a sus crías cuando están estresadas. —Arqueo una ceja. Ella permanece inmóvil—. Tú solo te has limitado a ignorarme. Como hacen las madres modernas, ¿no?

Sigue ahí parada, como si la hubiera noqueado con mis palabras. Y yo solo quiero tirarme en la cama, cerrar los ojos y olvidarme de que existo.

—Disfruta del paseo —añado con un tono casi amable.

La dejó ahí, tragándose esa culpa que apesta a falsedad. No la necesito. Como tampoco necesito al hombre que está en el salón, sentado en el sofá, con la cara entre las manos y los hombros hundidos.

—Me encanta cuando estamos los dos solos —lo saludo, irónico.

Mi padre levanta la cabeza. Tiene los ojos rojos y la vena del cuello hinchada. Se levanta en silencio; solo me observa. Parece casi tan destrozado como mi madre. Quizá han vuelto a discutir y por eso Grayson se ha llevado a los pequeños.

El odio se enrosca en mi pecho como una serpiente venenosa mientras él me mira. Yo seré el payaso de esta familia, pero él es la maldita enfermedad que ha podrido sus raíces. Y sé que lo sabe.

Avanza un paso, pero esta vez no retrocedo. Alzo la barbilla y le sostengo la mirada. Ya no soy un crío asustado. Ya no… Su mano me

cruza la cara tan rápido y con tanta fuerza que ni siquiera la veo venir. El sabor metálico me llena la boca cuando caigo al suelo con un gruñido.

Joder.

¿Cómo puede seguir pegando tan fuerte?

El golpe me ha pillado tan desprevenido que escucho un pitido sordo por el oído izquierdo y me sobreviene un mareo cuando intento incorporarme.

—¿Dónde coño estabas? —me grita, desabrochándose el cinturón con manos torpes.

El chasquido metálico de la hebilla al soltarse me pone los vellos de punta. Me agazapo, preparado para recibir el primer latigazo, como el cobarde que soy. Porque los entrenamientos con Grayson no han cambiado nada. Por eso me eligió mi padre: porque soy el más débil. Cuando escucho el siseo áspero del cuero deslizándose por las presillas, aprieto los dientes, listo para el dolor.

Se inclina hasta pegar su cara a la mía. Su aliento huele a rabia.

—Te voy a reventar, pedazo de mierda. Hoy sí que no te salvas.

Me trago las lágrimas, y me odio casi tanto como a él. Por no defenderme. Por no levantarme. Por no atreverme a usar lo que me ha enseñado Grayson. Porque, si fallo, el castigo será peor, y no sé si podría soportarlo.

Mi padre echa el brazo hacia atrás para darme el primer latigazo. Pero entonces una voz rota y perpleja rompe el silencio.

—¿Qué… qué estás haciendo, Alexander?

Mi padre se gira hacia ella con los ojos muy abiertos. Luego parpadea, confuso, mientras baja el brazo muy despacio.

Yo sigo en el suelo, con el oído zumbando y la boca llena de sangre. Y lo único que puedo pensar es que jamás había visto a mi padre tan asustado, porque acaba de perder el control frente a la única persona ante la que aún quiere parecer un buen hombre.

Mi madre.

Ella ha tardado dieciséis años en abrir los ojos y ver al monstruo con el que está casada. Pero lo siento como una victoria, porque ha regresado como si acabara de recordar que sigo siendo su hijo.

Tu amor es un veneno

River

—Apártate de él —le ordena mi madre.

Mi padre permanece inmóvil, pasmado, con la respiración agitada. Yo tampoco puedo moverme. Tengo los ojos clavados en mi madre, que parece no saber a quién mirar. De repente, se fija en el cinturón que él aún sostiene y se derrumba, como si las piernas ya no pudieran sostenerla. Él da un paso hacia ella, instintivo, pero mi madre levanta el brazo y suelta una especie de gruñido: una advertencia para que él no se acerque. La mano con la que sujeta el cinturón le tiembla mientras ella se arrastra hacia mí.

—¿Estás bien? —me pregunta con la voz hecha trizas.

El roce de su mano en mi mejilla es tan inesperado que doy un respingo. No puedo evitar tensarme. Aunque siempre he deseado que me tocara, que me defendiera, la desconfianza es más rápida que el anhelo. Como un gato callejero que ha recibido tantas patadas que no se atreve a acercarse cuando alguien le ofrece comida.

Tengo la garganta cerrada y la boca me sabe a sangre. No puedo ni hablar. He soñado con este momento durante muchos años. Y ahora… solo puedo mirarla sin saber qué esperar de ella, porque no sé si viene a salvarme o a romperme un poco más.

—Estás temblando —susurra, poniendo una mano en mi rodilla.

Retrocedo, lejos de ella, de él. Se queda helada y se gira despacio hacia mi padre, como si buscara una explicación. Él se pasa una mano por la barba y mira para otro lado.

—Ahora va de víctima —sisea con desprecio—. Desapareció sin avisar porque le importamos una mierda. Nos tenía preocupados. Ni Grayson ni Zane harían algo así.

Mi madre no dice nada. Al darse cuenta de que ella no acepta su justificación, mi padre alza la cabeza… y estalla.

—¡Le encanta sacarme de mis casillas! ¡Me ha provocado!

—Alexander, mira a tu hijo —dice, señalándome con una tristeza

que le pesa hasta en la voz—. Está aterrorizado. ¿Cómo puedes pensar que disfruta con esto?

—¡Claro que disfruta! ¡Parece mentira que no lo conozcas! —Barre el contenido de la mesa con el brazo. La figurita que Winter hizo por el Día del Padre se estrella contra el suelo y se hace añicos—. ¡Deberías haber oído cómo me ha hablado! Solo quería darle una lección para que no volviera a hacer algo así.

No puedo hablar ni moverme. Respirar ya es un esfuerzo titánico, y siento que, si hago el más mínimo ruido, terminaré de romperme.

—Tu padre y yo estamos estresados —murmura mi madre, lanzándome una mirada fugaz, acompañada de una mueca conciliadora. Luego se dirige de nuevo a él—. Pero no somos así. Tú no eres un hombre violento, y pegar a nuestro hijo no es la solución.

Mi padre da un paso hacia nosotros y ella se interpone con el cuerpo, plantándose delante de mí como un escudo.

—¡Lo puedo arreglar! —brama, moviendo los brazos de forma errática. Yo me encojo, aterrado, al ver cómo sigue agitando el cinturón—. ¡Es lo que siempre hago por nuestra familia! ¿Acaso no te he cuidado, Cat? ¡Este crío necesita un escarmiento de verdad! ¿No te das cuenta de que no hay otra forma de que aprenda?

—¡Suelta el cinturón! —le grita mi madre—. Por el amor de Dios. ¡Nunca les hemos puesto una mano encima a nuestros hijos! No es así como quiero educarlos. La violencia no es…

Algo se escapa de mi pecho; un sonido, un gemido, una risa. No sé ni lo que es, pero no puedo contenerlo.

Los ojos de mi padre brillan de odio. Mi madre se vuelve hacia mí, pálida.

—River —susurra—, ¿no es la primera vez?

No respondo. Solo me levanto la camiseta para enseñarle los moratones de la espalda. Son de hace un mes, pero aún se distinguen las manchas amarillentas.

—¡Se lo ha hecho a propósito! —grita mi padre, con el rostro desencajado por la rabia—. ¡Es un maldito mentiroso! ¿No ves lo que intenta? Primero me provoca y luego trata de ponerte en mi contra.

Pero ella ya no lo escucha; solo me mira a mí, con la culpa ardiéndole en los ojos y el horror congelado en la cara. Pero eso no

basta para impedir que yo extienda los brazos cuando intenta abrazarme.

No quiero que me toque. No puedo soportarlo.

—No juegues conmigo —digo con un hilo de voz—. Siempre lo has sabido.

—No… Yo no… —Se le escapa un sollozo—. Te juro que yo no…

—No me mientas. —Me aparto cuando, de nuevo, hace otro intento por estrecharme. Odio que mi voz me traicione al quebrarse —. Tú lo sabías. Claro que lo sabías.

—Pensé que a veces era… especialmente duro contigo —rompe a llorar—, pero te juro que nunca imaginé que te golpeaba.

—¡Lleva dándome palizas desde que tenía seis años! —grito. Las lágrimas me corren por las mejillas al primer alarido—. ¿Recuerdas el día que jugamos al escondite y le dijiste que estabas embarazada? Te olvidaste de mí y me quedé debajo de la cama. ¿Sabes qué pasó?

—Dios mío.

—¡Casi me mata mientras yo gritaba tu nombre! ¿Y dónde estabas, mamá? ¿Dónde estuviste todos estos años? —le recrimino, limpiándome las lágrimas de un manotazo—. Porque él siempre encontraba una excusa para desquitarse conmigo. Y te aseguro que sabía lo que hacía. Me golpeaba donde no se vieran las marcas.

—¡No lo escuches! —ruge él—. La psicóloga dijo que es un narcisista. Que necesita atención constante, que manipula a todos para hacerse la víctima. ¡Nos advirtió que tergiversaría cualquier cosa para ganar poder en casa!

Me río, incrédulo, mientras me limpio la sangre de la boca.

—¿De verdad? ¿Y por qué no llamas a la doctora Anderson? ¿No será porque la despediste después de que ella te asegurase que yo era un crío sano? ¡Vamos, llámala ahora! ¡A ver qué tiene que decir sobre mí! —Mi padre se queda sin palabras—. ¿Sabes quién es el puto narcisista de esta familia? ¡Tú, hostia!

—Me dijiste que habías despedido a la doctora Anderson porque había insistido en medicar a Zane en contra de su voluntad… —titubea mi madre.

—Cat, no lo escuches. ¡Maldita sea! —Mi padre se lleva las manos al pelo, desesperado—. ¿No ves que solo intenta manipularte?

Pero ya no hay marcha atrás. Ambos lo entendemos al ver cómo lo mira ella; como si de pronto no supiera quién es.

—¿Cómo has podido hacerle algo así? —le reprocha, con la voz hecha pedazos.

Mi padre se abalanza sobre mí como un animal rabioso. Mi madre grita, presa del pánico. Pero esta vez no me quedo quieto.

Recuerdo cada lección de Grayson. Cada maldito golpe que me enseñó a encajar. Cada vez que me gritó que levantara el mentón, que protegiera el costado, que nunca dejara que me vieran temblar.

Por eso, bloqueo el golpe con el antebrazo. El impacto me sacude de pies a cabeza, pero no me rompe. Aprovecho su desequilibrio y me impulso hacia arriba, apoyándome en una rodilla. Lo he pillado tan desprevenido que me mira atónito, como si no entendiera lo que acaba de pasar. Y le lanzo un puñetazo al rostro con toda la rabia que he acumulado durante los últimos diez años. Él se tambalea, incrédulo, llevándose una mano a la mandíbula.

—Ya no soy un crío —digo, apretando los puños—. No vas a volver a tocarme en tu puta vida.

Los ojos se le desorbitan.

—Tú a mí no…

Lo agarro del cuello de la camisa, echo la cabeza hacia atrás y lo golpeo con todas mis fuerzas. Mi padre se estrella contra el sofá y me lanzo sobre él, descargando una serie de ganchos contra sus costillas.

—¡No te tengo miedo! —Lo golpeo hasta que me sangran los nudillos y el pecho me arde—. ¡Vamos, levántate!

Se cubre la cara.

Lo veo todo negro.

Mis puños se estrellan contra su abdomen. Porque no debo dejar marcas. Porque no debo parar. Aunque me lo suplique. Él me lo enseñó.

—¡Solo era un niño! —le grito mientras las lágrimas me impiden ver nada—. ¡Un niño, joder!

Golpe. Golpe. Golpe.

—¡Tú tenías que protegerme! ¡Se suponía que debías ser mi héroe! ¡No el puto monstruo de la historia!

Apenas puedo respirar mientras sigo golpeándolo.

—¡River! ¡Por favor, River!

—¡Y, cada vez que me tocabas, rezaba para que alguien me salvara! ¡Y nadie venía!

Pam. Pam. Pam. Mis puños se estrellan sin piedad.

—¡Me rompiste por dentro! ¡Y aún esperabas que te diera las gracias!

Los golpes se mezclan con el llanto. Son años de dolor, de rabia, de impotencia.

—¡¿Por qué?! ¡¿Qué hice tan mal para que me odiaras así?! ¿Por qué yo?

Lo agarro de la camisa, dispuesto a desquitarme ahora con su cara. Hasta que no quede nada de él y el monstruo desaparezca para siempre de nuestras vidas.

—¡River, para! ¡Por favor, para! —suplica mi madre, agarrándome del brazo—. ¡Lo vas a matar! ¡Es tu padre!

Me la quito de encima y retrocedo, jadeando. Mi padre está tendido en el sofá, abrazándose el costado. A mí me sangran los nudillos, pero lo que de verdad me duele es el órgano que me arrancaría del pecho sin pensarlo dos veces.

—¿De verdad? —Dejo caer los brazos—. ¿Lo defiendes a él? ¡¿A ÉL?!

—No lo estoy defendiendo, cariño —solloza—. Pero lo vas a matar.

—¡Viviríamos mejor sin él! Pero tú siempre lo elegirás, por eso nunca te pedí ayuda. Porque en el fondo sabías lo que me hacía, pero preferiste mirar hacia otro lado.

—¡No lo sabía! —jura con los ojos brillantes—. ¡Te prometo que no!

—Nunca me has querido. —Me tapo la cara y rompo a llorar, completamente roto—. ¿Qué tengo yo de malo, mamá? ¿Es porque intentaste matarme?

Mi madre se queda muda. Dejo de cubrirme el rostro para mirarla. El suyo ha perdido todo el color.

—Lo sé desde hace años —digo, señalando a mi padre—. Me lo contó la primera vez que me pegó. En aquel momento no entendí por qué dijo que habías intentado matarme y que por eso nunca

vendrías a salvarme.

Me aprieto el pecho para aplacar el dolor. Me cuesta respirar. Mi padre jadea en el sofá. Mi madre me mira, con la vergüenza dibujada en los ojos.

—Luego crecí —continúo—, pero esa confesión se me quedó grabada. Y empecé a preguntarme si esa era la razón por la que nunca me tocabas ni eras cariñosa conmigo. Porque yo era un recordatorio de lo que hiciste, ¿no?

Ella le lanza una mirada de reproche a mi padre. Él responde con un gruñido.

—Dime algo —le suplico, desesperado—. Necesito entenderlo. ¡A Zane lo ahogaste en la bañera y seguiste abrazándolo! ¡Mimándolo! ¡Queriéndolo! ¿Yo no merecía lo mismo?

—Él lo recordaba… —dice al fin, con una voz tan baja que casi no la oigo—. Y yo solo quería que me perdonara y que dejara de tenerme miedo. Por mi culpa, Zane ha cambiado. Le tiene pánico al mundo. Pensé que, si me volcaba en él, si le demostraba que no tenía nada que temer de mí, tal vez… tal vez volvería a ser aquel niño feliz.

—¿Y yo? —susurro entre lágrimas, con amargura—. ¿Qué hay de mí?

—Eras un bebé. No tenías que saberlo. Aquel día me juré que no volvería a quedarme a solas contigo. Que no dejaría que *ella* ganara. —Se señala la cabeza y esboza una sonrisa rota—. Cada vez que estaba cerca de ti, me recordaba lo que estuve a punto de hacer. No podía…, River. Pensé que alejándome te protegería.

—Pues lo único que hiciste fue dejarme solo —me vuelvo hacia el despojo que intenta incorporarse en el sofá y lo señalo—, para que él me destrozara a base de golpes.

—No… —resuella él, con los ojos brillantes de odio—. No le hables así a tu madre.

La tentación de noquearlo es enorme, pero mi madre se coloca delante de él.

—Déjalo, River.

—No esperaba menos de ti. —Asiento, tragándome las lágrimas.

—No lo hago por él, sino por ti.

Mentiras. Más mentiras. Estoy harto.

—Claro que sabías que él me maltrataba —digo, resignado—. Al menos admítelo de una vez para que podamos acabar con esto. Te prometo que mis hermanos nunca lo sabrán. Bastante tienen ya con todo el daño que les habéis hecho.

Silencio.

—¡Venga, mamá! ¿Qué te creías que me pasaba cuando mis hermanos mayores no estaban y yo no salía de mi habitación durante días?

Mi madre baja la cabeza, avergonzada. Eso es todo lo que necesito para confirmar lo que llevaba tantos años sospechando.

—Sois tal para cual. —Los señalo, asqueado—. Os merecéis.

—¡River! —Me coge la cara entre las manos—. Lo siento. Te quiero. ¡Te quiero!

La agarro por las muñecas, niego con la cabeza y la empujo con suavidad. Hacia él, directa a los brazos de su querido esposo.

—He pasado toda mi vida suplicando que me vieras, anhelando tu amor —confieso, con el rostro lleno de lágrimas—. Pero ya no lo quiero, porque tu amor es un veneno.

Me dirijo a la puerta, pero los gritos de mi padre me detienen antes de cruzarla.

—¡Por supuesto que no te queremos! —aúlla, como un perro rabioso que intenta morder desde el suelo—. ¡Eres un maldito error! ¡Debería haberte dejado caer por la ventana!

Mi madre se gira hacia él, devastada.

—Quiero el divorcio.

Mi padre la mira como si esa palabra no existiera en su diccionario.

—Tú no te divorcias de mí —sentencia—. Así de sencillo.

Se enzarzan en una discusión que ni me molesto en escuchar. Salgo de casa sin saber qué haré con mi vida. No puedo seguir encerrado en esa cárcel. Quizá no tenga a dónde ir, pero prefiero dormir en la calle antes que volver a ese infierno.

Que nunca deje de elegirme

Winter

Estoy triste.

Mis días favoritos del año son mi cumpleaños, la mañana de Navidad y el cumple de papá. Ese día lo bautizamos hace cuatro años como el Cumpleaños del Rey. Y Josh y yo somos sus principitos.

Desde que Josh llegó a casa, cuando los dos teníamos cuatro años, papá reserva esa mañana solo para nosotros tres. Todos vestimos de azul, su color favorito. Primero, nos lleva a desayunar a un restaurante precioso junto al río. Comemos hasta reventar: cruasanes, chocolate caliente, tostadas francesas, zumo y tortitas con nata. Luego alquila una barca con remos y nos turnamos para remar mientras él se ríe, nos da órdenes y nos llama sus pequeños capitanes. Después, lo celebramos almorzando con el resto de la familia y una enorme tarta de chocolate con cerezas. Es el único pastel que sabe hacer mamá. A mí no me gusta, pero me como un trozo pequeñito para que no se ponga triste.

Pero este año no hubo desayuno en el río ni barco con remos ni tampoco pastel de chocolate.

Lloré cuando papá me dijo que este año no haríamos nada. Que no tenía ganas.

Puede que solo tenga ocho años y crean que no me entero de nada, pero me di cuenta de que papá miró enfadado a Grayson cuando me vio llorar. Zane, que estaba jugando a la videoconsola, resopló y dijo que los cumpleaños son una mierda. Josh no dijo nada, porque él nunca se queja. Solo me abrazó fuerte y me susurró que ya iríamos en barca otro día.

No sé qué opinaba River. Llevaba un par de días durmiendo en casa de un amigo —o eso le dijo a Grayson cuando lo trajo de regreso a casa—. Luego los oí discutir en su habitación. Mi hermano mayor le preguntó por qué se había ido sin avisar, que lo tenía muy preocupado. Después le gritó que lo mirase mientas le hablaba y

que, si estaba en algún lío, podía confiar en él. Pero River le soltó que estaba bien y que no se metiera en sus cosas, que ya tenía bastante con un padre.

Algo muy malo pasa en casa. No podía quedarme con la duda, así que también escuché a escondidas la conversación de Grayson y papá. ¡Soy un poco cotilla, lo sé! Pero, como solo tengo ocho años, nadie me cuenta nada. Mi hermano le dijo que todos fingirían por los pequeños, y papá le soltó:

—Muy considerado por tu parte, hijo.

Así que ahora estamos todos en un restaurante, aunque nadie parece feliz. Ni siquiera papá. Y mamá no ha venido porque dice que se encuentra mal. Desde que River se marchó a casa de su amigo, no sale de su habitación, ni siquiera para leerme un cuento antes de arroparme.

Papá ha invitado a Marcus y a sus hijos. Es la primera vez que vienen a su cumpleaños, y me pregunto si lo ha hecho para castigar a mamá, porque ella no ha querido venir y sabe que no le cae bien el señor del bigote.

Sophie está hablando con Grayson. No se ha despegado de él en ningún momento, y se nota que mi hermano preferiría estar en cualquier otra parte. Zane dice que la comida es una porquería y sigue con el ceño fruncido, pero yo creo que la carne está buena. Seguro que solo está enfadado porque se ha perdido el entrenamiento de *hockey*.

River charla con Darian, el hijo menor de Marcus. Tienen la misma edad y se llevan bien, aunque Darian habla poco y saca mejores notas que mi hermano. Creo que es el hijo favorito del señor del bigote, porque siempre presume de él y asegura que será un gran médico mientras Sophie pone cara de asco. A mí Sophie me cae mal porque es una pesada con Grayson.

Este es el peor cumple del mundo.

Echo de menos a mi madre, y estoy segura de que papá también, porque apenas sonríe mientras habla con su amigo. Ojalá haga las paces con mamá. Quizá ella nos esté esperando en casa con una tarta enorme de chocolate y cerezas. Si hace falta, tomaré un pedazo enorme.

Josh está a mi lado. Se ha comido todos los guisantes de mi plato sin que se lo pidiera. Antes de que traigan el postre, desliza un papel por debajo de la mesa.

—Lo he hecho esta mañana —me dice—. Para que no estés triste.

Desdoblo la hoja y sonrío un poquito, aunque sigue doliéndome el pecho. Somos él y yo en la luna, remando en una barquita que cruza un río de estrellas. Me ha dibujado muy bien las coletas y los hoyuelos de las mejillas. En el cielo ha escrito: «Josh y Winter, astronautas y mejores amigos». Acaricio su caligrafía. La profesora tiene razón: tiene una letra muy bonita y escribe sin faltas de ortografía. Aunque, claro, yo no sé si ha cometido alguna, porque confundo la «v» con la «b» y no recuerdo qué palabras se escriben sin «h». Pero, como Josh es el niño más listo de nuestra clase, estoy segura de que lo ha escrito bien.

Cuando tenía seis años, Josh buscó en internet si podíamos irnos a vivir a la luna. Estuvo todo el recreo investigando en la biblioteca. Esa noche me contó, muy serio, que no podíamos mudarnos allí porque no había aire para respirar, hacía mucho frío y necesitaríamos una casa con paredes especiales. Ni siquiera podríamos correr ni plantar flores. Yo me puse a llorar y no paré hasta que prometió que, si no podíamos vivir allí, entonces haríamos como si sí. Solo él y yo. Porque nadie más entendía lo especial que era nuestra luna.

Abrazo el dibujo contra mi pecho y, ahora sí, esbozo una sonrisa enorme.

—Gracias —digo en voz baja—. Es muy bonito.

—Ya sé que no podemos vivir en la luna, pero, cuando estamos juntos, me siento como si estuviéramos allí.

Josh dice cosas que siempre me hacen sentir bien y especial, como justo ahora. Y me regala dibujos en los que vivimos aventuras, se come las verduras de mi plato y me grita: «¡Tú puedes!» cuando me caigo intentando hacer un giro difícil en la pista de hielo. Así que no importa si este cumpleaños no está siendo tan bonito como los otros, porque mientras estemos juntos, vivir en la luna aún me parece posible.

A los cuatro años quería ser astronauta. Ahora solo quiero que él

nunca deje de elegirme.

Cuando me da la mano, el estómago me da una voltereta, como si estuviéramos a punto de despegar en un cohete a toda velocidad. Y pienso que tiene razón: a su lado, la vida da un poco de vértigo. Como cuando estás muy muy alto. Como cuando estás en la luna.


Josh y Winter,
astronautas y mejores amigos.☆

El día que se rompió el castillo

Josh

Hoy no hay velas ni besos en la mejilla.

Nuestro padre no sopla ninguna tarta, y Cat no le sonríe ni le da un regalo. Todos sabemos que este cumpleaños es distinto, aunque nadie lo mencione.

Me siento mal por Grayson, que se ha esforzado para que no lo notemos. Y también por River, que no debería estar obligado a sonreír en el cumpleaños de un hombre que le pega.

Grayson es el primero en levantarse tras el almuerzo, supongo que para librarse de Sophie. Está a punto de darle la mano a Winter cuando su exnovia le pide hablar a solas. Él asiente con cara de sufrimiento y la sigue hacia la entrada, aunque sin quitarnos la vista de encima. Desde que vino en Navidad no se separa de Winter ni de mí. No le he preguntado por qué. La respuesta me da casi tanto miedo como molestar.

¿Será porque teme que Cat sea mala con nosotros? ¿O porque ya sabe que papá castiga a River con el cinturón? A mí me da pánico quedarme a solas con ellos, así que me tranquiliza que mi hermano mayor cuide de nosotros. No le gustan los abrazos, pero me ayuda con los deberes y nos prepara sándwiches de mantequilla de cacahuete sin corteza. Es mejor que papá, pero eso no puedo decirlo en voz alta. Me aterra que él pueda usar el cinturón conmigo o peor, que lo haga con Winter. En ese caso, preferiría que me pegara a mí.

Marcus va por delante con Darian, que quiere ser médico y habla poco. River está discutiendo con Zane sobre cuál es el mejor equipo de la NHL. Nuestro padre camina detrás, cabizbajo, pero a mí no me engaña desde que vi cómo trataba a River. Me siento culpable por haberle guardado ese secreto. A veces deseo que Grayson coja el cinturón y le pegue en toda la cara. O que Zane le parta el palo de *hockey* en la espalda, para darle una lección.

¿Seré un niño malo por pensar así?

Winter se muerde el labio mientras lo mira. Para ella, papá sigue

siendo el rey del castillo. Todavía recuerdo lo furiosa que se puso cuando insinué que nuestros padres no eran tan buenos. No quiero que se enfade ni verla triste, así que me callo todo lo que pienso; las cosas horribles sobre ellos y sobre mí.

—¡Papá! —exclama de repente, deteniéndose frente a él. Saca algo del bolsillo—. ¡Mira! Josh me ha hecho esto. ¿A que es superchulo?

Lo sé en cuanto lo veo: es una mala idea.

Él coge el dibujo y lo observa en silencio mientras yo contengo la respiración. No… No lo he hecho para él. Sé que Winter se lo enseña con la esperanza de arrancarle una sonrisa, pero su cara cambia al alzar la vista hacia mí.

—¿En serio? —responde con voz seca. Arruga el papel y lo lanza al suelo como si quemara. Winter da un salto cuando el dibujo aterriza a sus pies. Abre la boca, petrificada—. En vez de hacerle dibujitos patéticos a tu hermana, deberías aprender a defenderte en el colegio.

Las mejillas me arden de vergüenza.

—¿O te crees que está bien esconderte detrás de una niña? —continúa, alzando la voz. Marcus y su hijo se giran, pero a él no le importa. Se inclina hacia mí, con los ojos inyectados y esas sombras feas bajo los párpados—. ¿Quieres regalarme algo de valor? Defiéndete cuando se metan contigo. ¡No seas un cobarde!

—El dibujo no era para ti —suelto en voz baja.

Él entrecierra los ojos.

—¿Qué has dicho? —sisea.

—¡No es un cobarde! —grita Winter, indignada—. ¡Es bueno! ¡Y listo! La profe dice que es el que mejor lee, y también sabe sumar hasta cuatro cifras. ¡Y siempre me cuida! ¡Y me gusta que me haga dibujos!

Mi padre la observa un segundo, como si fuera una mosca molesta, y después vuelve a fijarse en mí. Winter infla el pecho, herida. Nunca la había despreciado así.

—Cállate, Winter. No estaba hablando contigo —le espeta con la mandíbula apretada. Me encojo al sentir el peso de su mirada afilada —. En cuanto a ti…

—¡Vamos, Josh, defiéndete! —lo interrumpe Winter, a punto de echarse a llorar—. ¡Dile que no eres un cobarde!

Solo parpadeo. Mis labios no se mueven. Mi padre resopla con una sonrisa torcida y murmura algo entre dientes. Creo que ha dicho: «¿Ves? Sí lo es».

El pecho me pesa como un ladrillo. Solo quiero que me deje en paz. Yo no pedí esto. Ni que me adoptara ni estudiar en ese colegio lleno de niños crueles, ni tampoco que Cat me obligue a llamarla mamá ni un padre que pega a escondidas a uno de sus hijos.

Todo dentro de mí se congela, como si me hubiera tragado un iceberg. Apenas puedo respirar. Los ojos me escuecen, pero no lloro. Porque si lloro, se burlará más.

A mi lado, Winter sigue plantándole cara, furiosa. Tiene el cuello rojo, los ojos brillantes, los rizos alborotados, los puños apretados contra los costados y la cabeza erguida. Se gira y me busca con la mirada. Sus ojos suplican: «Por favor, haz algo». Y entonces saco pecho, porque nada me disgusta más que herir sus sentimientos.

—No soy un cobarde —susurro, solo para no fallarle.

No lo hago por mí, sino por ella. Porque hay algo que me da más miedo que mi padre: decepcionarla.

Él me mira como si acabara de insultarlo. Entonces avanza, tan deprisa que me quedo congelado del susto, y levanta la mano. Winter se lanza delante de mí justo cuando él baja el brazo.

¡Plaf!

El sonido me taladra los oídos. Winter se tambalea. El restaurante se queda en silencio.

Ella lo mira con los ojos muy abiertos. Yo he dejado de respirar. Mi hermana, mi mejor amiga, tiene la marca de sus dedos en la mejilla. Cierra los ojos y suelta un gemido. Cuando los abre, temblando de pies a cabeza, las lágrimas le ruedan por la cara. Mi padre retrocede, en *shock*.

—Yo no… —balbucea, tragando saliva—. ¡Ha sido culpa tuya! ¿Por qué te has puesto delante?

Y yo permanezco ahí, detrás de ella. Atónito, conteniendo el aliento.

Él… le ha pegado. Ha pegado a Winter.

Ella se acaricia la mejilla, despacio, como si le ardiera la piel.

—¡Malo! ¡Por eso mamá no ha venido! —le grita, hipando—. ¡Ojalá te mueras!

La frase queda suspendida en el aire. Ya no hay rey; ya no hay castillo. Solo un monstruo y una princesa con la mejilla muy roja.

El rostro de él se transforma y se le desorbitan los ojos. Grayson viene corriendo, pero no está lo bastante cerca para intervenir cuando nuestro padre da otro paso amenazador hacia Winter. A lo lejos, River y Zane dejan de discutir. Se han quedado mudos.

—¡TE MATO! —ruge Zane.

Él ni lo oye. Pero, antes de que pueda acercarse más a Winter, Marcus lo agarra del cuello y le acerca la cara.

—No le vuelvas a poner la mano encima a la niña —le espeta, empujándolo hacia la salida trasera—. Fuera. Ya.

Darian observa cómo su padre se lleva al mío. Luego lanza una mirada de reojo a Winter, se rasca la nuca y esboza una media sonrisita.

Winter se cubre la cara y rompe a llorar. Yo no puedo moverme. Sigo en el mismo sitio cuando Grayson llega y la envuelve entre sus brazos.

—¿Dónde se ha metido ese cabrón? —vocifera Zane, girando el cuello como si estuviera poseído—. ¡Lo reviento! ¡Solo es una niña! ¿Quiere pegar a alguien? ¡Que lo intente conmigo! —Choca los puños con rabia. De pronto, se fija en una señora que cuchichea desde su mesa y le muestra los dientes—. ¿Qué miras, bruja? ¿A que te meto ese solomillo por la garganta?

La señora da un saltito en la silla.

—¡Me ha roto la cara! —solloza Winter—. ¡Los papás no pegan a sus hijas! ¡No es un rey! ¡Y yo no soy una princesa!

—Claro que lo eres —asegura Grayson, alzándola en brazos. Ella se agarra a su cuello y esconde la cara en su pecho—. Eres la princesa de la casa. ¿A que sí, Zane?

Zane deja de mirar a la señora del solomillo. De repente, parece destrozado.

—De la casa y de mi corazón —murmura, besándole la cabeza.

Pero, en cuanto Grayson se marcha con ella en brazos, Zane sale

disparado hacia la puerta trasera, gruñendo como un perro a punto de despedazar a alguien. Y yo me quedo ahí, solo, roto.

Si no le hubiera respondido, él no le habría pegado. Si no me hubiera quedado quieto como un inútil, ella no habría recibido el golpe. Mi padre tiene razón: soy un cobarde.

—Josh —lloriquea Winter.

Levanta un poco la cabeza del pecho de Grayson y estira el brazo hacia mí. Mi hermano se detiene e inspira hondo. Luego me tiende la mano, esperando que la coja. Pero solo lo hace porque ella se ha acordado de mí.

—Vamos, Josh —dice con voz cansada—. Larguémonos de aquí. ¿A quién le apetece un batido y un trozo de tarta?

—A mí no —solloza Winter. Luego apoya la cara en su hombro y cierra los ojos—. ¡Me quiero morir!

A Grayson le tiembla el brazo. Yo me acerco en silencio, para no causar más problemas, y le agarro la mano.

«Cobarde. Cobarde. ¡Cobarde!», grita una voz furiosa dentro de mi cabeza.

A lo lejos, River observa la puerta por la que papá ha desaparecido. No dice nada. No se le mueve ni un solo músculo de la cara cuando se gira despacio hacia mí.

Y en ese instante lo entiendo. River lo sabía; lo ha visto venir. Porque ahora yo soy el siguiente.

Recuerdo cómo me escondí mientras nuestro padre le pegaba. Igual que antes me he quedado quieto cuando ha abofeteado a Winter.

Cobarde. Cobarde. Cobarde.

Te suplico que la leas

Grayson

La culpa es la peor de todas las emociones. Ni siquiera necesita estar justificada para atravesarte el pecho y envenenar cada pensamiento.

Tal vez, si no hubiera presionado a mi padre, él no habría estallado de esa forma. Y si me hubiera quedado con los pequeños, en lugar de retirarme para hablar con Sophie, habría estado ahí, a tiempo para detenerlo cuando le pegó a Winter.

Mi hermana pequeña lleva horas llorando. No he logrado consolarla, ni siquiera poniéndole *Rapunzel* ni preparándole un sándwich de Nutella con fresas, que se ha negado a comer. Aún se distingue la huella de los dedos de mi padre en su mejilla. Tuve que ponerle una bolsa de guisantes congelados para aliviarle el dolor. Y me vi obligado a pedirle a River que se llevara a Zane dar una vuelta, porque seguía insistiendo en matar a nuestro padre.

¿Por qué carajos mi madre no ha salido de su habitación en todo el día para consolar a Winter? Ya sé que les advertí que no se quedaran a solas con los pequeños, pero esto es tremendamente difícil. No puedo con todo. ¡No puedo hacerlo solo! ¿En qué demonios estaba pensando?

Dios. Si Zane no regresa para estrangular a mi padre, seré yo quien le arranque la cara a ese pedazo de cabrón. Winter solo estaba protegiendo a su hermano. ¡Porque él lo llamó cobarde! ¡A un niño de ocho años! ¿Se ha vuelto loco?

—No te vayas —lloriquea mi princesa, con la cara escondida en mi camiseta—. Si me dejas sola, volverá a pegarme. ¡Y yo no he hecho nada malo! ¡Soy una niña buena!

—Claro que sí —le aseguro mientras le acaricio el pelo—. Y nadie volverá a hacerte daño. Papá se arrepiente.

—¡No me quiere! ¡Y yo a él tampoco! —solloza—. ¿Dónde está mamá? ¿Por qué hace días que no me lee un cuento? ¿Ella también ha dejado de quererme?

Joder.

¿Estás contento, papá? Mira lo que has provocado.

—Todos te queremos mucho —digo, tragándome el malestar.

Josh asoma su carita aterrada por la puerta en ese momento. El pequeño siempre ha sido una incógnita para mí: tan callado, obediente, discreto. Nunca sé qué es lo que está pensando, pero ahora estoy seguro de que se siente como un cobarde gracias a mi padre.

—Ven aquí, colega —lo llamo, dando una palmada suave en la cama.

Josh obedece sin rechistar. No ha cenado ni ha salido de su habitación desde que llegamos, y no me he atrevido a forzarlo.

—Necesito pedirte un favor.

—Vale —responde en voz baja.

—Tengo que salir un momento. ¿Puedes cuidar de Winter?

Necesito hablar con mi padre, pero también lo hago con la esperanza de que se sienta valioso. No quiero que, siendo tan pequeño, albergue la ridícula idea de que no es suficiente. A mí me criaron para ser un campeón, y siempre sentí que, por más que me esforzara, nunca sería lo bastante bueno. No quiero que Josh viva lo mismo que yo.

—Pero soy…

—No lo eres —sentencio, antes de que pronuncie esa maldita palabra—. Eres listo, noble y un buen chico. Por eso te encargo que protejas a Winter, porque confío en ti.

Josh asiente, con los ojos vidriosos, y se sienta junto a ella. Luego le toca la espalda con cuidado.

—Estoy aquí, Winter. Siento que papá te pegara por defenderme.

Ella deja de abrazarme y se gira hacia él. Al verlo, le sonríe con debilidad y se seca las lágrimas con la otra mano.

—No fue culpa tuya —le responde, sacando de su bolsillo el papel que nuestro padre tiró al suelo. Se puso hecha una furia al recordar que se le había olvidado en el restaurante, por eso le pedí a un empleado que fuera a recuperarlo. Josh se encoge un poco al verlo, pero Winter lo alisa contra el pecho—. Es el dibujo más bonito del mundo. Vamos a colgarlo.

Josh me pide permiso con la mirada. Me pregunto si será así a partir de ahora; si empezará a dudar de sí mismo y a buscar mi aprobación porque ya no tiene la de nuestro padre. Le sonrío y asiento, para que sepa que todo está bien. Antes de salir de la habitación, me vuelvo hacia él y le guiño un ojo. Luego voy a buscar a mi padre; a ese monstruo que le cruzó la cara a su hija pequeña y se largó con su amigo por la puerta trasera del restaurante.

¿No se le cae la cara de vergüenza?

Llegó a casa hace una hora y se encerró en su despacho. Esta vez no voy con la cabeza gacha ni tampoco llamo antes de entrar. Es mi deber recordarle que solo quedan tres días para internar a mi madre o, de lo contrario, tendrá que atenerse a las consecuencias.

Mi padre no se gira al oírme entrar. Está de espaldas al escritorio, bebiendo una copa de *whisky*. Hay dos maletas de mano junto a la biblioteca. Las miro un instante antes de centrarme de nuevo en el hombre con la chaqueta mal puesta.

—¿A dónde vas? —le pregunto.

Se gira despacio. Y no lo reconozco. El tipo deshecho que tengo enfrente no es el mismo al que me he esforzado por impresionar durante diecinueve años.

—A internar a tu madre —responde, antes de apurar la copa de un trago—. ¿No era lo que querías? Pues ya te has salido con la tuya: Grayson uno, Alexander cero. Enhorabuena.

Por un segundo, creo que no lo he oído bien. Aún faltan tres días. Y él es incapaz de vivir sin ella. Pensé que me plantaría cara o que, al menos, jugaría sucio.

—Te vas ahora —asiento, rabiando por dentro—. Después de pegarle a Winter y huir con Marcus.

—Si eso es lo que crees que pasó, entonces no has entendido nada —responde con desgana. Luego saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y lo deja sobre el escritorio—. Quiero que lo leas. Hay cosas que necesito que sepas antes de que regrese. Después hablaremos y responderé a todas tus preguntas.

Observo el sobre, intrigado. Todavía no me creo que vaya a internar a mi madre, y ahora me sale con una carta misteriosa.

Se me llevan los demonios.

—Lo que hayas escrito puedes decírmelo a la cara como un hombre.

Mi padre se pasa una mano por el pelo, cierra los ojos y baja la cabeza.

—Hay cosas demasiado complicadas y dolorosas que no he sido capaz de decirte —murmura—. Por eso te suplico que la leas cuando yo no esté aquí para arrepentirme de habértela dado.

«Suplico», una palabra que no le había oído usar nunca.

Vuelvo a clavar los ojos en ese pedazo de papel con una mezcla de interés, temor y rabia.

—¿Qué coño hay en esa carta?

Él no responde. Solo deja el vaso en el escritorio, coge las maletas sin mirarme y se dirige hacia la puerta.

—Cuida de tus hermanos y de la empresa —dice con voz ronca—. Prométemelo.

Noto un cosquilleo desagradable por la espalda; un mal presentimiento que me eriza la piel.

—¿Por qué me hablas como si no fueras a volver?

—Porque no sé cuándo regresaré. Antes necesito cerciorarme de que ella está bien atendida. No le he dicho que voy a ingresarla. Ella cree que nos vamos de viaje a Europa —dice con amargura, volviéndose hacia mí con los ojos llenos de impotencia—. No está bien, Grayson. Esta mañana ha tenido otra crisis. Está confundida, perdida, y si me la llevo ahora…, no sentiré que estoy abandonando a la mujer que amo, porque ya no es ella.

Siento que me falta el aire. Yo no quería que se largara con mi madre de madrugada, cuando ella ni siquiera es dueña de sí misma. Pero sé que, si se lo impido, ella nunca recibirá la ayuda que necesita. Porque mi padre es tan egoísta que prefiere mantenerla a su lado, a costa de su salud, sus propios deseos y la seguridad de sus hijos.

Me agarro al borde de la mesa al tambalearme.

—Así que te la llevas cuando no es ella —digo con amargura—. Así te ahorras la despedida.

—Ojalá nunca ames a una mujer como yo amo a tu madre, Grayson.

Pienso en mi ángel. No tiene ni puta idea. Este hombre no sabe lo que es el amor. Yo sacrificaría mi felicidad por mis hermanos y por esa mujer a la que ni siquiera conozco. Incluso si tuviera que alejarme de ellos para protegerlos.

—Tú no la quieres —escupo—. Tú solo te amas a ti mismo. Que Dios me libre de ser como tú.

Mi padre me mira con rabia contenida, pero esta vez no me lanza uno de sus dardos envenenados.

—Aún no me has prometido que cuidarás de tus hermanos. Marcus te ayudará con la empresa. Confía en él, es un buen hombre.

—Seré el padre que se merecen y nunca han tenido —prometo, mirándolo a los ojos.

Abre la boca para decir algo, pero parece pensárselo mejor y sale de la habitación sin mirarme. Unos minutos después, lo veo alejarse del brazo de mi madre. Ella va bien vestida y peinada, con ese vestido azul que solo se pone para las ocasiones especiales.

Dios, de verdad cree que se va de vacaciones.

Se me encoge el pecho cuando ella se da la vuelta, sonriéndome con la mirada perdida, como si fuera una niña. Me dice adiós con la mano, como si estuviéramos en una estación de tren. Me obligo a tragarme las lágrimas y le devuelvo el saludo.

En cuanto la puerta se cierra, regreso al despacho. Lo primero que veo es esa jodida carta.

No. No voy a darle ese poder. No dejaré que me controle también desde un papel. Si quiere contarme su verdad, que lo haga a la cara cuando vuelva.

Cojo la carta y, sin pensarlo, la lanzo al fuego de la chimenea. La observo reducirse a cenizas mientras me dejo caer en la silla de su escritorio. Porque estoy harto de secretos y de ser un hijo obediente. Si cree que puede aliviar su conciencia con una maldita carta, está muy equivocado.

Madrugada

Grayson

El teléfono suena de madrugada.

—Tenemos que hablar.

—¿Marcus? —respondo, adormilado. Me incorporo en la cama y me froto los ojos—. ¿Sabes qué hora es?

—Lo siento, muchacho.

Mi corazón se salta un latido y me enderezo de golpe. La sopa que cené hace varias horas me sube de pronto por la garganta.

—¿Qué… qué sientes? —pregunto con un hilo de voz.

Durante un largo y aterrador instante, lo único que escucho es su respiración irregular al otro lado de la línea.

—Son tus padres —dice al fin, con la voz rota—. Lo lamento, Grayson.

El teléfono se me escurre de las manos. Salto de la cama y corro hacia el baño. Las lágrimas me resbalan por la cara mientras vomito sin parar. Al fondo, escucho la voz lejana de Marcus preguntándome si estoy bien.

No necesito que lo repita.

Ya lo sé.

Vacío el contenido de mi estómago mientras el mundo se me viene encima.

***

Estoy en la sala de espera de la morgue, dos horas después, intentando asimilar que mis padres están muertos. No he sido capaz de levantarme desde que llegué. Sigo aquí, hundido en una silla, con la cara entre las manos y temblando de pies a cabeza.

Marcus se acerca con un vaso de tila. Solo me ha dejado cinco minutos para hacer una llamada. Creo que estaba organizando el funeral. Niego con la cabeza cuando me ofrece la bebida. Se me revuelve el estómago solo de oler la infusión.

—¿Cómo? —susurro.

—Se salieron en una línea recta. Solo faltaban cien metros para llegar a su destino. —Me mira, indeciso por un instante, como si no supiera si debería seguir hablando. Le hago un gesto para que continúe, porque ya sé cuál era su destino—. Parece que iba a internar a tu madre.

—Sé a dónde iban.

Yo les di un ultimátum. Y ahora están muertos por mi culpa.

—No lo entiendo. ¿Cómo se ha salido de la carretera en una línea recta? ¿Se les cruzó alguien?

—Nadie sabe lo que ha podido pasar. Era muy tarde. Tal vez tu padre estaba cansado y se quedó dormido al volante.

Mentira.

Mi padre nunca se quedaría dormido al volante. Tenía muchos defectos, pero era un conductor excepcional.

Hundo la cara entre las manos y exhalo con fuerza.

Dios. Están muertos.

Quizá mi madre volvió en sí y comenzaron a discutir. O puede que ella, en mitad de su crisis, se diera cuenta de a dónde la llevaba. Que gritara, que peleara, que intentara quitarle el control del volante. Y entonces ellos…

—Dios santo. —Un sollozo escapa desde lo más profundo de mi garganta—. Están muertos. Marcus, están muertos.

Nunca sabré qué ocurrió ni lo que escribió en esa carta. Lo único que sé es que ha sido culpa mía, porque yo amenacé a mi padre para que la internara.

Marcus me frota la espalda.

—Lo siento, hijo.

—¿Cómo…? —Giro la cara hacia él, devastado. Ni siquiera me da vergüenza que me vea llorar—. ¿Cómo se lo voy a decir a mis hermanos?

Marcus se incorpora cuando el forense sale a recibirnos. Yo solo me encojo en la silla, incapaz de moverme. De pronto, me siento como un niño. De nada sirven todos los años de exigencias, las clases de idiomas, los discursos sobre liderazgo. Estoy aterrado.

El mejor amigo de mi padre me mira un segundo y me apoya una

mano en el hombro.

—Yo me encargo.

No soy un maldito crío. Debería levantarme y dar la cara, pero solo me quedo ahí, sentado, observándolo hablar en voz baja con el forense. No sabría qué hacer sin él en este momento. Nunca me había sentido tan perdido e inútil.

Al cabo de un rato, Marcus se acerca con expresión tensa.

—Grayson —dice con cuidado—, alguien tiene que reconocer los cuerpos. Aunque estén… desfigurados por el accidente. Es el protocolo.

Me tapo la boca para contener una arcada. Imagino el bello rostro de mi madre, irreconocible, y el semblante adusto de mi padre, inerte, ensangrentado.

Tengo que hacerlo. Soy el mayor y es mi maldita culpa.

Asiento y me miro las manos, temblorosas. No consigo hablar.

Marcus vuelve a darme un apretón en el hombro. En otro momento, le habría pedido con tensa educación que dejara de tocarme, pero ahora solo siento que me vendré abajo si no me sostiene.

—Ningún hijo debería ver a sus padres por última vez así —dice —. Lo haré yo.

No se está ofreciendo; ya lo ha decidido. Y yo estoy tan… Dios, no lo sé. Aún no me lo creo. ¿De verdad se han ido? Eran mis padres, terribles e imperfectos, pero los amaba, a pesar de todo. Nunca volveré a oír a mi madre cantar en la cocina ni volveré a discutir con mi padre sobre cuál es la mejor película de *El padrino*.

—Yo me ocuparé de todo. Permítete unos días para llorar su pérdida y consolar a tus hermanos. Ahora solo debes preocuparte de tu familia.

«De lo que queda de ella», pienso con amargura.

—Dentro de unos días, todos esperarán que estés preparado para tomar las riendas de la empresa —continúa.

No lo estoy. Soy un jodido fraude. Ni siquiera he terminado la universidad.

Marcus parece leerme la mente.

—Sé que estarás a la altura. Como hijo, hermano y como sucesor

de Alexander Knight.

Trago saliva. Se equivoca. No puedo hacerlo.

—Te ayudaré en todo lo que pueda.

Recuerdo las palabras de mi padre: «Marcus te ayudará con la empresa. Confía en él; es un buen hombre». Por un momento, tengo la amarga sospecha de que sabía que estaba a punto de morir. ¿Y si decidió acabar con su vida? No, imposible. Él jamás habría hecho algo así, porque entonces estaría reconociendo todos sus errores.

Marcus acompaña al forense antes de que pueda darle las gracias.

Sé que Marcus estará a mi lado. Quizá solo lo haga por lealtad a mi padre. No importa el motivo. Tiene el poder suficiente para arrebatarme el control de la empresa, pero estoy convencido de que cumplirá su palabra.

Aunque no puede ayudarme con lo más difícil: sobrevivir a la culpa de haberlos matado.

No iba en serio

Winter

Me duele la barriga.

Anoche me acosté sin cenar porque no tenía hambre. Josh me agarró la mano hasta que me dormí llorando. Debería haberme comido el sándwich que me preparó Grayson, o los cereales que River me llevó a la habitación, pero estaba demasiado triste y enfadada con papá.

¡Los papás buenos no pegan a las princesas! ¡Él es malo, malo! ¡MALO!

Grayson nos acaba de despertar a todos. Es muy temprano y todavía no ha salido el sol. Le he pedido que me dejara dormir un ratito más, que no quería ir al cole. Me ha dado un beso en la frente y ha dicho que hoy no iremos. Entonces me he dado cuenta de que debe de haber pasado algo muy grave, porque Grayson no es besucón y siempre me obliga a hacer los deberes, incluso cuando le miento diciendo que me duele la cabeza.

Nos ha llamado a todos al salón. Josh y yo seguimos en pijama. River tiene cara de sueño y Zane está cruzado de brazos, mirando enfadado a Grayson.

Josh me acaricia con cuidado la mejilla.

—¿Te duele? —me pregunta en voz baja.

—Un poquito —respondo, cabizbaja.

Anoche me puse a llorar al mirarme al espejo y descubrir el moratón. Pero ya casi no me importa ser fea, porque me preocupa más que Grayson esté tan nervioso.

Todos estamos quietos. El salón parece una olla a presión, como esas en las que la señora Pitt cocina las verduras que dice que debo comer para ser una patinadora grande y fuerte.

Grayson se pasa la mano por la cara varias veces. Eso también lo hace papá cuando va a decir algo importante. Al pensar en la mano de papá, me estremezco del susto. ¿Y si me da otra bofetada? ¿Grayson me protegerá? ¿Dónde está mami?

Aprieto con fuerza la mano de Josh. Me devuelve el apretón, pero tiene los dedos fríos.

—¿Qué pasa? —le pregunta River, frotándose los ojos.

—No me gustan las sorpresas —gruñe Zane—. ¡Me estás poniendo de mala hostia!

River le da un codazo.

—No digas tacos delante de los pequeños.

—Perdón, enanos —dice, mirándonos de reojo—. Suéltalo ya, Grayson.

Grayson lo observa durante un segundo. Después clava los ojos en la pared del fondo. No mira a nadie cuando comienza a hablar.

—Papá y mamá…

Pero no termina. La voz se le corta, como si se hubiera tragado la espina de un pescado. Sé que eso duele mucho. Una vez me atraganté con una raspa de merluza y mami tuvo que llevarme al hospital. Una enfermera antipática me la quitó con una pinza de metal. Luego otro enfermero me dio una piruleta y dijo que me había portado como una campeona. Pero ahora no estamos comiendo, y Grayson no tiene una espina en la garganta, así que creo que Grayson está a punto de decir algo muy difícil.

Zane da un paso hacia él con los puños apretados contra las piernas.

—¡¿Qué les ha pasado?! —le grita, furioso.

Tengo un nudo en la barriga. Me suda la mano y suelto la de Josh sin darme cuenta.

Grayson mira a Zane. Sus labios tiemblan un segundo, y entonces aparta la mirada, como si no pudiera sostener la rabia de nuestro hermano. Se frota el puente de la nariz, aprieta los ojos con fuerza y, cuando los abre, están llenos de agua. Pero no llora, solo le tiembla la voz cuando dice:

—Papá y mamá han…

Zane se le echa encima y lo zarandea con violencia.

—¡Que lo digas de una vez! —estalla, fuera de sí—. ¿Dónde están nuestros padres?

—¡Suéltalo, Zane! —interviene River, agarrándolo por la espalda —. Vamos, déjalo en paz.

—¡No! —se revuelve Zane con los dientes apretados—. ¡Que me lo digas, joder!

Grayson tiene la camisa arrugada y el pelo despeinado. Trastabilla cuando Zane lo suelta y da un paso torpe hacia atrás. Los ojos de Zane arden de rabia mientras el pecho le sube y baja con fuerza. Se zafa de River de un tirón e inclina el cuerpo hacia Grayson.

—Dilo, hostia. O te saco las palabras a puñetazos.

—Muertos —susurra Grayson.

El corazón se me para de golpe. A mi lado, Josh contiene el aliento. Zane se queda congelado, como si no hubiera entendido lo que acaba de oír. River ni siquiera parpadea.

Grayson observa nuestras reacciones en silencio. Luego, con cuidado, da un paso hacia Zane. Está a punto de tocarle el brazo cuando Zane pega un grito que me hace saltar del susto.

—¡No es justo! —estalla, pegándole a la pared.

Todos lo observamos mudos mientras descarga un puñetazo tras otro, hasta que le sangran los nudillos y deja las marcas en el yeso.

—¡Él no se puede morir! —ruge Zane, yendo hacia la mesa del comedor.

Le da una patada a la silla, que vuela por el aire y aterriza a mis pies. Doy otro respingo y me quedo mirando los trozos de la madera astillada. Josh me aparta de Zane y se pone delante de mí. Los dos estamos temblando.

Zane vuelca la mesa de un empujón y los cuadros salen volando. Mi favorito —uno en el que mamá y yo sacamos la lengua en el parque de atracciones— se hace añicos contra el suelo.

—¡Yo lo tenía que matar! —grita, golpeándose el pecho—. ¡Tenía que darle un escarmiento! ¿Cómo se atreven a morirse? ¡Y mamá no se puede ir con él! ¡Ella…, ella no sabe que la he perdonado!

Zane se derrumba de rodillas. Sus puños se estrellan contra el *parquet*. Al tercer golpe, los ojos se le llenan de lágrimas.

—¡No se puede ir sin que sepa que la perdono! —solloza con la voz rota—. ¡Que la quiero!

River está paralizado, completamente pálido. Es Grayson quien se agacha y envuelve a Zane entre sus brazos.

—Te tengo —le dice.

Al principio, Zane se revuelve como un animal herido e intenta golpearlo, como si así pudiera negar la realidad. Pero después le clava las uñas en las manos y esconde la cara en su pecho, llorando con más fuerza.

Josh me roza la mano y me mira con los ojos muy abiertos.

—Winter —murmura, asustado.

No.

Papá y mamá no pueden estar muertos.

Papá me prometió que me llevaría a Disneyworld en verano. Fue antes de que se enfadara conmigo, pero él siempre me hace regalos chulos. Y mamá me dijo que este sábado iríamos al cine.

Recuerdo lo último que le grité a papá: «¡Ojalá te mueras!».

Y ahora él… Ellos están…

No me doy cuenta de que he comenzado a chillar hasta que mis hermanos mayores se vuelven hacia mí.

«Ojalá te mueras. Ojalá te mueras. Ojalá te mueras». Esas palabras tan feas me golpean por dentro de la cabeza. Y otra voz me grita: «¡Mala! ¡Por tu culpa!».

Grayson se pone de pie de un salto, pero no consigue atraparme. Yo ya he salido corriendo hacia el dormitorio de nuestros padres. Porque si abro la puerta, tal vez mamá me sonría, me dé un abrazo de los grandes y todo volverá a estar bien.

—¡Mamá! ¡Mamáááá! —grito, entrando en su habitación.

Sus cosas están tiradas de cualquier forma sobre la cama. La ventana está abierta de par en par.

—¡No iba en serio!

Corro hacia la ventana y me asomo todo lo que puedo. Solo quiero gritar muy alto para que me escuchen.

—¡Lo siento! —sollozo, con la vista nublada por las lágrimas—. ¡Mami! ¡Papá! ¡No lo volveré a decir! ¡Me comeré todas las verduras! ¡Me dormiré sin rechistar! ¡No lo volveré a decir, lo juro! ¡No iba en serio!

Grayson me aparta de la ventana y alguien —no sé si Zane o River— la cierra de golpe. Pataleo y le grito que me suelte, pero él me abraza más fuerte. Le muerdo, le pego, le tiro del pelo. Porque si no me deja saltar por la ventana, no podré reunirme con mis padres.

Y yo solo quiero que sepan que lo siento, que no quería que papá muriese ni que mamá se fuera con él. Que, por favor, vuelvan; que si no están en casa, entonces prefiero irme al cielo con ellos.

Ojalá no lo hubiera dicho. Ojalá no lo hubiera dicho. Ojalá no lo hubiera dicho.

¿Qué pinto yo aquí?

Josh

Observo hechizado cómo baja el ataúd. No puedo dejar de mirarlo.

Winter se ha soltado de mi mano cuando han bajado el de mamá. No ha dejado de sollozar hasta que ha lanzado la rosa blanca sobre el féretro. Después se ha secado las lágrimas y ha negado con la cabeza cuando Zane ha intentado abrazarla. Desde entonces no ha llorado, como si, de repente, se hubiera quedado seca.

Eso me preocupa más que si lo hiciera sin parar, porque me da demasiado miedo que esté pensando en saltar por la ventana. Anoche, después de que Grayson nos arropase en la cama y prometiera que todo estaría bien, le pregunté por qué lo había hecho. Ella me dijo que pensaba que, si se asomaba y gritaba muy fuerte, nuestros padres la oirían desde el cielo y regresarían a casa.

Grayson y River tardaron mucho en calmarla, mientras que Zane seguía golpeando muebles. Y yo… Yo solo podía mirar, angustiado. En un momento, Grayson se volvió hacia mí y me dijo que no me asustara. Pero claro que tengo miedo. ¡No puedo soportar la idea de que Winter quiera reunirse con ellos!

Ella es la estrella más brillante de mi vida. Si se apaga, me sumo en la oscuridad.

Ahora estoy al lado de River. Desde que Grayson nos dio la noticia, apenas ha abierto la boca, y eso es raro, porque a él le encanta hacer bromas. El silencio me da un poco de paz entre tantos gritos y llantos, así que no me he movido de su lado desde que Winter me ha soltado la mano.

Claro que me gustaría consolarla, pero no sé cómo. Cada vez que le doy un abrazo o le pregunto si quiere una chuche, ella grita que es mala y que nuestros padres han muerto por su culpa. Cuando estábamos en el tanatorio, le dije que no era verdad —porque fue un accidente de tráfico—, y entonces ella comenzó a gritar que debería haber ido con ellos en el coche, que papá estaba enfadado con ella porque es tonta.

Creo que Winter solo está asustada. Yo también lo estoy, aunque por otras razones. A mí me aterra que me abandonen. No paro de preguntarme: «¿Qué pinto yo aquí?».

Nunca volví a confiar en Cat después de que me gritara que no era su hijo. Tampoco en Alexander desde que lo vi pegarle a River. Pero llevaba cuatro años llamándolos papá y mamá. Ellos me adoptaron, y ahora ya no están, así que no sé qué va a pasar conmigo.

Aunque eso no puedo preguntarlo en voz alta. ¿Y si Grayson se enfada? ¿Y si Zane me grita que me largue?

Por eso me callo e intento no molestar. A lo mejor, si mis hermanos no se dan cuenta de que existo, nadie me pedirá que me vaya de casa. A cambio, si dejan que me quede, prometo ser fuerte, portarme muy bien y cuidar de Winter.

La tierra empieza a caer sobre el ataúd de papá cuando Grayson se gira hacia mí.

—¿Estás bien, Josh?

Asiento, muy serio. Creo que lo pregunta porque no he llorado. A lo mejor piensa que soy un niño raro.

Voy a echar de menos que Cat nos lea un cuento por la noche. Aunque… ya no tendré miedo de que se enfade conmigo sin motivo. Y creo que me alegro un poquito de que Alexander no vuelva, porque él me daba mucho miedo desde que le pegó a River con el cinturón. Pero eso no lo puedo decir. Quizá, si lloro un poco, nadie piense que soy un niño horrible.

¿Soy malo por no llorar por la muerte de mis padres? No lo sé. Aunque sí quiero a mis hermanos. Mucho. Sobre todo a Winter. Lo que no tengo claro es si ellos me quieren a mí. Porque, como dicen esos niños odiosos del colegio, todos saben que no soy su hermano de verdad.

Grayson se agacha para quedar a mi altura.

—Sé que hay muchas preguntas dentro de tu cabecita —dice—, pero no debes preocuparte por nada, ¿vale? Yo os llevaré al colegio, iré a las reuniones de clase, os prepararé el desayuno y os leeré un cuento cada noche. Aunque sé que no puedo sustituir a mamá y a papá, yo… —la voz se le quiebra un poco— haré todo lo posible para

ser un buen padre.

No digo nada. Pienso que Grayson solo se queda conmigo porque siente que es su obligación.

—Si tienes algún problema, puedes confiar en mí.

Y en ese momento decido que no voy a darle problemas. Porque si Grayson quiere ser mi papá, entonces me portaré muy bien para que se sienta orgulloso de mí. Seré el chico más listo de clase. Sacaré buenas notas, recogeré mi habitación y le pediré pocas cosas a Papá Noel.

Nunca lo voy a molestar. Si me duele el pecho y me cuesta respirar, le pediré a Winter que me dé la mano. Eso siempre funciona, porque ella hace que me sienta mejor. Es como Sirio, la estrella más brillante del cielo, que siempre se ve aunque todo esté oscuro.

De repente, Grayson se levanta, mira a su alrededor y se pone pálido.

—¿Dónde está Winter? —pregunta, asustado.

Así se apaga una estrella

Winter

Me alejo del entierro cuando nadie me mira. Da igual que Josh diga que fue un accidente o que Grayson asegure que nadie es responsable, porque yo sé la verdad.

Papá y mamá están muertos, y es mi culpa. Deseé que papá muriera, y ahora él está dentro de esa caja. Ya no volverá a subirme a sus hombros mientras corre por la casa gritando que somos los reyes del mundo. Mamá no se tirará en la alfombra a jugar conmigo ni me dará abrazos de oso ni dirá que me comerá de un bocado mientras me hace cosquillas.

¿Quién me trenzará el pelo para las competiciones de patinaje? ¿Quién me consolará cuando me raspe las rodillas en la pista de hielo?

Soy mala. Fea. Tonta.

Seguro que mamá y papá tuvieron el accidente porque estaban tristes por lo que le grité a papá. Las niñas buenas no desean que sus papás mueran. Por eso mamá no me consoló después de que él me pegara. Aunque aún me arde la mejilla, lo que de verdad me duele ahora es el pecho. Y es un dolor tan horrible que no se puede curar con pastillas ni pomadas.

—¿Qué haces aquí sola?

Me doy la vuelta, molesta. No quiero hablar con nadie. No soporto que todos me den besos y digan que lo sienten. Antes, una señora muy pesada me ha pellizcado el moflete y le ha dicho a su marido: «Pobrecita, es tan pequeña».

—Ah, eres tú —resoplo, pateando un guijarro—. No quiero hablar con nadie.

—¿Por qué?

—Porque es mejor así —digo en voz baja.

—No te he oído.

—¡Porque le grité a mi padre que ojalá se muriera y ahora está muerto! —estallo, sintiendo cómo un repentino calor me sube por el

cuello—. ¡Es culpa mía!

Él asiente, inexpresivo. Una parte de mí deseaba que dijera que eso no es cierto, pero, al mirar sus ojos oscuros, comprendo que piensa lo mismo que yo. No me gusta cómo me observa, porque hace que me sienta mucho peor.

—Seguro que te arrepientes.

—¡Sí! —exclamo con fuerza, para deshacerme de la presión de las lágrimas que me atenazan la garganta—. ¡Yo no quería que ellos murieran!

Él ladea de la cabeza y pone una mueca torcida. El corazón me late dentro del pecho como un tambor furioso.

—Pero están muertos. Eso es lo que pasa cuando gritas sin pensar: que no puedes desdecirte. —Se agacha hasta quedar a mi altura. Quiero retroceder, pero hay una tumba justo detrás de mí—. Y lo peor de todo es que tu papá se fue creyendo que tú deseabas que se muriera.

No me ha tocado, pero sus palabras me empujan hacia atrás. Casi me caigo de culo de no ser porque su mano se clava en mi brazo con firmeza, demasiado fuerte. Hago un puchero. Sus ojos fríos encuentran los míos.

—Quiero irme con mis hermanos —balbuceo, hipando.

—Claro, vete. —Me suelta y se pone de pie—. Seguro que están preocupados por ti. ¿A ellos también vas a gritarles que se mueran?

Pego un pisotón en el suelo.

—¡No! ¡Claro que no!

—Si de verdad quisieras ser buena, desearías que alguien te castigara.

Siento mucho calor en las mejillas.

—¡Quiero ser buena!

Él enarca una ceja.

—¿Segura?

Asiento sin pestañear y, a pesar de que estoy temblando, doy un paso decidido hacia él.

—Sí —susurro.

Él me sonríe. Sus dientes blancos brillan como perlas.

—Bien —responde, tendiéndome una mano—. Yo puedo

convertirte en una niña buena.

Contengo el aliento. No sé si aceptarla, pero, si mamá y papá me están mirando desde el cielo, quiero que me perdonen.

Grayson dice que no debo darle la mano a un extraño, pero él no es un desconocido… Y yo he sido muy mala, así que supongo que puedo fiarme.

Lo primero que pienso al tomar su mano es que sonríe como un lobo. Y, mientras nos alejamos del cementerio, deseo que la tristeza de mi corazón se esfume y él me diga que soy una niña buena.

***

—¡Winter!

—¡Princesa! ¿Dónde estás?

—¡WINTER!

—¡Aquí estás! —exclama Grayson, corriendo hacia mí—. ¡Por Dios! ¿Dónde te habías metido? ¡Nos tenías muy preocupados!

Zane, River y Marcus vienen detrás de él. Sus caras se llenan de alivio al verme. Grayson les hace un gesto para que se detengan. Marcus da un paso, pero se queda quieto cuando mi hermano me alza en brazos y me estrecha contra su pecho. Grayson está temblando, pero yo no siento nada; solo un frío helado en el centro del pecho. Donde antes había rabia y tristeza, ahora hay vacío.

Grayson me mira con los ojos rojos.

—No vuelvas a hacer algo así. Por favor —suplica, con la voz ronca.

—Perdón —respondo, seria.

—¿Dónde te habías metido?

—Me he perdido.

—¿Estás bien, Princesa? —Mi hermano me toca la cara, como si buscara alguna herida—. Winter, ¿qué te pasa?

—Nada. —Cierro los ojos y apoyo la mejilla en su hombro—. Quiero irme a casa.

A casa. Donde mamá y papá ya no están. Pero ya no soy una niña mala, él me lo ha prometido. Y eso es lo único que importa.

Lo juro por nuestra amistad

Josh

Me despierto al oír que se abre la puerta. La habitación está oscura, pero reconozco la silueta de Winter. Me incorporo despacio y aparto el edredón hacia los pies.

—¿Qué pasa? —murmuro, frotándome los ojos—. ¿No puedes dormir?

Es raro, porque ella siempre duerme como un tronco. Normalmente soy yo quien la despierta de madrugada porque me duele el pecho.

Alargo el brazo y enciendo la lámpara de la mesita de noche. Winter tiene la cara rara y el pelo alborotado. Parece distinta. Solo han pasado tres días desde que murieron nuestros padres. Es normal que esté triste. Pero lo que me asusta no es que los eche de menos, sino lo callada que ha estado desde entonces. Mis hermanos dicen que necesita tiempo, pero yo no sé qué pensar.

—No quiero estar sola —musita—. Cuando estoy sola, pasan cosas malas.

Me quedo quieto. No entiendo lo que quiere decir. ¿Está hablando del accidente? Le hago un hueco a mi lado.

—¿Quieres a Lulú? —pregunto—. Puedo ir a buscarlo.

—No. —Se tumba bocarriba—. Es solo un estúpido elefante de peluche.

Frunzo el ceño. Winter ama a Lulú; es su peluche favorito. Siempre ha dicho que es mágico. Lo abraza cada noche y suele prestármelo cuando no puedo dormir. Nunca he pensado que fuera especial, pero me gustaba que ella lo creyera y verla sonreír con él en brazos.

Me tumbo a su lado y le rozo la mano. La suya está helada. Solo quiero que se sienta a salvo.

—Ya no soy mala —susurra, sin dejar de mirar al techo.

—¿Qué?

—Ya no soy mala —repite, muy seria.

—Winter… —Me quedo callado un momento—. Tú nunca has sido mala.

Es valiente, alegre, cariñosa y patina muy bien. Pero, antes de que pueda decirle todo lo que me gusta de ella, se gira hacia mí con los ojos llenos de lágrimas. Se me para el corazón de golpe.

—Prométemelo.

—Lo juro por nuestra amistad —digo, acercando el dedo índice a su mejilla.

Lo presiono con suavidad contra su hoyuelo, con la intención de hacerla sonreír. Pero esta vez no se ríe. Solo cierra los ojos y llora en silencio mientras yo no sé qué hacer.

Odio que mi mejor amiga llore.

Winter es como esos caramelos de fresa que tanto me gustan o la banda sonora de *El rey león*. Es brillante, divertida, dulce. Si se hunde, me arrastra hacia abajo con ella.

Le doy la mano, como ella hace conmigo cuando le confieso que no puedo respirar. Pero esta vez no funciona, porque Winter y yo no somos iguales. Recuerdo que ha dicho que cree que, cuando está sola, pasan cosas malas. Así que la abrazo para que sepa que no me voy a ir a ningún lado.

—Te prometo que no te voy a dejar sola nunca. Ni aunque me dé miedo la oscuridad —digo, estrechándola con fuerza—. Y, si pasan cosas malas, te protegeré hasta que se vayan. Porque yo soy más cabezón que todas ellas juntas. Y por ti seré muy muy valiente.

Winter solloza con la cara escondida en mi pecho. No dejo de abrazarla, ni siquiera cuando deja de llorar y murmura que ya se siente un poco mejor. Tampoco concilio el sueño después de que se quede dormida. No puedo.

Paso toda la noche en vela, protegiéndola como le he prometido. Porque, cuando se trata de ella, quiero dejar de ser un cobarde.

Golpear para no romperse

Zane

—¡A Winter le pasa algo muy malo!

La habitación está a oscuras cuando Josh entra como un maldito huracán. Me tapo la cara con la almohada. ¿Qué hora es? Llevo días sin comer ni salir de mi habitación, aunque Grayson ha intentado obligarme. Pero todo me importa una puta mierda.

Hace dos meses que mis padres se murieron sin permiso. ¿De qué cojones iban?

Estoy cansado de respirar, del ruido de mi cabeza, de estar vivo. Ningún equipo de la NHL se ha fijado en mí. ¡Y no soy nada sin el *hockey*! Al menos, si mi madre estuviera aquí, tendría con quién desahogarme. Ella era la única que me entendía. Y se ha ido, joder. ¡Se ha largado sin que pudiera decirle que no le guardaba rencor! Ese hijo de perra se la llevó, porque a mí nadie me quita de la cabeza que se estrelló a propósito. Él era tan egoísta que la quería solo para él.

Me pregunto si mi madre nos echará de menos, donde sea que esté. Aunque yo no creo que exista algo más allá de la muerte, sino solo un vacío desolador. Y eso me cabrea aún más, porque debo hacerme a la idea de que nunca volveré a verla. A ninguno de los dos.

—¡Zane! —grita Josh, intentando arrastrarme por el pie—. ¡Vamos, levanta!

¿Qué coño le pasa a este mocoso?

La almohada desaparece y mi cabeza se estrella contra el colchón. Le lanzo una mirada asesina. Voy a arrancarle las manos a ese cabroncete.

—¡Nadie entra en mi habitación sin llamar, Joshua! —le grito, poniéndome de pie.

Sé que Grayson no volvería a hablarme si le toco un pelo al crío. Que me coma los huevos. No todos podemos ser tan perfectos como él. Se ha cambiado de universidad. Ahora sigue un programa

especial en Cornell para alumnos que trabajan a tiempo completo. Así que dirige la empresa por las mañanas, estudia por las noches y aun así se las apaña para cuidar a los pequeños. Les da el desayuno, los lleva al colegio y se asegura de que hagan los deberes y todas esas mierdas.

River solo fuma porros, sale de fiesta y trae de cabeza a Grayson. A ese sí que le importamos un carajo.

—¡Zane! —grita otra vez Josh.

—Te voy a matar —le advierto entre dientes.

Josh no retrocede cuando me pongo de pie. Vaya, eso es nuevo. ¿De repente se ha vuelto valiente? Porque si me busca, va a encontrarme.

—¡Me da igual que te enfades! ¡Tú eres el mayor en ausencia de Grayson! ¡Y tienes que ayudarla!

Suelto una risa áspera. ¿Mayor? Yo no sirvo ni para cuidar de mí mismo. Grayson está en una reunión con Marcus, intentando sostener el puto imperio que nuestro padre dejó antes de morirse. A saber dónde estará River. Y yo estoy aquí, escondido, con la cabeza hecha mierda.

—Pues llama a Grayson —bufo—. Él sabrá qué hacer.

—Pero tú estás aquí —insiste, desesperado—. Winter se ha hecho daño. Está en el suelo, gritando que se quiere morir. No deja de sangrar. ¡Y yo no logro calmarla!

—¿Cómo que está sangrando? —Las piernas me pesan al ponerme de pie. Siento que la cabeza me va a estallar.

—Le ha dado un codazo al espejo.

Dios.

¿En esta casa nunca hay un maldito momento de paz?

Arrastro los pies hacia la habitación de la enana. Winter y yo somos más parecidos de lo que me gustaría. Preferiría que fuera tan pasota como River o tan dura como Grayson. O que, al menos, tuviera un poco de la calma de Joshua, que hace tan poco ruido que a veces me olvido de que existe. Pero, desde que murieron nuestros padres, hemos descubierto una faceta de Winter que Grayson ya sospechaba. La princesa no solo lidia con el duelo, sino también con algo que va más allá.

Winter llora de repente. O se ríe de forma rara. Si alguno de nosotros no le da un abrazo cuando lo pide, nos grita que no la queremos. O que es mala. Y luego, cuando se le pasa, lo niega todo como si no hubiera ocurrido.

Mi padre nunca aceptó que soy bipolar, así que no me sorprende que no llevara a Winter a la psicóloga. Pero las cosas han cambiado desde que Grayson está al mando. El diagnóstico fue claro tras varias consultas: trastorno límite de la personalidad.

Grayson nos reunió a todos, incluso al pequeño Josh. La psicóloga le explicó que Winter no gestiona las emociones como el resto. Supongo que se refería a Grayson, River y Josh, porque todos sabemos que yo soy la hostia de complicado. En resumen: lo que para nosotros puede ser una tontería para ella es el fin del mundo. No sabe regular el miedo, la rabia, el amor o la tristeza. Si no recibe cariño, siente que es porque no lo merece. Y, desde la muerte de nuestros padres, tiene pánico a quedarse sola.

Grayson nos recordó que debemos ser empáticos y generosos con ella. Nos hizo jurar que haríamos todo lo posible para protegerla de sí misma. River se lo tomó bastante en serio, teniendo en cuenta que pasa de todos. Y, aunque Josh y ella siempre han sido uña y carne, ahora él no se despega de su lado.

Yo solo asentí porque no sabía qué más hacer. Sé que Grayson no espera gran cosa de mí. Todos sabemos que se conforma con que me centre en el *hockey* y no le reviente la cabeza a nadie después de un partido. Por eso decidí mantenerme al margen. ¿Cómo voy a cuidar de la pequeña si soy un bruto?

Sin embargo, algo cambia cuando escucho un llanto animal, como si la estuvieran llevando al matadero. Por primera vez en meses, echo a correr porque, por fin, me preocupa algo más que mi dolor. Y me quedo clavado en el umbral al verla. Se retuerce en el suelo, arañándose los brazos. Hay trozos de cristal por todas partes y sangre en el espejo destrozado.

—¡Me quiero morir! —solloza fuera de sí, clavándose las uñas en la piel—. ¡No quiero seguir aquí! ¡Siempre es mi culpa! ¡Nunca hago nada bien! ¡Soy mala!

Josh la observa, aterrado. Yo permanezco inmóvil, mirándola con

los ojos abiertos. ¿Esto es a lo que se enfrenta Grayson cada vez que yo sufro un ataque de ira? Y ella… Cielo santo, solo es una niña.

El corazón se me sale por la boca. No sé qué hacer. ¿Cómo la calma Grayson? ¿Cómo cojones lidia conmigo?

—¡Que alguien me saque de mi cabeza! —grita mientras se golpea la frente contra el suelo—. ¡No puedo más, no puedo más!

—Se va a hacer daño. —Josh me empuja hacia ella—. ¡Haz algo!

—¡Winter! —grito, pero ella no me oye.

Josh apenas da un paso hacia ella cuando lo levanto en el aire y lo saco de la habitación sin dudar. Él se pone muy rojo, se revuelve e intenta volver a entrar, pero le planto una mano en el pecho y cierro la puerta. Puede que no tenga claro cómo manejar esto, pero no permitiré que ella lo hiera sin querer.

Por fin reacciono. Me tiro al suelo y la zarandeo.

—¡Eh, mírame!

—¡No, no, no!

—¡Que me mires, hostia!

Winter tiene los ojos cerrados con fuerza. Los rizos se le pegan a la cara, empapada en lágrimas. No puedo verla así. Al mirarla, me obliga a enfrentar el reflejo de lo que Grayson tiene que soportar cada vez que yo pierdo el control.

La agarro de los brazos y la levanto de un tirón. Luego cojo un cojín de la cama. Le aprieto la cara con la otra mano, lo bastante para que haga una mueca de dolor y abra los ojos.

—¡Mírame! —gruño, aunque la asuste—. ¿Quieres pegar a algo? ¡Pégale a esto!

Winter tiembla de la cabeza a los pies. Le da un manotazo al cojín, pero solo para apartarlo. Intenta clavarse de nuevo las uñas en el brazo, pero le sujeto la muñeca con firmeza. Ella suelta un grito.

—¡Vamos, pégale! —grito, sosteniendo el cojín frente a su cara con ambas manos—. ¡Pégale!

Entonces lo hace. Le da un puñetazo rabioso.

—¡Déjame en paz! ¡Te odio!

—¡Más fuerte!

—¡Te odio!

—Eso es. Golpéalo como si quisieras hacerlo desaparecer.

Ella levanta el brazo y lo golpea con torpeza, sin dejar de llorar. Al menos, ya no dirige esa rabia hacia sí misma.

—No lo haces bien. —Le cojo la mano—. Pon los dedos así. El pulgar por fuera. Si no, te vas a joder la muñeca. Respira. Mira hacia dónde vas a golpear.

Me mira, confusa, pero cierra la mano como le he explicado. Mi hermanita, mi pequeña y dulce princesa, golpea el cojín como si su vida dependiera de ello. Cada vez que falla, la empujo con el cojín para que canalice esa furia que yo conozco demasiado bien. Golpea y golpea hasta que se queda sin fuerzas y respira más tranquila. Solo entonces dejo caer el cojín y le sostengo la cara entre las manos.

—¿Mejor?

Asiente, jadeando.

—¿Por qué me enseñas esto? —pregunta, confusa.

—Porque a veces, cuando llorar no sirve de nada, lo único que puedes hacer es golpear fuerte.

Yo lo sé mejor que nadie. Por eso le seco las lágrimas y le doy un beso en la frente. Alguien llama con suavidad a la puerta.

—¿Ya estás tranquila o quieres pegarle un poco más al cojín? —le pregunto con cuidado.

—Tranquila —murmura, echando un vistazo hacia la puerta—. Quiero a Josh.

—Ya puedes pasar, Joshua —le digo.

El pequeño entra sin vacilar y se acerca a ella. Lleva en la mano una caja de tiritas y un bote de agua oxigenada. Maldigo por dentro. Un crío de ocho años tiene más luces que yo, pero al menos ella ya se ha calmado.

—Lo siento —balbucea Winter, enseñándome el codo ensangrentado—. No quería romper el espejo.

—A la mierda el espejo.

Examino su codo. Por suerte, no se ha clavado ningún cristal ni necesita puntos. Josh le aprieta la mano mientras yo le desinfecto la herida. Después le pongo una tirita.

—Ya está. Solucionado. ¿Quién quiere un abrazo? —pregunto,

mirándolos—. Porque yo necesito uno. Y un Twinkie.

Winter salta hacia mí y me rodea el cuello con los brazos. Se me humedecen los ojos. Atrapo a Josh del jersey y lo arrastro con nosotros.

Mierda. Esta cría se parece demasiado a mí.

Los tres compartimos un achuchón enorme mientras, en silencio, me juro que haré lo que haga falta para que no vuelva a dirigir esa rabia contra sí misma.

***

Una semana después, entramos por la puerta de mi antiguo gimnasio de kárate. No había vuelto desde que me expulsaron a los doce años. Pero el profesor es un buen tío.

Grayson me matará si se entera de a dónde he traído a la niña. Ella se gira hacia mí, indecisa, con la mochila rosa colgada a la espalda.

—Soy la única chica —musita.

—Razón de más para patearles el culo a esos críos. —Le enseño los dientes a un chaval pelirrojo que sonríe con chulería al ver a Winter—. ¿Sabías que yo estaba muerto de miedo la primera vez que vine aquí?

Le quito la mochila, la cuelgo en el perchero de la entrada y apoyo la mano en su espalda para guiarla hacia dentro.

—Si no te sientes mejor cuando salgas, no te obligaré a volver.

Winter entrecierra los ojos en dirección al pelirrojo.

—Puedo probar —dice, antes de acercarse a mi antiguo profesor.

Lo saludo con un leve asentimiento. Por supuesto, no me largo sin crujirme los nudillos y lanzarle una mirada furibunda al mamoncete pelirrojo. Solo por si acaso.

Una hora después, la espero en la puerta. No me calmo hasta que la veo salir con el pelo sudado y los ojos un poco más vivos.

—¿Puedes traerme mañana? —pregunta con una sonrisa.

Me trago la emoción. Claro que puedo. Ya me las apañaré para convencer a Grayson. Pondrá el grito en el cielo cuando se entere de

que he apuntado a la princesa a kárate. Pero que se joda. Que se vayan todos al infierno.

La única niña de mi casa sabrá defenderse. Y, si somos más parecidos de lo que me gustaría, eso significa que no permitiré que sufra tanto como yo.

Me acariciaste como nunca lo hizo ella

River

No he ido a clase en dos días. No porque me encuentre mal, sino porque no me apetecía. Avisarán a Grayson al tercer día, así que mañana tendré que cogerle el móvil a escondidas y enviar un mensaje al tutor diciéndole que estoy enfermo. Conozco su pin. Es lo que tiene ser tan maniático; usa el mismo para todo. Grayson es listo, pero no tanto como cree.

Me llega un mensaje mientras juego al póker *online*. Es de mi profesora de Matemáticas.

¿Estás bien? Te he echado de menos en clase. Sé que debes estar pasándolo mal. ¿Quieres venir a mi casa y hablamos?

Me ha enviado su ubicación. No sé cómo estoy. En realidad, me lo pregunto todos los días desde hace dos meses. Por eso fumo y salgo de fiesta, para no tener que responder. Pero nadie me ha preguntado si estoy bien. En casa ni siquiera se han molestado en averiguarlo.

Grayson solo se preocupa por Zane y Winter. A mí solo me echa la bronca por fumar y sacar malas notas. Y Zane me grita que soy un idiota por causarle problemas, que Grayson ya tiene bastante encima. No lo hago a propósito. Él no lo entiende.

Es agradable que alguien me pregunte cómo me encuentro. Por eso contesto:

Voy.

Quince minutos después, ya estoy en su portal.

***

No sé en qué momento hemos llegado a su cama. Es la primera vez que veo a una mujer desnuda. Sí, he besado a varias chicas. Taylor

—una compañera de clase— dejó que la acariciara por debajo del sujetador. Pero eso fue todo. Las de dieciséis solo se dejan con sus novios o con los mayores, y yo ni quiero novia ni soy mayor.

Alessandra tiene cuarenta y tantos, y no tengo ni idea de por qué le gusto. Yo no le agradaba a mi madre; eso es lo único en lo que podía pensar cuando me ha preguntado si quería ir a su habitación.

Sus dedos se deslizan por mi mandíbula como si tuviera algo frágil y valioso entre las manos. Y, por un instante, me lo creo: que valgo algo, que importo, que mi madre me quería y que mis hermanos no creen que sea un payaso.

El poder que siento es embriagador.

Ni siquiera importa que ella no me guste de verdad. Porque yo sí le gusto a ella, y es una sensación tan agradable… tan nueva, tan desconocida.

—¿Te han dicho alguna vez lo guapo que eres? —susurra.

No lo recuerdo. Las chicas con las que me he enrollado quieren que yo les diga a ellas que lo son. No recuerdo haber recibido ese tipo de halago en casa. Allí era invisible, un error que mi madre no se atrevía a mirar demasiado tiempo. Y ahora solo soy el hermano que da problemas y no se toma en serio la muerte de sus padres.

Pero ella me está viendo. Una mujer que podría ser mi madre y que piensa que soy valioso. Por fin siento que existo.

—¿Quieres que te enseñe a satisfacer a una mujer? —pregunta, acariciándome el pecho con la yema de los dedos—. Dios, mírate. Dentro de unos años las volverás locas a todas.

Trago saliva. Me sudan las manos.

¿Quiero? No lo sé. Ella es la adulta y yo no sé qué hacer; solo tengo un hueco enorme en el pecho.

—Vale —respondo en voz baja.

Ella sonríe, satisfecha, antes de pegar sus labios a los míos. Arrugo la nariz, no puedo evitarlo. Sabe a tabaco. Me gusta la maría, pero el olor a nicotina me resulta desagradable.

Nunca imaginé que mi primera vez sería así, con una mujer mayor. Pero no importa. Por primera vez, una mujer que podría ser mi madre me elige. Por primera vez, no soy un error. Por primera vez, importo lo suficiente para ser querido.

Mientras me tiendo en la cama, pienso: «¿Estás orgullosa de mí, mamá?». Y, donde quiera que se encuentre, espero que me esté viendo para no perderse cómo otra mujer sí puede amarme.

Polvo de estrellas

Cinco años después

(Josh y Winter: trece/catorce años · Grayson: veinticuatro años · Zane: veintidós años · River: veintiún años)

Nuevos amigos y cosas que no cambian

Winter

A veces echo de menos estudiar en la misma clase de Josh, aunque sigamos en el mismo instituto. No es lo mismo. Pero sé que es lo mejor para él, o eso quiero creer.

Tampoco es que me sienta sola, ni mucho menos. Grayson suele bromear con que yo sería capaz de darle conversación a una piedra. Por supuesto, nadie podrá reemplazar nunca a Josh, pero es genial contar con April y Peter. Son los mejores.

—¿Qué clase de psicópata pide que cites en un examen el nombre completo de los seis generales confederados más influyentes de la Guerra Civil? ¡Seis! —April se da una palmada en la frente—. Y luego mi madre me pregunta por qué suspendo Historia.

—El profesor Finch está obsesionado con los nombres y las fechas. Me lo imagino haciendo el amor con su mujer mientras grita: «¡Abraham Lincoln! ¡1861!» —suelta Peter.

A April —que estaba bebiendo a morro de una botella de agua— le da la risa y casi se atraganta.

—Gracias por traumatizarme, Pete —intervengo, tapándome los ojos—. ¡Ahora no podré quitarme esa imagen de la cabeza!

Peter llegó al instituto el año pasado. Se mudó con su familia desde California. Me lo encontré mientras hacía pellas en Química y, en vez de delatarme, me preguntó si podía unirse. Desde entonces, supe que tenía un nuevo amigo.

A April la conozco desde primaria, pero fue el año pasado cuando comenzamos a relacionarnos más. Un día me quedé en blanco en un examen de Literatura. Ella estaba sentada a mi lado y me sopló las respuestas. Saqué un notable y le ofrecí mi amistad incondicional. Ahora los tres somos uña y carne, sobre todo desde que comencé octavo curso y separaron a Josh de mi lado.

Vamos al mismo curso, pero ya no compartimos clases. A él lo seleccionaron a principios de año para un programa bilingüe de alto

rendimiento, porque la tutora notó que su nivel era más alto que el del resto. ¡Por fin alguien vio lo listo que es! Porque Josh brilla, aunque él no lo crea.

Habla español casi a la perfección y siempre ha sido bueno en matemáticas, aunque odie llamar la atención. Cuando Grayson le dio la noticia y le preguntó si quería probar con las clases bilingües, yo me esforcé para alcanzar su nivel. No quería que Josh se quedara solo entre todos esos cerebritos estirados. Me daba miedo que se aislara en clase, pues siempre ha sido reservado y le cuesta hacer amigos. Pero no hubo manera. A mí no me interesan los libros y se me dan fatal los idiomas. Además, el patinaje ocupa casi todo mi tiempo libre: entreno cuatro horas después de clase, y también algunos fines de semana. Ya he disputado varias competiciones regionales y tengo la vista puesta en las nacionales. Llegaré lejos si me lo propongo. Por eso entiendo que los libros son para Josh y los patines, para mí.

Aunque me dio un ataque de ira cuando suspendí el examen de ingreso al programa. Le pegué una patada a la puerta de la cocina y me hice un esguince de primer grado. River murmuró que estoy como una puñetera cabra, y Zane le gritó que le partiría todos los dientes, pero esa es otra historia. Josh sacó la mejor nota, pero me aseguró que le daba igual subir de nivel y que podía quedarse conmigo. Le grité que no dijera tonterías; es demasiado listo para conformarse con la clase de los alumnos del montón.

No sé si quiso rechazar esa oportunidad porque sabe que lo necesito o porque le da miedo que ya no vayamos juntos a clase. Ambas opciones me parecieron terriblemente injustas. Yo nunca lastraré a Josh. Algún día hará cosas importantes que dejarán en pañales incluso a Grayson. Pero no puedo evitar preguntarme, con un nudo en el estómago: ¿quién se pondrá con él cuando el profesor ordene que hagan un trabajo por parejas? Porque yo siempre lo elegía, con los ojos cerrados. Y ahora solo espero que logre encontrar a un Peter o una April con los que pueda formar equipo.

—Tierra llamando a Winter —dice mi amiga, tirando sin fuerza de mi coleta—. ¿Sigues con nosotros?

—¡Que sí! —Pongo los ojos en blanco—. Siempre que dejéis de

hablar de lo que hace el profesor Finch con su mujer.

Peter se estremece, como si le acabara de recorrer un escalofrío. Saco un chicle de sandía y lo desenvuelvo. El papel se me cae al suelo justo cuando el profesor Finch sale de clase; pone cara de desaprobación y lo señala con su dedo huesudo, aunque yo ya me estaba agachando para recogerlo. Uf, es insoportable.

—¡Winter! —exclama April en un susurro, tirando de mi falda—. Ay, Dios.

—¿Qué? —replico, incorporándome.

April le da un sopapo a Peter.

—Tú no mires, guarro —le riñe.

Peter se pone rojo como un tomate.

—¡No estaba mirando! —Se lleva una mano al pecho—. Es como mi hermana. Verla de otro modo sería rarísimo. ¡Incesto!

Eso me pone un poco furiosa.

—No digas tonterías —respondo, mascando chicle. Luego echo un vistazo a mi uniforme. No veo nada raro—. ¿Qué le pasa?

April se muerde el labio.

—¿De verdad no te has dado cuenta de cuánto has cambiado en el último año? —pregunta. Yo ni me inmuto—. No sé si será porque has desarrollado los músculos por el patinaje o que simplemente has crecido…

—No he crecido —la interrumpo.

Sigo siendo igual de baja. Eso, en realidad, es una ventaja cuando practicas patinaje sobre hielo. La entrenadora dice que tengo el cuerpo ideal para este deporte. Por eso me propuso patinar en pareja; al ser menuda, facilito los lanzamientos y *lifts* a los chicos. Aunque reconozco que siempre me ha fastidiado ser la más pequeña de mis hermanos. Si vivieras con cuatro tíos superaltos, lo entenderías.

—Lo que intento decir es que deberías comprarte una falda más larga —sugiere April, con una sonrisa prudente.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño—. Me gusta esta.

—Tú ten cuidado de agacharte delante de Noah Goldstein —señala Peter—. El otro día lo oí decir que tienes buen culo. Y no me gustaría tener que pelearme con él para defenderte. Me saca dos

cabezas.

Noah es un imbécil que va a nuestra clase de Química y juega al *rugby*.

—No necesito que ni tú ni ningún otro tío me defienda. —Escupo el chicle en la papelera. ¡Qué porquería! ¿Por qué pierden el sabor tan rápido? Peter abre la boca para replicar, pero me adelanto—. Tres palabras: mi hermano Zane. Si lo conocieras, lo entenderías.

A April se le ilumina la expresión cuando lo menciono.

—Por favor, ¿me conseguirás entradas para su próximo partido? —me pregunta con un atisbo de esperanza.

El mes pasado cometí el error de llevarla a ver un partido de los New York Nightwolves, el equipo en el que juega Zane desde que tenía dieciocho años. Compiten en la AHL, la liga menor de *hockey* más importante del país. Zane se quedó hecho polvo cuando no lo ficharon para la NHL, pero todos estamos muy orgullosos de él. Grayson dice que la mayoría de los jugadores pasan primero por la AHL, y que Zane tiene la edad perfecta para que algún equipo de la liga principal lo fiche. Aunque su carácter juega en su contra y pasa más tiempo castigado en el banquillo que jugando.

No entiendo qué le ve April a Zane. ¡Si es un bruto! Se enamoró platónicamente de él desde que lo vio reventar a puñetazos a un rival. Luego se puso a tartamudear cuando se lo presenté después del partido. Zane me gritó ya en casa, con su amabilidad característica:

—No vuelvas a traer a ninguna de tus amigas. Me miran como si fuera un puto póster de Timothée Chamalet a punto de pedirles que se casen conmigo. ¡Y dile que deje de temblar como un conejito cada vez que respiro! No soy una maldita atracción turística, hostia.

Cuando le dije que se pronuncia «Chalamet» y no «Chamalet», por poco me estrangula. En fin, típico de Zane. Pero quiero a ese gigante malhablado y torpe con las palabras. Qué se le va a hacer.

—Oye. —Peter me da un codazo y señala algo detrás de mí con la cabeza—. Creo que Brandon está molestando de nuevo a tu hermano.

Me giro de golpe. Josh está abriendo su taquilla. Brandon —ese pívot del equipo de baloncesto; un idiota integral— acaba de echarle

el brazo por los hombros y le está diciendo algo al oído. Seguro que le está pidiendo que le haga los deberes a cambio de presentarle a alguna animadora.

Noto un pinchazo en el pecho.

¡A Josh se le da fatal decir que no!

El otro día le pregunté si le gustaban las animadoras. No es que me haga gracia que se eche novia, pero al menos así conseguiría algo a cambio de ayudar a Brandon. Él me aseguró, irritado, que ninguna de ellas es su tipo.

Me doy un tirón del uniforme, aprieto las tiras de la mochila contra el pecho y salgo disparada hacia ellos.

Alguien debería decirle a ese imbécil que haga los deberes solito o se busque un profesor particular. Porque si molesta a mi hermano una vez más, le voy a enseñar que el infierno también lleva falda y sabe dar puñetazos.

Si él no te valora

Winter

Brandon tiene esa sonrisa arrogante que les gusta tanto a las chicas de este instituto. Nunca he entendido por qué. Me dan ganas de darle un puñetazo en los dientes mientras avanzo hacia ellos. Igual que al pelirrojo aquel de kárate que dijo que una enclenque como yo nunca podría ser cinturón azul. Todavía recuerdo lo orgulloso que se sintió Zane cuando logré derribarlo sobre el tatami. Tardé cuatro años, varios ojos morados y un puñado de humillaciones, pero la espera mereció la pena.

Josh ignora a Brandon mientras abre su taquilla.

—¿Qué me dices, tío? ¿Te presento a Lexie y tú escribes mi redacción de Español? —le pregunta. Ni siquiera lo deja responder antes de volver a la carga—. He oído que eres un máquina con los idiomas. Pero no se debe notar que lo has hecho tú, así que cuela alguna falta, para que el profesor no se cosque.

Ya. Claro. ¿Lexie? La rubia un año mayor que nosotros con esas monstruosidades por pechos. ¡Pero si a Josh no le gusta! ¡Y ella es una lagarta de mucho cuidado!

Me planto al lado, ignorando la vocecita de mi psicóloga sobre contar hasta diez y permitir que Josh libre sus propias batallas.

—Como no dejes en paz a mi hermano —le suelto a Brandon, esbozando una sonrisa tranquila—, le diré a Sidney que te estás tirando a Ginger detrás del gimnasio.

Lo sé porque me lo contó Ellie —la mejor amiga de Ginger— cuando se enfadó con ella por olvidarse de su cumpleaños. Intenté consolarla mientras Ellie despotricaba sobre lo egoísta que es Ginger y lo mal que se estaba portando con Sidney. Luego se arrepintió y me hizo jurar que no se lo contaría a nadie, pero crucé los dedos a la espalda, así que me chivaré si es necesario. Y punto.

La cara de Brandon cambia al instante. Retira la mano del hombro de Josh con una mueca desdeñosa.

—Eso es mentira —responde, inclinándose sobre mí para que

nadie más lo escuche.

Debe creer que me intimida porque me saca dos cabezas. Lo que no sabe es que he tumbado a tíos más corpulentos en el tatami. Mi profesor de kárate me enseñó que ser pequeña y rápida puede ser una ventaja, y Zane me dio consejos muy útiles sobre cómo jugar sucio cuando el otro es más grande. Eso pasa cuando te crías con cuatro hermanos: cada uno te enseña a defenderte a su manera. Y mi estilo favorito es el de Zane: usa primero los puños y pide disculpas después.

—Podría hablar con Sidney —digo sin inmutarme—. A ver a quién de los dos cree.

Brandon me evalúa de arriba abajo con una sonrisa torcida. Sé lo que está pensando: soy una presa fácil. Zane siempre dice que los tíos grandes se creen invencibles hasta que les partes un diente.

Suelto la mochila y aprieto los puños. Sé exactamente dónde debo golpear para dejarlo KO: en la barbilla. Pero, como es muy alto, mejor ser realista. Primero le pisaré el empeine para que se incline hacia delante y luego le estamparé la palma en la nariz. Aunque también me tienta darle un codazo en la garganta o una buena patada en los huevos.

Respiro hondo. El pulso me late en las sienes, pero no por miedo, sino por pura rabia. Brandon da un paso más, pero no retrocedo ni un centímetro.

—¿De verdad vas a pegarme tú? —se ríe.

Sí, idiota. Voy a machacarte. Pero no porque seas un imbécil con complejo de gorila: voy a pegarte porque estás molestando a Josh, y nadie en este instituto se aprovecha de él. Porque yo sí sé pelear.

Alguien se interpone entre nosotros y Brandon deja de prestarme atención para clavar una mirada irritada en Josh.

—Deja de mirarla así —le ordena Josh, con una voz tan afilada que no parece suya—. Ni siquiera lo pienses.

Lo agarro del brazo. ¿Se ha vuelto loco? ¡No tiene ninguna posibilidad contra Brandon! Josh es más de traducir del latín, calcular logaritmos y esas cosas. Odio cómo sonríe Brandon, que lo toma menos en serio que a mí.

—¿O si no qué? —se burla—. ¿Me vais a pegar entre los dos?

Brandon extiende el brazo hacia Josh justo cuando suena el timbre. En ese momento, un profesor pasa junto a nosotros y lo mira muy serio. Brandon retrocede silbando y se larga con las manos en los bolsillos. Ya estoy yendo detrás de él, pero Josh me agarra por el codo.

—¿A dónde crees que vas?

—A por él —respondo sin dudar—. ¿No has oído a Zane? Si lo pillas de espaldas, vale triple, como en los videojuegos.

Josh me suelta y se frota la cara. Está tenso, crispado. Me acerco, pero, en cuanto le toco el brazo, se zafa con brusquedad.

—¿Te encuentras bien? —pregunto, preocupada.

—¡Deja de meterte en problemas por mí! —estalla, mirándome con furia—. Si te pillan peleándote otra vez, te van a expulsar de forma definitiva. ¿Es eso lo que quieres?

—No —refunfuño—, pero…

—Sé apañármelas solo. No necesito que me defiendas —espeta, con un tono tan duro que me sobresalta.

Tensa la mandíbula, con la mirada fija en la puerta por la que se ha ido Brandon. Y entonces remata, con los dientes apretados:

—Odio que hagas eso.

Me deja perpleja. Llevo defendiéndolo desde que éramos unos críos. Vale, es cierto que me ha pedido en más de una ocasión que no me meta en líos. Pero me conoce y sabe que siempre daré la cara por él. ¿A qué ha venido eso?

—Si no dejaras que te pisoteen —le suelto sin poder contenerme —, no tendría que defenderte. Pero estás obsesionado con no fallarle a Grayson.

—Al menos uno de los dos no le da problemas.

Ah, así que es eso. Yo sé que Josh no es un cobarde, pero tiene pánico a decepcionar a nuestro hermano mayor.

—No te querrá menos porque te defiendas de un abusón, aunque para eso tengas que meterte en una pelea —digo con suavidad.

—No soy como tú. Yo lidio con las cosas a mi manera.

Aprieta la mandíbula y da un paso atrás. No es mucho, pero parece haber puesto una barrera entre los dos. Ni siquiera me mira. Tiene los ojos clavados en sus zapatillas. Está muy enfadado. O

dolido. O las dos cosas.

—Y te agradecería que no te metieras en mis asuntos cuando estoy harto de pedirte que no lo hagas —continúa con dureza—. Así que, si vuelves a buscarte un problema por mí, te dejo de hablar. ¿Entendido?

Se marcha antes de que pueda decir una sola palabra. Y yo me quedo ahí, con la mochila en el suelo y el orgullo hecho trizas. Como si acabara de darle un portazo a mi corazón.

Josh nunca se había puesto así.

¿Que no quiere que me busque un problema por defenderlo? ¡¿De qué va?! Somos hermanos. Mejores amigos. No, él significa mucho más para mí. Es mi persona. Lo elegí con cuatro años y llevo eligiéndolo cada día desde entonces.

Noto el escozor de las primeras lágrimas. Respiro con esfuerzo mientras me agacho a recoger la mochila.

—¿De verdad ibas a pegarle a Brandon? —pregunta el chico que hay en la taquilla de enfrente.

No recuerdo cómo se llama. Creo haberlo visto jugando al baloncesto con Brandon. Y eso me enerva casi tanto como su pregunta.

—¿Y por qué no? —Lo miro mal—. ¿Porque soy una chica?

—Porque a mí me saca una cabeza y tiene atemorizado a todo el equipo —responde sin perder la sonrisa.

Resoplo por la nariz. Todos los deportistas son idiotas, excepto los que hacemos patinaje. Y mi hermano Zane, a ratos.

—Era una conversación privada —le espeto—. Métete en tus asuntos.

Me dirijo a clase antes de que la profesora me eche en falta. Al notar que viene detrás de mí, giro sobre mis talones con cara de pocos amigos.

—¡Te he dicho que me dejes en paz!

—Vamos juntos a clase de Francés. Soy Xavier —me informa, y eso hace que me sonroje un poco, porque pensé que me estaba siguiendo—. Aunque tú no hayas notado que existo… y yo pase esa hora intentando pronunciar *écureuil* mientras no puedo dejar de mirarte.

Me quedo en blanco.

Es guapo, la verdad. Alto, con el cabello rizado, la piel oscura y unos bonitos ojos marrones. Pensé que no les interesaba a los chicos de este instituto porque soy fea o porque saben quién es Grayson. Y no puedo evitar emocionarme un poco porque Xavier acaba de ligar conmigo. O eso creo.

—Eh-kü-rœy —deletreo con esfuerzo—. Así lo pronuncia Josh.

—¿Te refieres a ese que te ha gritado, con muy malos modos, que no te metas en sus asuntos?

Me arde el pecho.

—No me ha gritado —musito—. Y quizá tenga razón.

—¡Qué va! Yo soy hijo único y me habría encantado tener una hermana que diera la cara por mí así. —Se acerca más y añade en voz baja—: Si tu hermano no te valora, te aseguro que hay un montón de tíos en este instituto que agradecerían que los defendieras de Brandon.

Parpadeo, extrañada. A lo mejor lo he entendido mal. Quizá solo necesita que…

—¿Quieres que le pegue a Brandon por ti? —pregunto, arrugando la frente.

Xavier suelta una carcajada.

—Dios, no. —Se ríe otra vez, sacudiendo la cabeza—. No digo que no se lo merezca, pero nunca te pediría algo así. Lo que quiero es una cita.

El corazón me da un vuelco. Estoy sonriendo como una idiota. Nadie me había pedido una cita antes.

—Vale —respondo con las mejillas ardiendo.

—¿En serio? —insiste, como si no pudiera creer la suerte que tiene.

—¡Sí! —Me doy la vuelta para que no me vea la cara—. Vamos, llegamos tarde.

Xavier camina a mi lado y su mano roza la mía justo antes de entrar. Nos intercambiamos notas durante toda la hora. La profesora me riñe, pero me da igual. Estoy contenta. A la salida, les cuento todos los detalles a mis amigos.

Unos días después, Xavier me da mi primer beso. Me confesó que nunca había besado a una chica. No le dije que yo tampoco. Fue un beso torpe, rápido y con lengua. No sé si me gustó, pero estuve sonriendo durante horas y River me preguntó qué mosca me había picado.

Se lo conté a April por teléfono. Y esa misma noche, como no tengo secretos con Josh, también se lo confesé a él.

Estaba ya metido en la cama. Me dio la espalda y no dijo nada. Ni una palabra. Supuse que estaba cansado.

Yo apenas pude pegar ojo aquella noche. Estaba pletórica, emocionada. Y lo último que pensé fue que ojalá mi madre siguiera viva, porque me habría encantado decírselo a ella.

No es la primera vez y seguramente no será la última

Josh

—¿Os habéis fijado en cómo le quedan esos pantalones? —Suelta un silbido de apreciación, y sus amigos se parten de risa.

A veces creo que deberían darme una medalla por soportar a los idiotas de este instituto. Supongo que, cuando creces con padres con mucho dinero, tienes un ochenta por ciento de probabilidades de acabar siendo un cretino. Y Andrew Sanders es el rey de los cretinos en la clase avanzada de bilingüe. Tenía la esperanza de que aquí habría gente decente, pero, por lo visto, la maldad y la inteligencia no se excluyen entre sí.

—Tiene el mejor culo de octavo. —Andrew dibuja su silueta en el aire.

Austin, uno de los cretinos, se percata de que estoy al fondo y le da un codazo, pero Andrew está demasiado ocupado cosificando a mi hermana como para notarlo.

—¿Qué? No me vais a decir que no se lo habéis mirado. —Todos asienten. Austin y yo intercambiamos una mirada incómoda, y él se rasca la nuca—. Será por el patinaje. El caso es que está buenísima para tener nuestra edad.

—Su hermano Zane tiene pinta de que te arrancará la cabeza si lo intentas —se burla Carter.

Eso me saca una sonrisa. Oh, sí, lo haría. No lo sabes tú bien.

—Me gusta el *hockey* —dice Andrew, como si eso le diera algún punto—. Yo creo que le caería bien como cuñado.

Le caerías mejor muerto.

Guardo los libros en la mochila mientras ellos siguen enumerando los atributos físicos de Winter, como si ella solo fuera un cuerpo. No tienen ni idea de que su risa es de otro planeta o de que es la persona más leal y valiente que te puedes echar a la cara. Pero, claro, eso no les importa. Son unos jodidos babosos.

Ni siquiera se molestan en cerrar la boca cuando paso junto a ellos. No, de hecho, se golpean entre sí —reforzando la teoría de que el hombre, efectivamente, proviene del mono— y se echan a reír.

Creen que me humillan, pero no tienen ni idea. Conmigo, lo que quieran. Me da igual si apenas me hablan o si se burlan cuando el profesor me felicita en público por el resultado de un examen. No me afecta. Me resbala. Pero con ella, no. Ni de coña.

Winter es demasiado buena para ellos. Y no lo digo porque sea mi hermana, sino porque es verdad. La ven como un trofeo, una simple cara bonita. Como una muñeca que pueden conseguir si encestan más pelotas que el otro en el puesto de la feria. Y a mí se me revuelve el estómago, porque no tienen derecho a reducirla a un pedazo de carne para saciar sus fantasías baratas entre clase y clase. Porque es otra forma elegante de humillarla; de negar que es una patinadora increíble y una chica que cualquiera tendría suerte de tener en su vida.

Y eso sí que no.

Se tragarán sus palabras una por una.

No lo pienso ni un segundo cuando doblo por el pasillo en dirección al ala vieja, donde las cámaras están rotas desde hace meses y a nadie parece importarle. Me detengo frente a la caja de la manguera de incendios, la abro y pulso el botón.

La alarma suena como un relámpago.

Después echo a andar hacia la salida. El pasillo se llena de alumnos gritando y profesores intentando que salgan de forma ordenada. Me cruzo con Gálvez —el de Español—, que siempre me ha tratado como si fuera el hijo que nunca tuvo.

—No quiero ser un chivato —le digo, indeciso—, pero he visto a Andrew Thompson apostar con sus amigos a que accionaría la alarma de incendios. Pero no quiero que me cojan más manía…

Andrew y sus amigos aparecen justo en ese momento, pavoneándose mientras se dirigen hacia la salida. Gálvez les lanza una mirada iracunda.

—Gracias, Josh —me dice—. Has hecho lo correcto. Tranquilo, no diré que has sido tú quien los ha delatado.

—Yo que usted los cachearía —añado en voz baja—. Me han llegado rumores de que trapichean con hierba.

Gálvez se lanza hacia ellos como una exhalación.

—¡Eh, vosotros! —los llama—. Venid aquí ahora mismo.

Quizá lo de trapichear haya sido un poco excesivo. Solo los he visto darle alguna calada a un porro en el baño para hacerse los guais. Pero, como son unos imbéciles, seguro que algo llevan encima.

Salgo al patio con el resto de los alumnos, sin sentirme ni bien ni mal. Tiffany —una compañera de Literatura con la que me tocó hacer un trabajo la semana pasada— se aparta el pelo de la cara mientras me sonríe.

No es la primera vez que hago algo así, y seguramente no será la última.

Winter busca con desesperación entre todas las cabezas. Levanto el brazo para que me localice. Al verme, sus ojos se llenan de alivio y viene corriendo hacia mí.

—¡Qué susto! —exclama, dándome un abrazo rápido.

—Ya ves.

Ella cree que me tiene calado, y supongo que en parte es cierto. Porque sí, me conoce mejor que nadie. Porque es la única persona con la que me siento cien por cien cómodo, y con la que disfruto tanto los silencios que no siento la necesidad de romperlos. Pero hay algo dentro de mí, un instinto de supervivencia que ha crecido alimentándose de cosas muy feas en los últimos años.

No sé si alguien me conoce de verdad.

Grayson tiene el poder para conseguir lo que quiere. Zane, los puños para hacerse respetar. A River le sobran labia y encanto. Y Winter… es Winter: brillante como una estrella.

Yo no tengo nada de eso. Quizá no lo llevo en la sangre. Después de todo, no soy su hermano biológico. Solo soy el intruso al que aceptaron por obligación.

Lo único que tengo es la cabeza, y he aprendido a usarla.

No necesito ser violento para darles una lección a los Brandon del instituto. Nadie me apuntó a kárate. Eso no va conmigo.

La inteligencia es el arma perfecta, porque cuando eres un

empollón reservado, todos creen que solo la usas para sacar sobresalientes.

Es una lástima que Winter se entrometiera con Brandon. Él me dejó en paz después de su intervención. De lo contrario, yo habría accedido encantado a hacerle el trabajo. Usando inteligencia artificial, con frases demasiado genéricas y sospechosas. El profesor lo habría notado, y el programa del instituto lo habría detectado.

Y la política es clara: expulsión directa si usas IA. Brandon habría perdido la capitanía del equipo. Si hubiera dicho que yo hice el trabajo, nadie lo habría creído, y él habría aprendido a no tocarme las narices. Por las malas.

Sí, una pena. No solo porque me arruinó la diversión, sino porque, como ya le dije: odio que haga eso. No necesito que me defienda. Ya no. Aunque no soporto herir sus sentimientos, así que le pedí disculpas al día siguiente.

—¡Esa hierba no es mía! —protesta Andrew, echándose a llorar.

Winter pone su mueca de vergüenza ajena.

—Vaya, parece que los van a expulsar.

Sonrío para mis adentros. Ahora sí me siento bien.

—Oye, ¿te apetece ir al cine después de clase? —Se cuelga de mi brazo, y el pecho se me calienta cuando me besa la mejilla—. La entrenadora me ha dado la tarde libre. Es el cumpleaños de su madre.

Pienso en el examen de Robótica de mañana, pero sus ojos color miel me atrapan por completo.

—Si estás muy ocupado siendo el más listo de la clase… —me provoca.

—¿Qué película quieres ver? —me rindo.

Winter ni siquiera se molesta en disimular lo mucho que disfruta saliéndose con la suya.

—La última de *Fast & Furious*.

Odio los coches que vuelan y estoy convencido de que Vin Diesel siempre pone la misma cara, como si llevara años estreñido y cabreado al mismo tiempo. Pero la sonrisa de Winter no tiene precio. Así que, si tengo que compartir un cartón de palomitas rancias y tragarme dos horas de persecuciones imposibles, lo haré encantado.

Porque cada vez que la vea aplaudir emocionada o escuche esa risa tan bonita que me desarma, sabré que ha merecido la pena.

Si ella es feliz, el mundo entero pesa un poco menos

Josh

Después de terminar los deberes de Latín, voy a la habitación de Winter a preguntarle si le apetece hacer maratón de *Daredevil*. A los dos nos encanta esa serie, no sé por qué. No le encuentro sentido a que un héroe ciego reparta hostias como panes.

Zane está entrenando y River anda por ahí, así que tenemos la sala de cine para nosotros solos. Grayson no vuelve de Hong Kong hasta las nueve.

Mi primer impulso es abrir la puerta, pero freno justo a tiempo. No quiero pillarla cambiándose de ropa. Últimamente no deja de mirarse al espejo, hacerse selfis y preguntarnos si es guapa. Si uno de nosotros vacila al responder, se pone hecha una furia.

Claro que es guapa. ¡Si lo dicen todos en el instituto!

Siempre ha sido presumida, pero no fue hasta que se besó con el jugador de baloncesto que empezó a obsesionarse con cómo la ven los chicos. No negaré que me molesta. Su autoestima no debería depender del éxito que tiene entre los demás —que, por desgracia para mí, es bastante—. Cada vez que recuerdo cómo me habló emocionada de su primer beso, me pongo enfermo.

No entiendo por qué. Y eso me cabrea aún más.

Al principio pensé que quizá solo era envidia. Yo aún no he besado a nadie. Pero luego supe que eso era imposible. Winter es la única persona a la que jamás envidiaría, porque yo solo quiero que las cosas le vayan bien.

Si ella es feliz, el mundo entero pesa un poco menos.

Sin embargo, aquella noche fingí estar dormido para no seguir escuchando cómo había besado a otro. No entiendo por qué eso me escuece tanto. Prefiero no averiguarlo. La respuesta me da miedo.

—¿Winter? —Llamo a la puerta.

—¡Pasa!

Lo primero que veo es el suelo cubierto de ropa. Aparto la vista, azorado, al ver un sujetador de encaje. Ella está delante del espejo, poniendo morritos.

—¿A dónde vas?

—Por ahí.

—¿Con Xavier? —pregunto demasiado deprisa.

Winter suelta una risita y niega con la cabeza.

—¡No! Ya es historia.

Rebusca en un neceser lleno de maquillaje; uno que Grayson le confiscó porque, según él, las adolescentes no deberían echarse rímel. Pensé que él lo había tirado a la basura. No sé dónde lo habrá encontrado. Saca un *gloss* rosa con brillos.

—Pensé que te gustaba —digo, sintiendo un pellizco de alivio, que escondo junto a todo lo demás que prefiero ignorar.

—Sí, eso creía. Pero no —comenta mientras se echa brillo en los labios—. Me gustaba más gustarle.

Fin del momento de calma. Fue bonito mientras duró.

—¿Y eso qué significa?

—Que Zack me ha invitado a una fiesta después de darnos un pico. Y besa mejor que Xavier, por si te interesa saberlo.

¿Qué Zack? ¿El de Química? ¿El de fútbol? Hay demasiados Zack en mi cabeza y todos son unos imbéciles.

—No me interesa saberlo —respondo con sequedad.

Oh, carajo. El primer beso ha desatado a un monstruito vanidoso y sediento de atención masculina. ¿Qué mierda hago ahora? ¿Dónde está Grayson cuando lo necesito?

—No puedes salir.

Me interpongo en su camino cuando se dirige a la puerta. Va vestida de rosa de pies a cabeza. Un *look* muy de los dos mil, como *Una rubia muy legal* y *Chicas malas*, esas películas que tanto le gustan. Cualquier otra parecería hortera, pero a ella todo le queda bien.

Winter se cruza de brazos con gesto impaciente. La punta de su zapatilla golpetea el suelo.

—Venga, Josh. —Me hace un gesto con la mano, pero no me muevo ni un centímetro—. Si quisieras acompañarme, te invitaría.

Sabes que a mis amigos les caes bien.

—No quiero ir a esa fiesta. Y te recuerdo que estás castigada por insultar a la profesora de Francés.

Winter frunce la nariz. Grayson a veces le levanta los castigos, pero esta vez se ha puesto serio.

—Volveré antes de que Grayson regrese del viaje. ¡Solo serán un par de horas! Soy joven, merezco divertirme. Y tú también. ¡Ven conmigo!

Winter se pone de los nervios al ver que intento bloquearle el paso. Me agarra del brazo e intenta arrastrarme hacia la puerta, pero no cedo.

—Grayson se enfadará si te descubre.

—¡Oh, Grayson! —Chasquea la lengua—. ¡Mi, mi, mi! ¡Eres tan aburrido! Siempre haciéndole caso y cumpliendo sus normas absurdas. ¡No es nuestro padre!

—Pues nos ha criado desde que teníamos ocho años —lo defiendo, irritado. Él era quien nos llevaba a urgencias cuando nos poníamos enfermos y el que nos grababa desde primera fila en los recitales escolares—. Podrías agradecérselo.

—Y se lo agradezco, ¡pero es demasiado duro!

Hace un puchero, alza el mentón y agranda los ojos, igual que el Gato con Botas de *Shrek*. Si existiera un premio al chantaje emocional, Winter lo ganaría. Porque ni Grayson ni Zane ni siquiera River son inmunes a esa carita.

En cuanto a mí…

—¡No pongas la cara del Gato con Botas! —le recrimino, indignado.

—Te prometo que volveré antes que Grayson. Solo tienes que cubrirme si Zane o River preguntan por mí. Diles que me duele la cabeza y que no me molesten. ¡Porfi, Josh!

—No.

Entonces hace lo único que de verdad le funciona conmigo. Se lanza a mi cuello y me llena la cara de besos. Sus rizos me hacen cosquillas. Y, de pronto, vuelve a ser esa niña que siempre llevaba una corona de purpurina y me apretaba la mano cuando yo no podía respirar. Y no puedo decirle que no a esa niña. Su pelo sigue oliendo

a fresas, y cuando me abraza, yo…

—¡Porfa, porfa, porfa! —suplica, apretándome con fuerza. Apoya la mejilla en mi pecho y echa la cabeza hacia atrás, deslumbrándome con su sonrisa—. Estoy superestresada. Pasado mañana tengo mi primera competición en pareja. Necesito divertirme un poquito. Solo será una hora. Lo prometo.

Ay, mierda.

Soy incapaz de negarle nada cuando me sonríe. Los ojitos de cachorrito desamparado le funcionan con mis hermanos, pero a mí me tiene en sus manos cada vez que esboza esa sonrisa. La que dice: «Regálame el mundo, Josh». Porque, desde que tengo cuatro años, mi mundo se reduce a ella, así que le pertenece.

—Solo una hora —le advierto.

—¡Gracias!

Me estruja un instante más. Y, cuando me suelta, yo solo puedo desear que se quede conmigo. Pero me quedo solo, como siempre me siento cada vez que echa a correr hacia algo que no soy yo.

Todo lo que siempre he querido

Josh

—¡Feliz decimocuarto cumpleaños, Joshua! —me felicita Zane.

Odio que me llame así. Pero soy incapaz de enfadarme con él cuando me alza en el aire, como si todavía fuera un crío, y todos se echan a reír. Me zarandea con cariño al dejarme en el suelo, y Grayson, igual de maniático que siempre, me recoloca el gorro de la sudadera.

—¡Pide un deseo! —exclama Winter.

Hay una tarta enorme, de fresas con nata, cubierta de velas. Winter sabe que es la única que me gusta y, desde hace un par de años, ayuda a la señora Pitt a prepararla.

Me inclino y cierro los ojos. Deseo que River y Grayson se lleven mejor, que a Zane lo fiche un equipo de la NHL —mejor si es de Nueva York, como a él le gustaría— y que, algún día, Winter se clasifique para las olimpiadas, su mayor sueño.

Soplo las velas y ellos aplauden.

River mete el dedo en la tarta y le mancha la frente a Zane.

—Te crees muy gracioso, ¿eh? —gruñe él, limpiándose la nata. Se lleva el dedo a la boca y pone cara de aprobación—. ¡Qué buena!

Grayson aparta la vista, angustiado. Seguro que ya está pensando en papel de cocina de doble capa y en ese *spray* desinfectante con olor a limón.

—¡Los regalos! —grita Winter, ansiosa.

Su cumpleaños fue hace cinco meses. Lo celebró en el ático de uno de los hoteles de la familia. Grayson se encargó de que no faltara ni un solo detalle, y yo le propuse que lo hiciera con la temática de *Chicas malas*. La cara de felicidad de Winter mereció cada minuto que pasé recortando cartulinas rosas y pringándome las manos con purpurina.

Invitó a tanta gente que casi no cabíamos: sus amigos April y Peter; sus compañeros del equipo de patinaje —incluido el pesado de Mason, su nueva pareja artística—; Xavier y Zack, con quienes

nunca llegó a nada, pero se llevan bien con ella; y toda su clase del instituto, porque le sabía fatal excluir a alguien, ya que se lleva bien con todos.

Winter es extrovertida por naturaleza. A veces la miro y pienso que no podríamos ser más diferentes. A ella le encanta ser el centro de atención, y el día de su cumpleaños estaba radiante.

Yo, en cambio, siempre celebro el mío con mis hermanos. De pequeño, mis padres me obligaban a invitar a algún compañero de clase, y yo odiaba mi cumpleaños; solo deseaba que pasara lo más rápido posible. Ahora Grayson siempre me pregunta qué me apetece hacer, y no pone cara rara si le digo lo mismo de los últimos años: merendar *pizza* y comer tarta con ellos, sin más.

Aunque hace un par de días, River me miró más serio de lo habitual y me aconsejó que tuviera más amigos aparte de Winter. Eso me cabreó y le solté que me dejara en paz. Y luego sentí un gran alivio de que nadie más intentara presionarme.

Aunque, sin embargo, me mosqueé un poco con Winter cuando me dijo, entre risas, que Tiffany —mi compañera de Literatura— le había dejado caer que esperaba que la invitara a mi cumpleaños. Le respondí que sabía de sobra que no pensaba hacerlo, y ella se encogió de hombros sin pestañear. Aquella noche di vueltas en la cama sin poder dormir, porque Tiffany no es la chica en la que pienso a todas horas.

—Espero que te guste. —Grayson me da una cajita.

La abro con manos temblorosas. Los regalos de Grayson siempre son tan caros que me da miedo romperlos, aunque el dinero no sea un problema en esta familia. Tal vez crea que, si cada regalo cuesta más que el anterior, yo pensaré que me quiere más.

—Guau —murmuro, observando el Rolex con los ojos abiertos de par en par.

Es de acero inoxidable, elegante y sobrio, con la esfera de un azul oscuro. Él tiene uno igual. Siempre he pensado que Grayson tiene un gusto impecable; en eso, es el que más se parece a nuestro padre. Carece de diamantes ni detalles ostentosos, y precisamente por eso me gusta tanto. No es un reloj que diga «mírame», sino uno práctico, hecho para durar. En la parte trasera hay una inscripción:

«Estoy orgulloso de ti».

Siento un nudo en la garganta al leerla. Sé lo que eso significa para él. Nuestro padre nunca le dijo que se sentía orgulloso, aunque Grayson se esforzó durante diecinueve años por ganarse su aprobación. A mí, en cambio, me lo dice constantemente, como si tuviera miedo de que se me olvidara. Cada vez que saco un sobresaliente, o incluso aquella vez que sufrí un ataque de pánico durante una obra de teatro y vomité el texto con voz temblorosa. Le dije, avergonzado, que lo había hecho fatal, pero él me aseguró que debía estar orgulloso por no haber huido del escenario.

Grayson es el padre que siempre quise tener. Mi mayor ejemplo. El hombre en el que quiero convertirme. Por eso nunca lo defraudaré. Aunque, al ponerme el reloj, siento una mezcla entre querer abrazarlo y salir corriendo.

—Gracias —digo con voz ronca—. Es genial.

—¡Ahora el mío! —Zane deja un paquete en la mesa—. Si no te gusta, te aguantas.

Me da la risa.

—Vale, Hulk.

Zane me lanza una mirada acerada. Odia que lo llame así, pero es mi venganza por todos los *Joshua*.

Rasgo el envoltorio mientras él me observa con inquietud. No me sorprende su regalo. Bajo el metro noventa y nueve de altura, los músculos y la cara de mala hostia, hay un tipo tremendamente sensible y familiar.

—¿Te gusta o no? —pregunta a bocajarro—. ¡No me mientas!

Sonrío al mirar la imagen del marco de fotos digital. Ahí teníamos seis y quince años. Zane posa mostrando los dientes y yo lo miro asustado mientras él me revuelve el pelo. Pero, si te fijas bien, hay un brillo cálido en sus ojos. Aquel día se enteró de que unos críos se metían conmigo en el colegio y les gritó que les arrancaría la cabeza si volvían a molestarme.

La foto cambia. Aparece otra, de hace seis meses, en la que sonreímos en el estadio, después de que él ganara un partido.

—Si la pone en la mesita de noche, tu cara será lo primero que vea al despertarse —interviene River, justo cuando estaba a punto

de darle las gracias—. ¡Eso no es un regalo, sino una tortura!

Winter se parte de risa. Zane se abalanza sobre River, que se esconde detrás de Grayson.

—¡Ven aquí, gilipollas! ¡Te juro que hoy sí te parto la cara! —Zane levanta el puño, pero frena al ver la expresión tensa de Grayson—. ¡No te escondas detrás de él!

Grayson, con los brazos cruzados, espira por la nariz. A su espalda, River se descojona.

—Como me lleve un solo golpe, estáis muertos —dice Grayson sin perder la calma.

Zane da un paso atrás. Le tiene demasiado respeto, no sé si porque es el mayor o porque Grayson siempre le cubre las espaldas cuando se mete en un lío.

—¡No podéis matarme! —River sale de un salto y coge su regalo —. ¿Quién sería la cara visible de este maravilloso tinglado?

River no quiso ir a la universidad, pero Grayson se negó a darle un puesto en la empresa hasta que tuviera cierta preparación académica. A River no le quedó más remedio que cursar un título universitario básico de dos años en Gestión Empresarial. No paró de quejarse durante todo el progreso, pero lo terminó con una media de notable. Siempre he sabido que es más listo de lo que intenta hacernos creer. Y, como está tan orgulloso de su aspecto, Grayson lo tiene ocupado posando en campañas, atendiendo a los periodistas e inaugurando hoteles y restaurantes.

—Bueno, ¿qué te parece? —me pregunta cuando desenvuelvo el regalo.

Es una camiseta amarilla —el color que más odio—, con una frase en letras rojas en el pecho: «Si sobrevivo a esta familia, podré con cualquier cosa».

—Eh… —Me rasco la nuca. River y sus regalos. Ya no debería sorprenderme—. Gracias.

—¡Lo mejor para el final! —exclama Winter, emocionada—. Se supone que debo decir que ojalá te guste, pero sé que te va a encantar.

—Nuestra hermana, la menos humilde —dice River con ironía.

—Por lo menos yo le hago regalos que sí usará. —Le saca la

lengua.

Rasgo el papel de regalo. Es una sudadera de Obi-Wan Kenobi, mi personaje favorito de *Star Wars*. Winter sabe que soy un friki de la saga y de todo lo relacionado con George Lucas. Me la pongo encima de la camiseta sin pensarlo. A ella se le ilumina la cara. Luego le lanza una mirada de suficiencia a River.

La sudadera huele un poco a su perfume de fresas, como si lo hubiera rociado sobre ella. No sé cómo me hace sentir eso.

—¡Tengo otro más! —anuncia, colocando un pesado paquete en mis manos.

Me quedo perplejo al ver la edición especial de *Carrie*, mi libro favorito de Stephen King. He perdido la cuenta de las veces que lo he leído. Hace dos años, le confesé a Winter que a veces me sentía un poco Carrie. Acaricio la portada mientras siento un aleteo en el pecho.

—¡Abre la primera página!

Descubro la dedicatoria y el corazón se me para un instante, para luego comenzar a latir muy deprisa: «Para Josh: Los monstruos reales no siempre viven bajo la cama. A veces los llevamos dentro. Stephen King».

—Qué pasada —susurro, boquiabierto—. ¿Cuándo lo conseguiste?

—El mes pasado, cuando fui a Maine para aquella competición de patinaje. Me enteré de que estaba firmando en una librería de su ciudad.

Que Winter se acordara de mí mientras se clasificaba para los regionales me hace sentir jodidamente bien.

Winter, de puntillas y con las manos entrelazadas, esboza una sonrisa radiante. Abrazo el libro contra el pecho. No me arrepiento de haber celebrado mi cumpleaños en familia —con mis hermanos, con ella—, porque cuando miro esos ojazos color miel, sé que no necesito a nadie más. Todo lo que siempre he querido lo tengo delante de mí, a punto de abrazarme.

Apenas nos hemos rozado cuando, de pronto, la casa se queda a oscuras.

—¡Ah! —grita Zane—. ¡Algo me ha tocado la pierna! ¡Grayson, no veo nada!

—Pues enciende una linterna.

—¿Dónde encuentro una? ¡Si no veo una mierda! ¡Joder! ¿Qué ha sido eso? —La voz de Zane suena más aguda de lo normal. Sí, el Grandullón le tiene pánico a la oscuridad, entre otras cosas—. ¡Te voy a matar, River!

Unos dedos me acarician la nuca. Le doy un manotazo a mi hermano, que suelta una risita.

—¡Carajo, no hagas eso! —se queja Zane—. ¡Como te pille, te reviento!

—No puedes —murmura una voz tétrica—. Soy el hombre invisibleee…

—River, déjalo ya —le espeta Grayson.

Una mano aprieta la mía. Es la de Winter. La reconozco sin necesidad de verla. Entrelazo nuestros dedos.

—¿Te crees muy gracioso? ¡Te voy a partir los brazos!

—Antes deberás atraparmeee…

Saco el móvil del bolsillo y enciendo la linterna. El salón se ilumina un poco. En ese momento, Zane sorprende a River tirándole de la camiseta y se abalanza sobre él. Grayson, en medio del caos, se lleva un codazo.

—¡Vamos! —Tiro de Winter hacia la puerta.

—¡Ay! —Ella se tropieza con una silla.

—¡Sígueme!

Mis hermanos se enzarzan en una pelea mientras nosotros corremos hacia las escaleras. Nunca las usamos; siempre subimos en ascensor, pero no pienso desperdiciar este momento. Le va a encantar.

—¡Josh! —Su risa me acaricia la espalda—. ¿A dónde vamos?

—¡Ya lo verás!

Nuestro Júpiter

Winter

Tengo el pulso disparado al llegar a la azotea. Vivimos en las tres últimas plantas de uno de los rascacielos más altos de la ciudad. Todo está envuelto en oscuridad, excepto por la luz del móvil de Josh.

No suelo subir aquí. River y Zane pasan las noches de verano charlando, tumbados en una de las hamacas. A mí me encantaba hasta que mis padres fallecieron. Era el lugar favorito de mi madre, que solía venir a pintar mientras Josh y yo jugábamos en el suelo. Nuestro padre mandó colocar césped natural porque ella quería que tuviéramos algo verde bajo los pies, aunque viviéramos a cien metros de altura.

—¡Ven! —Josh se asoma por la barandilla—. ¡Echa un vistazo!

Siento vértigo en el estómago antes de acercarme. Josh, que conoce mi miedo a las alturas, pone una mano en mi nuca. Su contacto me reconforta.

Suelto el aire de golpe al mirar hacia abajo. Nunca había visto la ciudad así, completamente oscura. Solo se distinguen las luces de los coches.

—Un apagón —murmura Josh—. Tenemos que aprovechar. No sabemos cuánto va a durar.

Siento un cosquilleo cuando se aparta y se quita las zapatillas. Luego se tumba bocarriba, frotando los dedos de los pies en el césped.

—¿Qué haces? —pregunto sin entender.

—Túmbate a mi lado y lo verás.

Dejo las pantuflas de gatito en el suelo —sí, esas que River dice que son infantiles, pero a mí me gustan— y me echo a su lado. Nuestras manos se tocan un instante. Después, Josh señala hacia arriba.

—Mira —dice con voz queda—. ¿No te parece una pasada?

Alzo la vista. Se me escapa un suspiro áspero. Es como si viera el

cielo por primera vez: sin ruido, sin luces…, sin nada más que un techo infinito de estrellas, suspendido solo para nosotros.

¡La ciudad que nunca duerme se ha dormido!

Nunca había visto tantas estrellas juntas. Parecen luciérnagas diminutas. Hay luna llena: enorme, brillante, con los cráteres marcados, como si estuviera muy cerca de nosotros. Parece demasiado bonito para ser real. A mi lado, Josh guarda silencio mientras me pregunto si se sentirá tan pequeño y, al mismo tiempo, tan feliz como yo.

—Hay tantas estrellas que no puedo contarlas —digo, emocionada.

—Sabía que te gustaría —susurra.

Mi pierna roza la suya. Hundo los dedos en la hierba. Un punto fijo y más grande que los demás captura mi atención. Se lo señalo a Josh, intrigada.

—¿Qué crees que es?

—Un planeta —responde—. Porque no parpadea.

—¿Venus? ¿Marte?

Josh lo piensa un momento. El verano pasado se apuntó a un curso de astronomía.

—Estamos en febrero, y Venus no es visible al anochecer. Marte solo puede verse al este, con un color ligeramente rojizo. Y Saturno está demasiado bajo en esta época —argumenta, sin dejar de mirar esa esfera blanca y brillante—. No estoy seguro, pero podría ser Júpiter.

Le doy un golpecito en el hombro.

—¡Claro que estás seguro!

Pero no fanfarronea para que no me sienta tonta.

—Te prometo que no estoy del todo convencido. —Gira la cabeza hacia mí y pone la mano encima de la mía—. Pero, si tú quieres que sea Júpiter, será nuestro Júpiter.

Nuestro. Suena demasiado bien.

Me giro un poco para sonreírle. La luz de las estrellas dibuja sombras suaves en sus facciones. No es consciente de su aspecto, ni siquiera un poquito. O tal vez sí, pero no de un modo positivo. Siempre le ha dolido no tener nuestro color de pelo ni nuestros ojos,

pero yo no podría imaginarlo de otra forma.

April dice que es guapísimo. Y no lo dice solo ella; las chicas de mi clase no se atreven a hablarle porque lo ven inalcanzable. A veces desearía que alguna se animara a pedirle una cita, porque Josh merece que alguien lo vea de verdad. Que descubra lo listo, tierno, valiente y profundamente amable que es. Pero otra parte de mí —me doy cuenta justo ahora— se alegra de que no invitara a su compañera de Literatura a su cumpleaños. De lo contrario, quizá no me habría traído aquí a mí, sino a ella. Y me gusta que este momento sea solo nuestro. Porque esta noche nos pertenece, igual que Júpiter.

No voy muy abrigada porque en casa había calefacción, pero aquí arriba hace bastante frío. Echo un vistazo a la azotea buscando una manta. No hay ninguna, así que me froto los brazos.

—Tienes la piel de gallina —dice, quitándose la sudadera—. Toma.

—¿Y tú?

—Yo estoy mejor que bien.

Me pongo la sudadera, que ya no huele a mi perfume, sino al suyo. Luego vuelvo a tumbarme a su lado.

De pronto, se levanta una pequeña brisa que me despeina. Un rizo me cubre un ojo. Josh lo aparta con delicadeza, rozándome la mejilla.

—Gracias por los regalos.

—No hay de qué.

—No, en serio —insiste, mirándome. No le veo la cara, porque sigo con la vista clavada en las estrellas y el pecho lleno de felicidad —. Es que… nadie me conoce mejor que tú.

Me giro hacia él. El estómago me hace algo raro cuando nuestros ojos se encuentran.

—Si dejaras que los demás te conocieran, todos se darían cuenta de que eres increíble.

Josh no dice nada. Solo me mira, muy quieto. No sé si pasa un segundo, un minuto o una hora, hasta que se mueve despacio. Extiende el brazo. No parpadeo cuando su dedo se desliza despacio por mi clavícula, hasta posarse en el hoyuelo de mi mejilla. Lo deja ahí mientras me observa. No puedo soportarlo más e intento darle

un pequeño mordisco. Nos echamos a reír como dos bobos.

—Sigo queriendo mudarme a la luna contigo —dice en voz baja, aunque estamos solos.

Eso me pone contenta y nerviosa, no sé por qué. Me giro de nuevo hacia el cielo y le toco la pierna.

—¡Te las estás perdiendo! —le grito, riendo.

—Me gusta más mirarte a ti.

Su mano atrapa la mía y vuelve a entrelazar nuestros dedos. Noto cómo respira hondo y suelta el aire despacio.

No sé por qué soy incapaz de mirarlo. Siento el corazón absurdamente desbocado. No me suelta mientras sigue tumbado de lado, con los ojos fijos en mí, y me pregunto qué le parecerá tan fascinante, si me ve todos los días. Aunque yo…, yo nunca me canso de él. Y, cuando por fin encuentro el valor para mirarlo, descubro que se ha quedado dormido.

Sonrío y le aparto el pelo de la cara, igual que él ha hecho antes conmigo. Tiene la mejilla helada. Ay, qué mentiroso tan considerado. Nunca cambiará. Murmura algo que no logro entender y suspira.

—Yo también sigo queriendo vivir en la luna contigo, Josh —digo bajito.

Cierro los ojos y me acurruco contra él, intentando darle calor. Deberíamos bajar, pero soy incapaz de despertarlo y, al final, dejo que el sueño me venza.


KENOBI

Donde empiezan las guerras de almohadas y terminan los límites

Winter

Estoy editando un TikTok cuando Josh entra en mi habitación. Últimamente, siempre llama a la puerta, como si de repente creyera que necesita permiso para verme. Yo nunca toco a la suya. No me da la gana.

—¿Me ayudas con los deberes de mates? —le pregunto, mientras termino de subir el vídeo.

El último tuvo más de tres mil visualizaciones. A mis hermanos no les hace gracia que suba mis entrenamientos de patinaje a las redes, pero yo me pongo contentísima cada vez que obtengo más «me gusta» que la lerda de Naomi. No la soporto. Está todo el día quejándose de que la entrenadora me presta más atención y dramatizando con lo complicado que le resulta encontrar un buen compañero al ser más alta. ¡Pues que hubiera elegido el voleibol! ¡O que se pase al patinaje individual! ¿A mí qué me cuenta?

—No… No puedo respirar —jadea, tambaleándose hacia el centro de la habitación—. Creo que me muero.

Suelto el móvil y me vuelvo de golpe hacia él. Ya estoy de pie cuando se agarra el pecho. Le tiembla la mano y tiene la frente perlada de sudor.

Mi primer impulso es correr a buscar a Grayson, pero sé que Josh no me lo perdonaría. Porque no es la primera vez que le pasa. Por eso me obligo a recordar que no se está muriendo y que no debo dejarme arrastrar por su pánico.

De pequeños, bastaba con que le apretara la mano si no podía dormir, pero los ataques de ansiedad se han vuelto más frecuentes e intensos con los años. Igual que mis episodios de ira. Pero, a diferencia de mí, que me vuelvo violenta, Josh no hace daño a nadie; solo cree que se está muriendo.

—Josh —digo con voz firme—, estás a salvo. Solo es ansiedad,

¿recuerdas?

Él asiente, respirando con esfuerzo. No quiere que se lo cuente a nuestros hermanos. Josh y su manía de no molestar. Así que hace tiempo busqué información en internet, sin saber qué otra cosa hacer.

—Vamos a respirar juntos —le pido, manteniendo la distancia, porque no soporta que lo toque en estos momentos, aunque yo daría lo que fuera por abrazarlo—. Uno, dos, tres… Despacio, eso es. Ahora suelta. Muy bien. Otra vez.

Josh hace lo que le pido sin dejar de apretarse el pecho. Verlo así me destroza. Pero yo soy su ancla, igual que él es mi calma cuando siento que el mundo es un lugar insoportable y solo deseo morirme.

—Estás aquí, conmigo. Mírame —le digo, intentando distraerlo ahora que ya respira casi con normalidad—. Mira mis ojos. ¿De qué color son?

—Los más bonitos —suelta, y eso me saca una sonrisa. Josh se sonroja un poco—. Ma-marrones.

Me acerco despacio y, con suavidad, lo conduzco hacia la cama. Josh se hunde en el colchón con un suspiro ronco. Se cubre la cara y murmura que todo es una mierda. Le paso los dedos por el pelo húmedo.

—¿Ya pasó? —pregunto con cuidado.

—Sí.

—¿De verdad? ¿Te encuentras mejor?

Josh asiente. No me quedo del todo tranquila hasta que pongo una mano sobre su pecho. Los latidos aún son rápidos y fuertes. Me muerdo el labio.

—Cuéntame qué te preocupa.

—La libertad de expresión debe ser absoluta, sin límites —responde, encogido.

—¿Qué?

—Es el tema que me ha tocado defender en el debate de Filosofía —explica con tono ahogado—. Le dije al profesor que iba contra mis ideales, y él me soltó que así aprenderé a ponerme en el lugar de otros. Pero no se me ocurre qué argumentar. ¡No me parece justo que cualquiera pueda decir lo que quiera, incluso si es ofensivo! —

estalla, mirándome con desolación—. Y seguro que el idiota de Steven va a estar interrumpiéndome todo el rato, porque le encanta burlarse de mí cuando salgo a la pizarra. Y ya sabes que tartamudeo cuando me pongo nervioso…

Oh, lo sé. Igual que entiendo que se exige demasiado y que está más agobiado por defraudar a Grayson que por esa exposición oral.

—Lo harás bien, Josh —aseguro, convencida—. En cuanto te calmes y recuerdes que eres el mejor en Filosofía. Steven solo se mete contigo porque es un mediocre.

Se pasa las manos por el pelo. Todavía sigue muy tenso.

—Deberías hablar de tus problemas de ansiedad con un adulto —sugiero con tacto. Él se vuelve hacia mí de golpe, pero no puedo dejarlo estar, así que continúo—: Grayson te llevaría a terapia si…

—No.

—Josh…

—Por favor, no se lo cuentes a Grayson.

—¿Por qué te da tanto miedo? —Me pongo de pie, notando ese ardor tan familiar en el pecho—. ¿Tú crees que merezco menos amor desde que me diagnosticaron TLP?

Josh se levanta, horrorizado.

—¡No! ¡Claro que no!

Su respuesta, tan rápida y vehemente, me saca una sonrisa por dentro. Nadie me hace sentir tan querida como él.

—Vale, ya sé lo que intentas. —Pone una mueca—. Grayson ya tiene suficiente. No le daré problemas por una tontería.

—La ansiedad no es ninguna chorrada.

—Ya me encuentro bien. Gracias.

—Te exiges demasiado.

—Saco buenas notas. No es para tan… ¡Eh!

Josh se tropieza cuando le lanzo un cojín a la cara. Si hace falta, le quitaré esa inseguridad a almohadazos.

—¡¿A ti qué te pasa?!

—Ejerzo mi libertad de expresión —respondo, burlona.

—Muy graciosa. —Se frota el cuello, molesto—. Pero la libertad de expresión no te golpea en la cara.

—¡Es para que dejes de pensar en esa exposición absurda!

Agarro otra almohada y me abalanzo sobre él riendo. Esta vez sí está preparado: levanta el brazo para bloquear el impacto y coge la que hay a los pies de mi cama. Me atiza en toda la frente y casi me caigo de culo.

—Te ha gustado, ¿eh?

—¡Ahora verás! —exclamo, levantando la almohada por encima de la cabeza.

Pero en cuanto él prepara la suya, le clavo dos dedos en el costado, pillándolo desprevenido. Josh gruñe y se inclina hacia delante. Entonces le atino en la nariz. Me da la risa y la almohada se me escapa justo cuando él se lanza sobre mí.

—¡Serás traidora!

—¡Ay!

Engancho el pie por detrás de su pierna, un movimiento que aprendí en kárate. Josh abre la boca, perplejo, mientras los dos nos caemos al suelo. No sé cómo se las apaña, pero, en el último segundo, me sujeta de la cintura y gira sobre sí mismo para que sea él quien reciba todo el golpe.

—Auch —se queja, con los ojos cerrados.

—¡Tonto! ¿Por qué has hecho eso?

—Porque… —jadea, intentando recuperar el aliento— aunque seas una alimaña tramposa, peso como mínimo diecisiete kilos más que tú. No quería aplastarte.

—¿Qué me has llamado? —me hago la indignada.

Empujo la almohada contra su cara, riéndome a carcajadas. No aprieto mucho, pero Josh, agobiado, se la arranca de un tirón. El impulso me lanza hacia delante y aterrizo sobre su torso.

—¡Bruto!

—¡Mira quién fue a hablar! ¡La que intentaba asfixiarme!

Tengo la mejilla en su pecho, que sube y baja con fuerza. Sus brazos están en mi cintura. Siento sus manos, grandes y cálidas, a través de la tela fina de mi camiseta. Estoy tan quieta como él. Lo único que se oye son nuestras respiraciones, rápidas y desacompasadas.

De repente, me asalta el impulso absurdo de mirarlo a los ojos. Y me pregunto si él también tendrá un nudo en el pecho. Algo que no

se puede desatar de lo apretado que está. Complicado. Raro. Incómodo.

Me apoyo en sus hombros, ladeo la cabeza y lo observo. Sigue siendo mi Josh. Pero sus ojos azules parecen distintos, más profundos, más serios. Los mechones rubios le caen sobre la frente y tiene las mejillas encendidas, como si acabara de salir de clase de gimnasia, pero aún le quedaran fuerzas para dar otra vuelta. Su mirada se detiene en mis labios, y mi corazón hace una cosa extraña.

—¿Josh?

No sé por qué pregunto su nombre. Pero me cuesta moverme cuando él coloca las manos en mis hombros… y me empuja suavemente hacia atrás.

—Estás loca —susurra, riendo bajo.

Fuerzo una sonrisa, pero no me muevo. Josh gruñe debajo de mí.

—Me estás aplastando.

—¡Perdón! —me disculpo, levantándome a toda prisa.

No sé a dónde mirar cuando él también se pone de pie. De pronto, el póster de *Una rubia muy legal* se convierte en la cosa más interesante del universo. Cualquier sitio es más seguro que la cara de Josh, porque no quiero volver a sentir eso que he sentido al estar encima de él.

—¿Quieres que te ayude con los deberes de mates?

—¡Sí, gracias! —exclamo con demasiado entusiasmo.

Nos sentamos a mi escritorio, más lejos entre nosotros de lo habitual. La distancia no es muy grande, pero se siente inmensa. Y, mientras me explica las ecuaciones de tercer grado, yo no lo miro ni un solo momento. Porque perderme en sus ojos azules significa volver a recordar lo que me ha dado tanto miedo.

Enséñame

Josh

Salgo disparado hacia mi habitación. No estoy enfadado ni nervioso, o eso me digo. Pero las manos me tiemblan un poco al dejar la mochila en el suelo.

¡Tiffany Kent me ha preguntado si me gustaría que nos enrolláramos!

Así, sin previo aviso. Me ha esperado a la salida de Literatura. Yo he pensado que quería ser mi compañera para la tarea de escribir un final alternativo para el último libro que hemos leído. Pero no. Me ha tomado por sorpresa cuando ha soltado:

—¿Nos liamos mañana después de clase? —Y, cuando yo me quedé mirándola como un pasmarote, añadió—: Ya sabes que me gustas. Y yo te gusto a ti, ¿no?

Yo no se lo he dicho a nadie, así que no sé por qué lo piensa. A ver, me cae bien. Es maja, fan de Sylvia Plath y lee haciendo bien las pausas, con entonación perfecta. Pero nunca había pensado en besarla. Hasta ahora.

Me tumbo en la cama, con las manos entrelazadas bajo la nuca. Pasados unos minutos, la puerta se abre de par en par.

—¿Josh? —pregunta Winter, colándose en mi habitación.

De nada serviría pedirle que llame antes de entrar. Winter es invasiva por naturaleza, sobre todo cuando se trata de mí. Normalmente me da igual. De hecho, no me importa en absoluto. Pero, después de aquella guerra de almohadas, siento la obligación de mantener las distancias. No quiero tenerla cerca. O sí, ese es el problema: que quiero pasar cada segundo del día con ella, pero no puedo ni debo.

—¿Vas a decirme qué te pasa? —pregunta, acercándose a la cama.

Me levanto antes de que se siente.

—Que no me pasa nada —espeto, dándole la espalda.

Winter bufa detrás de mí. Su mano se posa en mi hombro con

delicadeza. Me molestaría que cualquiera de mis hermanos me tocara las narices en este momento, pero Winter es Winter. Siempre se sale con la suya, y lo que más me molesta es que nunca soy capaz de enfadarme con ella.

—Sé que estás nervioso porque Tiffany Kent te ha pedido una cita —dice con suavidad—. No tienes que ir si no quieres, ¿vale? Podrías inventarte una excusa si no deseas herir sus sentimientos…

—Sí quiero —la corto enseguida.

No es del todo verdad. Tiffy es simpática, y me sentí especial cuando se fijó en mí. Pero no sé si me gusta. Lo único que tengo claro es que quiero dejar de ser el bicho raro de clase que aún no ha besado a una chica.

Winter me rodea y se planta delante de mí. Me mira a los ojos sin una pizca de burla. Solo parece preocupada.

—Entonces, ¿por qué estás tan raro?

Un calor sofocante me sube por el cuello. Siempre hablamos de todo y nunca ha sido cruel conmigo, pero no sé si alguien tan popular como ella podría entenderlo.

—Nunca he besado a nadie —digo en voz baja.

Me mira sin parpadear.

—Ya lo sé.

Claro que lo sabe. Igual que yo sé que se besó con Xavier y Zack. Y que, seis días después de nuestra guerra de almohadas, se enrolló con Theo en la biblioteca. Aquel beso me escoció de un modo particular. Me puse furioso. Luego, triste. Ningún chico de clase es lo bastante bueno para mi hermana. ¿Por qué tuvo que besar a otro después de pronunciar mi nombre de aquella manera?

—Oh —asiente, seria, como si por fin entendiera mi malestar, aunque no tiene ni remota idea—. Estás nervioso porque temes no hacerlo bien.

Bajo la cabeza y me rasco la nuca. A veces, me asusta lo bien que me conoce. Otras, me aterra que no tenga ni idea.

River dice que no es sano que mi mejor amiga sea mi hermana, que debería tener otras amistades. Pero él no entiende nada. No puedo respirar bien cuando ella está lejos.

Con Winter, no tengo que actuar. No tengo que fingir que soy otra

persona. Ha sido así desde que me sonrió aquel día y me sentí a salvo por primera vez en mi vida.

—No debería darte vergüenza, seguro que a Tiffany le da igual. Pero, si tanto te preocupa… —frunce los labios con expresión pensativa—, yo puedo ayudarte.

—¿Cómo?

Winter esboza una sonrisa traviesa, la misma que usa cada vez que está a punto de meterse en un lío. Al principio no entiendo a qué se refiere, hasta que se muerde el labio inferior. El corazón me da un vuelco al observar su boca. Me arden las mejillas.

—¡Eso está mal! —Trastabillo hacia atrás, pero no puedo dejar de mirarle los labios. De repente, siento que no hay suficiente oxígeno en la habitación—. No… No podemos… Porque tú y yo somos… Y Grayson nos mataría.

Winter pone los ojos en blanco.

—Grayson no se enterará, bobo. Y sí podemos, porque no tenemos la misma sangre. Nosotros somos más amigos que hermanos, ¿recuerdas?

No habla en serio. No puedo creer que esté hablando en serio. Tiene que ser una broma. Pero no digo nada mientras la sangre me burbujea bajo la piel.

—Eres mi mejor amigo. Es algo que haría por un amigo —resuelve sin dejar de sonreír—. Si Peter me lo pidiera…

—No vas a besar a Peter —suelto, más rápido de lo que debería.

Me pone enfermo imaginar que vuelve a besar a otro chico. No, de eso nada.

Winter se aparta un rizo de la cara y me mira con esos ojos color miel tan grandes. Con el suéter rosa y los vaqueros de talle bajo que le dejan el ombligo al aire, es la viva imagen del atrevimiento. Y, al mirarla, siento que ni Tiffany Kent ni ninguna otra niña de clase puede igualar su brillo… Y me cabrea entender por qué todos mis compañeros dicen que Winter es la chica más guapa del instituto. Porque me temo que los hermanos no se dan cuenta de que sus hermanas son preciosas.

Esto es una pésima idea. Grayson nos matará si se entera.

—Bueno, ¿qué? —Se cruza de brazos y golpea el suelo con la

punta de la zapatilla—. No tengo todo el día. En quince minutos me voy a entrenar.

Trago saliva. El corazón me late tan fuerte que me duele.

—¿Un… beso con lengua? —pregunto con un hilo de voz.

—¡Puagh, qué asco! ¡Podría quedarme embarazada!

—Así no es como… —Me callo en cuanto empieza a reírse. No puedo creer que se ponga a hacer bromas cuando yo estoy a punto de perder el conocimiento. La fulmino con la mirada—. Muy graciosa.

De pronto, me agarra de la sudadera y me quedo sin aire. Abro mucho los ojos.

—¿Quieres que te enseñe a besar o no?

¡No! ¡No! ¡No! ¡NO!

¡Peligro!

¡Mala idea!

—¿Sí? —respondo con un hilo de voz.

Winter entrecierra los ojos.

—No sé si ha sido una pregunta o una afirmación.

—Que sí. ¡He dicho sí! —suelto atropelladamente—. Solo para quitármelo de encima. No significará nada, ¿no?

Me mira muy seria, como si de pronto se lo estuviera replanteando. Se echa hacia atrás, apenas unos centímetros, y eso me araña por dentro. Siento una desesperación tan profunda que me entran ganas de estampar mi boca contra la suya y hacer que deje de dudar. No es justo que me tiente… y justo cuando por fin me decido, se arrepienta.

—Da igual —digo sin poder ocultar mi molestia—. Ha sido una tontería.

—Bueno. —Baja la cabeza. Se ha ruborizado—. Yo solo quería echarte un cable.

—¡Si acabas de arrepentirte!

Ella parpadea, desconcertada.

—¡Qué va! ¡Eres tú el que está muerto de miedo!

—¡No! ¡No! —Coloco las manos en sus hombros para que no se escape—. Te lo he notado en la cara. Solo lo has sugerido porque pensabas que yo no me atrevería.

Me siento herido. Usado. No lo soporto.

—¡Yo nunca te haría algo así!

—Pues demuéstralo.

Me mira con los ojos muy abiertos; la duda brillando en ese océano de miel. A mí la cabeza me da vueltas. El único punto de anclaje que encuentro son sus labios entreabiertos, cubiertos por ese *gloss* que me pregunto si sabrá a fresa.

—Eres una mentirosa —le digo, dolido y frustrado a partes iguales.

Ella se pone más roja. Creo que de rabia.

—Retíralo —ordena entre dientes—. Ahora.

Me inclino sobre ella, hasta que nuestras caras están tan cerca que casi se rozan. Pero, en lugar de hacer lo que me pide, le espeto:

—Mentirosa.

—Cagado.

—Lianta.

—¡Idiota!

—Manipuladora.

—Cobarde.

—¡Egocéntrica!

—Hipócrita.

Ambos respiramos con fuerza. Mis manos siguen ancladas a sus hombros, y me he inclinado sobre ella, que alza la barbilla con desafío. Nos miramos furiosos. No recuerdo haber estado tan cabreado, tan confundido ni tan asustado en toda mi vida.

Necesito… pensar.

Apoyo la frente contra la suya y cierro los ojos. La noto temblar bajo mis manos.

—Vamos, bésame —susurra, envolviéndome con su aliento cálido —. O a lo mejor sí que eres un cobarde y yo, una hipócrita.

—Cállate.

Abro los ojos. Y sé que he cometido un terrible error, porque está muy cerca. Las pecas se derraman por su nariz como polvo de estrellas. Y esos puntos dorados son mi perdición; siempre lo han sido.

No sé quién se mueve primero. Tal vez es su mano la que me atrae por la sudadera o tal vez es mi boca la que busca la suya. Pero

pierdo la cordura en el instante en que nuestros labios chocan con urgencia. Los suyos son suaves y cálidos. El universo me explota en la cara mientras solo puedo pensar:

«Está pasando. Está pasando de verdad».

Y entonces lo entiendo: acabo de tocar el infierno y el cielo al mismo tiempo.

Solo necesitaba mirarte

Josh

Mi boca se desliza por la suya con torpeza. Lo primero que noto es el sabor a fresa de su *gloss*. La suavidad de sus labios no me sorprende, porque solo me estaría engañando a mí mismo si no admitiera que he soñado con este momento demasiadas veces. Y acabo de descubrir que ni siquiera en mis sueños le había hecho justicia.

Winter es dulce. Salvaje. Cálida.

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Nuestros dientes chocan, y eso me sobresalta. Ha sido culpa mía. Yo sí que lo estoy disfrutando, muchísimo. Por favor, que no se aparte; me mataría si me rechazara. Pero tal vez ella no…

Retrocedo unos centímetros, indeciso. Apenas me he apartado cuando sus manos retuercen la tela de mi sudadera, atrayéndome de nuevo hacia ella. El alivio es como una ola que se lleva cualquier resquicio de duda. Puede que no tenga ni idea de cómo besar a una chica, pero sí sé cómo besarla a ella, porque soy suyo desde que teníamos cuatro años.

Envuelve los brazos alrededor de mi cuello, y noto cómo se pone de puntillas al tiempo que echa la cabeza hacia atrás, entreabriendo los labios. Meto la lengua en su boca. Y cuando se encuentra con la suya…, ¡bam!, directo al centro de mi pecho. Casi me mareo de la impresión.

Qué pasada. Dios mío. ¿Así es como se siente ella cuando besa a otros? Porque yo no quiero que haga esto con nadie más.

Deslizo los dedos por su clavícula mientras suelto un gruñido que no sé de dónde sale. Seguramente de una parte que tenía cerrada con candado, pero ella acaba de abrirla. Porque es Winter. Mi Winter.

Mis manos tiemblan al bajar por su cintura. Ella arquea la espalda hacia mí, como si fuera un gatito. Eso me hace sonreír, y siento el desesperado impulso de apartarme un poco y abrir los ojos.

Cielo santo, necesito mirarla.

Y juro que tengo todas sus expresiones grabadas a fuego: la sonrisa de ganar una medalla; la cara de ilusión del día que logró hacer un doble *axel* después de años de duro entrenamiento; su gesto concentrado al morderse el labio inferior, con esa arruguita que se forma entre sus cejas. Pero ahora, cuando me mira —sonrojada de la frente a la barbilla, con los rizos de leona enmarcándole el rostro—, me parece que nunca ha estado más guapa. Porque es jodidamente mía.

—¿Qué…, qué pasa? —jadea, confundida.

Le aparto un mechón de la mejilla con cuidado.

—Nada —sonrío, ahuecando las manos en su cara—, solo necesitaba mirarte.

Y vuelvo a besarla.

Winter emite un ruidito que me hace preguntarme si acaba de desbancar a su risa del primer puesto. Porque creo que se ha convertido en mi nuevo sonido favorito.

Soy un novato. Pero, cuando mi boca se apodera de la suya, siento que he hecho esto cientos de veces, y que me moriré si no sigo besándola hasta que me suplique que pare.

La forma en que su cuerpo reacciona bajo mis manos. Nuestras bocas encajando a la perfección. Sus dedos enredados en el pelo de mi nuca… Todos los primeros besos deberían ser como este; todos sus besos deberían ser míos. Porque si ella se siente la mitad de bien que yo me siento al besarla, entonces no necesita a nadie más. Y yo…, yo no quiero a otra.

Engancho los pulgares en las presillas de sus vaqueros y empujo su cuerpo contra el mío. Y creo que eso le gusta, porque me da un mordisquito juguetón en el labio y luego pasa la lengua por la misma zona, como si quisiera calmarme.

¿Eso…? ¿Eso se puede hacer? Quiero que lo repita. Me ha vuelto loco.

La arrastro hacia la cama sin saber con qué intención y ella se deja llevar, sin dejar de besarme. La cabeza me da vueltas. Siento que el corazón me va a explotar dentro del pecho. Solo quiero acurrucarme con ella y besarla. Besarla, besarla, besarla. Solo deseo que…

—¡Winter, llegamos tarde! —grita Grayson desde el pasillo.

El mundo me pega tal bofetada de realidad que suelto una palabrota y ella se sobresalta.

Grayson.

¿Cómo he podido olvidarme de él? ¿En qué demonios estaba pensando?

En nada. En todo. Porque ella es un puñetero peligro. Una lianta que, si me grita que salte, yo voy detrás de ella con los ojos cerrados.

Siento tal furia que me aparto de golpe. Winter me mira con los ojos muy abiertos y los labios hinchados. Y esa imagen vuelve a derretirme. Doy un paso hacia ella. ¡No! ¿Qué estoy haciendo? Aprieto los puños para mantener estas manos traicioneras lejos de ella.

¿Por qué todo es tan complicado? ¡Es mi hermana! ¡No se besa en la boca a las hermanas!

Sin embargo, cuando la miro, quiero gritar miles de cosas. Decirle que no se vaya; que vuelva a enseñarme; que me apriete la mano, porque creo que estoy a punto de caerme. Pero lo único que me sale es:

—Pues… gracias por enseñarme a besar —comento, con el tono más inexpresivo que consigo—. No ha significado nada.

Winter parece menos Winter que antes.

—Nada —repite con voz vacía.

—Exacto.

—¡Winter! —insiste Grayson.

—¡Ya voy! —exclama ella, y se dirige a toda prisa hacia la puerta. Pero se detiene justo antes de abrirla. No se gira cuando dice—: No deberías besar a Tiffany.

—Besaré a quien me dé la gana —suelto, de pronto furioso—. Igual que tú.

Sus nudillos se vuelven blancos de apretar el pomo.

—Pues vale.

—Estupendo.

—¡Bien!

Sale dando un portazo. Y yo me quedo ahí, con el corazón hecho

un nudo. Porque me cabrea demasiado que siga besándose con medio instituto, pero pretenda que yo no bese a una chica encantadora. Aunque ahora no me apetezca en absoluto. Porque ese beso ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Aunque le he dicho que no ha significado nada, para mí lo ha sido todo.

De maravilla

Josh

—Entonces…, ¿vamos? —pregunta con una sonrisa pícara.

Me trago las dudas y acepto su mano. La melena rubia de Tiffany se balancea sobre sus hombros mientras esquivamos a los alumnos del pasillo. Unos ojos color miel se clavan en nuestras manos entrelazadas. Winter, que estaba hablando con su amiga April, deja de prestarle atención al vernos.

—¡Hola, Winter! —la saluda Tiffy, agitando la mano.

Ella no le devuelve el gesto. Levanta la cabeza hacia mí, perpleja. April nos señala, le dice algo al oído y suelta una risita. Pero Winter me mira seria, sin pestañear.

Olvídate de ella. Ahora te van las rubias.

Ignoro el malestar que me revuelve el estómago y aparto la vista cuando pasamos por su lado.

No la mires. Eso es.

Salimos al aparcamiento de las bicicletas. Tiffany apoya un pie en la pared y empieza a enroscarse un mechón en el dedo índice. No es negro. Mejor así.

—Estás nervioso —intuye, inclinándose un poco hacia mí—. Es normal si nunca has besado a…

—Ya he dado mi primer beso —la corto, más brusco de lo que me hubiera gustado.

Tiffy enarca una ceja. Parece que eso la ha tomado por sorpresa.

—Ah, ¿sí? —Suena decepcionada—. ¿A quién?

—No importa.

—No hace falta que me mientas. Eres guapo y tímido. No me importa en absoluto. De hecho, me gusta cómo eres.

—No te estoy mintiendo —respondo, cada vez más crispado—. ¿Podemos dejar ya el tema?

—Oh, claro.

Se pasa la lengua por el labio inferior y me mira. ¿Por qué no me besa de una vez? Winter no tuvo tantos reparos en… Mierda, ¡otra

vez estoy pensando en ella! Además, no estoy seguro de que ella se lanzara primero. Quizá fui yo, o los dos. No lo tengo claro. Así que supongo que puedo tomar la iniciativa. A Tiffy parece que le gusto y no va a rechazarme.

Ella cierra los ojos cuando coloco una mano en su mejilla. Trago saliva, despacio. Debo hacerlo para quitármela de la cabeza. Las cosas han estado muy raras en casa desde hace tres días. Apenas nos hablamos. Si beso a Tiffany, todo volverá a la normalidad.

Le aparto el pelo de la cara, igual que hice con… *No*, por favor. ¡Basta! Este cabello es rubio y liso, pero no me gusta el tacto; echo de menos no poder enredarlo entre mis dedos como un muelle.

Apoyo la palma en la pared, justo al lado de su cabeza. Tiffany contiene el aliento, emitiendo un ruido que no se parece en nada al que soltó Winter cuando le dije que solo necesitaba mirarla… y luego volví a besarla con más ganas.

He pasado horas reviviendo ese momento. Recordando cómo sus manos se entrelazaron en mi nuca. ¡Pero ya está bien!

Voy a besar a Tiffany Kent. Y, si ella quiere, seremos novios y la invitaré al cine. Incluso podría llevarla al baile de primavera. Seré un buen chico con ella. Y a Winter la trataré como lo que es: mi hermana.

Cierro los ojos y acerco los labios a los suyos. Huele a chicle de menta. No a fresa; a menta. Y eso es bueno, o debería serlo.

Paso el pulgar por el pronunciado arco de cupido. Esa curva en forma de uve siempre me ha vuelto loco. Deslizo el dedo hasta el hueco entre sus clavículas, salpicadas por esas pecas doradas que nacen en su nariz y se desparraman cuello abajo.

Es una imagen tentadora, un mapa precioso y conocido que me invita a invadir su espacio. Algo se enciende en mi pecho. Puedo hacerlo. Quiero hacerlo. Esos rizos negros cayendo como una cascada, el rostro ovalado, los ojos color miel…

Winter suspira roncamente, y entonces poso mis labios sobre los suyos.

Mierda.

¡Es Winter! ¡Estoy pensando en mi hermana mientras estoy a punto de besar a otra!

Retrocedo como si me hubieran disparado con una pistola eléctrica. Tiffany abre los ojos, brillantes de confusión. Y, al ser consciente de que la estoy rechazando, la vergüenza le tiñe la cara. Verla así, por mi culpa, duele casi tanto como darme cuenta de que no soy capaz de besarla. Porque entonces lo entiendo de golpe: estoy traicionando algo que fue sagrado para mí. Puede que le dijera a Winter que no significó nada, pero yo sí sé la verdad: lo significó todo.

Solo siento con ella.

—No puedo hacerlo —mascullo, tirándome del pelo.

Tiffy frunce el ceño.

—¿No te gusto?

—Lo siento.

Salgo corriendo sin mirar atrás. Jamás me había sentido tan fracasado. No es que no pueda besar a otra, es que no *quiero* besar a nadie más. Y me dan ganas de reír y de romper algo al mismo tiempo.

Es absurdo. Patético. Injusto.

Porque aunque Winter se bese con otros, yo solo la quiero a ella. Y es la única chica que no puedo tener.

***

La cena transcurre con normalidad, excepto porque Winter y yo no nos dirigimos la palabra. River se mete con Zane, Grayson corta su filete con una precisión milimétrica y yo soy el primero en levantarme de la mesa.

Su voz me detiene antes de que entre en mi habitación.

—¿Qué tal te lo pasaste con Tiffy? —pregunta con un tono que no sé descifrar, entre burlón y distante.

Permanezco de espaldas. Si me ve la cara, tal vez sepa que miento. Así que abro la puerta y respondo:

—Bien.

Silencio. Entro en mi habitación, y justo cuando estoy a punto de cerrar la puerta de una patada, ella vuelve a la carga.

—¿Qué tal besa?

—De maravilla —miento con una facilidad que me estremece.

No sé si será la rabia que me devora por dentro, pero me doy la vuelta para lanzarle una mirada tranquila. Una que grita: «¿Lo ves? No significó nada». Sin embargo, Winter ya se dirige a su habitación, caminando con calma. No se encierra de un portazo. No se enfada. No dice nada.

Y esa reacción me da aún más miedo, porque no tengo ni idea de cómo se siente.

Sé defenderme sola

Winter

—Gracias por acompañarme —digo al llegar al portal.

—Ha sido un placer —responde Mason con una sonrisa.

April dice que Mason es mono, pero yo preferiría que se esforzara más en la pista y se mirase menos al espejo.

Somos pareja de patinaje desde hace un año y medio. Hoy, Grayson no ha podido recogerme del entrenamiento. Podría haber llamado al chófer o haber pedido un taxi, pero me apetecía dar un paseo. Mason me interceptó a la salida e insistió en acompañarme. Yo solo quería estar sola, pero no logré poner ninguna excusa, así que aquí estamos.

—Creo que lo bordaremos en la competición —se pavonea.

Yo no lo tengo tan claro. Mason es un buen patinador y su técnica es casi impecable, pero le falta fuerza y no me siento segura con él. Cada vez que me lanza al aire, siento miedo de que no llegue a sostenerme, o de que sus manos resbalen y me dejen caer.

—¿Hay alguien en tu casa? —pregunta como quien no quiere la cosa.

—Ni idea.

—Siempre me ha dado curiosidad saber cómo sería vivir en un sitio tan alto. —Me lanza una mirada cargada de intención—. ¿Me invitas a subir?

Uf, ¿en serio?

Ojalá pasara más tiempo entrenando en el gimnasio y menos intentando ligar conmigo. El tío no se rinde, y eso que ya le he demostrado que no estoy interesada.

Aunque una parte de mí desearía invitarlo; no porque me guste, sino para dejar de sentir esta amargura que me come viva por dentro. No puedo creer que Josh se enrollara con Tiffany tres días después de que yo le enseñara a besar. ¿Acaso no tuvo suficiente? ¿Acaso él no…?

Me clavo las uñas en las palmas de las manos. No quiero sentir

esta rabia desmedida que me impulsa a cometer una locura. Como, por ejemplo, besar a Mason por venganza. Esa idea tan mezquina me provoca un desprecio feroz hacia mí misma. Me dan ganas de arañarme la cara.

No quiero recordar cómo me sentí cuando Josh me dio las gracias, como si lo hubiera ayudado con los deberes, y luego añadió: «No ha significado nada».

No quiero pensar en cómo estuve a punto de seguirlo cuando lo vi salir del instituto de la mano de Tiffany.

No soporto recordar cómo sonó su voz al decirme que ella besaba «de maravilla» mientras yo me preguntaba si eso significa que le había gustado más besarla a ella que a mí.

—¿Me invitas a subir? —repite Mason.

—No.

No disimula cuánto le desagrada mi respuesta. Sé que es de esos tíos que se creen la última Coca-Cola del desierto. Nunca será mi tipo, ni aunque fuera el último patinador del mundo. Es superficial y un chulo de manual.

—¿Por qué? —insiste—. ¿Sabes que la entrenadora me dio la oportunidad de elegir entre Naomi y tú?

—Y me elegiste a mí porque soy mejor.

—Porque pesas menos.

Enarco una ceja. Ese comentario me sienta como una patada en el estómago, sobre todo porque sé que no es verdad. Esa estirada tendría que nacer tres veces para igualar mis doble *axel*.

—Así que tampoco vayas de digna —continúa—. Estamos a mitad de la temporada y los patinadores masculinos escasean. No eres tan buena como para creerte que puedes elegir.

Me tenso de inmediato.

—¿Perdona?

—Suerte buscando a otro. Dudo que haya alguien disponible que quiera cargar contigo y tus aires de diva.

—Cargar conmigo —repito, perpleja.

—Sabes de sobra que no tienes el peso ideal para los lanzamientos.

La sangre se me sube a la cabeza. Peso cuarenta y ocho kilos.

—A lo mejor el problema no es cuánto peso yo, sino cuánta fuerza te falta a ti.

Algo peligroso le oscurece la expresión.

—Los dos sabemos que no me vas a dejar tirado —dice, inclinándose hacia mí—, porque soy tu única opción de participar en la próxima competición. No encontrarás a otro.

Este tío es imbécil, pero en parte tiene razón; es difícil encontrar a un compañero compatible. Debe haber una diferencia de complexión física, y el nivel técnico tiene que estar equilibrado. Y sí, estamos en mitad de temporada, así que todos los patinadores ya están comprometidos. A estas alturas, cambiarme a la modalidad individual no es una opción.

Respiro hondo. Hoy no será el día en que me saque de mis casillas.

—Será mejor que te vayas. Los dos estamos agotados —le pido, con toda la educación que logro reunir—. Mañana nos vemos en el entrenamiento.

Pero Mason no lo deja estar. Claro que no. Porque es así de cabrón cuando lo rechazan.

—Venga, no seas así —insiste, tocándome la muñeca—. Nos falta confianza. Por eso a veces fallamos. ¿No quieres ser la mejor? Pues pasa tiempo conmigo y conóceme fuera de la pista. Invítame a subir y…

—Ella no va a invitarte a subir. Y yo tampoco. —Josh se interpone entre nosotros y le planta una mano en el pecho.

No sé de dónde ha salido. Mason lo mira tan perplejo como yo.

—Ah, hola, tío —lo saluda, con una sonrisa tensa—. ¿Qué tal?

Josh lo mira con una calma peligrosa. Su rostro es una máscara impasible, pero en sus ojos arde una tormenta de furia contenida.

—Estaré mejor cuando te largues —le espeta, cruzándose de brazos—. Y no es una maldita sugerencia.

Mason levanta las manos.

—Tu hermana y yo solo estábamos hablando de patinaje —asegura, lanzándome una mirada rápida que interpreto como lo que es: una advertencia. Si me quejo de él, me quedaré sola—. Venga, que descanses, Winter.

Josh lo vigila hasta que dobla la esquina. Estallo en cuanto se vuelve hacia mí.

—¿De qué vas? —protesto—. ¡No te metas en mis cosas!

—No pienso disculparme por dar la cara por ti.

—Pues mejor da la cara por tu puta novia. Yo sé defenderme sola.

El portero me mira de reojo cuando paso por su lado a toda prisa, en dirección al vestíbulo. Levanto el dedo para hacerle una peineta. Ese viejo es un cotilla. Pulso el botón del ascensor y rezo para que Josh coja el otro, pero logra colarse antes de que la puerta se cierre.

—Tiffany no es…

—¿… tu novia? —me burlo con malicia—. ¿Por qué no? Hacéis una fantástica pareja de aburridos. Todos dicen que pegáis.

Josh se apoya en la pared y resopla, como si tratara de contenerse. De repente, parece furioso. Oh, vaya. ¡Ahora resulta que esa sosa es el gran amor de su vida!

—¿Me meto yo con todos los tíos con los que te besas?

—Pues… —comienzo a decir.

—Aunque primero debería hacer una lista bastante larga —me interrumpe con tono mordaz—. A Mason lo descartamos; no es tu tipo. Pero no tengo claro cuál es. ¿Xavier, Zack o ese pelirrojo de tu clase de Química? No tienen nada en común. Así que supongo que te gusta cualquiera que no lleve patines y te haga un poco de caso, lo cual es bastante patético.

Sus palabras son una bofetada. Nunca me había hablado así. Josh no es cruel; no lo reconozco. Hace días que apenas hablamos, y ahora tengo la desagradable impresión de que se ha convertido en un extraño. Eso me duele más que lo que acaba de insinuar. Sin poder evitarlo, los ojos se me llenan de lágrimas. Para colmo, el ascensor tarda una eternidad en llegar a nuestra planta.

Josh me observa de reojo. Bajo la vista y me seco los ojos de un manotazo. Él se gira hacia mí, con expresión arrepentida, justo cuando la puerta se abre.

—Winter…

—¡Eres un gilipollas! —exploto, cruzando el pasillo como una exhalación. Pero me doy la vuelta antes de encerrarme en mi habitación y le grito, completamente fuera de mí—: ¡Ya no soy tu

amiga!

Cierro con pestillo. Quizá eso haya sonado infantil, pero ya no me siento como una niña al derrumbarme en la cama. Porque, por primera vez en diez años, siento que lo he perdido.

¿Por qué tuve que estropearlo todo? Ojalá nunca nos hubiéramos besado.

Brillas

Josh

Ella me dijo que ya no era su amigo, y yo no sé cómo vivir con eso.

Abro la cajita de terciopelo sin saber qué hacer con ella.

Han pasado dos semanas desde entonces. Nunca habíamos estado tanto tiempo enfadados. A veces discutimos por tonterías, pero uno de los dos siempre acaba cediendo. Esta vez, ninguno lo ha hecho, y me estoy empezando a volver loco.

No doy el primer paso porque me odio por lo que le dije. Lo peor es que sabía que le haría mucho daño, pero aun así no quise —o no pude— contenerme.

La autoestima de Winter es inestable. A veces, se siente invencible, y otras, no soporta mirarse al espejo. Y yo la ataqué justo ahí, en ese lugar tan frágil y tan preciado para mí, porque estaba furioso con los dos y necesitaba estar enfadado solo con ella.

Alguien llama a la puerta. Cierro la cajita y la guardo deprisa en el bolsillo del pantalón justo antes de que Grayson asome la cabeza.

—Salimos en una hora —me informa—. ¿De verdad que no vas a venir?

Todos saben que nos ha pasado algo. El otro día, River intentó sonsacarme y le dije que me dejara en paz. Zane cree que ya se nos pasará, y Grayson se ha mantenido al margen, quizá porque está convencido de que lo acabaremos solucionando.

—Anoche me gritó que no quiere verme allí —respondo sin mirarlo.

—¿Y te lo creíste?

Él no tiene ni idea de lo que pasó, así que es lógico que crea que ella no lo dijo en serio. Pero a mí me pareció muy honesta y furiosa cuando me dirigió la palabra —por primera vez en catorce días— solo para gritarme que no quería que fuera a animarla a su competición.

—Sois hermanos y adolescentes —dice con calma—. Es normal que discutáis. River y Zane se pelean a todas horas, pero eso no

significa que no estén dispuestos a dar la vida el uno por el otro.

—Nosotros no somos River y Zane —mascullo.

—No, tienes razón. Tú eres más razonable que esos dos zoquetes. —Si lo dice con la intención de sacarme una sonrisa, no lo consigue —. Mira, no voy a obligarte a ir, pero creo que te arrepentirás si no haces las paces con ella antes de su gran día. ¿De qué sirve tener una hermana si no puedes apoyarla cuando más te necesita?

Él no lo entiende. Nada me gustaría más que ver brillar a Winter en la semifinal. Pero la herí con mis palabras, y ahora ya no somos Winter y Josh, sino dos enemigos que se miran mal en el desayuno porque el otro se ha comido la última tortita.

—No creo que quiera verme —digo finalmente.

—Te voy a dar un consejo que no me has pedido: si estar enfadado con una persona te supone más esfuerzo que pedirle disculpas, entonces no merece la pena.

Y se va.

Noto la cajita pegada a mi pierna, como una prueba acusadora de mi cobardía. Y eso me recuerda que ella me llamó «aburrido», y que yo le dije algo muy hiriente para vengarme.

Grayson tiene razón; se me da fatal estar enfadado con Winter. Pero hay algo que no sabe: vivimos bajo el mismo techo, pero la echo tanto de menos que me cuesta respirar, porque no sé quién soy sin ella.

Me levanto de un salto y voy hasta su habitación, que está justo al lado de la mía. Llamo a la puerta antes de que pueda arrepentirme.

—Pasa, Grayson.

Entro de todos modos.

Ella está de espaldas. Lleva un chándal rosa y el pelo alisado, recogido en una coleta con las puntas ligeramente onduladas. Lo primero que pienso es que echo de menos sus rizos. Lo segundo, cuando se da la vuelta y se queda perpleja al verme, es que he olvidado por completo todo lo que quería decirle.

—Ah, eres tú —susurra.

Al menos, no parece enfadada.

—¿Estás nerviosa?

Ella se retuerce las manos, una manía que la delata. Siento el impulso desesperado de acortar la distancia y abrazarla con fuerza. De decirle que lo hará bien, incluso con el lastre de ese compañero al que me dieron ganas de reventarle la cara el otro día. De asegurarle que, en el futuro, ganará una medalla olímpica, porque —aunque no sé nada de patinaje— ella es increíble en todo lo que se propone.

—Si no nos clasificamos, todo el esfuerzo del año no habrá servido de nada —dice mientras se mordisquea la uña del pulgar—. Y Mason y yo no nos llevamos precisamente bien desde que… —Tuerce el gesto—. Bueno, da igual. ¿Qué quieres?

«Abrazarte. Por favor, deja que te abrace».

Trago saliva, pero no consigo aflojar el nudo de la garganta. Winter deja caer los brazos.

—Debería empezar a cambiarme. Supongo que me lo puedes decir en otro momento.

La cojo de la muñeca justo cuando da un paso hacia el vestidor.

—No, espera —me envalentono, incapaz de soltarla cuando clava una mirada seria en mi mano—. Ojalá pudiera retirar lo que te dije el otro día.

—Me hiciste daño —dice en voz baja.

—Lo sé.

—¿Por qué lo dijiste?

—Porque Tiffany no es mi novia —admito, con la cara ardiendo—. Y me llamaste aburrido.

Su expresión se ablanda. Apoya la mano sobre la mía, y siento ese cosquilleo eléctrico y familiar en la punta de los dedos, ese que había echado tanto de menos.

—Odio estar enfadada contigo. Pero no vuelvas a insinuar que soy…

—Mi mejor amiga —la corto, incapaz de soportar que crea que pensaba algo tan horrible—, una patinadora increíble y mi persona favorita.

—¿De verdad?

Coloco la otra mano en su mejilla con delicadeza. En este momento, me percato de que no solo la necesitaba: también estaba

desesperado por tocarla. Aunque odio ver cómo tiembla, y me desprecio por haberla hecho dudar de sí misma.

—Sí.

Me sonríe, aliviada, y el mundo vuelve a tener sentido. Yo debería ser el causante de sus sonrisas, y nunca el culpable de sus lágrimas.

—Lo siento por haberte insultado —se disculpa—. Y por decirte que no eres mi amigo. No lo pensaba.

—Entonces, ¿puedo ir a verte a la competición?

—¡Solo si gritas mi nombre muy fuerte! —exclama riendo.

—Cuenta con eso.

Echa a correr hacia el vestidor.

—¡Vuelvo en un segundo! ¡No te muevas de ahí! —Desaparece entre montones de ropa—. ¡Quiero enseñarte el traje!

—¡Si voy a verlo en menos de una hora! —Me echo a reír.

—Ya, pero quiero que lo veas antes que nadie y me des tu opinión. Así, si algo no te convence, quizá me dé tiempo a hacer algún apaño.

Ay, nunca cambiará. Para que luego diga que soy yo el que se preocupa por tonterías. No necesito ver ese vestido para saber que será perfecto.

Mientras ella se cambia, le doy vueltas a la cajita que llevo en el bolsillo. No sé si debería haberlo comprado, pero no pude evitarlo al pasar por el escaparate de aquella joyería. Me acordé de ella en cuanto lo vi. Fue un flechazo.

—¡Ya estoy!

—A ver…

Dejo de respirar al alzar la vista.

—¿Qué te parece? —pregunta mientras extiende los brazos hacia atrás, y da una vuelta sobre sí misma, con los patines colgando de los cordones.

Brilla.

No solo su vestido blanco azulado, salpicado de pequeños destellos como si alguien le hubiera soplado encima polvo de estrellas. Brilla ella, entera.

Cuando se detiene y me mira, con los ojos chispeantes de alegría y las mejillas encendidas de emoción, siento que el universo la creó

para mí. Y me parece terriblemente injusto ser el único que no puede tenerla.

—Es… —Me rasco la nuca, buscando una palabra que no existe.

Las comisuras de sus labios comienzan a temblar. Y entonces lo sé. Sé perfectamente lo que no me atrevo a decir:

«Estás preciosa. No me extraña que todos en clase digan que eres guapísima. Ojalá no hablaran de ti. Me encantaría guardarte en una caja para que nadie más te mire, solo yo».

—¿Josh? —insiste, dudosa. Su sonrisa se deshace—. ¡Josh!

Bajo la mirada a las pequeñas estrellas que decoran la falda y trago saliva al fijarme en las que recorren su pecho, como una constelación de la que me gustaría formar parte.

—Brillas —susurro al fin, con la voz tensa—. Estás… brillante.

Ella pega un chillido de emoción y comienza a dar saltitos por la habitación. De pronto, se detiene y baja la vista, intrigada.

—¿Qué tienes en el bolsillo?

Ay, mierda.

—Nada —respondo, nervioso.

—¡Me has comprado un regalo! —exclama, ilusionada—. ¡Venga, dámelo! ¿Es muy caro?

Niego con la cabeza, sonriendo mientras saco la cajita.

—Qué materialista.

Winter prácticamente me arranca la cajita de la mano. Se le escapa un gemido ahogado al ver el anillo de oro blanco. El aro del anillo está salpicado de pequeños diamantes, que resplandecen como estrellas. En el centro, una gema circular de color azul claro iridiscente. Un aro de oro rosa gira en torno a la gema como si fuera el anillo de un planeta lejano.

El año pasado, Grayson nos dio una tarjeta a cada uno para que la usemos con moderación, pero a la de Winter tuvo que ponerle un límite a las tres semanas. Se gastó ochenta mil dólares en ropa, cosmética coreana, masajes y regalos para sus amigos. Yo nunca había comprado una joya —y mucho menos una tan cara—, pero nada más verla, supe que tenía que ser para ella.

Me empieza a dar calor al ver que permanece muy quieta.

—Es…

—Júpiter —susurra, boquiabierta—. Nuestro Júpiter.

—Quería regalártelo para que te dé suerte.

Me tiende la mano, y noto que le tiembla un poco.

—¿Me lo pones?

Deslizo el anillo en su dedo anular. Le queda perfecto.

—No me lo voy a quitar nunca —dice con los ojos brillantes—. ¿Cuándo lo compraste?

—Hace dos días.

Alza la vista del anillo y clava los ojos en mí, sorprendida.

—Pero estábamos enfadados.

—Ya te había perdonado. —Esbozo una sonrisa vulnerable—. Mi corazón no soporta estar lejos de ti.

Ella se lanza a mis brazos con tanto ímpetu que casi me tira al suelo. Y, en ese momento, aferrado a ella, comprendo que no importa lo que diga o haga. Para mí, siempre será mi Winter. Aunque no pueda tenerla y la vea besarse con otros cien imbéciles.

Siempre va a ser ella.

La estrella más brillante.

Mi mejor amiga.

Quítale las manos de encima

Josh

Winter no pasa a la final.

Aún no logro quitarme de la cabeza la imagen de ella resbalándose de las manos de ese inútil. Aunque se levantó y terminó la coreografía, salió de la pista con los ojos llorosos y la cabeza gacha. Su expresión desolada sigue clavada en mi pecho.

Grayson ha intentado animarla sin éxito, porque Winter estaba demasiado ocupada gritándole a Mason que había sido culpa suya. Él, rojo de vergüenza, le pidió disculpas; entonces ella se echó a llorar y le dijo que daba igual, que cualquiera podía cometer un error y que, de todos modos, no era lo bastante buena.

Yo opino que él es un puto mediocre y que estaría mejor muerto.

Conozco a Winter demasiado bien y sé que ahora mismo solo necesita tiempo para digerir la derrota. Cuando se calme, le prepararé un bol de cereales con cacao, tiraré un montón de cojines al suelo y veremos una de esas comedias de los 2000 que tanto le gustan.

Grayson sale del estadio sin ella.

—¿Y Winter? —pregunto de inmediato.

—No he logrado hacerla entrar en razón y ya no sé qué más decirle. La he dejado quedarse un rato en la fiesta del equipo; creo que le vendrá bien distraerse con sus compañeros —dice con cierta esperanza. Luego nos mira a todos—. ¿Quién quiere una *pizza*?

Zane se acaricia la barriga. No sé dónde echa toda la comida que se zampa.

—¡Con doble de queso y *pepperoni*!

—Eso, para que te apeste el aliento —se burla River.

Los dos se enzarzan en una discusión sobre sus olores corporales. Yo solo puedo mirar la puerta por la que acaba de salir Grayson. Odio las fiestas, pero no puedo dejar de pensar en ese capullo que se preocupa más por meterse entre las piernas de Winter que por sostenerla en el aire.

—¿Puedo quedarme con ella? —le pregunto a mi hermano.

Grayson se sorprende. Tarda lo que me parece una eternidad en asentir.

—Claro. A ti también te vendrá bien divertirte —responde, y añade algo más serio—: Y, de paso, échale un ojo.

Oh, pienso hacer mucho más que eso.

Me dirijo hacia el vestíbulo; la zona que los deportistas utilizan como desahogo después de competir. Estoy al tanto de lo que pasa en esas fiestas cuando se marchan los adultos. Además, conozco bien la reputación de Mason.

Si mis sospechas son ciertas, debería avisar a Grayson. Pero, si Winter ha hecho alguna tontería —y es proclive a cometerlas cuando no consigue lo que quiere—, prefiero solucionarlo por mi cuenta. Así evitaré que mi hermano la castigue, en el peor de los casos, apartándola del patinaje durante una larga temporada. No sería la primera vez que ella la lía parda y él la amenaza con darle un escarmiento. Sé que el patinaje significa para Winter lo mismo que el *hockey* para Zane.

El vestíbulo está a rebosar de deportistas bastante pasados, que bailan y gritan para hacerse oír por encima de la música atronadora.

—¿Habéis visto a mi hermana? —le pregunto a una pareja que se está enrollando bajo el hueco de la escalera.

La chica rubia se aparta y, al reconocerme, pone mala cara.

—Ni idea. —Naomi hace un gesto con la mano para que me largue—. Estará por ahí, llorando y quejándose.

No me extraña que Winter no la soporte. Es lo peor.

—Hace un rato la vi entrar con Mason en la sala multiusos —dice el chico antes de que ella vuelva a besarlo.

Voy como una exhalación. Si Mason le ha tocado un pelo, ya puede darse por muerto. Entonces recuerdo dónde estoy y lo que eso implicaría para Winter. Su entrenadora le ha metido en la cabeza la ridícula idea de que brilla más en pareja que en individual, así que Winter está convencida de que necesita a Mason. Yo tengo claro que esa vieja es una manipuladora, pero Winter la idolatra porque es exmedallista olímpica. Estoy convencido de que Nancy, su entrenadora, quiere que Winter dependa de ella y un compañero

para tenerla más controlada, socavando así su independencia.

Winter se pone hecha una furia cada vez que le sugiero que cambie de entrenadora. Admira la carrera de Nancy y se esforzó durante varios años para que la admitiera en su equipo. Así que no me queda más remedio que tragarme la rabia, sacar el móvil y enviar un mensaje. Tendré que conformarme con eso.

Entro en la sala multiusos y la veo convertida en la protagonista de todas las miradas.

Winter está desatada en el centro de la improvisada pista de baile, con la cabeza caída hacia atrás, los ojos entornados y los brazos extendidos. Un grupo de chicos le silba mientras Mason, apoyado en la pared de enfrente, se pasa la lengua por el labio inferior.

No sé qué mierda le ha dado, pero sí que no es dueña de sí misma cuando se contonea hacia Mason. Sus compañeros lo jalean y él se ríe. Luego le hace un gesto con el dedo a Winter para que vaya hacia él, como si ella fuera un maldito cachorrito ansioso por su atención.

Winter, visiblemente mareada, se tambalea hacia un lado. La sangre me hierve bajo la piel cuando él la agarra por la cintura. El idiota la estrecha y le dice algo al oído. Ella niega con la cabeza e intenta apartarse, pero él la rodea por los hombros. Apenas se sostiene en pie cuando empieza a conducirla hacia la puerta trasera. Nadie hace una mierda. Ninguno de sus compañeros se lo impide.

No pienso; solo actúo.

Durante toda mi vida me he sentido un cobarde, pero, cuando se trata de Winter, sería capaz de prender fuego al mundo y observar orgulloso cómo se reduce a cenizas mientras ella está a salvo.

Cruzo el vestíbulo como una bala y agarro a Mason por el cuello de la sudadera, empotrándolo contra la pared. A él se le desorbitan los ojos, pero no suelta a Winter; todavía la sujeta del brazo, como si tuviera algún derecho a tocarla.

Acerco mi cara a la suya y le espeto, con los dientes apretados:

—Quítale las putas manos de encima a mi hermana.

Mason intenta mantener la compostura, pero mira de reojo a sus compañeros, que se han quedado helados.

—Solo quiero ayudarla —se justifica—. La estaba sacando de aquí para que le diera un poco el aire.

—Te doy dos segundos para que te alejes de ella.

La suelta y Winter oscila hacia atrás, aturdida. Ni siquiera parece saber dónde está.

—¿Qué coño le has dado? —Lo zarandeo por la sudadera, completamente fuera de mí—. ¿Alguna de las mierdas que llevas en el bolsillo?

—¡Nada! —Me empuja—. ¡Ya estaba así cuando la he encontrado!

Quiero reventarle la cara a este cerdo, pero Winter elige justo ese momento para perder el equilibrio. La sostengo contra mi pecho y le lanzo una última mirada despectiva a Mason antes de guiarla hacia la salida. Dios, quiero matarlo, pero no puedo hacerlo sin soltarla.

—¿Quién te crees que eres para tratarme así? —estalla cuando ya estoy lo bastante lejos—. ¡Te dejo ir porque quiero! Los dos sabemos que no te vas a dar de hostias conmigo. ¡No es tu estilo!

Ojalá pudiera partirte la cara, pero, si lo hago, yo también me llevaré algún puñetazo. A mí no me asusta, pero ella necesita que alguien la cuide. Y su bienestar me importa más que mi ego.

—Mira la sorpresita que te ha llegado al móvil —respondo, girándome hacia él. Winter murmura algo y la sostengo con firmeza, porque, a diferencia de ese inepto, yo nunca la dejaré caer. Al llegar a la puerta, lo miro con una sonrisa que lo descoloca—. Sales muy favorecido.

Mason vacila un instante, pero al final le puede la curiosidad. Saca el móvil y palidece al ver el vídeo que le he enviado. Se la tenía jurada desde la última vez que lo vi, por eso contraté a un detective privado. La grabación no tiene desperdicio: Mason aparece en el vestuario, pasándole un bote de pastillas a otro patinador.

—Para que siempre recuerdes cuál es mi estilo —le digo con frialdad—. Y para que nunca olvides que, si vuelves a tocarla, te destruiré.

—P-pero somos compañeros… —balbucea—. En los entrenamientos no me queda más remedio que tocarla.

—Si respiras cerca de ella cuando no estéis en la pista de hielo, enviaré ese vídeo a la federación, a tu entrenadora y a cada *sponsor*

que aparezca en tu chándal.

Mason abre la boca, pero no pronuncia ni una palabra. Sus compañeros están tan perplejos como él.

—Ah, otra cosa —le sonrío—: levanta más peso en el gimnasio. Porque si vuelves a dejarla caer, será el fin de tu carrera.

Su ojo izquierdo tiembla.

—Asiente si lo has entendido.

Suelta un gruñido y mueve la cabeza con rapidez. Pero, como era de esperar, acaba estallando. Le da una patada a la silla y luego hace el amago de venir a por mí, aunque se contiene justo a tiempo. Se limita a señalarme con un dedo, hecho un basilisco.

—¡Esta me la pagas! ¡Me cago en tus muertos!

—Si los ves, salúdalos de mi parte —respondo sin inmutarme—. No tengo el placer de conocerlos.

Algunos de sus compañeros se ríen; otros intentan calmarlo. Yo, en cambio, ya no le echo cuenta. Lo único que me importa es cuidar de Winter, que acaba de perder el conocimiento.

¿Que nunca hemos hecho qué?

Winter

Todo me da vueltas al abrir los ojos. El suelo se junta con el techo del… ¿Dónde estoy? Alguien dice mi nombre mientras me arrastra hacia un banco. Creo que estamos en el vestuario.

La piel me arde como si me hubieran rociado gasolina por encima y luego hubieran encendido una cerilla. El sándwich que me obligó a comer la entrenadora después de la competición me revuelve el estómago. Un mechón rubio se cuela en mi campo de visión. ¿Es un ángel? Tal vez he muerto y estoy en el cielo.

—Venga, vamos.

Reconozco la voz suave de Josh, y no sé por qué eso me provoca unas ganas tremendas de llorar.

—Josh…

—Tienes que sentarte.

Siento un pinchazo en la barriga.

—Ay, Josh —lo aparto con un manotazo débil—, creo que voy a…

Demasiado tarde. Él me agarra por la muñeca justo cuando me inclino hacia delante y vomito sobre sus pies. Sus zapatillas quedan hechas un desastre, igual que mi amor propio.

—¡Lo siento!

—No pasa nada. ¿Tienes más ganas de…?

Salgo despedida hacia uno de los cubículos y casi me golpeo la cabeza contra la puerta. Las manos de Josh ya me están sujetando el pelo cuando vomito en el váter, con las lágrimas saltadas por el esfuerzo.

Josh me frota la espalda mientras yo solo quiero morirme. No sé cuánto tiempo paso dando arcadas hasta que ya no me queda nada en el estómago. Cierro los ojos cuando coge algo de papel y me limpia la cara con cuidado. No quiero ver si pone una mueca de asco. No lo soportaría.

—¿Estás mejor? ¿Lo has echado todo?

—Creo que sí —balbuceo—, pero sigo sintiéndome mal. ¡Sácame

de aquí! ¡Huele fatal!

Josh me ayuda a levantarme y me conduce hacia el banco del vestuario. El sudor me empapa la nuca y siento una desesperada necesidad de arrancarme la ropa. Hace muchísimo calor, como si me hubiera metido en una sauna con el anorak puesto.

—¿Sabes si Mason te ha echado algo en la bebida? —me pregunta, ayudándome a sentarme en el banco.

—No me ha echado nada. —Me paso una mano temblorosa por el pecho—. Tengo mucho calor y…, y el corazón me va muy deprisa.

Siento como si flotara y me hundiera al mismo tiempo. Es una sensación rarísima. Me agarro con fuerza al borde del banco.

—Dime qué más sientes. —Sus dedos me apartan el pelo sudado de la cara—. Necesito saber con qué te ha drogado ese gilipollas.

—Él no… No. —Rompo a llorar—. Yo solo quería ser feliz. ¡Necesitaba estar bien! Y Gin me dio una pastilla amarilla con un Pikachu. Me dijo que ella las toma cuando está triste, para olvidarse de todo.

Josh no se mueve, solo me mira. Eso me pone más triste y me hace sentir aún peor, como una tonta a la que debe cuidar mientras podría estar divirtiéndose con cualquier otra.

—Solo quería sentirme mejor —sollozo, cubriéndome la cara.

—Era éxtasis.

—Pues lo odio. No me gusta.

Josh pone la mano en mi rodilla. Quiero que la deje ahí para siempre.

—Debes hidratarte. Voy a por una botella de agua. —Me aparta las manos para que lo mire—. No te muevas de aquí, ¿vale?

Asiento, avergonzada. Sin embargo, en cuanto se marcha, la ropa se me pega al cuerpo y siento que me falta el aire. Dios mío, ¡me ahogo! Corro hacia las duchas, tropezando con todo lo que encuentro a mi paso. Agua, necesito agua.

Abro el grifo y meto la cabeza debajo, sintiendo un poderoso alivio cuando el agua tibia corre por mi cara. Apoyo la espalda en los azulejos y exhalo un suspiro tembloroso.

—¡Winter! —grita Josh.

Escucho sus pasos acercarse a toda prisa.

—¿Qué…? —su voz suena estrangulada—. ¿Qué haces?

Josh se queda inmóvil. La ropa mojada se adhiere a mi piel. Aún sofocada, giro el mando para bajar la temperatura y suelto un gemido de alivio. Sus ojos recorren mi cuerpo, abiertos de par en par, y veo cómo le baja la nuez de la garganta.

—¿Se puede saber qué haces? —Ahora parece enfadado.

—Tenía muchísimo calor.

Josh se frota la cara y luego me da la espalda. Eso me apena y, al mismo tiempo, también me enfurece un poco.

—¿En serio tenías que meterte con la ropa puesta? —masculla.

—¿Me la quito?

—¡No! —Aprieta los puños—. ¡Claro que no!

—Vale…

—O sales de una vez, o te saco yo.

—No puedo… Me late el corazón tan rápido que siento que va a explotar.

Josh suelta una palabrota y se da la vuelta. Su mirada se clava en mi cara con estoicidad. Debe notar que no bromeo, porque su ceño se suaviza y se acerca hasta mí.

—Tranquila —dice con un tono más suave—, es el éxtasis.

—No, no —respondo, más angustiada—. Creo que de verdad me va a explotar. ¡Mira qué rápido me late!

Le cojo la mano y la planto en el centro de mi pecho. Él pega un respingo. Solo llevo un sostén fino, sin aros. Josh intenta retirarla, pero lo sujeto con fuerza, desesperada. Un cosquilleo eléctrico asciende por mi clavícula al notar el tacto de sus cálidos dedos.

—¡Me voy a morir!

—No… —responde con esfuerzo—, no te vas a morir. Te lo juro.

Intenta apartarse, pero no lo dejo.

No estamos haciendo nada malo. Él no me ve de esa forma; somos hermanos. Por eso besó a Tiffany. Así que da igual que esté en la ducha, con la ropa empapada. Estoy aterrada y solo quiero que se quede conmigo.

—Winter —pronuncia mi nombre casi suplicando.

—Si dejas de tocarme…, creo que me muero.

Josh cierra los ojos y apoya la frente contra la mía. Ahora él

también se está mojando. La mano que tiene sobre mi pecho tiembla ligeramente.

—Se te tiene que pasar el efecto —dice con cierta amargura—. Vamos a sentarnos. No quiero que te resbales.

Se me escapa un sollozo cuando me ayuda a sentarme. Luego me frota la espalda mientras lo agarro por la muñeca para evitar que aparte la mano de mi pecho. Así puede sentir los latidos de mi corazón. No sé por qué eso me tranquiliza. Su palma se relaja sobre mi piel y respiro más aliviada al comprender que no piensa soltarme.

Cierro los ojos. Las lágrimas ruedan por mis mejillas, mezclándose con el agua.

—Siempre lo estropeo todo.

—No es cierto.

—Mason no pudo sostenerme porque estaba tensa.

—Estabas tensa porque no confías en él —responde, molesto—. Y con razón.

No sé si lo he soñado o ha pasado de verdad. Tengo lagunas de memoria: recuerdo a Josh agarrando a Mason de la sudadera y gritándole que no me tocara, ¿o quizá fue una alucinación? Josh no es de los que se pelean; nunca lo he visto discutir con nadie.

—Pero lo necesito.

—Y una mierda. —Josh coloca dos dedos en mi barbilla y me obliga a alzar la cara—. Mírame.

Abro los ojos, y en los suyos solo encuentro una furia contenida.

—No necesitas a ese inútil ni a nadie para ganar una medalla.

Claro, él qué va a decir. No lo entiende. Nancy —mi entrenadora— me convenció de que me centrara en el patinaje en pareja. Dice que no tengo la potencia suficiente para los triples, una desventaja que se disimula más en dobles. En individual hay demasiada competencia, así que cree que tengo más posibilidades junto a un compañero. Según ella, soy frágil, delicada y perfecta para las coreografías románticas.

«Si quieres llegar a ser alguien en este deporte, confía en mí», esas fueron sus palabras.

—Lo estropeo todo. ¡Todo! —sollozo, apartándome de él—. He arruinado la semifinal igual que arruiné nuestra relación.

—Eso no es verdad.

—¡Sí lo es!

Lo miro. Las lágrimas me arden en las mejillas. Esa verdad que llevo enterrada desde que tuve la ridícula idea de besarlo me estalla en el pecho. Ya no soporto guardármela más, porque me estoy volviendo loca.

—Desde el beso estás raro conmigo. —Lloro con más fuerza al ver cómo aprieta la mandíbula—. ¡Me da miedo perderte! Tú siempre has sido mi lugar seguro, y lo fastidié.

—Sigo siéndolo —susurra—, y tú eres el mío.

—¿Podemos fingir que nunca nos besamos? —le suplico, desesperada, agarrándolo del jersey—. Quiero que volvamos a ser los de antes. Por favor.

Me mira la boca. Estoy drogada, así que seguro que lo estoy imaginando. Él no me ve de ese modo; por eso besó a Tiffany y luego todo se fue a la mierda.

—¿Que nunca hemos hecho qué? —pregunta, colocándome un rizo húmedo detrás de la oreja.

Le sonrío, agradecida, tratando de ignorar el escalofrío de placer que me recorre la columna. Extiende el brazo para cerrar el grifo. Meto la mano en mi sujetador y él vuelve a tensarse.

—¿Qué haces? —pregunta con voz grave.

Saco el anillo y me lo pongo en el dedo anular, justo donde debería estar. Es el regalo más bonito que me han hecho nunca.

—No me dejaban llevarlo en la competición. Quizá por eso me caí.

Apoyo la cabeza en su hombro, le doy la mano y entrelazo nuestros dedos. Mi corazón se calma un poco.

—Creo que ya me siento mejor.

El agua sigue cayendo sobre nosotros, pero ninguno de los dos se aparta.

Todo ha vuelto a la normalidad. Volvemos a ser Winter y Josh. Hermanos, mejores amigos, destinados a vivir en la luna.

El dolor transforma

Un año más tarde

(Grayson: veintiséis años · Zane: veinticuatro años · River: veintitrés años · Winter y Josh: quince años)

Todos dependen de mí

Grayson

—¿La has encontrado?

Mi jefe de seguridad niega con expresión circunspecta.

—No, señor Knight —responde—. Sin un nombre, una dirección o algún dato concreto, encontrarla es como buscar una aguja en un pajar.

Ya lo sé, maldita sea.

Pero, entonces, ¿de qué me sirve tener cientos de retratos de ella? Supongo que solo para estar jodidamente obsesionado con un fantasma.

Pagué una gran cantidad de dinero por un programa de reconocimiento facial, pero han contrastado sus retratos sin éxito con todas las bases de datos de seguridad a las que hemos tenido acceso —legales y no tanto—. Nada. Ni una sola pista. Como si no existiera.

Incluso contraté al mejor *hacker* del país, pero tampoco ha logrado dar con ella. A veces pienso en rendirme, aunque hacerlo sería aceptar que quizá solo existe en mi imaginación. Y yo nunca tiro la toalla, no me educaron para que fuera un perdedor.

—Retírate —le ordeno, tragándome la furia que me arde en la garganta.

El hombre se marcha y abro el tercer cajón de mi escritorio. El último retrato que pinté está guardado en la carpeta junto a los demás para evitar que se estropee. Lo tomo con cuidado y acaricio las líneas de su rostro trazadas con carboncillo. Esos ojos oscuros son y siempre serán mi perdición.

¿Dónde te escondes, *ángel*? Sé que existes. Algún día serás mía.

Cuando la encuentre, nada ni nadie podrá alejarla de mí. Aunque tenga que hacer cosas imperdonables para tenerla. Porque me pertenece. Ha sido así desde la primera vez que soñé con ella.

Alguien llama a la puerta. Compruebo mi reloj de muñeca: faltan

cinco minutos exactos para la reunión.

—Adelante —ordeno con esa voz que he aprendido a usar para imponerme.

Marcus entra con su expresión imperturbable de siempre. Aprecio a este hombre, aunque tengo la desagradable sensación de que nunca he llegado a conocerlo del todo. Odio no controlar mi entorno, así que siento una mezcla de gratitud y recelo hacia él. No sería nada sin Marcus Sterling, y él lo sabe. Me pregunto si algún día querrá cobrarse sus favores o se conforma con ser mi mano derecha por lealtad a su difunto amigo.

—Todos te esperan en la sala de juntas —dice.

—Dame un minuto.

Marcus asiente, pero antes de irse se acerca y deja un sobre sobre el escritorio.

—Será mejor que ates en corto a River —dice con ese tono desaprobador que le sale cada vez que habla de él— o ese hermano tuyo destruirá todo lo que has conseguido en los últimos siete años.

Abro el sobre en cuanto se marcha. A ver qué cojones ha hecho ahora.

Tras ver la fotografía, me dan ganas de ir a por él, a ese recóndito hotel de una playa de Cabo Verde que le he encargado inaugurar. Cómo me gustaría darle una lección a ese parásito vividor. Le pago un sueldo estratosférico solo por hacerse un par de fotos y sonreír a los periodistas, y así es como me lo agradece.

En la imagen, River aparece en el reservado de una discoteca, con los ojos entornados, perdido en algún punto entre el placer y la inconsciencia. Sobre la mesa de cristal hay varias botellas de Moët & Chandon y seis rayas de polvo blanco. Supongo que será cocaína o alguna droga de moda que consume cuando sale a desfasar.

Lo que haga para divertirse hace mucho tiempo que me trae sin cuidado. Ya es mayorcito. Él sabrá.

Un hombre rubio lo agarra de la nuca y lo besa en los labios. Es Dexter Winthrop, de Contabilidad. En la última junta se estableció la prohibición de relaciones personales entre un empleado y un superior de alto rango, con el fin de prevenir demandas por acoso y escándalos que pudieran dañar la empresa. Pero, si eso fuera todo,

me conformaría con cambiar a Dexter de delegación. El problema es la pelirroja que tiene la cabeza hundida en su entrepierna: Amelia Fairchild, la esposa de uno de los accionistas más importantes de la junta.

Me froto la cara y cierro los ojos con fuerza.

Cuento hasta tres. El tres es un número seguro; siempre me salva.

Luego vuelvo a abrir los ojos y rompo la foto en varios pedazos diminutos mientras busco una solución.

James Fairchild es mi mayor enemigo en la junta. Si se entera, me retirará su apoyo para el proyecto de Dubái y, si eso sucede, estaré acabado. Es como si mi hermano lo hubiera hecho a propósito, disfrutando con la idea de ponerme una soga al cuello.

—¿Qué demonios pasa contigo, River? —mascullo, levantándome. Doy tres tirones a mi camisa y sacudo la americana antes de ponérmela—. Nuestro padre tenía razón en algo, después de todo: solo eres un payaso.

Fe-nó-me-no

Zane

Es un sueño hecho realidad. Aún no me lo creo.

Llevo muchos años peleando por tener un hueco en la NHL, y ahora estoy a punto de debutar como defensa titular de los New York Guardians. No cabe ni un alfiler en el estadio. Los focos de las cámaras me ciegan y las piernas casi no me sostienen de puro nerviosismo.

Recuerdo las palabras de River: «Sal ahí y demuéstrales lo que vales». Y las de Grayson: «Estoy orgulloso de ti». La confianza que tienen en mí apenas me calma un poco. Haré todo lo posible para no decepcionarlos. No puedo cagarla. Esta es la oportunidad que siempre he deseado.

Sí, tuve un par de ofertas millonarias de la liga rusa, e incluso de la NHL para los Seattle Kraken, pero no dudé en rechazarlas, aunque River me llamó loco. Los Kraken son un buen equipo, pero Seattle está a seis horas de vuelo de Nueva York y, solo de pensar en separarme de mis hermanos, sentí ese vértigo familiar y asqueroso en el estómago.

Hace dos años, con mi primer sueldo, compré una casa de dos plantas en un bonito barrio residencial. Quería dejar de depender de Grayson, pero nunca me he instalado allí. Sigo durmiendo en mi habitación de siempre y creo que River tampoco se larga porque, aunque sea un idiota, es *mi* idiota, mi mejor amigo, y sabe cuánto lo necesito.

No concibo la idea de separarme de mis hermanos. Hace un par de meses me emborraché y le pedí disculpas a Grayson por ser otra carga para él. Mi hermano me ordenó callar y me dijo que no dijera tonterías, que siempre podré contar con él. Porque eso es lo que hace Grayson: cuidar de los suyos.

Ojalá algún día sea la mitad de hombre que él.

Creo que, en el fondo, todos lo sabemos: solo nos tenemos a nosotros. Nuestras heridas nos persiguen y cada uno sobrevive a su

manera. Incluso Joshua, siempre tan reservado, parece llevar una mochila que se niega a compartir con nadie.

—Y, con el número nueve, el nuevo fichaje estrella de los New York Guardians… —anuncia el presentador por megafonía—. ¡Zane Knight!

El rugido del estadio me sacude el pecho. Nunca había escuchado a tanta gente corear mi nombre: «¡ZANE, ZANE, ZANE!», como si esperaran grandes cosas de mí. Golpean la mampara para llamarme. Un padre alza a su hijo, que me sonríe con timidez. Apoyo la palma de la mano contra el cristal y casi puedo sentir sus deditos regordetes. Le guiño un ojo.

No puedo salir a la pista sin antes buscarlos en la grada.

Ahí están: mis hermanos, mi familia, mi lugar seguro.

River y Winter despliegan una pancarta mientras saltan como locos. Me río al leerla: «¡Machácalos, Grandullón!». Josh se saca algo del bolsillo y lo agita en el aire. Me relamo al ver que es un Twinkie mientras le leo los labios: «A por ellos, Hulk». El pecho se me llena de una emoción cálida cuando miro a Grayson, que asiente con una sonrisa de orgullo y levanta el pulgar.

Mi hermano mayor. El timón de esta familia. Mi ancla.

El niño que gritaba mi nombre mientras mi madre me ahogaba en aquella bañera. El que no me abandonó en mi peor momento, aunque él aún se siga culpando. Puede que ella me arrebatara algo aquel día, pero yo sigo aferrado a la voz de Grayson, gritando mi nombre y suplicándole que le hiciera daño a él. Y eso es algo que nunca voy a olvidar.

Nunca he vuelto a ser el mismo después de aquello, y sé que una parte de mí se quedó para siempre en aquella bañera. Pero ahora solo quiero que mi hermano mayor se sienta orgulloso de mí, y así poder devolverle todo lo bueno que ha hecho por mí y por cada uno de nosotros.

El árbitro pita.

Me bajo la visera del casco y cruzo la pista a toda velocidad, sintiendo el crujido del hielo bajo mis patines.

Comienza la cacería.

Juego como el animal que soy, empujo a los rivales, protejo a mis

compañeros y me estrello contra cualquiera que amenace mi zona. Soy jodidamente invencible, porque he nacido para esto.

Bloqueo tiros, recupero el *puck* y lo saco de mi área. Y sí, también marco un par de golpes, porque, aunque soy defensa, soy un defensa ofensivo la hostia de bueno.

Esta libertad… no la cambiaría por nada.

El público enloquece cuando golpeo el disco desde la línea azul. Sale despedido y se estrella contra la reja de la portería. Cierro el puño, alzo el brazo y grito. Los aplausos del público se mezclan con sus cánticos.

Al pasar patinando junto a la cabina de prensa, me alcanza la voz exaltada de uno de los comentaristas:

—¡Zane vuelve a subir como si fuera un delantero más!

—¡Su *slapshot* desde la línea azul es imparable!

—¡El número nueve de los Guardians es un auténtico espectáculo!

Sí, hostia. Nada ni nadie puede conmigo.

Saludo a la afición antes de lanzarme de nuevo a por el disco. El pulso me late en los oídos. El estadio parece a punto de venirse abajo. Me llega un cántico distorsionado bajo el casco. Gritan mi nombre, pero también algo que no distingo del todo. Estrello contra la mampara a un delantero del equipo contrario que me agarra de la camiseta. Por listo.

—¡Fe-nó-me-no! ¡Zane! ¡Fe-nó-me-no!

Se me eriza la piel. No están animando al equipo. ¡Están coreando mi nombre!

Zane Knight. *Fenómeno*. ¡Soy un puto fenómeno!

Aquí todos me quieren. Ya no soy el chico raro y solitario del instituto, ni tampoco el monstruo que las mujeres quieren que las folle como una bestia. Hoy, soy una estrella. Un fenómeno. Y lo mejor es que no he tenido que pelearme con ningún gilipollas para obtener su respeto. Bueno, he machacado un poco a algunos, pero nada sancionable. Seguro que el entrenador estará orgulloso de mí.

El árbitro pita el final del partido. Mis compañeros se acercan a felicitarme y acabo en mitad de un improvisado círculo de tíos enormes, llevándome un montón de abrazos. Eso me pone alerta, pero aprieto los dientes porque sé que solo están siendo amables

conmigo. Por fin salgo de la pista, aún con el subidón en las venas y una sonrisa enorme en la cara.

Un periodista me intercepta en el pasillo.

—¡Eh, Demonio! —Acerca el micrófono a mi cara—. ¿Cómo te sientes después de tu debut con los New York Guardians?

Estoy a punto de responderle que de puta madre, pero luego recuerdo que mi mánager me pidió que rebajara el tono e intentara no decir palabrotas. A mí me suda los cojones lo que diga ese viejo, pero aquí hay niños y debo dar ejemplo. Por eso, me quito el casco y me aparto el pelo sudado de la cara.

De repente, caigo en la cuenta de cómo me ha llamado.

No ha dicho mi nombre.

No ha dicho «fenómeno».

Me ha llamado… «demonio».

Así me llamó mi madre antes de ahogarme en aquella bañera. Dijo que estaba roto, que no tenía arreglo, que yo era un demonio.

Siento un escozor intenso, como si, de repente, volviera a tener el pecho lleno de agua. Lo veo todo negro. El pánico se mezcla con la ira.

Agarro al periodista del cuello de la camiseta.

—¿Cómo me has llamado? —escupo. Él palidece, con los ojos abiertos de par en par, pero no le doy tiempo a responder. Dios, estoy tan jodidamente furioso—. Si soy un demonio, debería arrastrarte al infierno.

Echo la cabeza hacia atrás y le pego un cabezazo.

¡Bam!

A mi alrededor estalla el caos. Unos brazos me inmovilizan por el cuello. Puños se estrellan contra la mampara. Y entonces lo entiendo. No era «fenómeno» lo que gritaban. No, era «demonio». Eso era lo que gritaban todos, todo el tiempo.

La palabra me atraviesa el pecho como un cuchillo afilado.

Demonio. Demonio. Demonio.

Dejo de pelear contra quienes intentan frenarme. De pronto, me siento vacío. Igual que el día que perdí la virginidad con June porque creía que ella me veía de verdad…, pero solo quería echar un polvo con la bestia.

Porque eso es lo que era para mi madre, para la gente de este estadio, para todos: un monstruo. El número nueve. El demonio de los New York Guardians.

Los favores se pagan

River

—No me cabe entera.

—Pues atragántate.

Ella me mira con los ojos vidriosos y abre más la boca. Le sujeto la cabeza con firmeza, hundiendo las manos en su pelo, y embisto despacio, controlando cada centímetro hasta el fondo de su garganta. Hay algo demasiado excitante en ver cómo una mujer preciosa se queda sin aire al tener mi polla en la boca.

—Si es demasiado, me tocas la pierna —le digo.

Ella asiente con la cara cubierta de lágrimas. La saliva se desliza por las comisuras de su boca mientras me hace una mamada que recordaré al menos hasta que encuentre a otra persona que lo haga igual de bien.

—Eso es, buena chica —la halago mientras le acaricio la mejilla con el pulgar—. Lo estabas deseando, ¿verdad?

Su respuesta consiste en chupármela con más fuerza. Siento los testículos pesados y esa tensión familiar en el vientre que anuncia que voy a correrme. Me voy en su boca, maravillado al ver que se lo traga sin rechistar. Las que hacen eso son mis favoritas; no soporto a las remilgadas. Por eso la levanto por los hombros y me apodero de sus labios. Ella responde a mi beso con ansia mientras la tumbo en la cama y le separo las piernas.

—Estás mojadísima. —Le muerdo el interior del muslo—. Te ha puesto demasiado cachonda chupármela. Ahora, dime cuántas ganas tienes de que te devuelva el favor.

—Muchas —jadea, retorciéndose sobre el colchón—, por favor, River.

Beso su monte de Venus y saboreo su calor. Ella arquea la espalda y sus manos buscan mi cabeza con desesperación. Verla tan ansiosa me provoca una sonrisa, así que deslizo dos dedos por su abertura.

—Dios mío, oh, River, vamos —suplica, enredando los dedos en el

pelo de mi nuca—. Hazlo ya, por favor. Me muero si me dejas a medias.

—Tu coño necesita con urgencia que lo mimen. —Le doy un lametón y ella pega un grito—. Tranquila, cariño, no pararé hasta que te corras gritando mi nombre.

Mi lengua roza ese punto tan sensible que sé que la volverá loca. No dura tanto como me gustaría, porque seré muchas cosas, pero jamás dejo insatisfechas a las personas con las que follo. Solo necesito curvar los dedos y saborearla despacio para que ella se retuerza de placer y grite mi nombre una y otra vez.

Unos minutos después, me siento igual de vacío que cada vez que termino de echar un polvo. Siempre creo que encontraré algo que me haga sentir bien conmigo mismo, y la verdad es que durante el sexo siento que soy invencible. Imagino que a Zane le pasa lo mismo con el *hockey*. Pero, cuando acabo y ella desliza la mano por mi espalda, me levanto rápido y empiezo a vestirme.

Ya le he dado lo que quería; no tiene sentido alargar más esto. Ella solo buscaba un cuerpo que calentara su cama y una buena polla que cabalgar, y por eso me eligió.

—Mi marido no regresa hasta dentro de unas horas —susurra, mordiéndose el labio—. ¿Qué tal si nos damos una ducha?

—Tengo que ir a trabajar.

Hoy me he pedido el día libre. Quizá me meta un par de rayas y busque a ese camarero rubio de mi *pub* preferido, el que siempre se ríe de mis chistes malos y me invita a una copa antes de cerrar.

—¿Me llamarás? —pregunta, sentándose en la cama.

Me abrocho la camisa y respondo sin mirarla:

—No.

—Vaya, ni siquiera finges que te lo pensarás —dice con tono mordaz—. ¿Qué pasa, no te ha gustado o solo eres así de cabrón cuando consigues lo que quieres?

Puede que sea una de esas mujeres inseguras o que simplemente esté aburrida, atrapada en un matrimonio que no la satisface. El caso es que yo no le he prometido nada. Los dos buscábamos lo mismo, y si cree que seré el segundo plato al que llamar cuando esté cachonda, está terriblemente equivocada. Eso me enfurece.

—Follas bien —respondo, y eso le arranca una sonrisa vanidosa—. Y me la has chupado como si llevaras demasiado tiempo sin probar una polla. Quizá, si te esforzaras más con tu marido, él se molestaría en comerte el coño y tú no estarías aquí mendigando.

Esquivo el tacón que me lanza a la cara.

—¡Eres un cabrón! —grita, indignada—. ¡Fuera de mi casa!

Salgo de allí sin sentir nada. Las mujeres casadas siempre son un jodido incordio. Debería haber aprendido la lección después de que Grayson me echara la bronca por acostarme con la esposa de aquel tipo de la junta, pero hay algo dentro de mí que parece impulsarme a joderlo todo.

—River Knight, dichosos los ojos —dice detrás de mí una voz que esperaba no volver a oír nunca.

Freno de golpe. Me quedo helado. El hombre da la vuelta para ponerse delante de mí. El miedo se desliza por mi espalda como una serpiente venenosa. Meto las manos en los bolsillos del abrigo para ocultar el temblor.

—¿Qué quieres? —le pregunto con toda la calma que puedo fingir.

—Recordarte que los favores se pagan.

—No sé de qué me hablas. Recibiste lo acordado.

—Oh, sí. —La codicia le brilla en los ojos—. Pero ¿no creerías en serio que su muerte te saldría tan barata?

Giro la cabeza a ambos lados de la calle, angustiado ante la posibilidad de que alguien lo haya oído. No siento alivio al descubrir que estamos solos.

—¿Qué pensarían tus hermanos si supieran lo que hiciste?

—¡Cállate!

Doy un paso hacia él y lo agarro por las solapas de su abrigo. Apenas se inmuta, y entonces comprendo que el secreto que tanto temía que saliera a la luz ha terminado por estallarme en la cara. Suelto a ese maldito hombre de un empujón.

—Dime qué quieres a cambio de tu silencio.

No puedo permitir que mis hermanos descubran la verdad.

No pueden saber que yo maté a nuestros padres.

El día que acabé con el monstruo

River

Sabía que no iba a salir gratis, pero no que me costaría tanto.

Aquel día no fue un arrebato, sino una decisión necesaria que llevaba meses calculando. Solo esperaba la oportunidad perfecta, y esta llegó por sorpresa el día que levantó la mano contra Winter.

Aunque su verdadero objetivo no fue la princesa, sino Josh. Winter se interpuso para que no lo golpeara, pero yo vi la cólera en los ojos de ese monstruo; la misma que ardía cada vez que se quitaba el cinturón para usarlo conmigo. Entonces comprendí que nada ni nadie podría evitar que el pequeño Josh se convirtiera en su nueva víctima. Al defenderme, solo conseguí que buscara a otro con quien desquitarse.

No podía permitir que le hiciera lo mismo que me había hecho a mí, que lo destrozara hasta convertirlo en lo que yo soy ahora. No, de eso nada. Porque no solo destruiría a Josh, sino también a Winter. Grayson intentaría proteger a los pequeños, pero ni él habría podido enfrentarse a ese animal.

Nadie tenía posibilidades contra Alexander Knight. Ese hombre podía aplastar a cualquiera con un chasquido de dedos. Era dueño de media ciudad, tenía jueces en nómina, policías en el bolsillo y funcionarios de servicios sociales comiendo de su mano.

Nuestra madre nunca logró huir de él. Aunque hubiera querido divorciarse —como le dijo aquel día—, él jamás lo habría permitido. Mientras tanto, ella se iba hundiendo cada día más y se volvía más peligrosa para mis hermanos. Aquello estaba consumiendo a Grayson, y aunque yo finja ser un payaso, con los años me he vuelto un experto en observar en silencio. Nadie mejor que yo sabe lo que sucede en nuestra casa.

Aquella noche lo vi hacer las maletas y descubrí que él planeaba internarla en una clínica de salud mental. Supongo que habría durado una semana antes de arrepentirse, pero nunca lo sabremos. ¿A quién le importa ya, a estas alturas?

Mi padre tomaba una medicación muy potente para dormir. Uno de esos hipnóticos prescritos a hombres poderosos con problemas de culpabilidad e insomnio.

Ya lo tenía todo planeado, así que solo tuve que actuar. Eché un par de pastillas en su copa de *whisky* y esperé a que se largara. Luego llamé al hombre que había contratado para ejecutar la segunda parte del plan sin levantar sospechas.

Alexander Knight siempre alardeó de ser un hombre de costumbres, y resulta que a lo tipos como él es muy fácil tenderles una trampa, porque se creen invencibles. Sabía que aquella dosis inicial lo dejaría adormecido y que, cuando el sueño lo venciera, pararía en una gasolinera para tomar café.

El hombre al que pagué para que lo siguiera fingió tropezar con él, le tiró el café encima y se ofreció a invitarlo a otro. Mi padre podría haberse negado —detestaba sentirse en deuda—, así que le indiqué al sicario que vistiera una gorra de los New York Yankees y le di las palabras exactas que debía decir si mi padre rehusaba: «Los verdaderos caballeros aceptan un gesto de cortesía, y los americanos de verdad no rechazan un buen café de un fan de los Yankees». Mi padre, con el orgullo tocado y su idea desfasada de masculinidad y patriotismo, sentiría simpatía por aquel extraño. Aceptó el café —algo que jamás habría hecho— y se montó en el coche.

Ay, papá. Siempre me subestimaste, pero nadie te conocía mejor que yo.

El café que se llevó contenía una dosis aún más alta de las mismas pastillas que el médico le recetaba. ¿Sabes lo que sucede cuando mezclas alcohol con una gran cantidad de zolpidem? Los efectos son somnolencia extrema, confusión y riesgo de paro respiratorio.

Lo tenía todo pensado desde hacía varios meses. Tal vez no era el más listo de la clase, pero tampoco era tan inútil como él creía. No dejé ningún cabo suelto. La autopsia no levantaría sospechas porque él había tomado su medicación habitual. Iba a ingresar a su mujer —una enferma mental—, así que resultaría lógico que la policía creyera que mi padre estaba deprimido y abusaba de la medicación.

Por si acaso, me aseguré de que la historia tuviera sentido. Escribí una carta en su portátil y programé un correo para Marcus, su amigo más leal, que le llegaría unas horas después de su muerte. Era una carta de despedida, o de suicidio, si prefieres llamarla así. En ella, Alexander le pedía que cuidara de nosotros, que ayudara a Grayson con la empresa y que nunca nos contara que no había sido un accidente, porque quería ahorrarnos el sufrimiento.

Sabía que la parte más difícil sería que Marcus mordiera el anzuelo, así que crucé los dedos para que ese viejo tan leal decidiera dejarlo estar. Nunca sabré si le hicieron la autopsia y descubrieron que estaba hasta arriba de pastillas. Si Marcus lo supo, decidió que protegernos era más importante que la verdad.

Y así, por fin, acabé con el cáncer de nuestra familia.

Sí, también maté a mi madre. Él no podía vivir sin ella, pero ella tampoco podía vivir sin el monstruo. De lo contrario, habría protegido a Grayson de sus exigencias y no habría mirado hacia otro lado cada vez que él me maltrató durante tantos años. La maté para salvarnos a todos, porque era una amenaza constante para los pequeños y le hizo un daño imperdonable a Zane.

La maté por amor a mis hermanos, aunque ellos me odiarían si supiera lo que hice. Y, aunque siempre me despreciaré a mí mismo por haber matado a la mujer que me dio la vida, sé que hice lo correcto.

Alguien tenía que proteger a mis hermanos.

Alguien tenía que hacerlo.

Lo hago porque no la merecen

Josh

—Entonces, ¿vamos esta tarde a Joe´s Pizza? —le pregunta el idiota de Austin.

Winter se aparta un rizo de la cara y se lo coloca detrás de la oreja. Ambos están demasiado cerca uno del otro, justo enfrente de mi taquilla. Yo finjo ordenar mis libros, pero no pierdo detalle de la conversación. Ese listillo —que no sé por qué admitieron en el programa bilingüe si es un completo inútil— lleva un par de semanas rondándola. Pensé que a ella no le gustaba, pero hoy parece más simpática con él.

—No salgo hasta las seis de mi entrenamiento —responde.

—Puedo ir a verte patinar.

La vas a desconcentrar.

—A veces la entrenadora alarga la sesión y nos dan las tantas.

—Pues te acompaño a casa y hablamos un poco.

—Ya estamos hablando.

Exacto.

—Pero nunca hemos hablado fuera del instituto.

Ni falta que hace.

Hay que reconocer que el imbécil es persistente. Nunca habría dado un duro por Austin, pero, después de que yo acusara a su amigo Andrew de activar la alarma de incendios, se alejó de su pandilla e incluso intentó acercarse a mí. Se estrelló contra un muro, claro, pero eso no le impidió ir tras Winter. Al final, parece que quien la sigue la consigue, porque ella se echa a reír, asiente y le da su número de móvil.

—¡Nos vemos en el almuerzo, Josh! —se despide de mí.

Fuerzo una sonrisa y sacudo la mano cuando ella se marcha dando saltitos. Austin la observa suspirando como si fuera una diosa. Y así es: ni él ni los anteriores eran lo bastante buenos para mi hermana.

Winter comenzó a tener bastantes citas desde que se metió en la

ducha con la ropa puesta. No… No quiero pensar en eso. Aún recuerdo mi mano sobre su pecho y puedo sentir los latidos acelerados de su corazón. Ella creyó que se estaba muriendo, pero a mí por poco me mata.

«¿Podemos fingir que nunca nos besamos? Quiero que volvamos a ser los de antes. Por favor».

Sé que hizo lo correcto, pero ahora tengo que soportar cómo los babosos de este instituto se pelean por llamar su atención. Ninguno de ellos la merece, o eso es lo que me repito cada vez que arruino todas sus citas.

Antes de la cita con Aiden —del club de debate—, le advertí a Winter que había escuchado el rumor de que Aiden seguía colado por su ex y solo salía con chicas para darle celos. Luego me las apañé para que Sarah, la ex de Aiden, quedara con sus amigas ese mismo día en la hamburguesería en la que Winter y él habían quedado. Solo necesité darle unos cupones descuento a Georgia, la mejor amiga de Sarah. Winter se puso hecha una furia con Aiden al creer que él la estaba utilizando.

¿Jason, el prodigio de la natación? Me colé en el vestuario, cogí su móvil, lo desbloqueé con un truquito que averigüé en internet y le envié un mensaje a Winter citándola una hora antes. Luego lo borré sin dejar rastro. Ella creyó que la había dejado plantada y le pegó tres gritos al día siguiente. Él la llamó loca y, desde entonces, se miran con odio cada vez que se cruzan en el pasillo.

De Daniel —el que toca la guitarra— esparcí el rumor de que iba hablando pestes de April, la mejor amiga de Winter. Ella se enfadó y no le permitió explicarse; Winter es así de leal con las personas que quiere.

Observo a Austin con esa punzada venenosa que me oprime el estómago cada vez que imagino a Winter besando a otro. Él se gira hacia mí con una sonrisa amable.

—Oye, tío —dice sin perder la sonrisa—. Te prometo que tu hermana me gusta de verdad. Seré bueno con ella. No tienes de qué preocuparte.

—Seguro que no —asiento, sonriéndole de una forma tan falsa que me duele por dentro—. Eres buena gente, Austin. De hecho, me

gustas para mi hermana. Con un poco de suerte, se olvidará de Mason y se centrará en lo importante.

Él entrecierra los ojos.

—¿Quién es Mason?

—Su pareja de patinaje. Guárdame el secreto, ¿vale? Entre ellos hubo algo, pero nadie se puede enterar o se metería en un lío con su entrenadora —comento en voz baja con tono cómplice—. El caso es que las cosas no acabaron bien y mi hermana aún sigue un poco colgada de ese tío. Y, como tienen que patinar juntos, hacer todas esas piruetas, mostrarse cariñosos en las coreografías… te puedes imaginar lo complicado que le resulta olvidarlo.

La sonrisa de Austin flaquea. Se pone un poco pálido.

—No tenía ni idea.

Le doy una palmada en la espalda.

—Vamos, ¡no te preocupes! Hoy vas a verla patinar, ¿no? —Él asiente—. No te pongas celoso si ves que tienen bastante química. Son gajes de patinar con tu ex. Pero tú eres listo y estoy seguro de que sabrás encajarlo. Y sería genial que Mason te viera en la grada; así entenderá de una vez que debe alejarse de mi hermana.

Austin traga saliva.

—¿Es agresivo? —pregunta con un hilo de voz.

—¿Mason? —bufo—. A ver, tiene mal genio y está bastante fuerte, pero no creo que sea de esos. Si necesitas que te ayude a partirle la cara…

—No, no —se apresura a decir—. No me gusta la violencia.

—A mí tampoco, pero creo que me pegaría si alguien me gustara tanto como a ti Winter y su ex siguiera molestándola.

El color abandona por completo el rostro de Austin.

—Llego tarde a clase —balbucea.

—Sí, yo también. Ya me contarás qué tal os ha ido. —Comienzo a alejarme—. ¡Y sé bueno con mi hermana!

Austin ni siquiera tiene fuerzas para asentir. Estoy convencido de que no se presentará al entrenamiento y de que, si lo hace, ya habré sembrado la semilla de la desconfianza. Bastará con que los vea patinar para que se muera de celos.

¿Que si me siento culpable por arruinar todas las citas de Winter?

En mi defensa, diré que me mantendría al margen si apareciera alguien digno de ella, o al menos eso es lo que me gusta creer. No estoy celoso, joder. Simplemente cumplo lo que prometí con ocho años: protegerla.

Y, si para eso tengo que alejarla de todos los inútiles de este instituto, que así sea. Aunque ella regrese hecha una furia de cada cita desastrosa, grite —a nadie en particular— que los chicos de su edad son unos inútiles y exclame que ojalá hubiera nacido lesbiana.

Mientras me abrazabas

Winter

¡No entiendo nada!

Camino de un lado a otro dentro del ascensor, con la sensación de estar atrapada porque no sube lo bastante deprisa. ¡Necesito salir de aquí! Observo mi reflejo en el espejo y me dan ganas de llorar porque parezco el Joker con el maquillaje emborronado. Ahora me siento tonta por haberme echado rímel y colorete después del entrenamiento. Supe que algo iba mal en cuanto me di cuenta de que Austin había desaparecido de la grada.

No hay quien entienda a los chicos. Primero, insiste durante semanas para que le dé una oportunidad y, luego, se larga sin dar una explicación. Oh, por supuesto que no iba a dejarlo estar. Si pasas de mí, exijo saber el porqué. ¿Quién se cree que es para hacerme *ghosting*?

No me cogió el teléfono hasta la quinta llamada. Me contestó con frialdad que se había marchado porque era obvio que había algo entre Mason y yo:

—Solo hay que veros patinar para entender que estás enamorada de él.

Me eché a reír y luego le grité que me había hecho un favor al largarse porque no salgo con neandertales celosos.

¡Si no soporto a Mason!

Soy buena patinadora e interpreto las coreografías, eso es todo. Estaría encantada de cambiar de compañero si encontrara a alguien más decente.

Estaba muy enfadada con Austin después de colgar, pero eso no impidió que pasara todo el camino de vuelta llorando mientras el chófer me preguntaba si estaba bien y luego se ofreció a llevarme a por un helado.

¡Claro que no estoy bien! ¿Cómo voy a estarlo si los chicos solo me desean hasta que me conocen? ¿Qué demonios tengo de malo para que todos salgan corriendo en cuanto les doy una oportunidad?

¿Soy tan horrible? Y sí, por supuesto que quiero un helado, pero Mason no deja de insinuar que peso demasiado para los lanzamientos y mi entrenadora controla cada caloría que ingiero como si perteneciera a la KGB, así que me conformé con una tortita de arroz integral que sabía a cartón. Eso solo me puso más triste.

Nadie me quiere porque soy fea, tonta, tengo mal genio y rompo cosas cuando me enfado. Las puertas del ascensor por fin se abren y entro en casa como un huracán desatado.

—¡Odio a los hombres! —grito a pleno pulmón.

Zane, que viene caminando por el pasillo con un plátano, me mira con el ceño fruncido.

—¿A mí también?

—¿Eres un hombre? —escupo con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí… —responde, desconcertado.

—¡Pues a ti también te odio!

Lo empujo con el hombro y echo a correr hacia mi habitación. El plátano se le cae al suelo.

—¡Y yo también te odio a ti! ¡Mierda, mi merienda!

No entiendo qué tengo de malo, pero necesito con urgencia un abrazo. Por eso cambio de opinión y entro en la habitación de Josh. Al verlo, rompo a llorar con más fuerza, como si la tristeza ya no me cupiera en el cuerpo. Él está tumbado en la cama leyendo. Me lanzo encima, le echo los brazos al cuello y suelto atropelladamente:

—Soy una desgraciada y una persona horrible. Nadie me quiere. ¿Qué tengo de malo para que todos los chicos salgan corriendo?

Escondo la cara en su pecho y lloro con amargura. Ni siquiera me gustaba Austin, pero esa no es la cuestión. Iba a intentar que me gustara, como hice con los demás. No es justo que él decidiera que no merezco la pena sin apenas conocerme.

Sus brazos me envuelven con suavidad. Me desmorono al sentir el roce de su boca en mi sien y continúo llorando más fuerte.

—Todos aquí te queremos —asegura, acariciándome el pelo—. No tienes absolutamente nada de malo.

—Lo dices porque eres mi hermano —sollozo sin mirarlo.

—Lo digo porque es la pura verdad. Hay un montón de cosas que me gustan de ti. —Sus dedos me acarician el cuero cabelludo con

delicadeza. Cierro los ojos, me abrazo más a él y rezo para que no deje de hacerlo, porque, aunque sigo estando muy triste, esa caricia es demasiado agradable—. Me encanta lo competitiva que eres, que lo admitas sin avergonzarte cuando alguien intenta echártelo en cara y que nunca te rindas hasta conseguir lo que te propones.

—¿Qué más? —musito—. Y no dejes de darme un masaje en la cabeza. Me gusta muchísimo.

El pecho le tiembla cuando se ríe y le doy un golpe flojito en el costado.

—Me gusta que seas la persona más leal que conozco. Te peleaste con medio instituto por apoyar a April cuando todos le dieron la espalda porque ese capullo filtró el *nude* que le había enviado. —Hace una pausa y añade con visible molestia—: Y estuviste a punto de hacer toples en mitad del comedor para que dejaran de hablar de ella.

—April no me lo permitió —respondo, enfurruñada—. Dijo que no volvería a hablarme si hacía algo así por ella.

—Ya habríamos sido dos.

—A mí ningún tío me dice lo que tengo que hacer.

—Pero yo no soy *cualquier* tío, soy tu hermano —remarca, indignado—. Y siempre querré lo mejor para ti.

—Ay, qué gusto.

Josh se queda muy quieto y aparta la mano con brusquedad. Lo agarro por la muñeca y la devuelvo a mi cabeza para que siga dándome un masaje.

—No pares, porfa —suplico, y se me escapa un hipido—. Es que me haces sentir muy bien.

—Vale —responde con la voz un poco más grave—. Y… Y también me gusta que sigas subiéndote a bailar *Dancing Queen* encima de la mesa para animar a Zane en sus días malos o que te asegures de que nunca falten los cereales favoritos de Grayson. Y a ninguno se nos ocurrió enmarcar la primera campaña de River, pero tú sabías que eso le haría ilusión y colgaste el cuadro en el salón para que supiera que estábamos orgullosos de él.

—Es bastante fanfarrón, pero lo quiero de todos modos.

Me aparto un poco para mirarlo y lo que veo en sus ojos me

desarma tanto que me arranca una sonrisa débil. Nadie me mira como Josh. Y creo que lo odio un poquito por eso al darme cuenta de que soy adicta a esas miradas que significan demasiado para mí.

Nadie debería tener el poder de observarte como si te viera por dentro y aceptara todo lo que eres; incluso las cosas malas, esas de las que más te avergüenzas.

Nadie debería tener el poder de hacerte sentir bien cuando todo se va a la mierda; de ser tu refugio cuando las cosas se desmoronan.

Sé que algo ha cambiado entre nosotros desde aquel beso. No importa que él besara a otra o que yo me prometiera olvidarlo y por eso empezara a salir con chicos que ni siquiera me gustaban, con la esperanza de enterrar estos sentimientos tan contradictorios.

Su mano se posa en mi mejilla y el corazón me hace eso tan extraño; algo que ni siquiera sentí al dar mi primer beso. Me seca una lágrima con el pulgar. Inclino la cara contra su mano y entrecierro los ojos.

—¿Quieres ver *Enredados*? —pregunta, devolviéndome la sonrisa.

Sabe que es la película que siempre elijo para levantarme el ánimo. Asiento e intenta incorporarse, pero aún no se lo permito. Me abrazo a él como un koala y murmuro que hoy solo quiero mimos, palomitas y chocolate. Josh me da un pellizco débil en la mejilla y me pregunta en broma si eso cuenta como lo primero. Me aparto, un poco molesta, y él se levanta a hacer palomitas.

Se ha olvidado el móvil sobre la almohada. Al cabo de un rato, se ilumina con una notificación. Y, como soy una cotilla, por supuesto que echo un vistazo. Me siento de golpe al leer el mensaje que aparece en la parte superior de la pantalla.

Austin: Tenías razón. Gracias por avisarme. Tu hermana sigue colada por Mason y yo paso de ser su segundo plato.

Sostengo el móvil con manos temblorosas. Creo que voy a vomitar la tortita de arroz. Debe tratarse de un malentendido; no puede ser. La cabeza me da vueltas mientras intento buscar una explicación. De repente, recuerdo que conozco su contraseña. Me la

dijo el otro día porque no encontraba mi teléfono y necesitaba hacer una llamada urgente. Josh estaba haciendo masa de *pizza* y tenía las manos manchadas de harina. Me dijo que podía usar el suyo, pero, como no sabía desbloquearlo, me gritó la contraseña.

Nunca había sentido la tentación de cogerle el móvil a escondidas… hasta ahora.

Espero que no la haya cambiado.

Lo desbloqueo sin pesar. Bingo, sigue siendo la misma. Voy directa al mensaje de Austin y me quedo más perpleja que antes.

¡No puede ser! ¿Por qué haría algo así?

Ojeo por encima las conversaciones de WhatsApp. Josh no tiene muchos contactos, así que tardo poco en encontrar los que me interesan. Y, con cada mensaje que leo, me pongo más y más nerviosa.

Ay, madre mía.

Le envió un mensaje a Georgia, la amiga de Sarah, con un cupón para la hamburguesería donde tuve la cita con Aiden, el ex de Sarah. Pero hay más. Otro dirigido a Dexter —el amigo del músico con el que estuve a punto de enrollarme—, pidiéndole que esparciera el rumor de que Daniel decía cosas horrible sobre mi amiga April a cambio de ayudarlo con los exámenes finales.

La sangre me golpea en las sienes.

Josh ha estado arruinando todas mis citas. Él estaba detrás de todo mientras yo me desahogaba en sus brazos.

No doy crédito. ¿Por qué lo ha hecho?

Me siento muy recta en el borde de la cama y dejo el móvil sobre la mesita de noche, con la pantalla mostrando el mensaje de Austin. Él aparece unos segundos después en la puerta con el bol de palomitas. Señalo el móvil, alzo la cabeza y lo miro.

—¿Josh? —susurro.

Mi hermano palidece. Sus dedos aprietan el bol.

—Te lo puedo explicar.

Responsabilidad

Grayson

Hay días en los que estoy convencido de que mi familia se desmoronará si me permito un momento de flaqueza. No es ego ni dramatismo, sino un hecho.

Mis padres no están. Él no nos hacía ningún bien y ella ni siquiera podía cuidar de sí misma, pero a veces soy incapaz de evitar echarlos de menos.

Esta semana he tenido que cubrir otro escándalo de River. ¿Se calmará en algún momento o es que acaso le encanta complicarme la vida? Yo apuesto por lo segundo. Creo que mi hermano está tan enamorado de sí mismo que es incapaz de amar a nadie.

Su última hazaña fue organizar una fiesta en su yate, que terminó en un desastre internacional cuando la hija de una princesa europea —una idiota con más dinero que cerebro— casi muere de sobredosis en plena cubierta. Las fotos habrían arrasado los tabloides y arruinado nuestro apellido si no fuera porque pagué suficiente para enterrar la historia. Además, terminé debiendo un favor a un par de periodistas, que no dudarán en cobrárselo.

Una semana después, Zane se peleó a puñetazos con un compañero durante un partido de los Guardians. La mitad de la afición lo ovacionó mientras la otra parte se le echaba encima. El club amenazó con expulsarlo, y la única solución que encontré fue convertirme en el mayor inversor del equipo. Ahora mi hermano está a salvo y yo tengo otra inversión más que gestionar. La cara de Marcus al enterarse casi me hunde en la miseria. Ese hombre no para de juzgarme. ¿Acaso cree que necesito otro padre?

Y luego la princesa, mi debilidad, le rompió una pierna a su antigua pareja de patinaje. Él la dejó por su mayor rival justo antes de una competición importante. Muchas gracias, Zane —nótese la ironía—, por apuntarla a kárate. Ella lo esperó a solas en el vestuario y le rompió la tibia de una patada lateral. Pero, como mi hermana no se conforma con hacer las cosas a medias, luego le destrozó el

tobillo con una pesa de quince kilos. Ahí, con un par de ovarios. El chico no volverá a patinar en una larga temporada, si es que alguna vez logra recuperarse del todo. Tuve que indemnizar a su familia para que no presentaran cargos contra mi hermana y chantajear a los miembros del comité de la federación que no aceptaron sobornos para que miraran para otro lado. La gente y sus malditos principios siempre entorpeciendo las cosas.

¿Sabes qué dijo el lumbreras de Zane cuando la castigué en su habitación?

—¡Así se hace, Winter! Te tendrían que dar una puta medalla, no un castigo. A los enemigos se los machaca hasta que ya no pueden levantarse y aprenden la lección. ¿O qué querías, Grayson, que le diera las gracias por joderle la temporada?

En fin, ¿qué puedo decir? Amo a mis hermanos con todo mi corazón, pero Josh es el único que no me da problemas.

Ese chico vale oro. Saca sobresalientes, mete los platos sucios en el lavavajillas, llega a su hora y tiene la cabeza en su sitio. Me recuerda a mí, pero sin todo el veneno que hube de tragar para aprender a sobrevivir. Yo no seré como mi padre. Siempre le recordaré que estoy orgulloso de él y lo ayudaré a convertirse en mi mano derecha el día de mañana.

A Marcus ya le va tocando la jubilación. Me ha ayudado durante los últimos años sin pedir nada a cambio, pero algo me dice que no debo fiarme de él.

Mientras respire, sostendré a esta familia a cualquier precio. Mis hermanos siempre podrán contar conmigo.

Mis padres murieron por mi culpa. Ahora yo soy el cabeza de familia y es mi obligación cuidarlos. A cualquier precio, incluso si tengo que hacer cosas imperdonables para protegerlos. Cuando se trata de la familia, no hay límite que no esté dispuesto a cruzar. Porque la moral es negociable, pero la lealtad no. Y, si alguien opina lo contrario, que se joda, sencillamente.

Nadie más los va a salvar, así que lo haré yo.

La carta que se redujo a cenizas

Grayson:

Supongo que era inevitable que esta carta existiera algún día. Sé que te preguntas por qué no te lo digo a la cara, pero siento tanta vergüenza que dudo que fuera capaz de hacerlo. Por eso prefiero poner esta verdad por escrito, con la amarga esperanza de que la leas cuando yo esté lo bastante lejos como para arrepentirme.

He vivido demasiados años cometiendo errores. Si hiciera una lista de ellos, sería tan larga que necesitaría varios folios para enumerarlos. Supongo que ya sabes cuál ha sido mi mayor pecado: ser un mal padre. Tiene cierta gracia, pues el día que tu madre me contó que estaba embarazada de ti, me prometí a mí mismo que sería uno bueno. Mi mayor miedo era convertirme en el hombre que fue mi padre, pero no tengo ni idea de en qué momento empecé a parecerme a él.

A veces me consuelo pensando que fue por amor a tu madre; que mis sentimientos por ella me consumen de un modo tan retorcido que no sirvo para otra cosa más que para quererla. Porque podré ser muchas cosas terribles, pero te juro que amo a esa mujer con cada parte enferma de mi alma.

A lo largo de los años, nuestro matrimonio ha estado alimentado por secretos. Nos han sostenido como los pecadores que somos. Aunque ella ha intentado abandonarme en varias ocasiones, supongo que lo que callamos nos unía más que el odio que ella ha ido alimentando hacia mí con los años.

He tomado decisiones terribles. A pesar de que nunca me he engañado a mí mismo pensando que era un buen hombre, he llegado a cruzar límites que hace unos años me habrían parecido impensables. Pero hay algo que me pesa más que todo eso. Un secreto que no puedo, ni debo,

llevarme a la tumba. No contigo creyendo que Josh es otra carga que arrastras por mi culpa.

Sé que lo amas como a todos tus hermanos y que darías la vida por él, y precisamente por eso te debo la verdad. Siempre te has preguntado por qué lo adoptamos, aunque no tuviste el valor de decirlo en voz alta.

Josh es mi hijo biológico.

Ahora mismo puedo imaginar tu cara. ¿Cómo es posible, si tu madre consume cada uno de mis pensamientos? ¿Cómo fui capaz de tocar a otra mujer, si ella es la única mujer a la que miro con deseo?

Lo primero que quiero que sepas es que Josh no fue un accidente ni un desliz. Fue una decisión premeditada, calculada al milímetro como casi todo lo que he hecho en mi vida, excepto enamorarme de tu madre.

No sentí nada por la mujer que lo trajo al mundo. Ni deseo ni pasión ni ternura. De hecho, ni siquiera la toqué. Elegí a la donante al azar, fui a una clínica de fertilidad y ella se quedó embarazada mediante fecundación in vitro.

Te estarás preguntando por qué lo hice. Solo hay un motivo: venganza.

Hace unos años, tu madre me hizo mucho daño. Más del que imaginé que podía soportar. Jamás me había sentido tan traicionado, humillado y roto. Y, como no podía dejarla, porque simplemente no sé vivir sin ella, decidí castigarla y la obligué a permanecer a mi lado. Pensé que la mejor forma de herirla era traer mi propia sangre al mundo.

Josh vino al mundo por orgullo, no por amor. Mi plan inicial era adoptarlo cuando naciera, pero el embarazo de Winter fue de alto riesgo. Tu madre casi murió en el parto. Y, cuando casi la perdí, me entró el pánico. No quería que ella intentara quitarse la vida al saber la verdad, así que hablé con la madre biológica de Josh y le ofrecí una suma generosa para que abortara. Pero resulta que hay cosas que no se pueden controlar, ni siquiera con dinero.

Cuatro años después, me enteré de que ella se había

gastado el dinero y no había abortado. Aquella mujer era una adicta que vivía con el pequeño en condiciones deplorables. La culpa me carcomía, no solo por lo que había hecho, sino por lo que no había hecho. Por cómo os estaba fallando a todos. Por el niño que ya existía y que nadie protegía.

Saber que Josh estaba vivo fue una señal para entender que quizá podía cambiar las cosas. Una oportunidad de reparar algo. Así que le conté la verdad a vuestra madre, no por valentía, sino porque ya no podía más. Porque, por una vez, necesité que ella cuidara de mí.

Tu madre decidió que adoptáramos a Josh. El motivo por el que tomó esa decisión en lugar de divorciarse de mí es algo que solo le corresponde contar a ella. No le arrebataré su verdad.

Todos cometimos errores, Grayson. Yo no fui el único que decidió traer un hijo al mundo por egoísmo, pero fui el único cobarde que no se atrevió a enfrentarlo de frente. Sin embargo, no me corresponde a mí desvelar los secretos que no son míos. Prefiero que sea ella quien confiese la verdad, si alguna vez tiene el valor de hacerlo. Porque, aunque me haya destruido, la amo tanto que no soy capaz de arrebataros su amor.

Haz con esta verdad lo que quieras. Yo ya he decidido que también la compartiré con tus hermanos. Josh no merece seguir creyendo que es un intruso dentro de su propia familia.

No sé cuándo volveré. Antes tengo que asegurarme de que tu madre reciba los cuidados que necesita en la clínica. Hace unos años la interné y casi la pierdo. Dios sabe que aquello por poco acaba conmigo. Por eso no regresaré hasta saber que está bien atendida y vigilada.

Estoy convencido de que cuidarás de tus hermanos y de que dirigirás la empresa con firmeza. Te he preparado para liderar, aunque me temo que te he fallado en todo lo demás. Ojalá algún día enamores a ese ángel con el que sueñas y

seas mejor esposo y padre de lo que yo fui capaz de ser.

Tu madre me confesó en una ocasión que le preocupaba que te estuvieras volviendo loco. No lo decía con crueldad; estaba asustada. Será muchas cosas, pero os quiere con todo su corazón. Me dijo que hablabas de un ángel, de una chica, de un recuerdo al que parecías aferrarte con más fuerza cada año que pasaba. Pensaba que eran delirios.

Yo también lo creí... hasta que recordé una visita a un centro de menores en Los Ángeles, momentos antes de un torneo de ajedrez. Tú estabas enfermo, tenías fiebre y mencionaste algo sobre un ángel. Sé que no lo recuerdas, pero aquella fue la primera vez que mencionaste a tu ángel.

Hace unos meses empecé a atar cabos. Revisé la base de datos de aquel centro y comparé los registros con uno de los retratos que tu madre robó a escondidas de tu escritorio. Ella me suplicó que averiguara si esa misteriosa joven existía, y yo solo quería tranquilizarla.

Y encontré lo que buscaba.

Tengo un regalo para ti, Grayson: tu ángel existe. Su nombre es Ava Sinclair, es huérfana y vive en Los Ángeles.

Tal vez no sirva de redención, pero me niego a dejar este mundo sin darte al menos una certeza. Hay muchas cosas que me arrepiento de no haber dicho, y sé que no solo te debo disculpas a ti, sino también a todos tus hermanos. No protegí a Zane, fui un monstruo para River e intenté hacerlo mejor con Winter y Josh, pero me temo que acabé destrozando su inocencia.

Hay algo más que necesito pedirte. Sé que una carta no es suficiente para reparar el daño que le he hecho a River. Dile que lo miraré a los ojos y me disculparé como debería haber hecho hace años. No sé si me perdonará, y probablemente no lo merezca, pero voy a cargar con esa culpa como es debido: de frente. Así que solo quiero te quedes con esto:

Estoy orgulloso de ti. Eres un buen hermano y un buen hijo.

Alexander

Nota de la autora

Heridas de Nueva York no es una historia fácil. Plantea temas oscuros como el maltrato infantil, la salud mental, la violencia familiar, el abuso infantil y adolescente, el trauma infantil y el amor tóxico entre personas profundamente dañadas. A continuación, respondo algunas preguntas que me he hecho yo misma al escribir esta historia.

Si prefieres quedarte solo con lo que cuenta el libro, puedes cerrarlo aquí. Te prometo que no te perderás ninguna escena adicional. Pero, si decides continuar, aquí comparto lo que quise explorar como autora. Si tú viste otra cosa o tienes una interpretación distinta, también es válida. Y si necesitas comentarme cualquier aspecto del libro desde el respeto y la tolerancia, puedes enviarme un *email* o un mensaje por Instagram.

¿Cómo definirías a Alexander como padre?

Lo primero que quiero dejar claro es que Alexander no es un buen padre, y desde luego, tampoco un buen hombre. Alexander no es un buen padre, porque trata a sus hijos a través de su dolor, su miedo y su necesidad de control. Los ve como extensiones de sí mismo, no como personas independientes. Cría a Grayson para que sea excelente y sostenga lo que él no puede; ve a Zane como un factor de estrés, no como un niño que necesita amor; y rechaza a River incluso antes de nacer, culpándolo de la caída de Catherine.

Es un hombre que se dice a sí mismo que ama, que protege, que lo hace todo por su familia…, pero, en la práctica, prioriza a Catherine incluso cuando ella misma le suplica que no lo haga. Porque, en el fondo, su amor por ella es egoísta, posesivo y dependiente.

No actúa como padre, sino como marido desesperado por mantener una ilusión: la de que Catherine sigue siendo suya, que puede salvarla, que todo estará bien si nadie lo obliga a abrir los ojos del todo.

Y entonces aparece River. Un hijo que no fue deseado, que

representa el colapso. El que marca el momento en que Alexander ya no puede mirar a otro lado. El embarazo que arrastra la caída definitiva de Catherine. Y, en vez de hacer lo correcto, lo proyecta todo sobre él.

River es su víctima elegida porque es el más fuerte, el más silencioso, el más capaz de cargar con esa violencia invisible. Porque si Alexander se atreviera a culpar a Grayson o a Zane, se rompería por completo. Así que convierte a River en su chivo expiatorio.

Lo golpea, lo castiga, lo humilla porque no puede castigar a la enfermedad. Porque no puede castigar a Catherine. Porque necesita culpar a alguien. Y eso no lo hace simplemente un mal padre, sino también una tragedia andante. Un hombre que no fue capaz de proteger a nadie ni siquiera de sí mismo.

A pesar de que Alexander juró no parecerse a su padre, la triste ironía es que no es igual que él, sino mucho peor.

¿Realmente nadie de la familia es consciente de que River sufre malos tratos por parte de su padre?

Sus hermanos no lo saben, y no porque no lo quieran o no les importe, sino porque River ha hecho todo lo posible por ocultarlo. Es su forma de protegerlos: no llora, no pide ayuda, no se queja. Solo se calla y sigue adelante. Desde muy pequeño ha normalizado el dolor como parte de su día a día.

Grayson es quien intenta mantener en pie a la familia. Vive obsesionado con que todo funcione, con que los hermanos estén bien y con preservar cierto orden. Y, para él, la idea de que su padre pueda pegarle a uno de ellos es absurda: Alexander nunca le ha puesto una mano encima.

Zane, por su parte, está atrapado en su propio infierno. Desde que su madre intentó ahogarlo, vive a la defensiva, encerrado en una coraza de rabia y *hockey*. Es su forma de sobrevivir: no mirar atrás ni a los lados, solo adelante, con los puños apretados. Está tan centrado en su propio dolor que es incapaz de ver más allá de sí mismo y su sufrimiento. Pero, si llegara a sospechar lo más mínimo, si alguien le mostrara una sola prueba de que Alexander ha levantado la mano contra River, no dudaría en enfrentarse a él sin

piedad. No solo por lealtad a su hermano —porque Zane no siempre sabe cómo expresar afecto—, sino por pura rabia acumulada.

Si Catherine lo sospecha, está tan perdida en su propia mente que no quiere aceptarlo. La negación se ha convertido en su único refugio para no romperse del todo. Ver la verdad implicaría admitir que ha fallado como madre, que ha permitido lo imperdonable, y esa culpa sería insoportable. Pero, para ser sincera, creo que hay una parte de ella, de la mujer del espejo, que sabe la verdad y la ha enterrado en lo más profundo de su mente.

Josh, sin embargo, es el primero que lo ve con claridad. No entiende del todo lo que está presenciando, pero intuye que está mal y que debe callar. Y, aunque guarda silencio, se queda con ese secreto bien agarrado al pecho.

Winter es aún demasiado pequeña. Cree que vive en un castillo y que su familia es un cuento de hadas. Nadie le había demostrado lo contrario hasta que su padre le dio aquella bofetada.

Así que River lleva años apagando incendios en soledad. Y, mientras tanto, el resto de la familia vive en una mezcla de autoengaño, trauma y supervivencia emocional. Porque a veces el abuso no se esconde solo en la oscuridad; también se camufla en las grietas que nadie quiere mirar.

¿Crees que Catherine alguna vez tuvo una oportunidad real de ser feliz?

Creo que Catherine tuvo destellos de oportunidad, pero nunca una real y sostenida. Su enfermedad mental sin tratamiento constante; su relación con Alexander —una dependencia marcada por un vínculo asfixiante, donde él, creyendo protegerla, la mantenía atrapada en una dinámica en la que su necesidad de poseerla pesaba más que su bienestar—; y, por último, un entorno donde los secretos, las traiciones y las presiones familiares proliferaban… nunca le dieron un espacio seguro para reconstruirse desde cero.
¿Significa eso que está libre de culpa? No, en esta historia no hay un solo personaje que lo esté. Pero Catherine es una mujer con una enfermedad mental a la que nunca se le dieron las herramientas adecuadas para tratarse y que, además, está casada con un hombre

abusivo.

¿Por qué no hiciste a Catherine narradora?

Catherine es la verdadera protagonista de *Heridas de Nueva York*. La historia se vive desde el impacto que ejerce en los demás. Decidí prescindir de su voz por varias razones narrativas y estratégicas: al no darle un punto de vista, sois vosotros quienes decidís quién es Catherine. Además, si ella narrara ciertas escenas, hay algunas verdades —o mentiras— que se desvelarían demasiado pronto. Catherine no se cuenta a sí misma, sino que es contada por quienes la aman, la temen o la odian. Y esa ausencia de voz es parte de su fuerza. Al final, seréis vosotros quienes decidáis si es víctima, cómplice o ambas cosas.

¿Qué te llevó a contar parte de la historia desde el punto de vista de Alexander?

Para humanizar al villano antes de destruirlo. Si solo lo viéramos desde los ojos de sus hijos, sería un antagonista casi plano. Al contar parte de la historia desde su punto de vista, me interesaba explorar cómo una persona puede amar profundamente y, aun así, herir a quienes más quiere. No porque lo defienda, sino porque lo humano me parece más complejo que el blanco y negro. Y quiero dejar claro que no lo justifico bajo ningún concepto ni deseo que nadie lo romantice. Si alguien está leyendo esta historia y tiene a su propio Alexander, que huya en dirección contraria.

Agradecimientos

Este libro no habría nacido sin todo el cariño que vosotras le habéis dado a los hermanos Knight. Muchísimas gracias por vuestros mensajes, teorías y sí, también amenazas para que le dé a Zane un final feliz. Por eso, esta historia os la dedico a vosotras, mis queridas lectoras:

Yurena, Mabel Collado, Julia Romero Muzas, Ana Karen Portillo, María Lafuente, Melva Karini Vargas, Carolina López Rojas, Mikaela jera_mmell, Charo Clemente Márquez, Belén Britez, Katia Garrido, Laetitia Menouret, María Muñoz, Toni Rodríguez, Laura Arranz, Cece Castillo, Alba García, Indara, Crusi Sánchez, Cynthia Cerveaux, Katyana Carrillo, Kaira Blanco, Candela_sd, Sonia Bayo Soto, Leire Jiménez, Beatriz Rodríguez, Dorielis B. M, Cathysa Mansito Hernández, Lara Comesaña Gil, Jara Pascual, Aurora R. D, Marta Rancaño, Bárbara Cervera, Beatriz Gajete, Patryblog, Laura Arévalo, Alba Belda, anyabw26, ikybooks84, Mª Elena Jiménez Faz, las.letras.de.sara, Vicky Diégez, Lucía Tobarra, Amalia mali.lc14, Verónica Aguado Torres, leyendoaciegas, lauritaloba, Mónica Martínez, Zaskya, Laura C.P, Tatiana Ferrer, M.I Martin, Patricia MT, Cristina Fernández Pereira, Ainhoa Ruiz, pyliisreading, Bea RH, Paz Sarmiento, Jiime Ormazabal, Vanesa Fdez Fdez, Mª José Rodríguez Larrey, Aleja Rodríguez, Silvia Natera, Laura Rodríguez Picón, Mónica Rodelo, Vera Mateo, Marijo San Lucar, Gema secretos entre líneas, Vane y el eco de las páginas, jimepilquiman, Mariló Montero, cecibookss, alejanitavc, marielpg79, Jessica Coca Díaz, queridaslectoras60, Ainoa Otero, A.Lloret, María del Campo, Viridiana Huerta, Marisel Guerrero Salvatierra, MaryPou, dama_oscur4, masrtaa72, byalvadia, books.bez, Vane Expósito, Marina de la Fuente, tonirodgar, librosigualamagia, maría.estreder27, Idoia Jorge, mila.mendoza25, Yessica Castro, tanyagode, trimamireads, y.mientrastanto, Romi, ladyromanticbook, nanylamina, Mari Lara, myslecturas, gema_lectora, Irune Galan, rositakoali, librosyestilo, Yaiza Barata, daelihe, elviralbooks, joana.corona.94, sonia_est5,

mabe18st.

Y, en especial, a mis tres queridas lectoras cero: Indara, Maru y Gema.